

Lorenzo Fernández Bueno

El
VAMPIRO
de
SILESIA

Un hallazgo desconcertante, una misteriosa epidemia...
un pontífice que busca la inmortalidad

Lectulandia

Marzo de 2009: el profesor Adriano Toscanelli, junto a un equipo de arqueólogos, descubre una fosa común en una isla de Venecia. En su interior se halla una cripta oculta tras los huesos de los apestados que fueron enterrados allí y el cuerpo de una mujer salvajemente torturada cinco siglos atrás. La conmoción se torna más intensa cuando comprueban que, en un ejercicio de crueldad infinita, estando aún con vida, sus agresores introdujeron un ladrillo entre sus dientes, desencajándole la mandíbula.

Convencidos de que se trató de un exorcismo, los medios de comunicación no dudan en calificar a la triste protagonista como «la vampira de Venecia», pero nadie imagina los inconfesables secretos que esta misteriosa mujer esconde.

El vampiro de Silesia nos transporta a la Europa del siglo XVIII y las misteriosas epidemias que acabaron con cientos de vidas, hasta el siglo XVI, tiempo en el que el papa Sixto V pondrá en marcha un ambicioso proyecto para hacer realidad un sueño muy peligroso.

Lectulandia

Lorenzo Fernández Bueno

El vampiro de Silesia

ePub r1.0

Poe 28.06.14

Título original: *El vampiro de Silesia*

Lorenzo Fernández Bueno, 2013

Retoque de cubierta: Poe

Editor digital: Poe

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Blanca... y a Noah

Hicieron desolación y lo llamaron paz.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

*La antigüedad ciertamente no ha visto
ni conocido nada semejante. Por mucho que
se recorran las historias de los hebreos, egipcios,
griegos y latinos, no se encontrará en ella
nada que se le aproxime.*

*AGUSTÍN CALMET,
Tratado sobre vampiros*

*Esta historia, en parte, ocurrió...
porque ya se sabe que la realidad
siempre supera a la ficción.*

Maleficos non patieris vivere! —gritó el sacerdote, con la cruz en una mano, la palabra de Dios en la otra y los ojos a punto de salirse de las órbitas, como si ansiaran acompañar la dirección del potente alarido.

El viento nocturno mecía su vieja sotana. Era un hombre entrado en años, de aspecto desaliñado y voz ronca. Tras pronunciar la extraña letanía se había quedado petrificado sobre el frondoso verde, agarrando con fuerza el largo rosario que colgaba de su pecho. La lluvia arreciaba, estremeciendo su cuerpo. No habría otra oportunidad... Tras él, cien metros más abajo, en las faldas de la pequeña loma, la algazara tomaba los valles; pero no era una algazara festiva. Decenas de personas, iluminadas por las llamas de las antorchas, ascendían por el sendero ante la mirada de satisfacción de su guía espiritual, que no sólo veía reforzada su fe, sino también sus fuerzas. Y esa madrugada le iban a hacer falta ambas cosas...

Las montañas se alzaban a lo lejos, como una barrera natural que no dejaba escapar de esta tierra de frontera las supersticiones con las que convivían sus gentes, y en ellas, los seres que se nutrían del fanatismo de los hombres desde los tiempos de los antiguos dioses.

«¡Que lejos queda mi excelsa Viena, sus históricos edificios, la techumbre colorida de su catedral, las dulces melodías que escapan de cada rincón de sus calles! De no verlo, es extraño pensar que pueda haber lugares en nuestro mundo civilizado tan antagónicos. Estas regiones están habitadas por salvajes que creen estar solos en el mundo, y que no muestran rechazo hacia sus leyes... inhumanas. En ocasiones éstas son compartidas por los hombres de Dios, aunque aquí hay momentos en los que es usual preguntarse de qué Dios se trata...».

El médico militar dejó de escribir en su diario. Al otro lado de la puerta alguien golpeaba con fuerza, reclamando su atención. Por el aspecto de su mesa llevaba horas leyendo, consultando los informes de otros compañeros que antes que él habían sido destinados a este infierno de barro y creencias disparatadas, dejando que la pluma recorriese el papel iluminado por la débil luz del candil de aceite. Y sus ojos, que a estas alturas de su vida no estaban para demasiados retos, notaban el esfuerzo.

—¡Un momento, ya voy! —gritó, poniendo algo de orden en la pequeña estancia, que hacía las veces de estudio y de alcoba.

Con esfuerzo, retiró el tablón que atravesaba de un extremo a otro el ancho del

marco de la entrada, y, tirando de la argolla, logró abrir el portón. El gélido viento se coló sin previo aviso, apagando la llama que se balanceaba elegante al son de los sonidos de la noche, sobre la chimenea.

—Yolaki, ¿qué desea a estas horas? —preguntó sorprendido.

Tiró de la larga cadena y extrajo el reloj del único bolsillo de su chaleco a fin de dar más peso a su protesta. Eran casi las doce, demasiado tarde para que aquel hombre, el tabernero del pueblo, un gigantón primitivo de corazón noble, se atreviese a molestarlo. Éste, moviendo sus enormes manos con vehemencia, comenzó a hablar...

—Doctor, un grupo de gitanos ha marchado con el padre Bruno, el italiano, armados hasta los dientes. Estaban muy enfadados porque unos minutos antes, en mi taberna, Mircea, el herrero, entró gritando que hacía ocho horas que no sabía nada de su mujer... Los hombres empezaron a gritar, y pocos minutos después apareció el sacerdote. No sé qué les dijo, pero se alteraron aún más. Ya sabe que las gentes andan nerviosas después de que en casi dos semanas no se sepa nada de Wutschiza y Milosowa, las dos jóvenes que desaparecieron cerca de la encrucijada —aseguró a la vez que se santiguaba—. Muchos se acuerdan del daño que hizo la anterior... «epidemia». Ahora deben de andar merodeando por el cementerio. Los gitanos... ¡Dios quiera que no cometan ninguna barbaridad...! —concluyó, apesadumbrado.

«Otra vez no...», pensó el médico, mientras recogía apresurado los informes del doctor Glaser, inexplicablemente clarificadores, ya que se trataba de un hombre de ciencia... Suspiró. En esta región del Viejo Continente una estancia prolongada condenaba a las mentes racionales a perder la cordura. Por lo que reflejaban sus textos, daba la impresión de que eso era lo que le había ocurrido a su admirado Johann Glaser.

El médico, sin mediar más conversación, cogió su casaca militar, la espada, y salió a toda prisa de la centenaria vivienda. Al cerrar la puerta, un último hálito de viento se coló por la rendija abriendo el cuaderno del galeno por las últimas páginas, unas hojas cuarteadas que habían amarilleado con el paso de los meses, a causa de la mugre acumulada y la desagradable humedad de este territorio, tan gris como las nubes que cada día evitaban que Dios fijara su mirada en una tierra condenada desde hacía siglos... Arrancadas del cuaderno por el ímpetu de aquella ráfaga, salieron volando y quedaron desordenadas sobre la mesa. La tinta aún estaba fresca...

Informe de Johannes Flückinger.

Médico castrense del Honorable Regimiento Fursstenbusch de Viena.

Katowice, 26 de enero de 1732.

Después de que hubiera sido divulgado que en la aldea de Katowice los supuestos vampiros habían matado a gente bebiendo su sangre, he sido enviado hasta aquí para investigar la materia a fondo. Para ello se han realizado interrogatorios en la compañía de *hajduks* del capitán Gorschiz Hadnack, portaestandarte y el más viejo *hajduk* de la aldea, el cual ha referido lo siguiente: que tiempo atrás un *hajduk* local de

nombre Arnold Paole se rompió el cuello en una caída de un carro de heno. Este hombre, según él mismo había dicho, fue atacado por un vampiro cerca de Gossowa, en la Serbia turca, donde había comido la tierra del sepulcro del vampiro y se había manchado frotando con la sangre del horrendo ser para liberarse de su maldición. A los veinte o treinta días después de su muerte algunos se quejaron de que el mencionado Arnold Paole los estaba atacando; y que, de hecho, había matado ya a cuatro personas. Para acabar con este mal se procedió a desenterrar a Arnold Paole cuarenta días después de su muerte. Según lo que declaró un soldado que había estado presente en tales acontecimientos, lo encontraron completo e incorrupto, y la sangre fresca fluía de sus ojos, boca, nariz y oídos; así como que la camisa, la tapa y el ataúd estaban totalmente ensangrentados; que se le habían caído las uñas de sus manos y pies, junto con la piel, y que le habían crecido otras nuevas; y puesto que al ver esto se convencieron de que era un vampiro, atravesaron su corazón con una estaca según su costumbre, sangrando copiosamente por la herida y pudiéndose oír claramente un gemido.

Tras el examen, las cabezas de él y otros supuestos vampiros fueron cortadas por los gitanos locales y después se quemaron, tras lo cual las cenizas fueron arrojadas al río Morava. Los cuerpos descompuestos, sin embargo, fueron devueltos a sus sepulcros.

Es evidente que una extraña epidemia está minando las fuerzas físicas y espirituales de esta comunidad, porque tras la misma ven la presencia de oscuros seres que gracias a su existencia inmortal, según la extendida creencia popular, se pasean por la historia alimentándose de la sangre de los desgraciados que se encuentran en su camino.

Los estudios que he desarrollado me llevan a pensar que se trata de una enfermedad muy agresiva que provoca el envenenamiento paulatino de la sangre, por lo que quienes la padecen muestran síntomas de cansancio, su tez se vuelve cetrina, cadavérica, y parecen sufrir del «mal de melancolía». Si bien es cierto que hay patologías entre las cuales enmarcar dichas dolencias, algún tipo de rabia o de desequilibrio de los humores, posiblemente de la bilis negra, que se ve afectada por la pobre dieta que mantienen, es mucho lo que me queda por estudiar, ya que como he reflejado con anterioridad, los habitantes de esta tierra han comenzado, llevados por un miedo irracional, a desenterrar los cuerpos, profanando las tumbas y mutilando los cadáveres. Ya he analizado los informes de mi colega Johann Glaser, que estuvo antes que yo destinado en esta región del este de Europa. Su visión, qué duda cabe, ha resultado muy enriquecedora, pese a que el pobre acabó perdiendo la cordura. Demasiados años de aislamiento...

El joven arqueólogo cerró el cuaderno y colocó con mimo las tres páginas sueltas. Era una joya de casi trescientos años que olía a viejo pergamino, con las tapas forradas de cuero verde y las hojas que se desmadejaban sin remedio. Sabía que muchas respuestas a las preguntas que se había estado haciendo en los últimos meses se encontraban entre los textos fríos de aquel médico por el que sentía cierta simpatía y con el que ya se identificaba; había empezado a establecer una conexión invisible con él, como un hilo sutil que atravesaba los siglos y los unía, recorriendo los tortuosos senderos que los llevaban a proseguir la misma búsqueda.

Y a estas alturas del siglo XXI, él, Maurizio Roncalli, sabía perfectamente, al igual que en su momento descubriera el doctor vienés, que no era el único que buscaba respuestas para esta desconcertante historia...

Roma. Cinco días después

La luna a medio crecer se asomaba al otro lado de la cortina, cayendo en picado sobre los ojos doloridos de Maurizio.

Noches de duermevela.

Su cuerpo se ocultaba bajo la sábana, esquivando con vergüenza los restos de licor; las cenizas de los cigarros; el rastro invisible de su decadencia; la prueba del pecado. Ésa era su vida; ése era el abismo al que se precipitaba cada madrugada, con el ardor del que busca pero no encuentra; del que nunca antes se había visto en otra situación similar. Aquel hombre, desnudo y maltrecho, no era consciente de que se hallaba caminando, más bien balanceándose sobre la frágil cornisa de un profundo abismo; un paso más y el retorno se antojaba imposible.

Desnudo, sobreponiéndose a una crisis asmática a la que habitualmente combatía con más tabaco, se sentó en la cama, apoyando los pies sobre el frío mármol del suelo de la habitación. Pese a lo castigado de su alma, el cuerpo aún mantenía la lozana musculatura de antaño. Era un tipo fuerte, grande, incapaz de matar una mosca pero sí de tragarse el viscoso gusano que habitaba en lo más profundo de la botella de mezcal. Y para eso había que acabar primero con el litro de alcohol que lo protegía...

Apoyó la cabeza entre las manos curvando los codos en una posición más bien incómoda, intentado dar con un porqué, buscando en sus archivos mentales el comienzo de tanta amargura. Pero su mente no se encontraba en forma; no al menos aquella madrugada.

La puerta de la calle se abrió. Sorprendido, alzó la cabeza y abrió los ojos con desesperación. Donnatella al fin regresaba de viaje. Los pasos de la mujer retumbaron en toda la casa conforme avanzaba por el pasillo, golpeando la sien de Maurizio como el badajo de la campana de una catedral. Intentó levantarse, pero no pudo... El cuerpo del delito era demasiado visible para intentar ocultar la realidad una vez más. Los pasos se detuvieron, y la puerta, dejando escapar un leve crujido, se abrió despacio.

Al otro lado, los zapatos cayeron al suelo. Ella, pretendiendo no quebrantar el sueño de su amado, siempre se los quitaba cuando regresaba a altas horas de la noche; pero esta ocasión era diferente: la última discusión había sido demasiado violenta. Y así, apoyando con delicadeza sus pequeños pies, accedió a la habitación,

no sin antes desprenderse del vestido negro que acariciaba su piel, arrastrando aún el olor de la última cena.

Era bella, blanca como esa luna que se apostaba en lo más alto de la bóveda, de cabello largo y castaño, con los rasgos faciales esculpidos a cincel a los que se asomaban dos hermosos ojos azules envueltos de un aura gris que desde pequeña dio a su rostro una expresión triste. Su boca, por el contrario, era alegre, generosa, tan carnosa como vital. Y ahora, como a cada retorno, éste era su momento; se desnudaba, conservando la ropa interior, y se deslizaba con sigilo entre las sábanas hasta abrazarlo, con pasión, como la primera vez... Pero ésta, sí, era la última.

Donnatella se sentó despacio a los pies de la cama, pretendiendo que sus delicados movimientos fuesen el reflejo de la calma ansiada; y lo miró, más con pena que con rabia, porque sabía que ya no había excusas; él estaba tan borracho que aunque quisiese tan sólo habría logrado expulsar algún que otro balbuceo.

—Mauri... Eres un hijo de puta...

Su voz se quebró, robando por unos instantes la amargura que desde hacía tiempo había tomado el alma de aquel desgraciado. Y no pudo evitarlo: las lágrimas resbalaron por sus mejillas, como un veneno en el que se concentraba el dolor de años; la esperanza retomada; el final que se quería obviar mirando hacia otro lado. Pero ya no podía más. Si no estaba dispuesto a luchar, ella, que lo amaba sobre todas las cosas, tampoco podía hacerlo ya. Se estaba viendo arrastrada por el torbellino de oscuridad que giraba cada vez con más violencia en torno a él.

—Donna, yo... han sido meses muy complicados... —aseguró, visiblemente dolorido.

La mujer, sin poder contener la ira, se volvió y lo miró sin parpadear. Hay miradas que duelen más que las palabras. Aun así, no se calló.

—No puedo más. Por mucho que lo he intentado te has empeñado en permanecer encerrado en tu mundo, y está claro que ahí yo no puedo entrar. Mauri... yo... no quiero volver a verte más. Ya no sientes nada por mí, o al menos hace tiempo que se te olvidó cómo tratar a una mujer. Y yo soy joven... no puedo permitir que mis años dulces se conviertan en un infierno. ¡No, por Dios, no me lo merezco...! —Una vez más se llevó las manos a los ojos intentando con ello que las lágrimas no escaparan.

Y él, atisbando que poco era lo que podía hacer, sobreponiéndose a su miseria, intentó tranquilizarla.

—Donna, estoy a punto de terminar la investigación. No es una paranoia; hay quien busca lo mismo que yo, pero, ahora sí, le llevo ventaja. Y es muy importante, ¡es trascendental Donna! De que salga bien o no depende mucho, incluso puede que hasta mi vida...

La joven, condescendiente, lo miró y, suavizando su expresión, se levantó, recogió el vestido negro y se lo puso. Maurizio no sabía qué hacer. En su estado lo

mejor era no mover un músculo. Donnatella, antes de salir de la habitación dirigió por última vez la mirada hacia aquél que tiempo atrás encarnó las virtudes que ella buscaba en el que debía ser su amor para toda la vida. Parpadeó despacio, y notó que el estupor asomaba a su rostro; porque Maurizio había perdido la alegría que a ella la enamoró; su juventud estaba caduca, agria. El rastro evidente de una vejez prematura agrietaba sus facciones; las de un borracho de mirada perdida. Así, más triste que de costumbre, lo observó lanzando una despedida invisible, insonora. Él lo entendió y, sumiso, agachó la cabeza. Donna, antes de bajar la escalera fijó su mirada en las fotografías que con mimo había colocado tiempo atrás sobre el mueble situado frente a la cama, delante de la televisión. Eran otros tiempos, quizá menos turbulentos. Viajes, complicidad, ajetreo... y allí, oculta por tanta alegría, surgía la última, ésa en la que él aparecía en el interior de una fosa atestada de restos óseos, detrás de una urna de cristal en cuyo interior se custodiaba una desagradable calavera, el objeto que representaba el éxito que al menos una vez en la vida ansiaba todo arqueólogo. Eso es al menos lo que aseguró al regreso de un viaje que no hubiera tenido que realizar jamás; porque aquel hallazgo aparentemente feliz estuvo revestido de muerte. Un eco del pasado que desde ese instante se convertía en insoportable recuerdo.

Fue el comienzo de un camino sembrado de espinas, de la locura a la que inexplicablemente se vio abocado. Y la volvió a mirar con asco, dejando un pequeño resquicio para la curiosidad... Porque en aquel tiempo fueron muchas las ocasiones en las que preguntó a su amado quién fue el salvaje que en tiempos remotos, cuando la ciudad de Venecia se debatía entre las pestes medievales y la lujuria del carnaval, mató a una mujer y, sin respeto a la muerte, le introdujo un gran ladrillo entre los dientes. Él siempre callaba, porque era consciente de que lo importante no era quién, que eso ya lo sabía, sino por qué.

Claro, que eso, también lo supo pronto...

Roma. Cuarenta y cinco días antes

Doc, coge tu maletín de trabajo y ven lo antes posible. Tienes reservado un camarín en el tren nocturno que sale de la estación de Bolonia a Venecia esta misma noche a las doce. Te espero mañana a primera hora en el Palazzo Leone, junto a la plaza de San Marcos. Ah, tu localizador es MZ66675. ¡Por Dios, es que es imposible dar contigo! ¡Ni siquiera en momentos como éste!

Maurizio Roncalli permaneció unos segundos mirando fijamente el teléfono y, sin dudarlo dos veces, pulsó nuevamente el botón de mensajes. La voz quebrada de su mentor, el profesor Adriano Toscanelli, emergía del aparato como si de una llamada de auxilio se tratase. Sí, era Toscanelli, porque a pesar de la gravedad inusual del tono, nadie salvo él lo llamaba Doc. En los años de universidad, cuando empezaba a destacar sobre el resto, cuando la pasión era más persistente que la razón, Toscanelli lo apodó Doc porque siempre vestía un siniestro traje negro, que se veía aún más tétrico cuando el entonces joven y brillante estudiante se cubría el rostro con unas gafas de pasta también negras que le conferían un aspecto feroz. Además, era un muchacho solitario, de andar pausado, que apenas si movía los miembros al caminar. No solía caer bien, pero eso a él, tan «muerto» en su aspecto externo como extraordinariamente vivo en su interior, le daba igual.

—¿Nunca le han dicho que es usted muy parecido a François Duvalier? — preguntaba el decano ante la mirada sorprendida del alumnado.

¿Duvalier?, ¿quién era ese tipo? Su curiosidad innata pudo más que el orgullo por mostrar indiferencia ante este asunto. Y a él, que se movía entre los libros como pez en el agua, apenas si le hicieron falta unos minutos de intensa lectura en la biblioteca para, por fin, desvelar el enigma: «François Duvalier gobernó Haití en las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx. Fue un hombre siniestro, un dictador que sometió a su pueblo acudiendo a la superstición y el miedo. Durante su mandato instauró el vudú como la religión oficial, y él mismo vestía siempre de negro, con sus características gafas de pasta y, en ocasiones, un sombrero de copa, en la creencia de que era la reencarnación del Barón Samedi, el espíritu más terrible del panteón de divinidades de esta milenaria religión. Él fue el ideólogo de la terrible milicia de los *Tonton Macoutes*, los “hombres del saco” que durante décadas, dirigidos por el terrible hechicero Zecharias Delva, sumieron en el terror a los habitantes de la isla, y

a aquellos que se atrevieron a desembarcar en sus costas. Como si de un apelativo fraternal se tratase, todos llamaban a Duvalier Papa Doc».

«Será cabrón, ¡vaya comparación!», pensó, sin ser consciente de que pronto sería conocido más por el apodo que por su propio nombre.

Desde entonces habían transcurrido más de diez años; casi quince. Ahora Maurizio era un destacado antropólogo que trabajaba eventualmente para la policía republicana, ya que no eran pocas las ocasiones en las que se hallaban restos humanos bajo el subsuelo de la Ciudad Eterna, generalmente de varios siglos de antigüedad, y dirigía el Departamento de Investigación Antropológica de la Universidad Católica de Roma, universidad en la que impartía clases de arqueología medieval.

Sabía de la vehemencia de su querido profesor, pero aquel mensaje se debatía entre la desesperación y una incipiente euforia. No lo llamó. En realidad era consciente de que aunque lo intentara Toscanelli no le iba a contar mucho más de lo que contenía el escueto mensaje. Era hombre al que le gustaba apurar la paciencia de su parroquia; que intentaba mantener la tensión hasta el final, pese a que en la mayoría de las ocasiones el desenlace era menos apoteósico de lo que pretendía. Sin embargo, su voz temblorosa...

Maurizio echó una ojeada a su alrededor. Había estado esperando este día con especial ilusión. Hoy celebraban su quinto aniversario, cinco años desde que conociera al ángel que trajo luz a su tortuosa existencia. La mesa lucía dos primorosos candelabros con tres velones cada uno y, en el centro, una botella de *vinho verde* intentaba escapar al frío abrazo de dos grandes trozos de hielo.

Suspiró mientras cogía un bolígrafo y empezaba a escribir en un *post-it* amarillo. Lo intentó, una y otra vez, pero no sabía muy bien cuáles eran las palabras adecuadas; posiblemente ninguna...

«Cariño, me acaba de dejar un mensaje el profesor Toscanelli. Algo ha ocurrido en Venecia y reclama mi inmediata presencia. Imagino que esta vez será importante. Lo siento. Mañana a la vuelta lo celebramos. Te quiero. Mauri».

Sintió una profunda pena. Donna lo entendería..., pero este último pensamiento no contenía suficiente bálsamo para evitar que la tristeza se le agarrara al corazón, y sintió una opresión momentánea. Poco podía hacer, y así, minutos más tarde, se enfundó su cazadora marrón forrada de oveja y salió a la calle con su inseparable maletín negro.

Hacía frío, tanto como para pensar que los indigentes que se acurrucaban bajo kilos y kilos de cartones en los aledaños de la estación hacía tiempo que ya no padecían el gélido ambiente. Al menos sus almas, que habrían partido hacia un lugar más cálido. Sin embargo, a Maurizio el invierno le evocaba momentos de intensa búsqueda, de horas y horas indagando entre amarillentos volúmenes, oliendo el humo

de la pipa de don Ángel, el anciano celador de la biblioteca universitaria donde se resguardó durante tantos años y donde tanto aprendió.

Atravesó con paso firme el umbral de la estación y se situó frente a una de las ventanillas. Poseía el encanto de los edificios viejos y poco cuidados, forrada enteramente de hierro forjado y con tanta filigrana que parecía querer emular las maravillas del barroco más recargado. Las lámparas de araña estaban colgadas a más de veinte metros, dejando escapar una luz pobre, tan mortecina que a esas horas de la noche surgía como la mejor de las cómplices de ilustres asesinos que desde el infierno, protegidos por las sombras, parecían hacerse presentes.

—¿Qué desea? —La voz, dulce, lo sacó de uno de sus habituales «viajes».

—Sí, disculpe. Tengo una reserva para esta noche en un tren cama... A Venecia —aseguró, dando por hecho que la muchacha ya lo sabía.

La joven, con un cabello de reluciente platino del que emergían unas desagradables raíces tan negras como el azabache, no dejaba de mascar el chicle abriendo la boca tanto como ésta le daba de sí. Lo miró fijamente, destacando el marcado estrabismo de su ojo derecho. Maurizio se empezó a sentir incómodo. Pero reaccionó con rapidez.

—Ah... sí, disculpe de nuevo. Mi localizador es MZ66675 —precisó con evidente malestar.

Ella, sin dejar escapar suspiros innecesarios, introdujo los datos en el ordenador y, sin mediar más palabras, imprimió el billete, entregándoselo, casi arrojándoselo, a su sorprendido interlocutor.

—Perdone, ¿sólo hay uno? —preguntó.

La muchacha, sin ocultar el desagrado que a estas alturas de la jornada le provocaba atender a los viajeros, alzó de nuevo la mirada.

—Sólo tiene el billete de ida. Si quiere el de vuelta ha de abonar setenta y cinco euros. Si no lo quiere, por favor apártese de la cola, que hay gente esperando —finalizó, dando por zanjada la conversación.

En circunstancias normales habría comprado el billete para regresar al día siguiente; incluso a riesgo de que la jornada se complicara y tuviera que postergar la vuelta a casa. Pero en su cabeza aparecía una y otra vez el rostro de su amada Donna. No, no podía fallarle esta vez. ¿Qué hacer...?

La dependienta despertaba su rabia más primitiva. No, no compraría el billete a alguien tan maleducado. Y así, rojo de esa ira que en ocasiones enaltecía su orgullo, subió al tren. Ya en el interior del vagón miró a través de la ventana, comprobando que una hermosa luna se desvanecía entre las oscuras nubes que los vientos de altura mecían a su antojo. Era cautivadora, pese a que aquella madrugada mostraba un extraño tono rojizo; aun así encandilaba sus sentidos, tanto como para obviar el constante tránsito de los pasajeros que iban ocupando sus compartimentos; tanto

como para no percibir el chirriar de las ruedas del convoy contra los raíles; tanto como para no darse cuenta de los ojos que lo observaban ocultos entre las sombras del exterior...

iSon las ocho de la mañana! Estamos entrando a la estación de Santa Lucía. Por favor, vayan despertando. ¡En veinte minutos llegaremos a Venecia! —gritó el interventor.

Maurizio dejó escapar un profundo suspiro. No recordaba qué había estado soñando durante la madrugada, pero la sensación de malestar que recorría su cuerpo no evidenciaba nada bueno. Intentó incorporarse con torpeza, retirando de su rostro las huellas que la noche deja a su paso. Se sentó, con los pies colgando de la litera, protegidos por los calcetines de color verde pistacho que días atrás le regaló Donna. Así era ella: sorprendente.

—Dios, este maldito cacharro no ha funcionado —farfulló contrariado mientras agitaba su teléfono móvil como si estuviese en el interior de una coctelera.

Entreabriendo los ojos con gran esfuerzo, doloridos por la luz que se colaba entre las tensas costuras de los dos estores, tiró lentamente de la cuerda. Reconocía aquel lugar: estaba entrando en la estación de Santa Lucía. Dando un respingo se incorporó del durísimo colchón y saltó al suelo. Apenas le quedaban dos minutos para asearse mínimamente. Si Toscanelli era fiel a su manera de actuar, en la misma salida de la estación ya lo estaría esperando alguien para llevarlo hasta el viejo maestro.

—¡Maldición!, lo que me faltaba —refunfuñó al contemplar a tres orondas mujeres que aguardaban su turno en la cola del retrete.

El joven interventor, como si disfrutara de la desesperación que afloraba al rostro de Maurizio, volvió a anunciar, más bien a gritar, la inminente llegada a Venecia. Y éste, haciendo un tremendo esfuerzo para mantener los ojos abiertos, balanceándose como si estuviera bebido, se volvió y enfiló con rapidez el pasillo que conducía hasta su compartimento. Ya en el interior, abrió la vieja maleta y, preso de un incipiente estrés, empezó a coger cuanto se ubicaba en el perímetro de sus brazos sin atender demasiado a lo que iba introduciendo en la misma. Únicamente dejó sobre la mesita plegable que había bajo el ventanal el teléfono, una deteriorada libreta Moleskine que lo acompañaba en todo momento desde que estudiaba en la universidad, y su inseparable Nikon FM3A de 135 milímetros, una joya con muchos años pero bastante más fiable que su memoria.

El tren se fue deteniendo despacio hasta que finalmente el agudo chirrido de los frenos determinó que el viaje había acabado. Maurizio salió del compartimento entrecerrando los párpados, como si todo cuanto había alrededor le resultara de gran interés. Y es que tras muchas noches de baños alcohólicos había aprendido a

disimular esos estados que en ocasiones se prolongan más de lo deseado dejando los ojos entreabiertos, y a esquivar la imaginación de aquellos que se cruzaban a su paso, tan hinchada como sus ojeras.

Minutos después logró salvar el último escollo: un enorme alemán de aspecto afable que permanecía encajado junto a la puerta del vagón. Pero al fin pisaba Venecia. El olor, la humedad, el color de las techumbres de las casas, el trazado de sus callejas... La euforia se apoderó de su espíritu; en instantes así se sentía libre. Disfrutaba de cada segundo, como el niño que se despierta el día de Reyes, consciente de que amaba su trabajo; más aún cuando Toscanelli se hallaba detrás de alguna empresa.

Tan ensimismado se encontraba que no percibió el gesto que un hombre de no más de cuarenta años, fuerte como un toro y sin cabello, le hizo desde el otro extremo de la pequeña plaza. Ahora sí, se cercioró de que las llamadas de atención iban dirigidas a su persona. Sin dudar lo se encaminó con determinación hacia donde lo aguardaba su desconocido anfitrión. Una vez estuvieron frente a frente, ambos esbozaron sus más amplias sonrisas.

—Buenos días, soy Maurizio. Imagino que lo habrá enviado el profesor Toscanelli para recogerme —expresó con falsa contundencia.

—Buenos días, doctor Roncalli. Sí, efectivamente, soy supervisor del equipo que está trabajando en el proyecto para el que ha sido requerida su presencia. Si no le importa podemos marchar sin más demora hacia la zona. Ya sabe que aunque Venecia es pequeña los desplazamientos siempre acarrearán dificultades inesperadas —apostilló el desconocido, con voz ronca pero muy agradable.

—Por cierto, soy el padre Luvoslav Blavatsky. Disculpe mi despiste, pero la insistencia del profesor para que saliéramos cuanto antes de la estación me ha hecho olvidar la mínima cortesía. Hay un gran revuelo después de que la noticia haya sido publicada hoy. Imagino que ya habrá leído los periódicos... Los arqueólogos, que a veces pecan de impacientes con tal de colocar su nombre en las primeras planas... —masculló, sin imaginar que Roncalli no sabía absolutamente nada de lo que le estaba hablando, entre otros motivos porque hacía apenas unos minutos que había regresado de su viaje por las estepas oníricas.

—¿Noticia? No, la verdad es que no he tenido tiempo de leer los diarios. Ha sido una noche de duro trabajo, porque estoy terminando mi próximo libro... —se apresuró a decir.

Aquel hombre ignoró su intento de justificación; tenía prisa. Sin previo aviso, cogió la maleta de Maurizio y con un gesto de la mano izquierda lo invitó a que lo acompañara.

Poco después se encontraban navegando por el Gran Canal a bordo de uno de los muchos *vaporetti* que servían de principal medio de transporte para turistas y

habitantes en la ciudad de los canales. El puente de Rialto, la casa de Byron, el palacio encantado de Casanova... Al navegar el *canalazzo* siempre miraba de soslayo la tétrica estructura del palacio Cà Dario. No le gustaba aquel edificio, y menos aún la historia maldita que parecía impregnar sus centenarias piedras. Entre sus paredes eran muchas las muertes que se habían producido, todas ellas en circunstancias extrañas; todas sin distinción de sexo o posición social. El último en caer, recordó, fue Raúl Gardini, un rico empresario de la industria química italiana que lo compró por un precio irrisorio. Según dijeron los medios, sus más allegados le advirtieron que el lugar parecía estar tomado por unas «extrañas energías» que odiaban a quienes profanaban el silencio del palacio, y que se revolían atacando a los incautos que decidían adquirirlo, sin ser conscientes de que el edificio, como un potro desbocado, se negaba una y otra vez a ser domado. El señor Gardini, tiempo después, enloqueció. Y fueron muchas las madrugadas que se agarró al teléfono con desesperación, buscando el consuelo de la voz amiga, pretendiendo con ello escapar del horror que se estaba cebando con su existencia. Muchos pensaron que había perdido la cordura; pocos, que el influjo maligno de Cà Dario estaba haciendo de las suyas y ya había marcado una muesca más en su particular salón de trofeos. Gardini se quitó la vida un frío día de invierno, descerrajándose un tiro en la sien. Los que fueron testigos del terrible suceso, advirtieron que ascendía veloz por la escalera acristalada, profiriendo gritos, con los ojos desencajados, preso de una locura que lo llevó hasta las puertas de la muerte. Y después, ciego de horror, decidió atravesarlas...

La ciudad no había perdido un ápice de esa magia que la hizo famosa ya en tiempos pasados, cuando el carnaval era la mejor de las terapias para combatir los horrores de las grandes epidemias en las que los muertos se apilaban en calles y canales. Pero Maurizio no veía más allá de lo que a finos trazos dibujaba en su cabeza; no más allá de las palabras que frente a la estación había pronunciado el padre Luvoslav.

—Doctor Roncalli, mire, sobre esa silla hay un ejemplar de *L'Estampa di Venecia*. Seguro que dice algo al respecto —anunció, pausado, sorprendido por el exagerado respingo que el arqueólogo dio para «cazar» antes que nadie aquellas hojas colocadas anárquicamente.

Maurizio, ajeno a la sorpresa inicial del sacerdote, fue pasando con voracidad las páginas del periódico.

—¡Ahí lo tiene! —exclamó.

Por unos instantes la ansiedad se empezó a apoderar de su estado de ánimo. En aquel momento el arqueólogo era consciente de que el único remedio para lograr la calma se encontraba en el interior de la botella. Pasados unos minutos, ya más relajado, suspiró profundamente y comenzó a leer.

«ROMA, marzo, 14.- Una excavación arqueológica cerca de Venecia reveló los restos de una mujer del siglo XVI con la prueba de que había sido considerada un vampiro, dicen los expertos.

»Se piensa que el extraño entierro es resultado de un ritual antiguo. Insinúa que la leyenda de las criaturas míticas que chupan sangre estaba vinculada con la ignorancia medieval acerca de cómo se propagaban las enfermedades y de lo que pasa con los cuerpos en descomposición.

El esqueleto, bien conservado, ha sido hallado en la isla de Lazaretto Nuevo, al norte de la ciudad, junto a otros cadáveres enterrados en una tumba colectiva durante una epidemia que azotó Venecia entre 1550 y 1590.

»“Los vampiros no existen, pero los estudios preliminares de los restos muestran que las personas de la época creían que sí”, afirmó el arqueólogo de la Universidad de Roma Adriano Toscanelli, que ha tomado en segunda instancia la dirección de las excavaciones, después de que su antecesor, el profesor Borromini, fuese destituido fulminantemente sin que haya trascendido el motivo del repentino cese de funciones. “Por primera vez hemos encontrado evidencia de lo que podría ser un exorcismo contra un vampiro; vampira, en este caso”.

»Los textos medievales muestran que la creencia en los vampiros era alimentada por la apariencia perturbadora de los cadáveres en descomposición.

»Durante las epidemias, a menudo se volvían a abrir las tumbas colectivas para enterrar cadáveres frescos. Los excavadores veían entonces los cuerpos enterrados previamente, hinchados, con sangre saliendo de sus bocas y con un agujero inexplicable en la mortaja que les cubría la cara.

»“Todas estas características están relacionadas con la descomposición de los cuerpos”, afirmó Toscanelli. “Pero ellos veían una persona muerta, hinchada, cubierta de sangre y con un agujero en la mortaja, y entonces decían: ‘Este tipo está vivo, ha estado bebiendo sangre y comiéndose su mortaja’. La ciencia moderna ha concluido que la hinchazón de un cadáver obedece a la acumulación de gases, y que algunos fluidos salen de la boca por los órganos en descomposición”, aseguró Toscanelli. “La mortaja pudo haber sido consumida por bacterias alojadas en la boca del cadáver”, agregó.

»Sin embargo, los textos considerados científicos en esa época enseñaban que “los comedores de mortajas” eran vampiros que se alimentaban de la tela y que hacían hechizos para propagar la plaga y aumentar el número de sus miembros.

»“Para matar a las criaturas indeseadas había que clavar una estaca en el corazón, hecho popularizado por la literatura posterior, aunque en este caso no

hemos encontrado restos de algo parecido”, finalizó Toscanelli».

Tras leer la última línea, Maurizio se mostraba aún más contrariado. Mientras el padre Luvoslav parecía disfrutar de la situación. No en vano él sí conocía los detalles del descubrimiento.

Y aquella noticia no ofrecía sino retales; y poco más...

¡D *oc! Figlio di puttana!* Has hecho un pacto con el demonio, *stronzo...*

El padre Luvoslav, nada más bajar del barco y pisar la tierra arcillosa de la isla, esbozó una mueca de desagrado. Los modales del anciano hacía tiempo que lo incomodaban, pero aquel hombre contrahecho y mal educado parecía no atender a las mínimas normas de comportamiento; por el contrario, disfrutaba haciendo del lenguaje más vulgar su herramienta de trabajo. Ante los constantes reproches del joven sacerdote, el anciano, con la voz quebrada por años de demasiados caldos, siempre altivo, susurraba entre dientes una irritante frase...

—Ve, padre, ése es el único motivo por el que no es bueno conocer tantos idiomas...

Maurizio dejó entrever que la situación le resultaba divertida. Aquel hombre de apariencia enfermiza, con su raído sombrero pegado a las canas, barba de días, y que se deslizaba, pese a su edad, como una culebra en busca de su siguiente presa, era la antítesis de lo que se suponía que un catedrático de Arqueología de la Universidad de La Sapienza de Roma debía ser.

Toscanelli nunca se caracterizó por su ortodoxia, y ello le granjeó las simpatías del alumnado, que lo veían como un genio loco a cuyas clases nadie faltaba, y las antipatías de sus colegas, que jamás entendieron sus excentricidades. Y él, que se sentía cómodo en esa tierra de nadie, donde la piqueta es la que habla y el hallazgo reafirma muchas certezas pero también destaca errores, siempre tuvo claro que la imperfecta ciencia del siglo xx debía atender a la leyenda, cuya esencia siglo tras siglo el hombre fue capaz de custodiar, porque en ella se encontraba el alma de un pasado que seguro fue muy diferente al que se nos ofrecía en las aulas universitarias.

Él, que fue capaz de orquestar la mayor campaña de excavaciones a las faldas del Vesubio, rescatando del olvido los cuerpos retorcidos que quedaron sumergidos bajo las lenguas de fuego del volcán, como si del último sacrificio a esos dioses del mundo antiguo se tratase, jamás tuvo tapujos para defender que en algún lugar de Italia, de Francia, o de la España mesetaria se hallaban los objetos sagrados del Templo de Jerusalén, porque así lo mostraban los frisos del arco de la vieja ciudad romana, el de las «Siete Luminarias»; mitos en un mundo demasiado ortodoxo para soñadores como él.

Sea como fuere, las décadas de trabajo y su más que evidente carisma llamaron la atención de algunos miembros de la curia, que sabedores de sus, pese a todo, profundas creencias decidieron confiar en él y en su discreción cuando se producía

algún hallazgo «fuera de lo común». No en vano, fue el único arqueólogo al que se le permitió realizar un inventario de las sepulturas que se encontraban en las Catacumbas de Roma, allí donde fueron enterrados los primeros cristianos, pontífices incluidos, y que durante siglos eran oscuro reducto de maleantes y húmedo hogar de quienes apenas si tenían dientes para comer. En este submundo de más de ciento cincuenta kilómetros de galerías el viejo profesor estuvo más de dos décadas, anunciando los descubrimientos que habían pasado por el tamiz de la Santa Sede, y guardando en el cuarto de los secretos aquellos otros que podrían resultar dañinos para la fe. Porque en aquel tiempo primigenio lo pagano y lo cristiano se fundían en una armonía hermosa, casi mágica... Nunca contó a sus allegados por qué fue suspendido cuando se encontraba estudiando las catacumbas de San Calixto, una de las sesenta que conformaban el subsuelo de la Ciudad Eterna; nunca quiso hablar de ello...

—¡Mauri! ¿Cómo está Donnatella...? Dios, qué mujer. No es una pregunta, es una afirmación, y no te la mereces, siempre lo he dicho... —afirmó el viejo mientras asentía con la cabeza una y otra vez pretendiendo con ello dar más peso a su idea, mientras el padre Luvoslav, una vez más, carraspeaba incómodo ante la lascivia evidente del arqueólogo.

Sintió tristeza al pensar en la expresión de su amada al regresar al hogar y comprobar que él, una vez más, había salido por la puerta de atrás, como si no deseara enfrentarse a su presente. Un presente que hoy cumplía un lustro de sentimientos encontrados...

Tras extraer su cámara fotográfica de la bolsa de piel alzó la mirada. En Venecia la luz tenía otra cadencia; el cielo era más azul y los colores más intensos.

—Doc, acompáñame... —ordenó Toscanelli, quebrando así los pensamientos del arqueólogo—. Aunque la isla es pequeña, aún tenemos que caminar unos minutos hasta llegar a la fosa. Es uno de los lugares más apartados de la laguna, por lo que no tenemos miradas curiosas encima de nosotros todo el día. Piensa que lo poco que ha trascendido ya ha servido para generar grandes titulares... —continuó con un marcado tono de pesadumbre que no resultaba creíble; no en vano él era el responsable de la situación creada después de la avalancha informativa inicial, y había tenido que dar, a pesar de las reticencias de sus superiores, más datos a la prensa.

Cinco... tal vez diez minutos después, frente a ellos se levantaba una iglesia semiderruida, la de San Marcelo, según pudo saber después. Y tras la misma, los técnicos habían montado una carpa de unos treinta metros cuadrados, bajo la cual se adivinaba mucho movimiento. Maurizio agarró con fuerza el objetivo de la Nikon, y observó los movimientos de su mentor. Estaba visiblemente nervioso; más de lo

habitual, y no desviaba la mirada de la entrada a la carpa, con la precaución del que realiza el camino por primera vez. A unos metros de distancia, el padre Luvoslav ocultaba su boca con la mano izquierda mientras mantenía una acalorada conversación telefónica que, era evidente, prefería no compartir. Al sentirse observado por Maurizio, alzó la derecha con el aparato entre las manos e hizo un gesto para que continuara sin él. Le hizo caso. Toscanelli ya se encontraba en el interior, pero mantenía la pierna derecha fuera, intentando con ello que la portezuela de plástico permaneciera abierta, y que de este modo quienes venían tras él pudiesen acceder al lugar. Maurizio no lo dudó; con paso firme apartó la cortina que se descolgaba al otro lado del plástico y abrió los ojos... Frente a él, al menos veinte personas se afanaban en remover la tierra a algo más de dos metros por debajo del nivel en el que se encontraban. El viejo profesor ya estaba a pie de excavación, indicando a una muchacha muy joven, seguramente una de las becarias que tiempo atrás le hicieron perder el poco prestigio que le quedaba, que tuviera cuidado. Primero retirar la tierra; después, limpiar con la brocha... Un paso en falso podía eliminar pistas de indudable valor documental a la hora de encadenar este inmenso puzle que regresaba del pasado; pero no de un pasado cualquiera... Al otro lado estaba la mesa de trabajo. Toscanelli disfrutaba manipulando la información que le iba llegando en el mismo lugar donde se producían los hallazgos. La tierra negra de la isla manchaba mapas, documentos, apuntes... pero a él le daba igual. Era parte de la parafernalia con la que se vestía una vez abandonaba las aulas de la universidad; era, en suma, la única manera que tenía de sentirse arqueólogo, de comprobar que seguía vivo.

—Doc, ven aquí —lo llamó con firmeza—. Los datos que tenemos hasta ahora no aportan demasiado. Sabemos que esta isla fue el último reducto de apestados que hubo en Venecia, y pensamos que en la fosa que hemos encontrado podría haber un grupo de enfermos que fueron enterrados incluso antes de morir, por miedo a que la epidemia se reprodujese de nuevo. Lo que no entendemos es que se les concediese la gracia de ser sepultados en tierra sagrada. Aún estamos dentro de los dominios de la iglesia...

Maurizio se secó el sudor de la frente. Llevaba varios días sin probar gota, y en momentos así la ansiedad le reseca la garganta. Pero aquello era extraño, tanto como para olvidar por unos instantes que el ansia desaparecía una vez mojaba su boca con el primer trago...

—No sé profesor... —se apresuró a decir.

Toscanelli lo miró con vehemencia.

—Para eso te hemos traído, Doc, para que nos ayudes a comprender —le espetó.

Maurizio, venciendo esa ansiedad tan familiar, que poco a poco iba tomando sus pensamientos como la nube de una tormenta, se apresuró a replicar.

—Como bien sabe, profesor, los últimos guetos de apestados fueron ubicados muy lejos de aquí, en Poveglia, ésa a la que llaman «la isla de los Muertos». Si bien es cierto que allí fueron llevados los restos de algunos, y de muchos que aún no lo estaban, no menos lo es que la consigna era no dejar huellas de las barbaridades que cometían. Poveglia es un triste ejemplo de ello. No sé si sabe que el nivel de la tierra de la isla creció con las pestes que asolaron Venecia en los siglos XIV, XVI y XVIII, porque los cuerpos de los enfermos, hinchados a causa del virus, fueron quemados en gigantescas piras, que sirvieron para dar rienda suelta a la imaginación y para que la leyenda comenzara a caminar libremente; lugares como ése quedaron malditos para siempre. Y ya de paso, para acabar con unos virus que parecían proceder, dada su resistencia, del mismísimo infierno —concluyó.

Adriano Toscanelli miraba atentamente a su pupilo. Cuando años atrás se fijó en él tenía motivos para ello; era sagaz, extraordinariamente escéptico y con unas ganas de aprender que rápidamente lo hicieron destacar sobre todos los demás. Por eso apostó por él; por eso se encontraba allí en esos instantes.

Maurizio permanecía en silencio, aguardando a que su ya anciano profesor le explicase el porqué de la llamada. Pero éste únicamente lo miraba... Él disponía de la escasa información que minutos antes había leído en el periódico, pero no quería adelantarse. Toscanelli disfrutaba manteniendo la tensión hasta el final, siendo él mismo el que encendía después los fuegos de artificio.

—¡Exacto! —murmuró sin apenas mover la comisura de los labios—. Si hubiéramos dado con una fosa de apestados ahora no estaríamos desenterrando cuerpos, sino alguna que otra baratija, algún objeto de metal, y posiblemente dientes, que ésos no hay quien los queme. Pero lo que aquí hay son cuerpos; algunos de ellos enteros. Y en la galería, ¡hummm! —suspiró, señalando con su índice derecho el rincón más recóndito del yacimiento, que permanecía cubierto a su vez por una fina lona de color blanco perla.

En aquel instante recordó que los medios hablaban de vampiros, de un extraño ritual que se llevó a cabo para acabar con la vida, si es que se podía definir como tal, de estas criaturas poco terrenales. Durante su etapa universitaria, Maurizio había leído los estudios realizados por varios médicos forenses sobre la influencia que en el pasado, y en las leyendas que se generaron siglos atrás, tuvo el desconocimiento de enfermedades como la rabia o la porfiria, que con los años serían descubiertas y que en esos tiempos de superstición, al no saber a qué se enfrentaban, convertían en auténticos monstruos de los infiernos a quienes las padecían, hasta el punto de que durante siglos se creyó que los enfermos no eran sino los cuerpos sin alma de quienes ya habían muerto, una carcasa tomada por esos demonios que regresaban para extraer la sangre de los vivos. De este modo, además, contribuían a la propagación de enfermedades a las que no les hacía falta medio alguno para extenderse, tales como la

peste, el cólera o el tifus. Pero eran precisamente eso: supersticiones del pasado que hacía tiempo se habían demostrado falsas, parte de las dolencias físicas de la humanidad que nada tenían que ver con las espirituales. Ahora bien, ¿qué relación existía entre el descubrimiento de su maestro con la peste o los vampiros? Era un cóctel que no combinaba demasiado bien...

—Vamos hacia allí... —murmuró el veterano arqueólogo.

Desde que lo conoció en las clases para rezagados de la que, ironías de la vida, acabaría siendo su especialidad, la asignatura de arqueología medieval y posmedieval, siempre había destacado la energía con la que aquel hombrecillo intentaba transmitir su mensaje, fuesen simples apuntes de clase o el último proyecto en el que andaba metido. Pero en ese instante, por primera vez, había percibido el cansancio. Toscanelli se apoyó con las dos manos en la mesa, apenas un tablón sobre dos caballetes oxidados, como si quisiera mostrar el peso de una vida azarosa y poco transparente.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Maurizio con evidente preocupación.

El profesor, alzando una vez más sus pequeños ojos grises, protegidos por la suciedad de las gruesas lentes, afirmó con la cabeza, y seguidamente lo invitó a proseguir la ruta.

—En este sector hemos encontrado algunos restos óseos; perros casi todos, y también algún que otro fémur humano. Pero poco más. Además, casi todos se corresponden a enterramientos relativamente recientes. De los siglos xvii y xviii. Lo más interesante se encuentra allí —advirtió, señalando con su huesudo índice el extremo más alejado de la entrada mientras continuaba andando con paso lento, muy lento.

Avanzaban despacio; la mala calidad de la tierra, arcillosa y húmeda al punto de que constantemente se producían pequeños desprendimientos, no permitía ir con prisa; aunque tampoco la tenían. Al llegar junto al gran recubrimiento textil, el profesor agarró con fuerza un extremo de la lona que estaba sujeto por una voluminosa piedra y, tirando fuerte del mismo, dejó al descubierto una oquedad que se introducía varios metros más abajo. De no ser por la débil luz que procedía del interior, podría pensarse que se trataba de un aljibe, ya que en la parte superior habían quebrado un arco de ladrillo rojo para permitir el acceso. Pero aquello era otra cosa. Alguien se había esforzado demasiado para que esta parte de la fosa permaneciese oculta, protegida por toneladas de argamasa, piedra y restos óseos, como si de esta forma quisieran sellar una pesadilla.

—Pasa, Doc, pasa... Los techos de la bóveda ya han sido apuntalados y el pasillo descendente está mal iluminado, pero al menos se ve —explicó el anciano, cuyas facciones parecían ajarse aún más conforme se introducía en este reino de sombras.

Encorvado para no rozar con su viejo sombrero la techumbre, de la que se

desprendían restos de escoria mezclados con las omnipresentes telas de las arañas, parecía aquel guardián del calabozo que dedicaba su vida y esfuerzo a asustar a los más pequeños en las atracciones de las ferias. Su aspecto era decadente, el producto de una vida dedicada no sabía muy bien a qué.

Maurizio dio un paso atrás. Su ojo derecho empezó a temblar; era el tic que lo avisaba cuando la peor de sus fobias se disponía a manifestarse. Tenía pánico a los espacios cerrados, más aún si éstos se introducían en las entrañas de la tierra, y a la oscuridad; él, todo un arqueólogo consagrado. Un escollo demasiado molesto para alguien que aspiraba a realizar grandes excavaciones. Y Toscanelli, que sabía de algunos de sus miedos, le agarró la mano con firmeza, como el lazarillo en el que el ciego confía sobre todas las cosas. Maurizio asintió; después suspiró, y siguió andando. Porque su miedo era mucho más complejo que un simple espacio cerrado... Más de lo que Toscanelli imaginaba.

Conforme fueron descendiendo al interior de la tierra, el agua comenzó a filtrarse por las grietas de las paredes, recordando que se hallaban por debajo del nivel de la laguna. La humedad se estaba haciendo insoportable, pero no era ese olor el que distorsionaba sus sentidos. Allí olía a muerte, a muerte de siglos, una esencia que conocía sobradamente.

—¡Cuidado! El último escalón está cubierto de lodo y es muy resbaladizo —le advirtió el profesor Toscanelli mientras movía ambas manos arriba y abajo, desvelando así el motivo de su incipiente cojera.

Enfilaron un largo corredor que parecía desembocar en una estancia. El suelo estaba sembrado de agujeros, pero era firme. Había sido realizado a conciencia para que quienes lo atravesasen, impunes a ojos curiosos y protegidos por las sombras de la galería, lo hiciesen con cierta comodidad.

Maurizio abrió los ojos tanto como pudo. Hacía años que no sentía ese latigazo en el estómago; la apetecible tensión que precedía al hallazgo. La ilusión desbordante de los primeros tiempos había dado paso a una apatía incómoda, que a sus treinta y ocho años ya era seña de identidad. Y sin embargo... se sentía vivo, otra vez, y esa sensación le gustaba, pese a que la presión de la piedra comenzaba a hacer mella. El profesor Toscanelli, que interpretaba el lenguaje corporal con exquisita perfección, sin romper el sonido de los pasos hundiéndose en el lodo, apretó el botón de la linterna que lo acompañaba desde hacía décadas, y un haz de luz suave iluminó el fondo del túnel abovedado. Miles de pequeñas motas de humedad destellaron, provocando una ilusoria sensación en la que extrañas siluetas parecían caminar frente a ellos. Maurizio suspiró profundamente y, al igual que su mentor, aceleró el paso. A apenas cincuenta metros el pasillo parecía llegar a su fin, y la escasa luz artificial que emergía del interior de la oscuridad daba a entender que se trataba de una estancia más grande. Toscanelli, unos metros más adelante, parecía estar imbuido en un misterioso

trance; no hablaba, y sus pasos cada vez eran más rápidos, como si tuviera prisa por llegar al final; como si sintiese que decenas de ojos lo observaban, invitándolo a regresar por el camino que acababan de recorrer. El profesor atravesó el umbral de la estancia, y Maurizio, con paso firme, hizo lo mismo. Demasiado firme, ya que en el instante en que se disponía a escudriñar el interior de la nueva habitación tropezó con un grueso cable, provocando un gran chispazo...

—¡Dios! He pisado el cable de la luz. Profesor, no veo las uniones. Por favor, alúmbreme con la linterna —le pidió, mientras se agachaba para comprobar la dimensión de la avería.

Pero Toscanelli no abrió la boca. Se limitó a apagar la linterna...

—Profesor, ¿qué demonios hace? Aquí hay demasiada humedad, y si no volvemos a unir los cables nos puede dar una descarga. ¿Es que se ha olvidado de su marcapasos? —le recordó, esta vez con evidente malestar.

No era capaz de ver nada. La negrura se había adueñado del entorno, y los sonidos del interior de la tierra parecían multiplicarse, aumentando su volumen. El lugar estaba ejerciendo una influencia en él que conocía a la perfección: el miedo a la oscuridad, el ahogo que provocaba no tener el control de la situación.

—Profesor, ¡déjese de bromas! —gritó, consciente de que el pánico se apoderaba por momentos de su razón.

Palpando las paredes intentó avanzar hacia la sala. Aquello era asqueroso: barro, líquenes, algún bichejo... o lo que quedaba de él. Tenía la sensación de estar palpando el interior de un cadáver, y esa imagen le resultó sobrecogedora. No olvidaba dónde se encontraba...

Tras caminar dos o tres metros, con las manos recorriendo la irregular superficie de ambas paredes, accedió a la estancia. Las gotas resonaban con fuerza al caer al suelo, y el sonido de éstas anunciaba que frente a él había una importante masa de agua. Intuía que la estancia era grande, porque el eco de sus movimientos era poderoso. A lo lejos, desde el otro extremo de la galería, percibió los pasos de alguien que se aproximaba, muy despacio, apoyando los hombros contra el frío muro. Su respiración denotaba que, fuera quien fuese, estaba muy cansado, como el anciano que agota su vida subiendo el último escalón. La respiración, en las entrañas de la oscuridad, era el reflejo de la angustia de quien se halla sufriendo los estertores de la muerte. Y ese pensamiento quebró completamente el ánimo de Maurizio, que comprendiendo que ya no estaba siendo el estúpido protagonista de ninguna broma, comenzó a gritar...

—¡Por favor! ¡Que alguien baje a ayudarnos! ¡Hemos sufrido una avería y nos encontramos completamente a oscuras! ¡El profesor... creo que ha sufrido un infarto!

Sus palabras destilaban desesperación, más aún al comprobar que tras el eco de su propia voz, los pasos cansados, la respiración forzada, la presencia de alguien... se

hallaba a apenas dos metros de él. Y así, sin miedo a la vergüenza, pues el pánico atenazaba su conciencia, se acurrucó en el suelo, agachándose e introduciendo la cabeza entre las piernas. Sus miedos habían encontrado una grieta por la que salir al exterior; ya no era él...

—No, por favor, no... otra vez no —sollozó como un niño que acaba de revivir un trauma.

—No otra vez, ¿qué?

—La voz, ronca y firme, se coló sin previo aviso por su oído derecho, haciendo que Maurizio se incorporara como un resorte y que de igual modo golpeará con fuerza a aquél que había hablado. El hombre cayó violentamente al suelo, y un gruñido profundo desveló que se encontraba herido. El miedo había mutado; ahora sentía una rabia infinita contra quien lo había trasladado a otro tiempo; un tiempo que extirpó con el dolor de una muela que es arrancada sin anestesia, porque tal era la única manera de hacerlo. Buscaba entre la oscuridad, golpeando con ambas manos la humedad que flotaba en el aire.

—Doc, soy yo... —gimió la voz desde el suelo—. Sólo quería que percibieses los olores, los sonidos de este lugar, sin ninguna interferencia. Que escuchases los silencios de la muerte... —se disculpó mientras balanceaba compulsivamente la linterna, que parecía haber quedado dañada por la caída.

Al fin se encendió. Los tobillos de Maurizio quedaron iluminados. Moviéndolo lentamente la cabeza comprobó que sus pantalones estaban cubiertos de barro. Tras él se encontraba el profesor, con un fuerte golpe en la nariz, pero Maurizio no parecía atender a sus quejidos. No, porque frente a él, apenas iluminado por el haz de luz de la linterna, entre las sombras de su propia silueta, había un gran agujero en la pared. Se apartó. La luz, liberada de barreras, alumbró la oscuridad. Allí, observando la escena desde sus órbitas vacías, había una mujer con las ropas casi deshechas; más bien sus restos, colocados con sumo escrúpulo en el interior de un nicho. Y en su boca, rompiendo la dentadura y desencajando la mandíbula, un enorme ladrillo aparecía como esa prueba que jamás se desea encontrar, la que demostraba que los autores de tamaña brutalidad se habían ensañado con la fallecida... Alrededor de la muerta, que parecía elevar su rostro desde las profundidades de la que era su última morada, como si del marco de un siniestro cuadro se tratase, los símbolos de la cruz rodeaban su cuerpo, toscamente modelados sobre la superficie.

Maurizio entornó los ojos, pretendiendo con ello apreciar al detalle lo que allí se ocultaba. Y fue entonces cuando logró ver; y fue entonces cuando una taquicardia desbocó su corazón y, preso de su tenaza, cayó de rodillas.

Y fue entonces cuando perdió el conocimiento y soñó con el pasado... con su pasado.

Octubre de 1978

La puerta se abrió violentamente. Un hedor insoportable inundó la pequeña sala, que permanecía sumida entre penumbras. Sentado en una vieja silla de madera, el muchacho abrió los ojos como el ratón que aguarda la llegada del ave rapaz, ávida por saborear su sangre. Frente a él, varios cuadros de santos colgaban desordenadamente en las paredes, intentando ocultar los desconchones de la vivienda. Su madre, una mujer que en tiempos fue objeto del deseo silencioso de todos los muchachos de Radda, el lejano pueblo que se encaramaba en las alturas de la Toscana, ya no inspiraba fantasías onanistas; su belleza se había marchitado como las flores del cementerio, y su mirada se perdía hacia ese infinito donde únicamente la desesperación es capaz de llegar.

Con serenidad, pese a que la situación no invitaba demasiado a ello, se dirigió al pequeño:

—Ésa es santa Catalina, que evita la muerte súbita —aseguró, señalando con su tembloroso índice la estampa amarillenta que se ubicaba sobre la cómoda.

El muchacho salió de su ensoñación y volvió la cabeza en la dirección que indicaba la madre.

—Ése es san Campio, el destructor de todos los demonios, el que libera nuestras almas de la tentación y de la garra del mal; y a su lado está san Cipriano, el que maneja todas las magias, las buenas y las malas...

Su voz, susurrante y deliciosa, no era capaz de ocultar el cansancio de demasiados años de combate; porque no hay nada más difícil que luchar contra una creencia, y ella, convencida de que el mal que la aquejaba tenía nombre y muchos apellidos, había puesto todos los medios a su alcance para terminar con el enemigo... sin lograrlo. Hubiera podido vivir con ello, volviendo la cabeza hacia otro lado cuando fuese necesario, pero no estaba dispuesta a permitir que el mal acosase a su tesoro máspreciado, el pequeño que con la mirada clavada en la puerta que se acababa de abrir trajo alegría a una existencia plagada de tribulaciones.

Al otro lado del umbral se apreciaba una nueva estancia. La luz mortecina de unas pequeñas velas iluminaba tenuemente la escena que se estaba desarrollando en su interior. El pequeño tensó los músculos. Un desagradable jadeo, acompañado del fuerte olor a una sustancia que desconocía, se fue apoderando de su conciencia. El

sonido cada vez se hacía más evidente, más cercano, y él, por momentos, se evadía de la triste realidad que lo rondaba cada día, dejándose llevar por ese jadeo hipnótico.

Pero aquel olor... una náusea, después otra, y otra más... Se encontraba al borde del vómito cuando, con un respingo, volvió bruscamente la cabeza hacia el lado derecho, allí donde se encontraba santa Catalina. Pero ésta ya no estaba. Una negrura antinatural se apoderaba lentamente del entorno, como si allí donde hubo cuadros y muebles deteriorados, ahora un agujero negro lo estuviese devorando todo.

El muchacho abrió los ojos tanto como le fue posible, intentado con ello demostrarse a sí mismo que sus percepciones no eran erróneas, que aquel rincón de la estancia estaba desapareciendo. Pero a veces los ojos no son capaces de interpretar lo que se halla a apenas unos centímetros; porque no es el iris el que percibe, sino nuestra mente la que moldea la realidad. De lo contrario habría sido consciente de que se encontraba ante su destino, casi tan negro como la extraña presencia que poco a poco se iba aproximando hasta donde él estaba. Buscando la protección de su madre, la agarró con fuerza, despertando en la mujer viejos temores que permanecían tan vivos como el primer día; el día que un hombre de tez pálida y espesas barbas le aseguró que estaba siendo poseída por el mismísimo señor de los avernos. El mal se había adueñado de su ser durante su corta estancia en la población serbia de Tapolca, junto al lago Balaton.

Tras una vida demasiado precoz, de pocos años pero vividos con la intensidad de que cada uno de ellos fuera a ser último, había entrado en una espiral de desgracia que parecía cebarse con ella y los suyos. Las noches eran largas, y quienes las habitaban parecían encontrarse cómodos en su compañía. Pero ella intuía que algo iba mal... Y fue entonces cuando acudió al consejo de la curandera, la madre Belén, una mujer capaz de ver lo que otros apenas intuyen. Fue la anciana mujer quien advirtió su extraña dolencia, tan antigua como la misma humanidad, tan letal como el oxígeno que nos permite vivir, pero que igualmente nos envenena...

Y así, tras más de una década de hacer quiebras a un destino que todos eran capaces de leer y ninguno de solucionar, cayó en manos de Vania, una misteriosa bruja polaca de la que decían tenía el don de la nigromancia. Hablaba con los muertos para guiarlos en el camino correcto, pero no todos querían seguir sus indicaciones...

Su cuerpo era objeto de deseo, y ella disfrutaba al pensarlo, y al demostrarlo. Por eso jamás supo cuál de aquellos jóvenes inmaduros fue el padre. Tampoco le importó; al fin había descubierto que su vida, plena de momentos antagónicos, tenía un sentido. Sólo uno, pero tan grande que no le hacía falta nada más. Así, cuando nació él la tormenta amainó, al menos por unos años. Pocos, todo sea dicho.

Cuando el muchacho cumplió los siete, una fría mañana de noviembre ella despertó temprano, pisando el suelo de la vieja casa con delicadeza para no molestar a su vástago. Hacía días que, cuando la tarde caía y él aún permanecía jugando en el

colegio, disfrutaba preparando la fiesta de su amado. Ya era todo un hombrecito. Al recorrer el largo pasillo que atravesaba de un extremo a otro la casa, apenas iluminado por una bombilla que no cesaba de parpadear, pasó junto a su alcoba. La puerta permanecía entornada, lo suficiente para percibir que su hijo estaba plácidamente dormido. No pudo evitarlo; la empujó con sumo cuidado, se introdujo en el interior de la estancia y se acercó en silencio hasta los pies de la cama. Era el significado de su existencia. Aún recordaba que siendo niño el pequeño era acosado por horribles monstruos, ésos que únicamente habitan en los terrores nocturnos de nuestra infancia. En esos instantes, con paso titubeante, caminaba hasta su cama, y como el cachorro que busca consuelo en los brazos de la madre, se introducía entre las sábanas hasta acomodarse, protegido por aquélla a quien más quería. El día que dejó de hacerlo, que los pequeños pasos dejaron de oírse, ella supo que ya nada volvería a ser igual.

Así, sin evadirse de unos pensamientos que le permitían estar en paz, no dudó a la hora de acercar sus labios a las mejillas del niño. Con amor infinito lo besó, oliendo la suavidad de su piel infantil, paladeando cada segundo, retirando la cabeza y tapando con la gruesa manta su frágil cuerpecito. Estaba sudando; demasiado. Ésa era al menos la sensación que le había quedado tras aproximarse al muchacho, porque sus labios, carnosos y bien perfilados, estaban humedecidos. Lentamente pasó la mano derecha por su boca... El espanto se hizo presente. Al observar sus delicadas falanges se percató de que un rastro de pecado había tintado sus dedos. Abrió la puerta, esta vez dejando atrás el recato inicial, y tras observar aterrada sus manos y comprobar que estaban manchadas de sangre, entró nuevamente en la estancia y encendió la luz.

—¡Dios mío! Pero ¿quién ha hecho esto? —gritó mientras se abalanzaba sobre el cuerpo maltrecho del niño, que yacía sobre la cama en mitad de un charco de tonos púrpura.

Incapaz de articular sonido alguno, desesperada, comenzó a recorrer la habitación, buscando al causante de tanto dolor, deseando encontrar a aquél que había aprovechado las sombras de la noche para cometer el más horrendo de los actos: atacar a un niño... Y sólo vio más horror: las paredes estaban manchadas de arriba abajo con la sangre del pequeño... No podía aguardar más. Los demonios del pasado habían regresado buscando venganza, y ella no poseía las armas necesarias para entrar en batalla; al menos para defender a su niño, porque el enemigo estaba demasiado cerca. De hecho se encontraba en su propio interior... Por eso se mantuvo en silencio cuando, gracias a Vania, logró salvarlo. No podía denunciar el hecho, porque la única culpable era ella misma y se arriesgaba a perderlo. ¿Cómo explicarlo...?

Volvió en sí. La mancha negra cesó su avance y un humo espeso y desagradable lo inundó todo. Él, acostumbrado a permanecer atento, aguardó sentado con la mirada puesta en la enigmática neblina. Fue entonces cuando ella lo llamó.

—Ven muchacho, acompáñame. No tengas miedo...

La voz, autoritaria, retumbó entre las ruinosas paredes de adobe. Era necesario algo más que una orden para que decidiera acompañar a su invisible anfitriona al interior de la estancia contigua. Algo como la mano firme de su madre, que agarrándolo con fuerza por la muñeca izquierda lo arrastró siguiendo las pautas que la voz sin rostro iba marcando. Al acceder a la habitación, sumidos en la más desasosegante de las penumbras, él comenzó a temblar, aguardando a que en cualquier momento una mano fría y fuerte se posase sobre sus hombros y lo arrastrase al peor de los infiernos. Cerró los ojos y, apretando los párpados con fuerza, comenzó a rezar...

—Padre nuestro que estás en los cielos... —Conforme avanzaba el rezo, una luz muy débil comenzó a cobrar fuerza en un rincón de la habitación—. Santificado tu nombre por siempre sea... —El chico fijó sus ojos en la extraña luminosidad que parecía engordar por momentos—. Venga a nosotros tu Reino...

La llama, si es que de eso se trataba, crecía cada vez más rápido, dejando entrever que tras la misma había alguien. Comenzó a desesperarse. El pánico impide que el cuerpo reaccione ante las situaciones extremas, y en aquel momento no era capaz de controlarlo; estaba paralizado, protagonista indiscutible de una aterradora pesadilla.

—Mamá, vámonos... —murmuró, dejando escapar un silencioso sollozo, pues en esos instantes ya era consciente de que la voluntad de su amada madre era controlada por la entidad que, poco a poco, iba adquiriendo forma detrás de la, ahora sí, potente luz.

Era una mujer de cincuenta años, más o menos, con el cabello, endrino, salvaje como la liana de la ayahuasca que cuelga entre la maraña. Vestía de blanco impoluto, y parecía estar incorporándose, lentamente, como si fuese parte de un ritual que su mente infantil no era capaz de interpretar. Un nuevo espasmo lo hizo temblar. No quiso seguir mirando por miedo a que aquella presencia, como el basilisco de la mitología clásica, lo acabara petrificando con la mirada. En realidad no hacía falta, porque esa tarde el miedo podía más que cualquier mirada.

Se volvió. Su tez, tan pálida como el marfil, desprendía un halo de maldad, y sus ojos, negros y profundos, se clavaron en el muchacho. El frío, o más bien una gélida mano sobrenatural, recorrió su espalda. La madre, sumida en un estado de desesperante trance, observó complacida los movimientos de la misteriosa inquilina de aquel reino de sombras, y sin mediar palabra avanzó lentamente hacia ella. El joven se revolvió como un zorro atrapado entre los dientes del cepo oxidado, capaz de arrancarse la pata a mordiscos antes que caer entre las manos de su captor. Y

gritó... pero no le sirvió de nada. Inesperadamente, detrás de él aparecieron dos hombres fornidos que, sin mediar palabra, lo agarraron con violencia, tapando su boca. La enorme mano del agresor no dejaba que el aire entrara en sus pulmones y sintió que perdía la consciencia. Su madre, que debía de estar ya muy lejos de allí, permanecía erguida, en silencio, sin mover un solo músculo... ni tan siquiera para socorrer a su pequeño. Y entonces se desencadenó el horror; los sicarios de la curandera inmovilizaron al niño y poco después hicieron lo mismo con la bella madre. Pero ésta no se resistió; los miraba con cierta tristeza, como si algo en su interior peleara por despertar, por salir de la cárcel en la que estaba atrapada.

La desagradable anfitriona, como si flotara sobre el frío cemento de la estancia, se aproximó hasta ellos. Era el mal en esencia, y el muchacho por vez primera tuvo la certeza de que se enfrentaba a su final, hasta el punto de que su cuerpo decidió evacuar lo que de nocivo pudiera haber en él. Porque su rostro, el de aquella que le habría de crear el peor de los traumas, comenzó a envejecer, a cuartearse en ondas infinitas que dieron a su agrietada faz un aspecto aterrador. Con los años quiso pensar que era efecto de las luces oscilantes que había en el rincón de la habitación, y de la extraña influencia hipnótica que despertaba, aparentemente, en todos los presentes. Cerró los ojos con fuerza, en un intento por transportarse a un lugar mejor, pero únicamente contribuyó a potenciar otros sentidos, y entonces oyó...

—*Tenebrae Dominus et filium ancillæ tuæ, recedens a corpore, virtute dedisti me.*
¡Sal fuera!

La voz, grave como el trueno de la tormenta, recorrió la estancia. El pequeño entreabrió los ojos y pudo apreciar cómo la extraña mujer elevaba su cabeza a los cielos, en actitud de súplica, y acto seguido se dirigía a su madre, como si la voz del mismísimo señor del mal saliese de entre sus fauces. Pero el mal no estaba en ella; se encontraba más cerca de lo que jamás llegó a intuir...

—¡Despierta! —gritó.

En ese instante la madre descorrió el velo invisible que la alejaba de la realidad, y al ser consciente de lo que estaba ocurriendo comenzó a gritar. Pero ya era tarde... Como si una entidad maligna agarrara el alma de la desgraciada, posiblemente porque el horror se manifiesta de múltiples formas, empezó a llorar, a convulsionarse, a expulsar espumarajos por su generosa boca, lanzando dentelladas a diestro y siniestro, confirmando a los presentes que era presa de una realidad demasiado oscura como para tan siquiera nombrarla.

—¡Está poseída! ¡Y él también! —afirmó, dirigiendo una vez más su mirada al muchacho.

No podía hacer nada. Y su madre, que fue consciente del enorme error que había cometido, con los ojos desenchajados le habló por última vez.

—¡Corre, por Dios! Corre, hijo mío. Salva tu vida...

Empezó a convulsionar, en un intento por enfrentarse a ese destino negro en el que siempre hay que creer. Pero las ataduras eran firmes...

Segundos después la hechicera, o lo que demonios fuera, cogió entre sus manos un cáliz. En su interior se apreciaba un espeso líquido cuyo penetrante olor no tardó en apoderarse de la estancia. Forzando a la joven mujer para que abriera la boca, la obligaron una y otra vez a que ingiriese el brebaje. Los ojos se le transformaron, y en su lugar un gran coágulo de sangre impidió que viese lo que estaba a punto de ocurrirle.

Los hombres que ayudaban a la oficiante comenzaron a entonar unos extraños cánticos, y ella, llevada por la siniestra melodía, extrajo un objeto cuadrado del interior de una urna de plata que, ahora sí, se encontraba en el mismo rincón donde minutos antes se hallaba la misteriosa luminosidad.

Y pese a la oscuridad, el niño aún tuvo tiempo de apreciar que aquellos salvajes, con gran violencia, introducían en la boca de su querida madre el desconocido objeto. Ella apenas si ofreció resistencia; fuera lo que fuese que le habían obligado a beber, la estaba reventando por dentro, pero aún tuvo tiempo para dirigir su ciega mirada hacia su pequeño, al que extendió su mano derecha intentando llevarse al otro mundo esa última caricia.

Las puertas se abrieron violentamente y dos hombres más entraron en la estancia. Pero éstos nada tenían que ver con quienes participaban en el ritual. Eran miembros de la Policía Republicana, que avisados por un vecino alarmado por los gritos que salían del interior de la casa, decidió enfrentarse a sus propios miedos y llamar a los agentes.

No ofrecieron resistencia; era como si supiesen que nada les podía pasar. Tenían demasiada fe en Dios, pero sobre todo en el poder que representaban sus alzacuellos...

Al encender la luz, la escena provocó el vómito de uno de los policías. Los tres salvajes permanecían postrados contra la pared, mientras la bruja miraba fijamente al muchacho esbozando una leve sonrisa. Era el mismísimo diablo. Y su madre, con la cabeza caída hacia atrás, estaba cubierta por un líquido verdoso que salía de su boca, que había sido rasgada por sus comisuras para que el ladrillo que tenía en su interior entrase prácticamente entero...

Uno de los policías, atento al horror del que el pequeño estaba siendo testigo, lo agarró por los hombros y lo llevó al exterior. Fue la última vez que vio a su madre; las lágrimas resbalaron por sus mejillas, y ese dolor para el que no existe consuelo se extendió rápido por todo su pequeño ser...

—¿Cómo te llamas? ¿Tienes familia? —le preguntó un hombre rubio de grandes ojos azules.

El muchacho lo miró sin poder contener las lágrimas, y nuevamente, en silencio,

agachó la cabeza. Aún estaba temblando.

—Muchacho, ¿cómo te llamas? Si nos lo dices podremos llamar a tu padre, o a algún familiar —reiteró el agente, esta vez algo más imperativo.

El niño, intentando contener su tristeza, alzó el rostro.

—Me llamo... Maurizio... Maurizio Roncalli... —balbuceó.

Durante años, la imagen de su madre moribunda apareció en sus largas noches de pesadillas, e intentó hallar el porqué de un rito que no era capaz de interpretar. Fue así como descubrió que, en otro tiempo, en algunos países del este de Europa, de donde era nativa la curandera, se realizaban esas prácticas.

El demonio hacía uso de métodos brutales, y para luchar contra él la brutalidad debía estar equilibrada...

Desperta, mi corazón, despierta...

La voz, susurrante, extremadamente dulce, lo hizo regresar. Esa voz... Era la de su madre; inconfundible, porque nunca nadie le había hablado con tanto amor. Estaba desconcertado, postrado sobre la plataforma que permitía el acceso al yacimiento con una manta térmica cubriendo su cuerpo. Pero frente a él no se hallaba ella. El profesor Toscanelli lo observaba en silencio, dejando caer sobre su rostro el peso de sus pobladas cejas.

—Muchacho, ¿estás bien? —preguntó el anciano, visiblemente alarmado—. Te hemos tenido que sacar al exterior para que te diera el aire. Te has caído redondo frente a la tumba de la vampira. Una lipotimia, sin duda... —murmuró.

A continuación, dejando entrever sus amarillentos dientes, le ofreció una taza de té caliente mientras, con delicadeza, lo ayudaba a incorporarse.

—Despacio, Doc, no hay prisa. Mejor quédate sentado —le aconsejó con inusual dulzura. Era evidente que se sentía culpable por lo ocurrido.

El susto había sido grande, incluso para Toscanelli, por lo que decidió dejar pasar el asunto. Ahora bien, lo que no estaba dispuesto a aceptar era esa taza, la propia del profesor, en la que gustaba de tomar sus asquerosos brebajes de hierbas, y en la que incluso, en alguna ocasión, había observado cómo introducía las larvas que después utilizaba en sus jornadas inacabables de pesca en el río artificial que partía en dos el gran parque de la universidad. Con esfuerzo, aún dolorido y contrariado, intentó hablar...

—Profesor, ¿qué hay ahí abajo? ¿Y por qué la llama «vampira»? Es brutal... —finalizó, consciente de que en esos instantes su cuerpo se encontraba en la isla veneciana, pero su alma aún estaba regresando de un pasado demasiado brumoso.

El anciano, encasquetándose con fuerza el sombrero, como si no deseara quitárselo jamás, hizo el amago de liberar sus ojos de la mugre que cubría los cristales de las gafas, pero rápidamente descartó la idea. De nuevo sus miradas se enfrentaron. Toscanelli no podía ofrecer respuestas, simplemente porque no las tenía. El encargado de arrojar luz era él mismo, y no parecía encontrarse en el mejor estado anímico para afrontar dicha propuesta.

—Maurizio, querido... poco es lo que sabemos, y precisamente por eso te hemos llamado. Sí puedo confirmar que los restos hallados fueron sepultados aquí alrededor del año 1550, dato éste que nos llevó a pensar en un principio que eran los despojos de varios centenares de apestados enterrados durante una de las tres epidemias,

simplemente porque las otras islas-cementerio se les habían quedado pequeñas dado el tremendo volumen de cuerpos que debían quemar cada día. Como esta isla se encuentra muy lejos de la ruta habitual que seguían los *becchini*, que por cuatro monedas de oro llevaban a cabo la ingrata labor de deshacerse de los cadáveres, únicamente los enterraron, desoyendo las órdenes, que eran quemar a todos sin excepción. Eso, como te digo, es lo que pensábamos, al menos hasta que encontramos la galería...

El muchacho, dolorido aún, retiró con cuidado los restos de barro que le cubrían el rostro, y sin atender más a las señales que le lanzaba su propio cuerpo, se incorporó.

—¿Quién se está encargando de la excavación y del saneamiento de la galería? —preguntó, ahora sí con mayor firmeza.

El anciano volvió el rostro como si no hubiera oído la pregunta, y su pupilo, molesto, se apresuró a formularla nuevamente.

—Profesor, le he preguntado que... —Toscanelli lo interrumpió con un brusco gesto de mano.

—Ya te he oído. La persona que está trabajando sobre el cadáver de la vampira es la doctora Casalli... Hécate Casalli. Es la más cualificada para hacerlo... —murmuró, como si acabara de pronunciar el peor de los exabruptos.

Era evidente que la conversación lo incomodaba; y desde ese instante no sería al único. Maurizio lo atravesó con la mirada. ¿Cómo no le había dicho nada; cómo había recurrido a su persona sabiendo que ella estaba implicada en el proyecto? Estuvo a punto de perder el control; la furia teñía su rostro, como si la cabeza fuera a estallarle en cualquier momento, cuando a lo lejos, por el sendero que discurría detrás de las ruinas y que conducía al herrumbroso muelle, oyeron una conversación que cada vez se hacía más próxima. Era indudable que se trataba del padre Luvoslav, que aún continuaba la agria discusión con su interlocutor... No, ya no hablaba por teléfono. Junto a él, escuchando con atención las palabras del sacerdote, una mujer de largo cabello negro, camisa blanca muy ceñida y pantalón de campaña del cual sobresalían unas pequeñas botas cubiertas de barro, no dejaba de asentir, lentamente, como si le interesara la perorata con que desde su púlpito invisible la estaba «obsequiando» el hasta aquel instante silencioso sacerdote.

Maurizio se ruborizó sin pretenderlo. Había leído semanas atrás en la revista *Science* que el ser humano recordaba un 35 por ciento de lo que olía, identificándolo con situaciones o experiencias, frente a lo que veía, que apenas si permanecía un triste 5 por ciento en su memoria. Y pensó que eran estupideces, y que en tiempos críticos era probable que hubiese mejores formas de gastar el dinero que derrocharlo en absurdos estudios. Y sin embargo, en ese segundo de su vida, como el *déjà-vu* que siempre regresa al presente, las imágenes del pasado se manifestaron con inusual

fuerza; y ella, aquella mujer que ahora parecía investida de serenidad, era el principal motivo. Porque el viento había llevado hasta sus papilas olfativas el rastro de su perfume, y al instante cientos de escenas, clichés de un tiempo de constantes desequilibrios, regresaron para prevenirlo de los errores del pasado, éstos que casi siempre tienen su secuela en el futuro.

Se volvió, dejando que la hermosa melena cubriese la mitad de su rostro. Habían transcurrido diez años, pero no había perdido un ápice de su exótica belleza: las facciones dulces, los ojos como dos gigantescas esmeraldas que brillaban como la hoja del olivo tras la madrugada de lluvia, y sus labios finos, perfilados, cuyas comisuras se arqueaban al sonreír. Y el pecho, ese pecho voluptuoso sobre el que tantas noches, ebrio y castigado, recostó su cabeza, buscando el amor inocente de la madre que lo dejó tantos años atrás...

La mujer caminó con paso firme dejando al padre Luvoslav con las palabras, que eran muchas, en la boca. Avanzó con la mirada puesta en maestro y alumno, esbozando una tímida sonrisa; no era la primera vez que se reunía con los dos.

—Hola, Mauri, cuánto tiempo... —dijo, acercando sus sugerentes labios a la mejilla del arqueólogo.

Éste, como si estuviera poseído por una extraña dolencia, comenzó a temblar, e instintivamente, sin dejar escapar palabra alguna, retrocedió un paso. Ella lo miró condescendiente, y sin más prolegómenos empezó a hablar con el profesor Toscanelli.

—Profesor, el sacerdote me dice que hasta que no reciba el visto bueno de la CCS no podemos continuar saneando el cadáver de la vampira. Ya tienen la documentación, las fotografías, algunos restos... pero parecen reacios a dejar que continuemos con la excavación —aseguró contrariada.

Maurizio atendía expectante. Eran muchas las cuestiones que se amontonaban en su cabeza, pero no quería entablar conversación alguna con aquella perversa mujer; ni siquiera un intercambio profesional de ideas. Lo miró nuevamente y le regaló una sonrisa afectada, sardónica... Sin mediar más conversación, se despidió de los dos con un gesto de la cabeza y se introdujo en la gran carpa.

—¿La CCS? ¿Qué tiene que ver con todo este asunto la Congregación para la Causa de los Santos? Son los talibanes del Vaticano... —afirmó Maurizio en voz baja.

El profesor Toscanelli, adivinando que a su querido pupilo lo embargaba más la curiosidad que el malestar, comprendió que debía facilitarle toda la información de la que disponían.

—Doc, ella es la mejor, lo sabes. No hay nadie en el gremio que esté tan al cabo de las nuevas técnicas forenses de investigación criminal como la doctora Casalli, y en este caso, aunque se trate de un crimen cometido hace casi cuatrocientos años, su

experiencia es capital para intentar resolver algunos puntos oscuros. Además, en su momento podríais haber sido una pareja brillante, profesionalmente hablando, claro está... Es una gran arqueóloga —finalizó, temeroso de no haber tocado la tecla adecuada.

Maurizio carraspeó, como si se hubiera tragado una mosca que no paraba de revolotear en su estómago. Toscanelli prosiguió...

—La CCS está muy interesada en todo lo que huele a mágico, a pagano, y este descubrimiento posee todos los elementos que a ellos los motivan: un crimen ritual, posiblemente un exorcismo, una iglesia cercana, y demasiada preocupación por parte de aquellos que lo cometieron para enterrar y hacer desaparecer cualquier prueba —agregó.

—Pero profesor, no me negará que especialmente en la Baja Edad Media, e incluso antes y después, la superstición ha sido un mal peor que cualquier enfermedad, porque incluso la peste tuvo su tiempo y al cabo de los años se logró vencerla; pero la superstición se introduce en la razón y, como un gusano que agujerea el interior de una manzana, la acaba horadando hasta que el individuo se ve incapaz de disociar que determinados actos no se justifican en base a las creencias que se tengan; que no se puede matar simplemente porque se crea que esa verruga, o esa extraña mancha son síntomas de posesión demoníaca. Las enfermedades se erradican, pero la superstición es como una metástasis que se extiende por los siglos de los siglos hasta nuestros días. Y en ese tiempo, si admitimos que la mujer fue brutalmente asesinada en el siglo XVI, los teólogos estaban firmemente convencidos de que el mal se apoderaba de las almas sin distinción de sexo, raza o posición social, y que como la niebla que toma la madrugada, se introducía por las bocas de los durmientes, y entonces comenzaba la transformación... —aseguró, sin ocultar que buscaba el lucimiento, más aún después de haber visto a la doctora.

Toscanelli permanecía mudo, atento a la disertación que estaba desarrollando Maurizio. Ahora sí parecía haber despertado; ahora sí, su presencia estaba justificada...

—Sí, sí... —asintió con creciente interés—. Pero entonces, ¿cómo demonios justificas el ladrillo? —preguntó.

Maurizio bajó la mirada, como si un dolor intenso le estuviera castigando el corazón. Los recuerdos son así... Rápidamente se repuso y con los ojos muy abiertos se apresuró a contestar.

—El ladrillo, claro... Esos animales que gritaban salmos con la palabra de Dios en una mano y el cuchillo en la otra estaban convencidos de que la única manera de superar este trance, y así librar al alma descarriada de una eternidad entre las llamas del infierno, era someterla a un terrible ritual, en el que se expulsaba al demonio, o a los que tuviera dentro, que en ocasiones eran muchos, y después, para que no

regresaran al cuerpo, le introducían un ladrillo entre las mandíbulas, e incluso en ocasiones les llegaban a coser la boca. Así lo hacían... —Suspiró profundamente y con marcada pesadumbre continuó—: Años atrás, a fin de resolver una incógnita personal, logré dar con los trabajos de Mario Brandoli, un alquimista de la Baja Edad Media que desarrollaba al detalle el brutal remedio. Jamás pensé que lo volvería... quiero decir, que algún día lo vería en persona —finalizó.

Toscanelli continuaba observándolo, respirando profundamente sin abrir la boca, como si estuviera en otro lugar, como si sus pensamientos lo mantuviesen en un limbo en el que se sentía más cómodo y donde lograba poner en orden sus ideas. Al cabo de unos segundos, movió lentamente la cabeza y, tras colocarse las gafas por enésima vez, carraspeó.

—Es probable, pero en este caso fueron más allá. La mujer estaba aún con vida cuando le fue introducido el ladrillo en la boca. Y por las características del cadáver: alguna costilla rota, la muñeca partida y la nariz destrozada, es evidente que se resistió a sus agresores. Diría más: que a éstos les costó demasiado someter a la pobre desgraciada, como si poseyese una fuerza más allá de lo natural. Un portento físico, sin duda...

Maurizio extrajo del interior de su desgastado abrigo negro una libreta atada con una goma y, tras abrirla, como si tuviera una prisa repentina, comenzó a pasar las páginas. Se detuvo en seco y empezó a leer. Fue un minuto, intenso, suficiente para que el arqueólogo, ahora con más datos, volviese a la carga...

—Profesor, ¿han encontrado alguna pista, alguna inscripción junto al cuerpo? —preguntó, con la convicción del que conoce la respuesta de antemano.

Toscanelli alzó los ojos, y rápidamente bajó la mirada. El padre Luvoslav se encontraba muy cerca, y ciertas informaciones no podía ser desveladas, por muy irrelevantes que fuesen, sin el permiso de los miembros de la CCS. Luvoslav era el intermediario entre la piqueta y la Santa Sede, y aún no habían recibido instrucciones. Pero ¡qué demonios! Su pupilo sabía perfectamente que sí.

—Sí, hemos encontrado a los pies de la vampira una tablilla con una inscripción. Te lo iba a comentar, porque estoy seguro de que tú podrás aclararnos algunas dudas...

—*Sed libera nos a malo...* —se apresuró a decir Maurizio.

El veterano profesor no pudo evitar un breve pero intenso escalofrío. Sí, efectivamente, ésa era la inscripción que alguien había grabado toscamente con un cuchillo mellado. Tras días de laborioso trabajo habían logrado limpiar la suciedad amontonada en aquellas palabras durante los últimos cinco siglos.

—*Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo...* Es una frase extraída del padrenuestro. Siglos atrás se solía colocar sobre los cuerpos de las acusadas de brujería para acabar con el poder de su magia...

La mirada de Maurizio se afiló. Estaba disfrutando, al punto de que únicamente le faltaba comenzar a salivar como el perro que tras días de hambre se encuentra con la carne fresca. Pero el extraño diálogo fue interrumpido bruscamente. El sacerdote había terminado su acalorada conversación y se dirigía a ellos gritando desde la distancia.

—Señor Roncalli, me han comunicado que ya está disponible su habitación en el hotel Dell'Opera. Es un establecimiento antiguo pero muy confortable. Además se encuentra muy bien situado, junto al gran teatro de La Fenice, y a apenas dos minutos de la plaza de San Marcos. Seguro que desea descansar después del intenso día... — finalizó con rotundidad.

Maurizio, contrariado, se dirigió con amabilidad a su interlocutor.

—Padre, la verdad es que ya me encuentro bien, y me gustaría permanecer aquí unas horas más, con el fin de hacerme una idea más completa de los trabajos que se están desarrollando —repuso.

El padre Luvoslav, abandonando el tono afable con el que lo había recibido en la estación, cogió su maletín y comenzó a caminar, dando por concluida la conversación. Aún tuvo tiempo de volver la cabeza para dirigirse por última vez a los sorprendidos arqueólogos.

—Insisto, ¡tiene que descansar! —gritó, ahora sí con evidente malestar.

Maurizio se despidió con un gesto de incomprensión. El profesor Toscanelli, más acostumbrado a lidiar con los cambios de humor de los hombres de fe, le correspondió con otro gesto de condescendencia.

—No te preocupes, Doc, mañana será otro día...

Maurizio introdujo la libreta en el bolsillo derecho del abrigo y, sin más, se apresuró a seguir al sacerdote, que como una gacela desbocada había salido a gran velocidad con su maletín.

La entrada de la gran lona que cubría el yacimiento se abrió, despacio, dejando entrever que al otro lado la hermosa mujer intentaba seguir la rocambolesca escena. Las manos le temblaban, y en su rostro se dibujaba una mueca de preocupación.

—Sí, Mauri, mañana será otro día...

La soledad se puede paladear, y eso era algo que Maurizio sabía desde hacía años. El día había sido largo, y muchos los datos que debía poner en orden. Para tal fin, la compañía del cristal añejo y alargado del luminoso Knockando le indicaba el camino hacia la decadencia, el único lugar en el que se sentía bien. La noche se ceñía oscura a las techumbres de las casas, mientras la niebla del Gran Canal comenzaba a «caminar», llamando a las puertas, tomando cada rincón de la vieja ciudad. Eran esos instantes en los que los venecianos cerraban las contraventanas, porque nunca fue bueno lo que en tiempos vino oculto entre las brumas de la madrugada.

Sin la ansiedad de horas antes, cogió la botella, observando con deleite cómo el dorado líquido se dirigía, despacio, hacia la desembocadura del recipiente. Y entonces se sumía en una miriada de sensaciones; su cuerpo se relajaba, los músculos perdían tensión, y sus facciones dejaban escapar la felicidad que en esos instantes lo invadía. Felicidad artificial, pero felicidad al fin y al cabo.

No se podía quitar de la cabeza el rostro de Hécate. Y en esos momentos la conciencia quebró; se sintió infiel y sucio... Había olvidado por completo llamar a su amada Donna. Los nervios le devolvieron la tensión. Dejó caer la botella y se levantó como si el suelo estuviera sembrado de ardientes ascuas. A toda prisa se dirigió hacia la desgastada cómoda Chippendale y, aún temblando, cogió el teléfono.

—¡Maldito trasto! Mierda de pantalla táctil... —gritó, pulsando con tal fuerza el cristal liso que parecía que lo iba a atravesar.

Estaba furioso, sin ser consciente de que realmente culpaba al teléfono de su imperdonable olvido. Uno más... Tras varios segundos insultando al aparato, al fin logró activarlo. Y entonces...

—¿Mauri? ¿Eres tú? —La voz, casi un susurro, se coló repentinamente entre sus intenciones. Permaneció callado—. ¿Maurizio? ¿Estás ahí? —oyó nuevamente mientras respiraba despacio para que la mujer no se percatara de que, intentando realizar una llamada había descolgado otra entrante. La casualidad, siempre la casualidad...

Tosió como si estuviera buscando el mecanismo para responder al teléfono, y tapándose la boca, con el miedo del que cree que los efluvios del alcohol son capaces de atravesar las entrañas digitales de un teléfono para manifestarse al otro lado, dudó...

—Sí, eh, ¿quién es? —contestó.

Fueron milésimas de segundo, tiempo suficiente para que se ruborizara al comprobar que no tenía el control absoluto de su lengua; era evidente que había consumido más de la cuenta. Aun así tuvo la lucidez suficiente para mirar de soslayo su reloj y comprobar que estaba a pocos minutos de marcar las once. La voz, al otro lado, titubeó...

—Mauri... soy... Hécate... Veo que no has cambiado de número de teléfono. Por favor, no me cuelgues. Es importante que nos veamos. He intentado hablar con Toscanelli pero me ha resultado imposible; tengo la sensación de que está controlado. Por favor, no me cuelgues. Es importante que hablemos. Él así lo ha creído —terminó.

Quiso colgar, pero de nuevo pudo más la curiosidad que la negrura en la que se sumían algunos pasajes de su vida. Y aquella mujer se ubicaba en uno de los más oscuros. El irónico destino quiso que en ese tiempo en el que la vieja biblioteca de la universidad, con sus decimonónicos rincones en los que perderse era fácil y huir de las miradas incómodas aún más, él, joven y estudiante con apenas dieciocho años cumplidos, pasara horas recreando pasajes de una historia ambigua, en la que superstición y creencia, fe y paganismo, iban de la mano, al punto de que la fina línea que separaba dichos conceptos era tan metafórica como la que unía luz y sombra en las dunas del desierto. Y allí, rodeado de libros, la conoció. Fue un soplo de aire fresco en una vida gris, que acabaría por convertirse en un devastador huracán.

—Perdona, ¿te importa que me siente a tu lado? —le había preguntado, y su voz sonó susurrante, acariciando sus tímpanos como las notas musicales de su admirada Hildegard von Bingen, la monja que en el siglo XI fue capaz de plasmar las notas de Dios en la Tierra, la música del cielo que éste le dictó...

—Claro —titubeó.

Días atrás hubiera sido hosco, desagradable; habría mostrado su malestar ante aquella violación de su intimidad. Pero aquella mujer de expresión amable y movimientos elegantes, tan segura de sí misma que era evidente que no iba a sucumbir ante su trabajada mala educación, era diferente. Había en sus ojos un brillo apeteciblemente maligno.

—Soy Maurizio... —se apresuró a decir.

—Hécate, Hécate Casalli. Te conozco. Estamos juntos en clase de arqueología medieval —afirmó un poco picada.

Maurizio entendió el mensaje. ¿Cómo era posible que él, un tipo solitario e introvertido, pero extraordinariamente observador, no se hubiera fijado en una belleza como aquella? Reaccionó rápido.

—Ya, claro. Sí, con el profesor Toscanelli —concluyó con vehemencia, haciendo evidente su incorregible error.

Ella se relajó, y colocando un enorme bolso de Channel, a todas luces falso, en el

respaldo de la silla, lanzó sobre la mesa varios bolígrafos, un cuaderno cuya cubierta asemejaba la piel de un leopardo y una cámara de fotos rosa chillón. Maurizio analizó aquel arsenal con espanto. Una cosa era el mal gusto y otra inmolar la estética en una pira gigante. La atracción que segundos antes lo había llevado al límite del rubor, había transmutado en rechazo, y puesto que no estaba dispuesto a perder el tiempo con aquella cabeza en la que únicamente había pelo, se apresuró a mostrar sus «antiencantos».

—¿Cómo has dicho que te llamas? —preguntó altivo, buscando con ello que la intrusa entendiese que para él, a pesar de su voluptuoso pecho, de sus labios carmesí, de su tez pálida y de sus enormes ojos verdes, no era más que otra puta que aprovechaba su extraordinario físico para follarse a los profesores sesentones, y así conseguir pasar de curso mientras él se dejaba los codos y sus momentos más sublimes intentando labrarse el futuro. Y así año tras año...

Pero la joven no reaccionó como él esperaba. Y ése fue el comienzo...

—Hécate, ya sabes, como la diosa griega de las tres caras. Hace siglos la colocaban en las encrucijadas de caminos. Mis padres tuvieron el «buen gusto» de ponerme este nombre después de hacer un viaje por Grecia, sin ser conscientes, imagino, de que era el nombre de una diosa que aterrorizó a miles de personas durante siglos, porque, según decían, ella tenía la llave del otro mundo, donde únicamente habitaban brujas y demonios.

»Incluso en las *Argonaúticas*, uno de sus protagonistas, Jasón, para liberarse de las malas artes de Hécate, se vio obligado a realizar un ritual, bañándose en un río con una toga negra, y a la luz de la luna cavó un gran pozo en el que tenía que ofrecer una libación de miel a la aterradora diosa de los espectros, mezclada con la sangre de una oveja degollada. Porque era, además, la señora de las tierras salvajes e inexploradas, y para caminar por ellas había que realizar ofrendas como éstas, siempre cubiertas de sangre, que, por lo que se ve, le encantaba. ¡Qué horror! En fin, que como puedes comprobar, mi nombre da para mucho. Pero nada que ver conmigo, claro... —aseguró con una sonrisa que dejó al descubierto las brillantes perlas que adornaban su generosa boca mientras Maurizio intentaba volver a encajar su mandíbula.

¿Cómo era posible? Aquella chica de apariencia pusilánime hablaba su mismo idioma. No podía ser casualidad...

—Bueno, la verdad es que las crónicas *Argonaúticas* están basadas en otras tradiciones de tiempos más remotos, por lo que es probable que Hécate sea una diosa aún más antigua. Encantado de conocerte... —concluyó satisfecho.

Los días pasaron y la complicidad entre ambos jóvenes fue creciendo. Maurizio era feliz, desarrollando a cada encuentro su verbo más cálido y cultivado, ofreciendo a su nueva confidente el saber de años de estudio; observando que ella no sólo lo

escuchaba, sino que además manifestaba una creciente admiración por él. En su mirada no había deseo, sólo ternura por aquel que durante tantos años se había recluido detrás de las letras para evitar enfrentarse a una realidad que el paso del tiempo había ido haciendo cada vez más incómoda. Pero en él estaba naciendo un sentimiento hasta entonces desconocido; los días pasaban y con ellos las horas, y a cada instante deseaba que llegara el momento de volver a encontrarse con ella, protegidos por los libros y las largas hileras de estanterías. Sí, empezó a entender que se estaba enamorando, pero no tenía miedo. La euforia vencía a su habitual timidez, impidiendo que ésta, una vez más, acabara por entorpecer el camino que, ahora sí, estaban siguiendo sus sentimientos.

Aquella tarde se encontraba bien, especialmente radiante. Durante la clase que compartían, las miradas cómplices, las sonrisas únicamente esbozadas, los guiños y los roces habían marcado un camino que ya no conocía retorno; el camino de un sueño que con los años se transformaría en pesadilla...

Había preparado minuciosamente su declaración; la había, incluso, ensayado ante el espejo, sorprendiéndose por su nula falta de pudor, porque ahora sí, el objetivo merecía la pena; merecía por fin ser feliz... Y así, media hora antes de lo habitual, atravesó la puerta de la biblioteca y con paso firme se dirigió hasta su rincón secreto. El corazón empezó a desbocársele conforme transcurrían los minutos. No le hizo falta verla; el olor de su cabello, recién lavado en las duchas del gimnasio de la universidad, inundó el ambiente conforme se fue acercando.

—Hola, Mauri, ¿hace mucho que has llegado? —le preguntó, liberando el dulce susurro de su voz.

Él, nervioso, observaba que la biblioteca permanecía vacía, dejando escapar el sonido de las viejas estanterías de madera al crujiir. La miró con ternura.

—Yo... Hécate... quería decirte... —farfulló.

Los nervios le estaban jugando una mala pasada. Era incapaz de empezar su discurso pese a haberlo ensayado cien..., doscientas veces. Y sus particulares demonios se manifestaron una vez más, despertando de un sueño lejano. Se sintió mal y, apesadumbrado, agachó la cabeza buscando una reacción... Pero ella, sabia y experimentada, alzó su índice derecho cerrando con delicadeza los labios de Maurizio mientras los suyos le requerían un silencio.

Se quedó atónito, incapaz de articular movimiento alguno, situación que se acentuó cuando ella, acercando el rostro y cerrando los ojos lo besó, introduciendo su generosa lengua en la boca del muchacho, dejando escapar el dulce néctar que fluía de su interior. Y aún fue capaz de pedir en ese instante que el tiempo se parara, porque habían sido muchos años aguardando a que llegara este momento. Con cuidado, la acogió entre sus brazos, y elevándola con delicadeza la colocó sobre el pupitre. Aquella que tiempo atrás había profanado sus secretos, que se había colado

en su vida sin avisar, estaba a punto de mostrarle los suyos. Sus manos, como el zorro que sabe que tras cualquier matorral puede estar oculto el cebo dentado, recorrieron las largas piernas. Y ahí, sintiendo que ella lo sentía, de un zarpazo arrancó su ropa interior, observando cómo temblaba. Su pecho se endurecía por momentos. La besó, fundiéndose con ella en una orgía de sensaciones nunca antes experimentadas, mientras Hécate, con seguridad, le soltaba el cinturón y, con rapidez asombrosa, le bajaba los pantalones, los *slips*, y se disponía a robarle la virtud.

Maurizio tembló, como el niño que es llevado por vez primera al colegio de la mano de su madre.

—No te preocupes cariño. Todo va a salir bien. Soy tuya...

Ella jadeaba, respiraba con dificultad al ritmo que le marcaba el corazón; ya estaba preparada, y él, sometido al embrujo del más básico de los instintos, despacio, introdujo en ella su pene, disfrutando de cada centímetro, sintiendo que una ola de calor se apoderaba de su cuerpo.

Habían perdido el control, pero a él ya poco le importaba. Éste era su momento. Años más tarde llegaría el de ella...

Maurizio regresó a la realidad. Al otro lado del teléfono Hécate aguardaba una respuesta. Y ante la habitual indecisión del arqueólogo, ella tomó, como décadas atrás, las riendas de la situación.

—Mauri, es muy importante que nos veamos. Hay detalles en el descubrimiento que únicamente puedes interpretar tú. El profesor aún no lo sabe, pero estoy segura de que me habría enviado a ti. No lo puedes rechazar. No a él. Se lo debes...

Dudó. Sin embargo, no podía obviar que Toscanelli, aún a sabiendas del desprecio que sentía por ella, en cierto modo la había vuelto a traer a su vida. La reflexión relajó sus facciones y dispersó sus pensamientos.

—Está bien —dijo, poniendo en ambas palabras toda la distancia que le fue posible—. Nos vemos en una hora en el puente de Rialto. —Y acto seguido, sin tiempo para una despedida, colgó.

Hécate estaba visiblemente nerviosa. Miraba a uno y otro lado de la calleja con temor. La respiración se le aceleraba por momentos, pero tenía que avanzar, vencer sus temores, hacer un quiebro a quienes, ahora sí estaba segura, seguían sus pasos. La calle se estrechaba. La carpeta que asomaba por la boca de su bolso parecía pesar más y más conforme avanzaba. Así es el miedo... Distorsiona nuestras percepciones. Al fondo, pasado el puente que varios metros más adelante aparecía a su derecha, la luz repentinamente aumentó de intensidad, y tras emitir una especie de chasquido, se apagó. En circunstancias normales habría pensado en una subida de la tensión, pero en ese instante era consciente de que jamás dejarían que llevase a cabo su objetivo. De modo que, sin pensarlo dos veces, empezó a correr, percibiendo el sonido lejano de unos pasos que se acercaban desde el otro extremo de la calle, que había quedado sumida en la más absoluta oscuridad. Con la agilidad de una atleta giró a la derecha y subió los primeros escalones del pequeño puente. A punto estaba de subir el último cuando el tacón del zapato se partió, y ella cayó al suelo torciéndose el tobillo. Fue como si le hubiesen acuchillado el tendón de Aquiles. El dolor se extendió por toda la pierna, y sólo pudo dejar escapar un grito. El bolso salió despedido un metro y medio más adelante, y de su interior la carpeta, que quedó al borde, balanceándose, en cierto modo mostrando metafóricamente la situación en la que Hécate se encontraba. Pero reaccionó rápido. Los pasos cada vez sonaban más cerca, por lo que, venciendo la angustia, se incorporó, recogió la carpeta y nuevamente la introdujo en el bolso.

Instintivamente miró hacia atrás. La farola se había vuelto a iluminar y una sombra corpulenta avanzaba despacio. Gimió, y sin esperar más, intentó correr. El pánico atenazaba sus piernas, pero tenía que llegar...

Minutos después, antes de lo previsto, se encontraba en las inmediaciones del Rialto. Allí, un joven intentaba ajustar el pestillo de cierre de su puesto ambulante. Estaba solo, había apurado hasta el último momento. Al otro lado del puente alguien se detuvo. No podía ver de quién se trataba. El corazón le latía con sobresalto. Alterada, se dirigió al muchacho, que, sorprendido, la observó mientras se acercaba disimulando la cojera, posiblemente provocada por la rotura del zapato.

—Buenas noches —se apresuró a decirle, al mismo tiempo que miraba nerviosa a uno y otro lado.

El vendedor ambulante la observó sin abrir la boca, desconcertado.

—¿Me harías un favor? —le pidió, introduciendo la mano en el bolso.

Sin aguardar respuesta, extrajo la carpeta negra y la abrió, cerciorándose de que nadie más que ella y su improvisado interlocutor veía lo que hacía. Segundos después le entregó un sobre marrón. El joven lo recogió entre sus manos sin comprender muy bien qué pasaba.

—Veo que estás cerrando y yo no puedo esperar más tiempo. Había quedado aquí con un compañero de trabajo para entregarle este sobre, pero se está retrasando demasiado. ¿Te importaría llevárselo a la dirección que hay apuntada? Se me está haciendo tarde... —afirmó, intentando manifestar una seguridad que no sentía.

Acto seguido rebuscó de nuevo en su bolso y sacó cincuenta euros. Se los ofreció. El chico asintió y, por primera vez, dijo algo:

—No se preocupe —asintió tras leer la dirección—. Estaba cerrando ya y el hotel Dell'Opera me coge de camino a casa. Descuide señorita. Yo lo entrego —le aseguró.

Ella estrechó con delicadeza su mano derecha, se despidió de él y se dio la vuelta. Segundos después, sus pasos se perdían por las calles de Venecia, mezclándose con los sonidos de la noche. El muchacho aún tuvo tiempo de percibir que alguien más emprendía la marcha. Se apresuró a cerrar y emprendió el camino hacia su casa.

Hécate pasó junto a las cárceles. El edificio no inspiraba las desagradables sensaciones de antaño, y a pesar de todo, de los focos que iluminaban su fachada, invitaba a acelerar el paso. Ella sonrió apenas unas milésimas de segundo; el peor de los males que ahora la atormentaba no estaba encerrado en aquel lóbrego lugar. Unos metros más adelante, iluminado, se encontraba el puente de los Suspiros, y después, tras el imponente palacio ducal, la bulliciosa plaza de San Marcos, su salvación.

Echó un último vistazo atrás y, satisfecha, enfiló la subida al puente. Pero la satisfacción le duró sólo unos instantes. En mitad del mismo, sentado en un saliente en el que en tiempos pasados tuvieron que apoyarse los presos para coger aire, conscientes de que más adelante ya no había retorno, alguien la aguardaba. Y ella,

como un ratón apresado en el interior de su propia madriguera, no tuvo más remedio que avanzar. Ya poco más podía hacer, y menos aún en la situación en la que se encontraba, magullada y con el tacón roto. Hécate exhaló un suspiro, que como un ente sutil atrapó el puente; uno más. Cinco pasos, quizá cuatro... Pasó al lado del desconocido, que vestido de negro permanecía con la cabeza agachada, como el mendigo que, ebrio de cansancio, no puede vencer el sueño, ni siquiera en lugares como éste. Pero aquel hombre, protegido por la sombra de la noche, no era un mendigo. Por eso ella, al cruzar las miradas, se paró en seco, como si sus articulaciones se hubieran congelado repentinamente, y empezó a sollozar...

—No, por favor... no me hagas daño.

Fue un ruego, un lamento que se descolgaba en cada lágrima, porque sabía cuál era el cometido de aquel que ocultaba su rostro en la oscuridad; y aun así sabía quién era. El hombre se levantó lentamente, y con voz dulce se apresuró a decirle:

—Venimos a por ti...

Fue un espejismo. Tras ella, rápidos como felinos, habían aparecido dos muchachos que la agarraron con firmeza, apuntalándola aún más contra el empedrado. El hombre se acercó hasta colocarse frente a Hécate. Ella bajó la mirada, sumisa, y una serie encadenada de suspiros salieron de su boca. Él la besó en la frente. Sus labios estaban fríos, pero no tanto como la aguja que en ese instante atravesó su pecho. Fue la penúltima sensación que tuvo, porque aún fue capaz de percibir el fortísimo golpe que destrozó su bello rostro contra la piedra tras ser arrojada desde un extremo del puente, antes de caer definitivamente a las aguas del canal...

Cuarenta minutos después de la inesperada conversación, Maurizio se enfrentaba a la segunda de sus fobias. Al salir del hotel, la niebla parecía atrapar a quienes a esas horas caminaban por las calles. Sólo la débil luz de las farolas permitía atisbar que salvo finas gotas de agua, poco más era lo que se ocultaba entre su espesura.

Maurizio se orientaba bien, y Venecia no era un secreto para él; eran ya muchas las ocasiones en las que había tenido la oportunidad de recorrerla, en las mejores condiciones y en otras menos buenas. Conocía a la perfección todos los atajos que permitían esquivar los puntos más transitados de la ya de por sí masificada ciudad. Así pues, la niebla no era el peor de los impedimentos. A la hora convenida ascendió los escalones del puente de mármol, a cuyos lados los comerciantes hacía algo más de dos horas que habían cerrado sus establecimientos. En Venecia siempre había turistas, pero cerca de la medianoche, y con ese tiempo, las calles y canales estaban vacíos. Al otro lado, dos fruteros se afanaban en limpiar sus piezas cuando estaban a punto de sonar las campanadas, pues era parte del encanto del gran mercado que se ubicaba a este lado del *canalazzo*. Las manzanas, las fresas, las peras e incluso los plátanos brillaban con tal fulgor que más parecían objeto de ornamento que frutas para consumir. Era parte del atractivo de este lugar, y a él le encantaba pasar las horas observando el mimo y la entrega que ponían estos hombres y mujeres en su trabajo, durante todo el día y gran parte de la madrugada.

Atravesó el Rialto y descendió los resbaladizos escalones. Miró a uno y otro lado, despertando la curiosidad de los vendedores, pero Hécate no había llegado. La puntualidad no era una de sus principales virtudes; en realidad, ya no recordaba ninguna.

Los minutos fueron pasando, y la impaciencia dio paso al malestar.

—Una más, ¡si es que no escarmiento...! —murmuró, como si mordiera enrabiado las palabras. En ese instante sonó el teléfono. Lo miró con recelo y descolgó—. ¡Donna! Mi amor, ¿cómo estás? —preguntó, dejando a un lado los malos sentimientos.

—Mauri... ayer llegué a casa y no estabas. Era nuestro aniversario y como sorpresa únicamente tengo una nota en la que me dices que te marchas. Son casi las doce del día siguiente. Ya han pasado casi veinticuatro horas y ni tan siquiera me has llamado —afirmó con la voz temblorosa.

—Donna, ha sido una urgencia... El profesor Toscanelli me llamó. Lo siento...

—No supo como continuar, consciente de que le faltaban argumentos.

Ella estaba triste, había comenzado a llorar, y ¿quién era él para justificar lo que hacía tiempo que no tenía justificación?

—Está bien —murmuró, intentando sobreponerse a la situación—. Mañana hablamos. Buenas noches. —Y acto seguido, sin esperar respuesta, colgó.

Maurizio notó que la rabia comenzaba a poseerlo. Todos buscaban su consejo, su apoyo o su trabajo, pero a nadie parecía importarle lo que estaba dejando en el camino. A veces ni tan siquiera a él mismo... Y encima esa maldita mujer no aparecía. Después de esperarla casi una hora inició el regreso, deseando tenerla delante. Esta vez no saldría tan bien parada...

Atravesó la plaza de San Marcos. La soledad es extraña en lugares como éste, donde la mente parece advertir de la presencia de ojos furtivos. Víctima de sus falsas percepciones aceleró el paso, y pronto se descubrió, para su vergüenza, corriendo hacia la entrada del hotel. Atravesó el umbral jadeando. Al menos nadie lo había visto llegar; la recepción permanecía vacía. Se dirigió a la escalera, intentando pisar como los gatos que acechan a su presa, y entonces una voz perturbó sus propósitos.

—¿Señor Maurizio Roncalli? —preguntó un joven de apenas veinte años, vestido de uniforme.

—Sí, soy yo —se apresuró a decir, avergonzado.

—Un muchacho del mercado le ha traído este sobre. Está a su nombre y ha insistido en que se lo entregue en persona. Me ha explicado que una señorita le dio una generosa propina para que hiciera el encargo... —afirmó, extendiendo la mano derecha con la esperanza de que también hubiese para él, último eslabón de la cadena de entrega.

Hurgando en los bolsillos de su chaqueta extrajo varias monedas y se las dio al joven, que por la expresión de su rostro no pareció quedar muy satisfecho. Cogió el envío, un sobre marrón doblado por la mitad en el que únicamente aparecía su nombre, la dirección del hotel, y una nota: «Entregar a Maurizio Roncalli».

Miró nuevamente al intermediario, y señalando el cartel que había tras él, en la pared de la recepción, le regaló un gesto de incompreensión. Escrito a mano por el gerente se podía leer: «En este establecimiento no se admiten propinas, ya que se aplica un 10 por ciento en la factura, correspondiente a este concepto. La dirección». El joven pareció contrariado, y por unos instantes su rostro enrojeció. Lo había pillado, y la contundencia de la prueba era para sonrojarse. Maurizio sintió pena, y tras suspirar profundamente, sacó treinta euros del bolsillo de su pantalón y, perdonando el desliz, se los entregó.

Tras darle las buenas noches al muchacho, subió la escalera a toda velocidad hasta la tercera planta. Abrió la puerta de su habitación, arrojó la chaqueta a la silla, se sentó en la cama y miró el sobre. Respiró hondo y lo abrió. En su interior había

varias hojas con anotaciones hechas a mano. Sin duda se trataba de la letra de Hécate, tan sismográfica que ni un médico sería capaz de interpretarla. Y junto a éstas, cuatro fotografías. En las dos primeras aparecían varios planos generales de la fosa hallada en la isla, pero en la tercera ya cambiaba la escena y sus protagonistas: el profesor Toscanelli, varios arqueólogos junior, y el padre Luvoslav, como siempre con cara de pocos amigos. Y en la última un primer plano del perfil del cráneo profanado de la vampira, con una anotación pegada en la instantánea en la que, entre exclamaciones, aparecía la palabra «¿Borrado?!!!». Junto a ésta, grabadas sobre el hueso de la muerta, con el ladrillo desencajando la mandíbula, unas extrañas letras con caracteres góticos.

—¿Qué es esto? ¿Qué pone aquí? —murmuró Maurizio, mientras extraía de su mochila una pequeña lupa de campo. La situó sobre la fotografía, y leyó—: Caompsd. Pero ¿qué demonios es esto? —se preguntó arqueando la ceja izquierda.

Él no lo sabía, pero era evidente que había alguien que sí. Y además debía de resultarle muy incómodo cuando se había tomado la molestia, según anunciaba el mensaje escrito, de raspar la base del cráneo para que dichas letras desaparecieran. Aquel criptograma surgía como un delicioso enigma. Tras escudriñar una vez más entre las notas y las fotografías, se asomó a la ventana. Estaba muy cansado... La luna llena se desdibujaba entre las rendijas que dejaba la niebla.

Cerró los ojos.

En noches así pocas eran las buenaventuras y muchas las malas. Al día siguiente ya habría tiempo para obtener respuestas...

La luz se coló por las contraventanas iluminando los ojos de Maurizio. Apenas había bebido, pero se sentía como si lo hubiera estado haciendo hasta la madrugada. Parecía que la cabeza le iba a estallar, pero la que estalló fue la puerta...

—Quién demonios... —se preguntó, sorprendido, ante la brutal paliza que alguien le estaba propinando a la madera.

De un salto se puso en pie, y tras advertir al aporreante que aguardase un instante, entró en el cuarto de baño y cubrió su cuerpo desnudo con un grueso albornoz. Al otro lado, en el pasillo, una voz grave lo apremiaba...

—Señor Roncalli. Soy Demetrio Faccini, inspector de la policía veneciana. Por favor, abra la puerta.

¿La policía...? Pero ¿qué querían? Y a esta hora... Desconcertado, se apresuró a girar el pomo. Al abrir, un hombre grueso de poblado mostacho lo observaba sin emitir sonido alguno, mientras el recepcionista, a su lado, se mostraba visiblemente nervioso.

—Señor Roncalli —dijo el muchacho—, mil disculpas. Le he dicho a este señor que aguardara a que lo llamáramos por teléfono, pero ha insistido en subir. No he podido hacer nada... —se excusó, aguantando estoicamente la furibunda mirada del agente.

Éste, prescindiendo del tono imperativo que había mantenido segundos atrás, se presentó:

—Señor Roncalli, soy...

—Sí, ya sé quién es, y más vale que tenga una explicación contundente para haberme despertado como si fuera a tirar la puerta abajo. Ni que fuera un delincuente... —protestó Maurizio con desagrado.

El inspector, impertérrito, inició nuevamente su discurso.

—Señor Roncalli, soy Demetrio Faccini, inspector de la Policía Republicana. ¿Le importa que le haga unas preguntas? —insistió, ahora con ciertas dosis de amabilidad.

Maurizio reaccionó rebajando la tensión.

—Señor inspector, no sé qué demonios lo ha traído a las ocho de la mañana hasta mi habitación, ni por qué ha tomado la determinación de golpear mi puerta dejándome en evidencia ante el resto de clientes del hotel. Entiendo que no soy yo el único que ha de responder a unas cuantas cuestiones... —concluyó, contento de la

rotundidad con la que había finalizado su respuesta.

Pero aquel hombre, al menos en su aspecto exterior, era frío como el alambre de una cárcel. No era momento de demasiadas palabras, por lo que abrevió...

—Conoce usted a Hécate Casalli, ¿no es cierto? —Y sin darle tiempo a contestar, dando por sentado que la respuesta era afirmativa, continuó—: He preferido venir en persona a hablar con usted antes de que los piojosos *giornalisti* empiecen a fabular con su muerte. En Venecia se lleva hablando desde hace días de su trabajo en la isla; ya sabe, el asunto de la vampira... —terminó, sonriendo con sarcasmo.

Maurizio se dejó caer sobre la cama. No atendía a las palabras del policía. En realidad no se encontraba allí. ¿Muerta? ¿Había dicho muerta? Pero si la noche anterior, apenas once horas antes, había mantenido una conversación con ella. Si se habían citado en el puente. Y el paquete allí estaba, sobre la mesa... Faccini, consciente de la brusquedad con la que había dado la noticia, volvió a la carga.

—Disculpe... Quizá no he tenido la delicadeza que estas situaciones requieren. La señorita Casalli ha sido encontrada esta mañana flotando en el Gran Canal, semidesnuda... pero sin signos evidentes de violencia, salvo el fuerte golpe que se dio en la cara al caer. La descubrió un taxista que hacía la ruta hacia Murano. Estamos esperando los resultados de la autopsia, pero todo indica que falleció tras caer a las aguas desde el puente de los Suspiros en un avanzado estado etílico. Hemos hablado con un joven con el que estuvo conversando anoche a eso de las once y media, y nos ha confirmado que la pobre parecía estar borra... bebida, quiero decir. En uno de sus bolsillos llevaba el teléfono móvil, y por lo que hemos podido comprobar la última llamada que realizó fue al suyo... —aseguró el policía, relamiéndose como si estuviese a punto de saborear un delicioso manjar.

El joven conserje lanzó una mirada fulminante al sobre que había sobre la cómoda, a lo que Maurizio respondió veloz colocando los periódicos del día anterior sobre el mismo. Aquel hombre no diría nada. No le interesaba. Sin ser consciente de ello la noche anterior había comprado su silencio. Él había actuado de intermediario...

Maurizio se llevó la mano derecha a la frente, cerró los ojos y emitió un profundo suspiro. Habían sido muchas las ocasiones que deseó la muerte de aquella mujer, y ahora que un pestilente inspector veneciano le anunciaba la desgracia, sintió pena por Hécate. Volvió a suspirar... Su tono de voz se volvió más amable, cargado de pesadumbre.

—Inspector, si no le importa voy a vestirme. Espéreme abajo y estaré encantado de informarlo de lo que precise, del mismo modo que le agradeceré que usted haga lo mismo —suplicó.

El policía le contestó con un gesto afirmativo cargado de solemnidad. La tensión inicial dio paso al respeto por el duelo. Se volvió, y ahora sí, con delicadeza, salió al

exterior y cerró la puerta. Maurizio se desplomó nuevamente sobre la cama sin temor al vacío. El silencio en ocasiones se manifiesta en la forma de cruda conciencia, y en ese instante, con casi treinta y nueve años, recordó que no hay monedas para reiniciar la partida de la vida. Los ojos se le cerraron, y salió de su presente mientras la botella continuaba meciéndose al son del suspiro que viste la tristeza.

Y no pudo evitar que las estampas del pasado retornaran al presente...

¿Te quieres casar conmigo? —titubeó mientras ella alzaba su dulce mirada.

Habían pasado cinco años, y ahora que afrontaban el final de sus días en la universidad lo tenía claro. No estaba dispuesto a que todo finalizara de un plumazo; el pensamiento lo atosigaba cada noche, al extremo de no permitirle el sueño. Y llegó a pensar que el dolor que le provocaba la sensación de lejanía, la separación no deseada de ella, debía de ser similar a que le arrancaran una pierna. Porque sus vidas no estaban destinadas a converger. Él, ahora, era un alumno brillante que se había labrado un extraordinario presente y el favor de algunos de los profesores más laureados de la universidad. No en vano ya había participado en importantes campañas, tanto dentro como fuera de Italia, siendo reconocido como un alumno metódico y un riguroso gestor de tiempos y de presupuesto, parte especialmente importante. Su gusto por la antropología, además, lo había convertido en un reputado especialista en tradiciones y ritos de otro tiempo. Era su momento: amaba a su pareja casi tanto como a su profesión, y su nombre ya destacaba en un entorno profesional muy poco dado a los cambios, de un hermetismo tal que apenas eran dos o tres los que lograban aproximarse a las cúpulas. Pero él estaba destinado, y además, era consciente de tal situación.

Hécate, sin embargo, se había quedado rezagada, lastrada anímica y profesionalmente por la personalidad de Maurizio, que con los años había crecido, ganando la seguridad de la que había carecido en otro tiempo. Ahora tenía ambición, en ocasiones demasiada, y ella, sufriendo en silencio la distancia que cada vez se hacía más grande entre ambos, se esforzaba día tras día en estar a su altura, incapaz de superar las pruebas que estaba afrontando en un año académico especialmente difícil.

—Mauri, yo... creo que debemos esperar —respondió, lánguida, con tan poca convicción que él se enervó.

Al cabo de unos segundos sus facciones se relajaron. Había aprendido a controlar las emociones.

—Pero cariño, estamos a dos meses de finalizar la carrera. ¿A qué quieres que esperemos? Pongamos al menos una fecha. Sabes que el profesor Toscanelli quiere contar conmigo para trabajar en las excavaciones de Génova. Ahí hay dinero, y una vez que empiezas es difícil no continuar —observó, intentando que ella comprendiera que podían empezar a vivir una vida en común sólo con su sueldo.

Hécate volvió a bajar la mirada.

—Mauri... te quiero, y estos años han sido muy felices, pero creo que debemos esperar; al menos hasta que nos entreguen la licenciatura. Tampoco es demasiado tiempo, y después ponemos una fecha...

Maurizio, cegado por una obsesión, como siempre le había ocurrido, carraspeó, y con voz profunda, afirmó:

—¿Eso es... entonces... un sí? —preguntó, henchido de un disimulado orgullo.

Ella afirmó con la cabeza, y acto seguido se fundieron en un apasionado abrazo. Se besaron, y aquella fue la primera ocasión en que Maurizio percibió la frialdad de sus generosos labios...

Hécate no era la alumna brillante de los primeros años, y sin embargo se había visto obligada a intentar seguir su estela, convirtiendo la vocación de su vida en un despiadado infierno de egos y comparaciones. Su frustración había llegado a tal punto que más de una vez ocultó los apuntes de Maurizio unas horas antes de los exámenes para que éste se descentrara durante la prueba y de este modo las calificaciones no fueran tan apabullantes para ella. Pero daba igual: Hécate se había transformado en una alumna mediocre y él en uno de los más brillantes de la promoción. Y eso le dolía, se le clavaba como un puñal en el corazón. Porque su apoyo era sinónimo de soberbia.

—Por cierto, cariño, no te he comentado que el mes próximo, el 14 de enero, marchó a Florencia. El profesor Cassano quiere que lo acompañe para mostrarme cómo levantan los precintos del yacimiento que hay bajo la Santa Croce. Es una buena oportunidad. Sabes que su asignatura me trae de cabeza, y es posible que si me ve trabajar me favorezca en el examen final —aseguró, desviando la atención de la anterior conversación.

Porque él era consciente de los problemas que estaba teniendo con el viejo catedrático, que en los últimos años se había especializado en aprisionar con la cadena del suspenso a alumnos que a punto estaban de abandonar las aulas y de iniciar su vida profesional.

—Pero Héca... ese día es nuestro aniversario —exclamó contrariado.

Le acababa de pedir matrimonio a aquella mujer y ella le respondía con silencios y soledades.

—Muy bien. Si tienes que hacerlo... El futuro es el futuro —afirmó con cierto aire de autosuficiencia. Estaba molesto, era evidente.

Los días transcurrieron y la semilla del amor volvió a brotar en el interior de Maurizio, dejando atrás las controversias. Tenía la facultad de emocionarse sin demasiado esfuerzo, de volver a sentir mientras escondía la cabeza bajo tierra para no ver que ciertas actitudes hacen mella, abren heridas que nunca cicatrizan. En las últimas semanas, antes de partir, Hécate había estado distante. Y él, tan brillante en ocasiones y en otras tan simple, pensaba que las últimas palabras que le dijo poco

antes la habían molestado, hiriendo su orgullo. ¿Acaso no marchaba él a diferentes campañas cada año? Inconscientemente era una forma de no reconocer el esfuerzo de su amada, de manifestar de forma velada que él también pensaba que no estaba a la altura. La reflexión le provocó una tristeza pasajera, ya que tenía el remedio para atajar el mal. Y así, horas después, se subió al tren. Su destino: la estación de Santa María Novella, en la ciudad de los Medici.

Llegó con la noche abrazando las calles de la ciudad. Hacía frío. Salió de la estación y, tras hurgar durante unos segundos en el bolsillo de su chaquetón gris, extrajo un papel arrugado. Hacía tres días que no hablaba con ella. Durante las campañas de una semana el tiempo se medía con precisión, y apenas quedaban fuerzas a altas horas de la madrugada para realizar llamadas. Ambos estaban advertidos de ello, por lo que el silencio se apoderaba de esas jornadas. Sería una sorpresa...

—Hotel Golden Tower, junto al palacio Strozzi... —murmuró para sí mientras leía el contenido del papel y alzaba la mano derecha reclamando un taxi.

Minutos más tarde entraba en la plaza de la catedral. La mole de mármoles de distintos colores se elevaba a los cielos, magnífica, única, majestuosa... Suspiró. El corazón se le aceleraba a cada instante. Eran las once de la noche. Había llegado a tiempo para celebrar con su amaba el quinto año de su nueva vida; una vida que estaba a punto de sufrir un cambio, y ese pensamiento lo hacía respirar con dificultad al sentir la presión de la felicidad. Atravesó el hall del hotel y, sin la cortesía de rigor, se dirigió al conserje.

—La habitación de Hécate Casalli, por favor. Ah, pero no la avisen. Soy su futuro esposo y quiero darle una sorpresa.

—Sonrió malicioso, buscando la complicidad del joven que lo atendía.

Éste entendió que detrás de aquella información se ocultaba una buena propina, y respondiendo con un guiño a la confidencia, se apresuró a buscar en el ordenador.

—Habitación 511 señor. Es la suite de dos habitaciones —afirmó el muchacho, esperando que eso fuera más que suficiente.

Maurizio tardó unos segundos en reaccionar. A él jamás le habían ofrecido más que ramplonas habitaciones de hoteles más o menos decentes. Volvió a la carga...

—Sé que le va a parecer extraño, pero es que hoy es nuestro quinto aniversario, y el primero después de que nos comprometiéramos hace apenas unas semanas. Le dejo mi documento de identidad para que tenga la seguridad de que no lo estoy engañando, por si quiere contrastar que no soy ningún delincuente, pero le estaría eternamente agradecido si me facilitara una tarjeta para poder entrar en la habitación... —finalizó, ocultando bajo la palma de la mano un billete de cincuenta euros, que el sagaz muchacho pronto detectó.

Lo miró fijamente y de nuevo comenzó a jugar con las teclas del ordenador. La

habitación estaba a nombre de ella, por lo que en principio no existía problema alguno para que esa noche se ganara un sobresueldo. Mirando a uno y otro lado, el conserje introdujo una tarjeta blanca con el logotipo del hotel por una rendija de la CPU del ordenador, y acto seguido, con naturalidad, se la ofreció a Maurizio, que, como si no fuera la primera vez, con gran habilidad dejó el billete en la palma del joven.

—Evidentemente se la ha encontrado en el suelo... —le advirtió el muchacho.

Se despidieron con una sonrisa, ahora sí de cortesía, y se encaminó hacia el ascensor. Antes el muchacho agarró con fuerza el documento de identidad. Ya se lo devolvería al día siguiente...

El ascensor tardó en bajar, y el corazón se le aceleró un poco más. Pero al fin llegó, y Maurizio, dando un paso seguro, entró en él. Apretó el número cinco. Estaba rodeado de espejos, situación que lo satisfizo, pues aprovechó para colocarse bien el abrigo y para intentar poner orden en su desaliñado pelo. Un tono musical le advirtió que se encontraba en la planta deseada. Despacio, salió del ascensor y comenzó a caminar...

«507... 509... ¡511! ¡Aquí es!», pensó sin poder contener la risa...

Con cuidado, evitando dejar escapar cualquier sonido delator, introdujo lentamente la tarjeta magnética en la rendija de la puerta, saboreando el momento. Disfrutaba, más que de la sorpresa venidera, del momento furtivo, casi delictivo que estaba protagonizando. Un ligero sonido y el led verde que se iluminó junto al pomo advirtieron de que ya estaba abierta. Lentamente giró el picaporte y dejó que su cuerpo actuara de colchón, pretendiendo con ello que se amortiguara cualquier rastro delator. Y con la misma técnica, una vez en el interior, cerró la pesada puerta. No se había percatado. Ella debía de estar en la cama, dormida, porque el silencio era el dueño y señor de la gran habitación. Estaba oscuro, pero no lo suficiente como para no percibir que era una suite extraordinaria. Frente a él daba comienzo un largo pasillo. Tres metros más adelante giraba en ángulo recto hacia la derecha. Pero antes, a la izquierda, una puerta abierta mostraba la entrada a la primera habitación. Se agachó, y haciendo gala de sus dotes felinas, se desató las botas y las dejó junto al mueble que había detrás de la puerta principal. Acto seguido se dirigió lentamente hacia la primera estancia, intentando que sus pies alcanzaran el estado sublime de la levitación. Despacio, entró y pudo apreciar, pese a las sombras reinantes, que había una gran cama, con las sábanas recogidas y la maleta roja de Hécate sobre la misma, abierta de par en par, con la ropa revuelta. Así actuaba cuando no encontraba algo; aunque sólo fuera un bolígrafo. Revolvía todo el equipaje, arrojando su contenido más allá de lo aconsejable, y después, una vez alcanzado el objetivo, lo dejaba todo tal y como había quedado. El pensamiento le hizo sonreír. Era evidente que ella no estaba allí, así que retrocedió unos pasos y enfiló el brazo más largo del pasillo. Al

fondo había un gran salón, con una televisión de cincuenta pulgadas, una mesa de trabajo, un enorme sofá y otra mesa en la que aún permanecían los restos de una opípara comida. Se extrañó... Hécate apenas si comía, y allí había cena para varias personas. Probablemente ni tan siquiera había dado la orden de que retiraran las sobras de días anteriores.

«Ella y su costumbre de dejar el cartelito de “no molesten”», pensó, mientras se sorprendía al comprobar que junto al salón, a la izquierda, había un enorme baño completamente diáfano, sin intimidad, con la ducha, la taza y el bidé expuestos a todas las miradas.

Y más al fondo, una enorme puerta corredera de color wengué parecía ocultar el objeto de su deseo. Sí, estaba dormida. El silencio era revelador, y su pensamiento tan turbador que decidió, antes de abrir la puerta, desprenderse de todo cuanto lo molestaba. Segundos después permanecía desnudo frente a la entrada, con el vigor masculino en todo su esplendor, saboreando anticipadamente la fruta prohibida que se hallaba al otro lado de la puerta. Consciente de que estaba cometiendo una profanación, recorrió esos últimos centímetros aún más despacio, hasta que pudo observar el interior sin ser visto. Su ceño se frunció, su mirada se cargó de estupor, después de odio, y la erección cesó de manera repentina. Frente a él, con los ojos cerrados y el rostro alzado hacia la techumbre estaba ella, de rodillas, inclinada ligeramente hacia delante, desnuda, con el pecho cayendo sublime sobre las sábanas. Jadeaba, emitía pequeños gritos mientras los pezones se endurecían, y él, un hombre de largo cabello blanco la observaba desde atrás con lascivia, mientras la penetraba violentamente una y otra vez, disfrutando de esa mezcla de placer y dolor que ella manifestaba. Era bella, hermosa, un bocado demasiado dulce... Repentinamente agarró con sus grandes manos la estrecha cintura de Hécate y, como si estuviera jugando con una pluma, le dio la vuelta completamente, dejándola sometida sobre la cama. Cogió su pene y nuevamente lo hizo desaparecer en el generoso interior de la muchacha, mientras ella parecía disfrutar, enloquecer, con la cabeza y los brazos colgando de los pies de la cama, mientras su largo cabello formaba ondas sobre el suelo. Abrió los ojos, y aún tuvo tiempo de sentirse observada. Unos ojos encendidos por la ira fijaban la atención en su cuerpo desnudo.

Maurizio estaba al otro lado de la puerta...

Regresó, dejando atrás sus recuerdos. Permaneció durante varios minutos, quizá cinco, observando su rostro en el espejo, enfrentándose a su mala conciencia, comprobando por vez primera que el paso del tiempo comenzaba a hacer mella en sus facciones. El surco gris del desengaño coloreaba sus ojos; habían sido muchas las noches que se había visto vencido por el alcohol. El dulce abrazo de Baco acabó por transformarse en amargo ahogo, pero era la única salida que encontró durante años, hasta que conoció a Donna...

Tenía la barba crecida y ya despuntaban decenas de canas entre el vello negro del mentón. Suspiró de nuevo, y tras abotonarse la camisa, salió del baño y entró en la habitación. Despacio, como si estuviera llevando a cabo un calculado ritual, cogió el cinturón de encima de la cama y lo pasó por las trabillas de los pantalones, mirando de soslayo los periódicos que había sobre la cómoda. Por debajo sobresalía el sobre que la noche anterior le había hecho llegar Hécate. Y llevado por un impulso irracional, se acercó, apartó bruscamente los diarios, y vació nuevamente su contenido. Esperaba encontrar algo, una respuesta que le permitiese conocer el porqué de la muerte de la mujer. Pero no había nada, nada nuevo, al menos. La foto de la vampira parecía cobrar una gran luminosidad al enfrentarse a la luz diurna. La miró, esperando a que ésta le «hablara», le diera una pista, le dijera cuál era el motivo de su presencia en ese momento y en ese lugar. Fue al recorrer con los ojos el rostro de la imagen cuando se percató de que en la parte posterior, bajo la extraña inscripción, había relieve. La giró, comprobando que, efectivamente, alguien había escrito algo en un papel, quizá sin percatarse de que debajo se hallaba la instantánea, y que al presionar el bolígrafo inconscientemente estaba estropeando la misma. O no...

Atravesó la habitación tras dejar la fotografía sobre la cómoda y abrió la desgastada cartera negra que se apoyaba contra el armario. En silencio, extrajo de un cuaderno un folio de papel cebolla, cogió un lápiz de carboncillo y se aproximó de nuevo a la ventana. Giró con cuidado la fotografía, y tras colocar el fino papel sobre el reverso de ésta, despacio, comenzó a pasar la punta del grueso lápiz, inclinándola tanto como le era posible.

En la superficie comenzaron a surgir letras. Maurizio, nervioso, aceleró la trazada. El inspector Faccini llevaba demasiado tiempo esperándolo y seguro que se estaba impacientando. Se detuvo, y como si tuviera entre sus manos una delicada cajita de cristal, colocó la hoja de papel sobre la cómoda y se dispuso a leer...

—*Maleficos non patieris viveres*. ¿Qué demonios...? —murmuró.

Alguien había escrito el mensaje en latín, y era evidente que con la intención de que permaneciera «grabado» sobre la fotografía, porque su traducción no podía estar más relacionada con la escena que siglos atrás se vivió en este rincón de Italia.

«A la hechicera no dejarás que viva...», Éxodo 22, 18..., escribió debajo de la inscripción, satisfecho ante su dominio del latín y el intachable conocimiento de las Sagradas Escrituras. No en vano, la forma de atacar las supersticiones de la humanidad era conocerlas. Al menos eso pensaba...

El teléfono de la habitación lo devolvió a la realidad. El inspector debía de estar molesto ante su prolongada demora, por lo que introdujo con rapidez los papeles en el interior del sobre y, tras coger la tarjeta magnética que había junto a éstos, se apresuró a salir de la habitación. Antes de cerrar la puerta miró al interior de la estancia. No sabía bien por qué, pero estaba convencido de que el caos en el que su vida se había sumido en las últimas cuarenta y ocho horas tenía algún sentido. Y ese pensamiento, o más bien la euforia con la que inesperadamente se había manifestado, lo avergonzó unos segundos. No era momento para atender a retos; al menos por ahora. Más tarde, ya se vería...

Atravesó el estrecho pasillo y apretó el botón del ascensor. Aquella máquina del infierno hacía más ruido que los *vaporetti* que desde primeras horas anunciaban que la ciudad ya estaba despierta. La puerta se abrió, dejando en evidencia que en cualquier momento podría realizar el último viaje. Maurizio respiró profundamente y se introdujo en él. Abajo lo aguardaba, de pie junto al mostrador de recepción y visiblemente nervioso, el orondo inspector. Al verlo esbozó una sonrisa cargada de circunstancias. Con el gesto firme de su mano izquierda invitó al recién llegado a que tomara asiento en unos viejos sofás de color negro y tela desgastada que ocupaban gran parte de la pequeña salita, a la derecha de la entrada al hotel. Maurizio, sin mover los labios, siguió las indicaciones del agente y, aparentemente compungido por los recuerdos, tomó asiento.

—¿Qué ha motivado su visita a Venecia? —preguntó sin tapujos, buscando en su expresión algún gesto de contrariedad.

Maurizio reaccionó con seguridad. En estos años había aprendido a lidiar con reputados arqueólogos que veían en sus capacidades no la continuidad de una noble profesión, sino la presencia de un usurpador que tenía demasiada prisa. Y lo que en su juventud lo enfurecía, ahora, pese al malestar que le pudieran provocar este tipo de situaciones, había aprendido a camuflar sus sentimientos. Alzó la mirada y, afectado, comenzó a hablar.

—Hace tres días recibí la llamada de mi mentor, el profesor Toscanelli, para que viniese a Venecia, ya que se había producido un interesante hallazgo. Toscanelli conoce a la perfección mi interés por la arqueología posmedieval, y pensó que podría

serle útil para resolver algunos interrogantes.

El viejo policía volvió a la carga...

—¿Y ha sido útil?

Maurizio, incapaz de leer entre líneas, era consciente de que algunas preguntas, dependiendo de cómo se formularan, tenían trampa.

—Eso se lo ha de preguntar al profesor —cortó tajante.

Faccini comprendió que aquel hombre de apariencia frágil y, pese a todo, duro carácter, no iba a ponerle las cosas fáciles.

—Y qué... ¿le ha resultado interesante la historia de la vampira? —preguntó con ironía.

Maurizio conocía a este perfil de personas, gentes capaces de derretir un témpano a base de paciencia; tan diestros en sus artimañas como rocosos en su personalidad. Faccini parecía un zoquete torpe y seboso, pero la apariencia una vez más era la primera pista para evitar el engaño.

—Inspector, si tiene curiosidad por lo que mis compañeros han descubierto en la isla no se ande con rodeos y dígame. Estaré encantado de facilitarle los escasos datos de los que dispongo, pero si ése es su único interés, por favor, no me haga perder más el tiempo. Yo sí que tengo muchas preguntas para las que de momento no encuentro respuesta —terminó.

El inspector, vapuleado, comenzó a toser. Buscaba un recurso para escapar del acoso de aquel hombre. Se sentía como los aprendices a los que tantas veces hizo la vida imposible en la Academia de Roma, cuando tenía fuerzas y prestigio para impartir puntuales cursos de investigación criminal. Tomó un trago de agua y comenzó a ojear varios folios que llevaba en el interior de una carpeta azul, como si anduviera detrás de una información relevante.

—¿Cuándo vio por última vez a la señorita Casalli?

En su tono no había un ápice de amabilidad. Se había ruborizado ante la supremacía de su interrogado, y no estaba dispuesto a permitir que pasara de nuevo. Pero Maurizio no pestañeó...

—Ayer, a eso de las seis de la tarde. Ella llegaba y yo me marchaba con el profesor Toscanelli. Hay bastantes testigos de ello. Después no la volví a ver... —finalizó, con la misma frialdad de sus respuestas anteriores.

—Pero después habló con ella...

Maurizio esperaba este instante. Era evidente que Faccini no tenía idea alguna de cierto envío de madrugada, de sobres indiscretos..., y no estaba dispuesto a facilitarle esa información. No sabía qué ocurría, pero algo en su interior le gritaba que no lo hiciese. La policía barajaba el suicidio como causa del deceso, por lo que no estaba incurriendo en un delito de ocultación de datos. Sabía lo que tenía que decir...

—Sí, hablé con ella. A las once de la noche. Quería que quedáramos para tomar

una copa; un reencuentro al cabo de tanto tiempo, ya sabe... Pero después de quince años sin verla, no era el momento de tomar esa decisión. Comprenderá que no le de más información. Es un asunto que pertenece al ámbito más privado... —terminó, convencido de que Faccini daría por concluido el interrogatorio.

Pero se equivocaba. Deseaba preguntarle, pero sabía que el veterano policía no le daría más datos de los que los medios publicasen al día siguiente. Así, cuando colocó su mano derecha sobre el mullido reposabrazos del sofá, pretendiendo con ello iniciar la despedida, Faccini le pidió, balanceando arriba y abajo su diestra, que permaneciera sentado.

—Ya, ya... La última vez que se vieron fue tras la muerte del profesor Cassano, en el hotel Golden Tower de Florencia, ¿no es así? —preguntó mientras consultaba las páginas amarillentas de una pequeña libreta, pasándolas de manera compulsiva.

Maurizio, por vez primera, tragó saliva. Aquel hombre venía bien armado y acababa de golpearlo con fuerza. Sin dejar que se repusiese, Faccini habló de nuevo...

—Me imagino que lo pasó usted francamente mal. No por el desagradable asunto que se encontró, que ya era de por sí tremendo, si no por la muerte súbita de aquel pobre hombre. Leí en el informe que me enviaron mis colegas de Florencia que entró en la habitación hecho una fiera, y que comenzó a gritar y a romper todo lo que caía entre sus manos. Y aquel desgraciado, pensando que lo estaban asaltando, con el corazón ya fastidiado, e imagino que cansado por la «faena» previa, sufrió un infarto fulminante que lo dejó muerto y desnudo sobre el suelo... —terminó, ahora sí relajado y consciente de que acababa de tumbar a su adversario.

Maurizio, titubeando, se derrumbó.

—¡Cómo se atreve! Si se ha informado correctamente de este asunto sabrá que posteriormente se celebró un juicio, y que fui absuelto de los cargos que los familiares de Cassano pretendían imputarme. Y ahora, si no tiene más que añadir, me voy... —concluyó, visiblemente nervioso.

—Sí, tengo algo más que preguntarle. ¿Le entregó algo en su último y breve encuentro la señorita Casalli? —balbuceó, ebrio de victoria, intentando dejarlo inconsciente.

Maurizio miró al joven recepcionista, y éste, cohibido por la situación, se apresuró a coger el teléfono que sonaba incesantemente sobre el mostrador.

—No. Como le he dicho, no volví a verla. Anoche di un paseo por Venecia hasta el puente de Rialto, para despejar la tensión de una jornada dura de viajes y trabajo, y comí algo por allí. Puede preguntar en los puestos que hay junto al canal... A las doce y media ya estaba en el hotel, como bien puede informarle el recepcionista. Además, la información digital de la tarjeta ha quedado registrada en la puerta de mi habitación, y por consiguiente la hora a la que accedí a ella. Si lo desea también

puede comprobarlo. Y ahora, si me disculpa...

Faccini, dispuesto a agotar cualquier posibilidad de arrancar algún dato al hosco arqueólogo, se dirigió a él por última vez.

—¿Quizá mañana? Estaría muy interesado en volver a verlo... —aseguró, remarcando las dos últimas palabras.

Maurizio, con la mirada perdida en el exterior, observando a la gente que deambulaba por la plaza de San Marcos, ajenos al negro destino que una vez más se cruzaba en su camino, lo miró nuevamente, y dio por zanjada la conversación.

—Lo siento. Mañana despido a una amiga... —«Y con ella demasiados secretos», pensó.

El inspector no insistió más. Ya habría tiempo de coincidir. La veteranía le había enseñado que en estos casos la paciencia era el peor enemigo de quienes se veían obligados a ocultar algo.

Y estaba convencido de que aquel joven presuntuoso aún tenía muchas más cosas que contarle...

Maurizio no era capaz de percibir el sonido de sus propias pisadas atravesando el empedrado de las calles de Venecia. Era como si cien caballos estuviesen batiendo sus cascos contra el centenario suelo, en una sinfonía de sonidos que aturdirían a cualquiera; pero no a él, pues su mente estaba en otro lugar.

Aceleró el paso, enfilando las mismas callejas que la noche anterior. Poco le importaba que el desagradable inspector lo estuviese siguiendo; o alguno de sus secuaces. Tenía claro que debía llegar al Rialto, al otro lado, donde horas antes ella, todavía bella y plena de vida, entregó el sobre al muchacho.

El día y la noche dividen nuestra existencia en dos realidades que nada tienen que ver una con la otra. Los colores, las calles, el cielo y el agua; la vida... y con la oscuridad el silencio, las sombras, el medio idóneo para otro tipo de seres. Venecia vestía un manto de colores extraordinario; gentes que venían e iban, algarabía, ruido... Y en este maremagno de sensaciones, Maurizio, que huyendo de sus propios miedos aceleraba el paso por momentos, como si se adivinase vigilado; con la certeza de que la muerte de Hécate no había sido fruto de un mal trago.

Afrontó el último tramo, y antes de ascender las escaleras del viejo puente, un leve mareo lo invitó a frenar, a apoyarse en la pared. La tensión lo estaba venciendo. Se llevó la mano derecha al cuello de la camisa y, con fuerza, arrancó el botón, dejando que un golpe de aire fresco se colara hasta la laringe. Miró a los cielos, pero no los vio. Sobre su cabeza, a apenas metro y medio, unos ojos rojos, encendidos como las llamas del infierno, parecían querer quebrar su cordura. Tragó saliva, y reponiéndose al impacto inicial, comprobó que únicamente se trataba de un viejo dragón, abigarrado de formas y gigantesco de tamaño. Sin duda tuvo que ser un maestro orfebre de prestigio quien lo creara quién sabe cuántos siglos atrás. Y a pesar de su descomunal estructura, permanecía inmóvil, asiéndose a la pared con sus imponentes garras de metal. Y colgando entre sus fauces, una luz que caída la madrugada debía de otorgar un aspecto feroz a la extraña escultura.

Empujó la pared como si pretendiese impulsarse para recorrer el último tramo. A mitad del puente observó que los barcos iban y venían por el Gran Canal, las pequeñas motoras que hacían las veces de taxis recorrían las aguas a gran velocidad, surcándolas en silencio, y las góndolas, con los *gondolieri* gritando sus habituales jaculatorias. Unos escalones más abajo, donde daba comienzo el impecable mercado de la fruta, los vendedores y algún que otro transeúnte se arremolinaban en torno a

alguien. Descendió con paso firme, y tras apartar con no demasiados modales a varios curiosos, logró llegar hasta la primera fila. Allí, en el interior de un gran círculo humano, como si de un trovador medieval se tratase, se encontraba un muchacho delgado y muy expresivo. Supo entonces, atendiendo a su finísima intuición, que había sido él quien entregó el sobre en el hotel la noche anterior. Respiró profundamente... El chico, protagonista de la historia que a esas horas recorría a toda velocidad las calles de Venecia, alzando las manos y poniendo en su relato un asombroso dramatismo, explicaba a quien deseaba escucharlo su versión del suceso.

—Guapa es poco; era bellísima. Y vino aquí de noche, porque decía que estaba esperando a alguien. Se notaba que había bebido. Estoy seguro de que se había peleado con su novio porque se notaba que había estado llorando. A una mujer así no se la puede tratar mal. Quiero decir: ¡a ninguna!, pero a mujeres así, menos. Yo no creo que se tirara por el puente. No me pareció que fuese el tipo de persona desesperada que yo mismo y vosotros habéis visto lanzarse desde los puentes. No parecía desesperada. No sé... estoy convencido de que la han matado, porque casi a las doce, que fue cuando se despidió de mí, no paraba de mirar a uno y otro lado, como si estuviese convencida de que alguien la estaba espiando. ¿Suicidio? No creo...

Sin embargo, de la última parte, de la entrega del sobre y de la generosa propina que ella le dio no dijo nada. Con los ojos muy abiertos comenzó a girar la cabeza, observando a los presentes, buscando en ellos las reacciones de sorpresa y admiración con las que llevaba dos horas disfrutando. Era el protagonista, y eso lo hacía feliz... Hasta que llegó Maurizio. El muchacho titubeó, y acto seguido dio por finalizado «el acto». Algunos de los presentes dirigieron su mirada hacia aquel hombre de aspecto cansado y rictus imperturbable, y comenzaron a dispersarse. El joven intentó desaparecer entre la muchedumbre aprovechando la confusión del momento. Pero Maurizio fue más rápido, y antes de que se perdiese entre las columnatas del mercado le cerró el paso.

—¿De qué huyes muchacho? —le preguntó, con la voz inusualmente ronca.

El chico intentó hablar, pero la facilidad de palabra que había manifestado hacía apenas unos segundos ahora se diluía entre sus propios miedos. No sabía quién era aquel forastero, pero sí estaba seguro de que tenía una relación muy cercana con la fallecida. Y eso era motivo más que suficiente para que ya no disfrutase de la situación...

—¡Yo no sé nada! —se apresuró a decir, elevando la voz con la intención de que su conversación llamase la atención de los transeúntes.

—Tranquilo, muchacho, no te voy a hacer daño. Únicamente me gustaría conversar contigo; hacerte unas preguntas —afirmó, ahora con la voz más clara.

El chico agachó el rostro y varias lágrimas comenzaron a resbalar por sus

mejillas. No estaba preparado para algo así. Involuntariamente se había visto involucrado en la muerte de la joven; no en vano él, suponiendo que no hubiese nadie más y el fallecimiento se hubiese producido por accidente o por voluntad de la difunta, era la última persona que la había visto con vida.

—Señor, yo no sé nada. La señora se me acercó cuando estaba a punto de cerrar el puesto y me pidió que llevase un sobre al hotel Dell’Opera. Parecía nerviosa, pero poco más es lo que puedo decirle. Es lo mismo, bueno, más o menos, que lo que le he contado al cura, y a un cura no se le puede mentir... —afirmó a la vez que se santiguaba.

Maurizio abrió los ojos, como el zorro que tras oler a la gallina al fin la ve, y volvió a preguntar:

—¿El cura? ¿Quién es el cura? ¿Le has dicho a la policía algo de él? —inquirió.

—No. No le he dicho nada al gordo del inspector Faccini porque ha venido después. Era un sacerdote bastante fuerte, vestido con sotana y gafas, y con una cruz roja muy bonita colgada del cuello. Tenía mucho interés en saber si había visto a la señora y si ésta me había dado algo. Pero claro, yo le he dicho que no, ya sabe... —concluyó, agachando nuevamente la cabeza.

Maurizio permaneció en silencio, respirando profundamente, tal y como hacía cada vez que deseaba poner en orden las ideas. Introdujo su mano izquierda en el bolsillo y sacó veinte euros, sin comprender muy bien por qué a él sí se lo contaba. Conociendo a Hécate seguro que hizo una radiografía exacta de cómo era físicamente la persona a la que debía entregar el sobre. No cabía otra explicación. Sin mediar palabra se los entregó al muchacho, que, sorprendido por la reacción de aquel extraño, miró a un lado y a otro, y dudó. Finalmente extendió la mano y cogió el dinero.

—Bien hecho, muchacho. Bien hecho. Nadie debe saber más de lo que tú y yo sabemos... —le dijo, ahora sí con la voz grave y desagradable del principio.

Se dio la vuelta y se marchó. Caminó despacio; ya no había prisa. Era evidente que alguien tenía mucho interés en el asunto, tanto o más que él, y eso no le gustaba demasiado... Además, ¿qué pintaba un cura en todo esto? Por la descripción que le había dado el joven todo indicaba que se trataba del padre Luvoslav. Pero ¿qué lo motivaba a seguir el rastro de las últimas horas de vida de Hécate? ¿Acaso el sobre y lo que éste contenía eran el objetivo del rudo sacerdote? Sumido en sus pensamientos, atravesó la ciudad sin rumbo definido cuando el teléfono móvil comenzó a sonar. Lo extrajo del bolsillo izquierdo de la chaqueta y se puso en alerta. En la pantalla aparecía un nombre, parpadeando insistentemente: era el profesor Toscanelli. Perdió la calma...

—¡Maldito hijo de puta! ¿Dónde demonios está? ¿No sabe aún lo que ha pasado? Más vale que me diga dónde y cuándo si no quiere recibir la visita del asqueroso

inspector de policía. ¡Tiene muchas respuestas que darme, Toscanelli! —gritó, comprobando al instante que no era capaz de controlar sus emociones; que de su boca únicamente salían mensajes sin orden ni concierto. Al otro lado del auricular únicamente le contestó el silencio.

—¡Profesor, maldita sea! ¡Responda! —volvió a gritar, guardando algo más las formas al comprobar que empezaba a despertar el recelo de quienes se cruzaban en su camino.

—Mauri, la velaremos esta tarde en el tanatorio de San Paolo. Después la llevarán a su pueblo para enterrarla en la más absoluta intimidad. Así lo ha querido su familia —anunció con la voz rota por el dolor.

No disimulaba. La fallecida y el profesor habían llevado a cabo algunas campañas juntos, especialmente en el norte de África, donde a Toscanelli le gustaba retirarse de vez en cuando, hasta que el maldito accidente en el desierto de Túnez, cerca del gran palmeral de Nefta, lo dejó durante meses en una silla de ruedas. Pero su complicidad de años era indudable.

—Su padre llegará esta tarde —continuó—, demasiado tarde para llevarse el cadáver hoy mismo. Los forenses del Centro Católico San Giovanni han realizado la autopsia y han desestimado que se trate de un asesinato. La pobre cayó inconsciente al río después de beber hasta reventar. Era habitual en Hécate desde... bueno, ya sabes —finalizó, intuyendo el sudor frío que se acababa de apoderar de Maurizio.

Sí, él sabía lo que era beber hasta reventar, y las causas que podían inducir a ello.

—Profesor, tenemos que vernos antes —insinuó, ahora ya más calmado.

El veterano arqueólogo, recobrando por unos instantes el ánimo, se limitó a susurrar unas cifras.

—Apunta: 319.353. Guión. 7.13.1396. Guión. 43..313. A 1650. No te digo más... —y colgó.

Toscanelli era un amante de los acertijos, de los textos encriptados y de la numerología. Desde que lo conoció, atento a la rapidez mental que mostraba el joven aprendiz de arqueólogo, gustaba de ponerlo en breves con los que demostrar que él era y continuaba siendo el maestro. El profesor solía atribuir a cada letra un número, dividiendo el alfabeto en columnas de nueve, de tal forma que a partir de la «J» comenzaba nuevamente con el uno, al igual que con la «S». Para distinguir las numeraciones y sus correspondientes vocales y consonantes, detrás de cada número incluía uno o dos puntos, dependiendo de si se hacía referencia a la segunda o a la tercera columna. Era una manera divertida de, llegado el caso, facilitar información que no deseaba que otros conociesen. Y sus años de práctica habían hecho que su conocimiento del sistema fuera tal que apenas si les hacía falta escribir números y puntos para saber lo que se estaban transmitiendo. Llegado el caso, había que interpretar si se trataba de letras o de husos horarios. Pero eso, la propia conexión del

mensaje lo acababa desvelando. Era tan fácil como ver si tenía o no sentido para diferenciar las horas de los textos.

Maurizio no tardó demasiado en descifrar el contenido de las cifras.

«Cárcel Palacio Ducal, a las 16.50 horas», pensó.

¿Por qué Toscanelli se mostraba tan cauto? Tampoco parecía tener demasiado sentido reunirse en la lóbrega prisión de los Plomos. Si lo que deseaba era pasar desapercibido, citarse en un lugar que se hallaba a pocos metros de donde la noche anterior la muchacha se había «caído» por el puente no era lo más recomendable. No en vano, para entrar en el recinto de las cárceles primero era necesario atravesar el puente de los Suspiros, y Maurizio estaba convencido de que a la multitud de curiosos que a esas horas estarían escudriñando el lugar era probable que se uniese la desagradable presencia del inspector Faccini, a quien no le resultaría demasiado normal verlos aparecer por allí.

Porque es sabido que el asesino siempre regresa a la escena del crimen poco tiempo después, y no deseaba crear esa confusión, suponiendo que la policía barajase dicha tesis, a pesar de que los forenses la hubieran descartado.

Bien es cierto que demasiado rápido...

Aún quedaban dos horas.

Maurizio cogió el teléfono y marcó, tembloroso, ocho dígitos que aparecían constantemente en su mala conciencia. Al otro lado, dos timbrazos, tres... y alguien descolgó el aparato. Alguien que tras observar los números parpadeando en la pantalla permanecía callado. El arqueólogo, intentando poner en orden las pocas ideas que aún tenía claras, hizo un esfuerzo y comenzó a hablar:

—Cariño... ¿estás ahí? Soy yo, Maurizio —murmuró.

Al otro lado del hilo telefónico tan sólo silencio. Mantenía una lucha interna entre lo que le dictaba la razón y la ira que estaba a punto de desbordarse.

—Donna, soy Mauri. Sé que me estás escuchando, y que estarás muy enfadada, pero es importante que contestes. No tengo mucho tiempo... —la apremió, temeroso de que una frase equivocada, una mala interpretación, lo dejara una vez más con la palabra en la boca.

Ella, afilando aún más la mirada, respiró profundamente, y con la tranquilidad que siempre mantenía en los momentos difíciles, abrió la boca, despacio, y contestó:

—Sí, Mauri, estoy aquí.

Suspiró aliviado. Y liberado de la presión, aceleró la conversación.

—Donna, cariño, al fin... Te pido disculpas por el silencio de estas últimas horas, pero ha ocurrido algo terrible. Ayer, después de despedirme del profesor, en la misma excavación se encontraba, en fin... —carraspeó.

Se había lanzado sin medir las consecuencias y ya no podía dar marcha atrás. Y ella se estaba dando cuenta.

—Con el profesor trabaja una antigua compañera, Hécate Casalli, ¿la recuerdas? —preguntó, consciente de que sabía perfectamente de quién le estaba hablando.

Es más, estaba convencida de que el motivo de todos los problemas por los que habían pasado en sus cinco años de relación, a veces de puntillas y otras a zancadas, era ese fantasma del pasado que como un espíritu burlón al que molestaba la felicidad ajena se manifestaba en el presente bajo la presencia de un triste pensamiento. Y entonces Maurizio se perdía en un mundo de sombras, guiado por los efluvios envenenados de mil y un licores; cubierto por las esencias de lugares en los que la luz hace tiempo que baila al son del centelleo del neón...

Donna fue tajante.

—¿Te has acostado con ella? —exigió saber, en un tono que sonó a afirmación.

Él se ruborizó, como si acabase de descubrir que por unos instantes hubiera deseado hacerlo y hasta este momento no había sido consciente de ello. Una vez más la mente dominó al cuerpo...

—Donna, es asqueroso que tan siquiera lo pienses. Además, está muerta... —dejó caer, esperando que ella se sorprendiese al punto de no insistir más en este incómodo asunto. Pero no fue así.

—¿Te has acostado con ella?! —volvió a preguntar, esta vez en un tono marcadamente despectivo.

Maurizio empezó a notar que sus músculos se contraían y que un extraño hormigueo empezaba a tomar hasta el último rincón de sus vísceras. Se estaba enfureciendo por segundos...

—¡No, no me he acostado con ella! La he despreciado como a una puta. Incluso me he alegrado cuando me han comunicado su muerte, tan sólo unas horas después de haber hablado con ella por teléfono —remarcó, poniendo especial énfasis en la idea de que todo se había desarrollado a través del hilo telefónico.

—¿Como a una puta?! —le gritó con asco.

Estaba muy nerviosa. No parecía escuchar lo que le decía, al menos en su totalidad, como si seleccionara aquellas líneas que le provocaban una especial amargura. Y continuó...

Tú de eso sabes mucho, ¿verdad? ¡Maldito cabrón! Me dejas el día de nuestro aniversario, no vuelvo a saber nada de ti salvo tres frases en dos días, y cuando por fin decides hablar conmigo me dices que has estado con la persona que más daño me ha hecho en toda la vida; una persona a la que ni siquiera conozco... —terminó, sollozando.

«Ni la conocerás ya», pensó, poniendo en su reflexión tanta vehemencia que se descubrió esbozando una sonrisa. El comentario le había hecho gracia..., y se avergonzó por su espontánea frivolidad.

Maurizio no había sido capaz de superar la ruptura con Hécate; al menos completamente, porque ella regresaba una y otra vez, adueñándose de sus sueños. Incluso de sus momentos íntimos. En más de una ocasión Donna fue consciente de que no estaba haciendo el amor con ella. Él cambiaba la expresión de su rostro, el movimiento de su cuerpo, incluso la tensión de sus músculos, y entonces era consciente de que estaba tomándola físicamente, pero su espíritu se encontraba amando a otra persona.

El daño, en silencio, fue forjando una distancia difícil de salvar. Y él, bohemio y conservador a parte iguales, empezó a engancharse a la madrugada, a las criaturas que en el sórdido inframundo humano se mueven con maestría. Fueron años duros; al menos hasta que Maurizio entendió que ella se alejaba demasiado y en un intento por no perderla hizo propósito de enmienda, aunque en lo referente a ese propósito en

ocasiones tuviese memoria de pez...

—Donna, te repito que es ayudante de Toscanelli. O era... Yo no la esperaba, y se lo he hecho saber al profesor. Pero, en fin, ya da igual. Creen que se ha caído desde un puente completamente borracha. Pero yo creo que ha sido otra cosa...

Aguardó la opinión de su amada, pero ésta no volvió a decir nada. Al cabo de unos instantes Maurizio comprendió que hacía varios minutos que le había colgado el teléfono. Su orgullo no podía consentir tal afrenta, así que, humillado y cada vez más enfurecido, cogió el aparato y comenzó a marcar de nuevo... Cuando a punto estaba de pulsar el último dígito, su mano empezó a temblar, apretó los dientes con fuerza, y tras proferir un sonoro insulto, lo introdujo en el bolsillo derecho de su chaquetón.

—¡Mierda! Después estará más tranquila —se dijo mientras aceleraba el paso.

La llamada le había hecho perder demasiado tiempo, y aunque Venecia es una ciudad pequeña, cada día sus calles y puentes se veían saturados de turistas que le impedían avanzar con cierta fluidez.

Al llegar a San Marcos se dirigió hacia el muelle. Junto a él se alzaba a los cielos la gran columnata en cuya cumbre se situaba orgulloso el león de Venecia, el símbolo más conocido de la ciudad. Siempre que pasaba a su lado sonreía, porque muchos eran los que pensaban que este icono había nacido a raíz de las estatuillas que se entregaban en cada certamen del festival internacional de cine de la ciudad, y muy pocos sabían que en realidad el león alado era la representación del evangelista san Marcos, porque el rey de la selva era una de las cuatro criaturas que se sentarían a la vera de Dios y le harían entrega del libro del Apocalipsis el día del juicio final...

Tal y como se imaginaba, el puente de los Suspiros estaba atiborrado de morbosos ávidos de emociones pero incapaces de ocupar su tiempo en otra cosa que no fuera la búsqueda de miseria humana. Algunos incluso se asomaban por los arriostrados del puente para tomar mejores instantáneas de las aguas a las que se había precipitado la difunta.

En esos instante sintió asco y odio, y con paso firme avanzó entre la multitud. La entrada a las cárceles se encontraba en el callejón que se abría a la izquierda...

Necesitaba respuestas.

Luces y sombras conviven, en ocasiones armónicamente, porque unas no tienen razón de ser sin las otras. Maurizio, pese a no necesitar de nubes en las que montar para escapar de la realidad, que para eso ya estaba el alcohol, en contados momentos poseía la capacidad de transportarse a otro tiempo, y entonces visualizaba cómo hubieron de ser determinados lugares que hoy, vestidos de decadencia, fueron la envidia de medio mundo. Por eso, pensar que el empedrado sobre el que caminaba veloz no había sido modificado en los últimos quinientos años, le permitió relajarse durante unos instantes y una extraña mueca, un gesto divertido, se asomó a su rostro.

Sin duda alguna, en el edificio que se alzaba al frente, un buen ejemplo de que un lugar tan siniestro como una prisión también podía gozar de una estética externa de bella factura, muchos fueron los hombres de desviada moral que permanecieron enterrados en vida tras los poderosos hierros de las celdas. Pero también los hubo ilustres, y el entorno, unido al fuerte olor que desprendía el pequeño canal que se hallaba junto a la cárcel, le hizo esbozar una sonrisa al pensar en la expresión de un refinado Giacomo Casanova, tan delicado en sus gestos como vigoroso en sus envites de alcoba, al atravesar el umbral de la que había de ser su morada por espacio de cuarenta y dos días. Porque ése fue el tiempo que empleó en planificar la fuga. Hasta allí llegó porque los miembros de la Inquisición pensaron que cien romances eran demasiados para una vida. El pensamiento templó sus nervios por unos instantes; sólo por unos instantes.

Entrada ya la tarde, la ciudad presentaba un aspecto plomizo. Daba la sensación de que en cualquier momento el cielo se iba a precipitar sobre su cabeza. Y esa ausencia de luz vestía los edificios de tonos grises, como si el color hubiera sido borrado de un plumazo y el blanco y negro lo tomara todo. Tan sólo el rojo intenso de los amplios asientos de las góndolas rompía el monocromático entorno...

Paró en seco. Había vuelto a tener esa extraña sensación, como si unos ojos furtivos siguieran su paso con especial interés.

—¿Va a entrar, señor? —le preguntó la dependienta desde el otro lado de la ventanilla, tendiéndole con su mano derecha un billete rectangular picado de antemano.

La expresión amable de la mujer le hizo olvidar sus percepciones. Acababa de llegar a la entrada de las cárceles, en la parte trasera del colosal palacio ducal Ca' d'Oro, como si con ello quisieran mantenerlas ocultas, porque fueron muchas las

vergüenzas que aquí se escondieron. Maurizio echó un vistazo atrás, escudriñando cada esquina, cada oquedad, buscando esos ojos que como un puñal se clavaban en su mente, y una vez más, en el otro extremo del canal, descubrió el puente de los Suspiros, esa tarde más lleno que de costumbre. Y recordó que, siglos atrás, quienes le pusieron ese romántico nombre lo hicieron por un motivo menos noble. Y es que aquellos que lo atravesaban, camino de las cárceles, lo hacían suspirando porque eran conscientes de que ya no lo volverían a recorrer en sentido contrario... Y con Hécate, por desgracia, esa máxima se había cumplido.

Rebuscó en los bolsillos, y tras dejar en la pequeña bandeja cinco euros, hizo el ademán de coger el ticket. Sin embargo, la mujer, con un gesto insospechadamente rápido, retiró la mano, y con ella el billete.

—No se preocupe, que ya llevo la cuenta de que usted ha pagado —le dijo, ahora sí, con ausencia total de esa amabilidad que mostrara segundos antes.

Para qué discutir. Con un sólo billete daba acceso a diez visitantes, quizá quince cada día. Ella facturaba uno y se quedaba con el resto del dinero. Además, no tenía tiempo que perder. Si ésa era la única forma de sacarse un sobresueldo, quién era él para impedirlo. Seguramente el viejo profesor ya lo aguardaba en el interior del edificio.

Frente a él, un estrecho y largo pasillo se metía aún más en las profundidades del caserón. Al llegar a la planta donde se encontraban las celdas una sensación de ahogo se agarró con fuerza a su pecho al comprobar que las ventanas estaban protegidas por gruesos cristales que evitaban que el agua del canal se colara en el interior, lo que en siglos pasados, cuando el lugar estaba atestado de criminales y ladrones, hubiera podido ser una catástrofe de proporciones inimaginables. Pero en este caso el factor psicológico jugaba un papel importante, ya que cuando el reo era consciente de que se hallaba bajo el nivel de las aguas, cualquier pensamiento destinado a llevar a cabo una posible fuga quedaba anulado al instante. Eso era lo que al menos dictaba el sentido común, salvo para temerarios como Casanova, que evidentemente carecía del mismo...

El enclave estaba vacío. Probablemente la hora, cerca ya de las cuatro y media, invitaba a pasear por el exterior, pese a que la tarde amenazaba lluvia. Despacio, descendió por la larga rampa. Al final, a su derecha se abría otro pasillo más, tenuemente iluminado, pues el objetivo era recrear el mismo ambiente que malvivieron los encarcelados de otros siglos. Las celdas tenían hoy unas pequeñas puertas bañadas en una pintura marrón especialmente brillante que obligaban a agacharse a quienes «deseaban», llevados por el morbo, acceder a su interior. Y una vez dentro, apenas si los comunicaba con el exterior un pequeño agujero en el centro de la puerta, por el que seguro hubieron de introducir algo parecido a comida.

Maurizio continuó caminando. Y se descubrió haciéndolo despacio. Sí, la

ausencia de gente le estaba generando un desasosiego que iba creciendo conforme se percataba de que, salvo el sonido de sus pasos y de alguna gota al caer, poco más se oía... Al final de este segundo pasillo se abría una gran estancia, en la que se apreciaban, conformando una «U» perfecta, tres alturas de celdas, en lo que con toda seguridad debió de ser el corazón de la cárcel. En mitad de este punto de reunión una banqueta de madera lo aguardaba, y él, pensando que Toscanelli se volvía a retrasar, recogió el ofrecimiento y, con cierto malestar, tomó asiento, sin perder de vista la salida del edificio.

La gran sala estaba iluminada por unos potentes focos que emitían una luz tan blanca que hacía que las paredes refulgiesen, mostrando el lugar con un aspecto sorprendentemente limpio. Y en el otro extremo, una puerta más grande indicaba que por allí se salía, terminando así la breve visita a un lugar que jamás debiera de haber sido creado.

Maurizio extrajo de su bolsillo el pequeño cuaderno y empezó a tomar notas. Ésa era al menos la impresión que quería dar, pues la realidad es que estaba buscando las cámaras de seguridad, esos objetos del demonio que en otro tiempo hubiera detestado, ya que hacían que la privacidad se rompiera en mil pedazos, pero que en las circunstancias actuales le proporcionaban cierta tranquilidad... Sí, se encontraba en el corazón de la cárcel, perfectamente controlado por, al menos, cuatro cámaras.

Eran instantes de reflexión... pero éstos también se rompen.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró, inclinando con violencia la cabeza hacia las alturas.

En el piso superior, no sabría decir si en el segundo nivel o en el tercero, alguien había cerrado una de las puertas. La tensión se apoderó de su cuerpo. Buscaba al autor, pero el lugar seguía aparentemente vacío...

—Toscanelli, ¿es usted? —preguntó con tan poca convicción que segundos después se ruborizó. Estaba perdiendo los papeles...

Y es que la potente iluminación habría descubierto al instante a cualquiera que hubiese accedido al lugar. Y sin embargo... La tensión fue en aumento cuando se cercioró de que los pasos que había comenzado a oír instantes antes en la plataforma superior no habían sido causados por su imaginación. Empezó a temblar. Allí no había nadie, pero aquellos pasos delataban la presencia de una entidad invisible que, poco a poco, se iba acercando hasta su posición. El miedo paralizó sus articulaciones. No podía hablar; menos aún moverse. Se manifestaban los fantasmas del pasado. Aguardaba desesperado la llegada de su anónimo visitante, como la gacela que sabe que entre las fauces del leopardo su única opción es morir.

Los pasos se aceleraron. Ya se encontraban muy cerca, demasiado para no ver a quién pertenecían. Estaba absorto, buscando con desesperación al autor de los mismos en las alturas; tanto que no vio la mano que a punto estaba de posarse sobre

su hombro derecho.

Gritó con desesperación, como si el mismísimo diablo se hubiera manifestado de repente, recordándole que la diferencia entre nosotros y él es que él ya no tiene miedo ni de sus propios demonios...

—Maurizio, tranquilo, soy yo... —aseguró con voz grave el profesor, que atisbando el ataque de histeria de su pupilo lo zarandeó con fuerza para que regresase, para que no cayese entre los brazos alargados del pánico.

—Profesor, los pasos, ¿no los ha oído? Arriba, había alguien arriba y ha venido corriendo hasta aquí... Pero no había nadie... —aseguró, incurriendo en una contradicción que al profesor le resultó harto difícil de entender.

Toscanelli parecía estar nervioso. Tenía prisa por hablar; y no demasiado tiempo para historias sobrenaturales... Y aun así se lanzó a una explicación inesperada.

—¡Mauri!, tranquilízate —le gritó con firmeza—. Lo que te ha ocurrido forma parte de la historia de este lugar. Los que lo idearon lo hicieron con el objetivo de abortar cualquier intento de fuga, colocando las celdas por debajo del nivel del canal, y además rodearon la cárcel de una red de galerías que provocaba misteriosos fenómenos acústicos, de tal manera que cuando alguien descendía por las rampas daba la sensación de que un ente invisible se paseaba por los niveles superiores de esta parte del edificio. Y conforme se descendía, los pasos también lo hacían, dando pie al nacimiento de historias de aparecidos, las almas de los que murieron en este lugar en siglos pasados y que en ocasiones se manifestaban para cobrarse venganza. Así, de vez en cuando, aparecía algún reo muerto en su celda después de una noche especialmente movida... Y si alguien pretendía fugarse, de este modo se lo pensaba dos veces —aseguró, templando los ánimos del joven arqueólogo.

Pasada la tempestad, reaccionó con violencia. Sin dudar, agarró con fuerza el pañuelo que Toscanelli siempre llevaba al cuello y lo empujó provocando un golpe seco cuando el profesor chocó contra la puerta de la celda.

—¡Qué está pasando, viejo loco! —le gritó, relajando al instante sus puños al recordar que al menos cuatro cámaras dirigían su frío ojo hacia ellos.

El profesor, recolocándose las gafas, dio un paso hacia delante. Maurizio lo soltó al comprobar la inmensa tristeza que había en su rostro. Con la voz apagada, en un tono intencionadamente bajo, comenzó a hablar.

—Mauri, no lo sé. Ayer, al marchar de la isla, Hécate parecía nerviosa. Me dio la sensación de que quería hablar conmigo, pero había otros miembros de la CCS cerca y finalmente no lo hizo. Había descubierto algo... al menos eso me insinuó, pero además, con el padre Luvoslav merodeando por el sitio no pude atenderla como hubiese deseado. Pensé que quizá sería bueno que te llamase... Al fin y al cabo teníais que trabajar juntos dejando a un lado cuestiones personales, ¿no? Te llamó, ¿verdad? Creo que no le hice el caso que debía... —declaró, agachando la cabeza en

un gesto de arrepentimiento infinito.

Maurizio lo miró con vehemencia y asintió a su pregunta. Pero tenía demasiadas dudas...

—¿La han matado? —susurró.

—No lo sé... —respondió el profesor—. El estado natural de Hécate a ciertas horas de la noche era la embriaguez, por lo que no me extraña que cayera al canal.

—Cuando hablé con ella, unas horas antes, no parecía estar borracha. Y sin embargo sí mostraba cierta ansiedad. En otras circunstancias le habría colgado el teléfono, pero había desesperación en su voz. Necesitaba verme... —recalcó Maurizio.

Su capacidad camaleónica para sobreponerse a cualquier eventualidad, pasando página en cuestión de minutos, quedaba de manifiesto una vez más. Maurizio había dejado atrás sus miedos y ahora, salvo por el tono imperativo que empleaba al exponer sus argumentos, nada permitía vislumbrar el caos en el que instantes antes había estado sumido. Toscanelli conocía a la perfección la bipolaridad de su pupilo, por lo que apenas si le llamó la atención su repentino cambio de actitud. Y entonces dijo:

—Parecía tener interés en enseñarme algún material; imagino que tenía que ver con el hallazgo de nuestra «querida» vampira... ¿Mencionó algo a este respecto?

La mirada de Toscanelli se afiló, sus negras pupilas se agrandaron por momentos, y la amabilidad de su simpático rostro se difuminó. Durante unas milésimas de segundo Maurizio atisbó el rostro de otro tiempo; un tiempo que permanecía difuso en su memoria, pues ésa era la mejor defensa que había podido tejer su mente. Una malla que no permitía pasar los recuerdos de un momento horroroso... Dio un respingo. El profesor se percató del desagradable influjo que estaba generando en él y rápidamente transformó su expresión. Volvía a ser el genio loco, el científico incomprendido, el hombre que ocultaba más de lo que mostraba... Y sin embargo, una voz interior le advirtió de que jugara con las mismas cartas, que no le mostrara la mano que llevaba, y eso incluía el sobre que Hécate le hizo llegar a través de un mensajero que en estos momentos debía de estar ya a varias decenas de kilómetros de Venecia.

—No, no me dijo nada. Únicamente me citó al otro lado del Rialto, a medianoche, pero cuando llegué no estaba. Reconozco que pensé que una vez más me la volvía a jugar, así que al cabo de una hora regresé al hotel y me fui a dormir. Esta mañana a primera hora me despertó un desagradable inspector de policía, que sin ningún tacto me dio la noticia... —afirmó, evitando dar más detalles de la forma en que Faccini había llegado hasta él.

Toscanelli, hombre sagaz y con la destreza de poder formular la misma cuestión de cien maneras distintas, volvió a la carga.

—¿Te dijo si te quería entregar algo? Imagino que tuvo que ser lo suficientemente convincente para que finalmente decidieras quedar con ella... —mencionó.

Maurizio comenzó a tener las mismas sensaciones que horas antes, cuando el inspector Faccini intentaba sonsacarle una información de la que, por otro lado, no disponía. Y se sintió incómodo.

—No. Ya le he dicho que únicamente me citó. Su argumento era que había hablado con usted. Ella me aseguró que usted, de alguna manera, le había pedido que nos viéramos, ya que la situación era lo suficientemente importante como para olvidar ciertos rencores. Pero nada más... Por eso decidí acudir a la cita. Por cierto, ¿a qué situación se refería Hécate? —finalizó dando un mazazo metafórico sobre una inexistente mesa...

El profesor Toscanelli retrocedió unos pasos. Comenzó a pasear por aquel patio sin ventanas rodeado de rejas. Y con la mirada perdida en las celdas de los pisos superiores, comenzó a hablar:

—Sinceramente no lo sé —aseguró, resultando poco convincente a ojos de Maurizio—. Ella era muy reservada, y como te decía anteriormente, fuera lo que fuese que tenía entre manos, no le dio tiempo a comentármelo. Hace años que entendí que hasta las piedras escuchan, especialmente cuando estás en la nómina de la Santa Sede, y como bien sabes he estado más de dos décadas trabajando para ellos. Ese detalle jamás escapó a Hécate, que medía mucho sus palabras cuando estábamos en alguna campaña, porque sabía de quién me rodeaba... —Hizo una pausa, y tras pensar el orden de las palabras, reanudó su discurso—. Lo que es evidente es que tenía que ver con el yacimiento, y con la mujer que hemos encontrado debajo de la fosa común, en el interior de las galerías; de lo contrario no habría tenido problema alguno en comentármelo en otro momento. Pero parecía asustada. Sea lo que sea era algo inconveniente, tanto como para que Hécate no quisiera mostrarlo abiertamente. Pero, por desgracia, jamás sabremos nada... —terminó, dejando escapar una lágrima cargada de hipocresía.

Ésa fue al menos la sensación que tuvo Maurizio. Aquel hombre que encarnaba las virtudes del gran arqueólogo que aspiraba a ser, en aquel mundo de tinieblas se había transformado en alguien desconocido, en un ser que pretendía extirparle la poca información que poseía y que él desconocía. Pero ante la presión, nada mejor que la ingenuidad...

—Profesor, si lo que tenía que decirnos estaba relacionado con la mujer de la galería, es probable que debamos consultar las fuentes históricas para conocer mejor el tiempo en el que se produjo el siniestro enterramiento. ¿No le parece? —dejó caer con la voz cargada de inocencia.

Tanta ingenuidad postiza molestó a Toscanelli. Algo le ocultaba, y era evidente que no se lo iba a contar. No obstante, Maurizio tenía razón: los últimos días habían

estado tan obsesionados por desenterrar los restos encontrados que apenas si habían acudido con cuentagotas a la necesaria información histórica. Probablemente porque Hécate se había encargado de esta faceta de la investigación. De ahí su prisa por comunicar sus descubrimientos... Pero en un mar de elucubraciones estaban condenados a naufragar.

El profesor se volvió bruscamente. Nuevamente alguien parecía deambular por los niveles superiores, y pese a su explicación anterior, la realidad era que no le gustaba. Se mostraba visiblemente nervioso...

—Mauri, se acabó la reunión. Esta noche nos veremos en el tanatorio de San Paolo, junto a la estación de tren. Después haz las maletas y vete a Roma. Ya te llamaré cuando esté todo más tranquilo. Además, Donna te lo agradecerá... — concluyó, dándole unas palmadas en el hombro y dirigiéndose veloz hacia la puerta de salida.

No parecía estar dispuesto a esperararlo. ¿Por qué tanta prisa en citarse? ¿Qué sentido tenía que ocultase tras sus particulares códigos el lugar y la hora de su encuentro? ¿De quién deseaba esconderse? La reunión había resultado frustrante, porque ahora entendía que Toscanelli no quería ofrecerle información o aclarar las múltiples dudas que lo atormentaban; únicamente quería saber, buscaba datos, y eso no le gustaba.

Segundos después la puerta metálica se cerró y Maurizio se quedó solo, sentado en la vieja banqueta mientras por el otro extremo alguien parecía descender. Posiblemente turistas, aunque no estaba dispuesto a comprobarlo.

Antes de salir, echando un último vistazo a su entorno, comprendió lo contradictorio del momento. Y en esos instantes, como una señal del pasado, le vinieron a la cabeza las palabras del gran Clemente de Alejandría cuando en el tiempo primigenio de la Iglesia aseguró que «no todas las verdades deben ser conocidas por todos los hombres». Porque hay verdades que han de permanecer encerradas para siempre. Al menos hasta que hubiera quien deseara conocerlas.

Y él se veía en la obligación de saber de qué iba toda esta historia.

El ataúd estaba cerrado. Dos enormes velas dejaban escapar un desagradable olor a ambos lados del féretro, y tras éste, un enorme crucifijo dorado... El tanatorio de San Paolo había sido construido años atrás en el interior de la iglesia cuya advocación pertenecía al mismo santo. Era un lugar sórdido. No en vano, la sala principal era la antigua cripta del templo, por lo que acceder a la misma era lo más parecido a colarse sin permiso en una cinta de terror. Sus techos abovedados, los bancos de madera vacíos y la poca luz que se colaba desde el exterior conferían al entorno una estampa ciertamente lóbrega.

Maurizio, tras su conversación con Toscanelli, había tenido tiempo para pasar por el hotel para cambiarse de ropa; la situación así lo requería. La muerte se había producido de manera tan repentina que aún no habían llegado los familiares de la difunta. Por eso no pudo evitar una mueca de desagrado cuando comprobó que a la derecha del féretro se encontraba Faccini hablando con el padre Luvoslav. Se acercó a los dos extendiendo la mano.

—Buenas noches —se apresuró a decir.

El sacerdote lo miró con curiosidad, como si buscara un síntoma de flaqueza, como si sus hábitos negros le otorgasen el poder de atravesar la capa externa y colarse en la mente de quien se plantaba frente a él para así escudriñar en su interior.

—Profesor Roncalli, buenas noches. Aunque la situación... En fin, siento mucho el deceso de su compañera. Creo que estaban muy unidos —apuntó el sacerdote.

Faccini se regocijó con las inoportunas palabras del sacerdote. O no sabía, o buscaba una reacción, pero Maurizio mantuvo la compostura.

—Sí, en otro tiempo fue una amiga muy querida. Pese a todo, la distancia no hizo que se perdieran los buenos recuerdos —aseguró con una elegancia repleta de verdad. Y continuó—: Tenía la esperanza de que el doctor Casalli ya estuviera aquí. Deseaba saludarlo y transmitirle mi más sentido pésame. Por favor, háganlo por mí. Mi intención es regresar esta misma noche a Roma —finalizó.

—Ah, ¿se marcha esta noche? —le preguntó, sorprendido, Faccini.

—Sí, tengo entendido que de momento las excavaciones se suspenden, así que hasta nueva orden no regresaré. Ahora poco es lo que tengo que hacer aquí. Además, necesito reflexionar sobre lo ocurrido...

El padre Luvoslav no entendía muy bien lo que sucedía. Si alguien tenía potestad absoluta para suspender los trabajos ésa era la institución a la que representaba. Y que él supiera, esa orden no había llegado. Maurizio, observando divertido el estupor en

el rostro del sacerdote, se apresuró a continuar con su exposición.

—El profesor Toscanelli me ha pedido que me marche. Entiendo que son necesarios varios días de duelo antes de retomar los trabajos.

Y así, tendiendo una vez más la mano a sus interlocutores, se despidió y se encaminó hacia la escalera de salida.

Antes de que pusiera el pie en el primero de los escalones, Faccini reclamó su atención por última vez.

—Maurizio, lo llamaré, no lo dude... Por cierto, ¿dónde está Toscanelli?

Sin mediar palabra, se encogió de hombros y emprendió la subida. Ya en el exterior, al respirar la neblina que a esas horas volvía a adueñarse de Venecia, dio rienda suelta a sus emociones.

Nadie lo veía; ya podía llorar...

Los pensamientos no le permitían apreciar la belleza de la ciudad por la que se encontraba caminando. La nube del recuerdo creaba una cortina que lo llevaba una y otra vez a las mismas cuestiones. ¿Qué quería Hécate? ¿Qué había descubierto? Y la más importante de todas: ¿por qué? Incapaz de hallar respuesta a algo que, adivinaba, algún sentido debía de tener, llegó al hotel. Maurizio saludó cortésmente a una pareja de ancianos recién llegados y al conserje, que una vez más inclinó la cabeza murmurando algo parecido a un saludo.

—Disculpe, me marcho en una hora. Puede disponer de la habitación... — anunció mientras apretaba el pulsador del ascensor.

El joven asintió en silencio, y segundos después desapareció por la estancia que se abría pasada la recepción. No le dio importancia; bastante tenía el muchacho que callar.

Maurizio, intentando dejar atrás las amargas experiencias de las últimas cuarenta y ocho horas, subió a su habitación. Abrió la puerta y se enfrentó a una de las situaciones que más detestaba: tenía que hacer la maleta y apenas si faltaba una hora para tomar el tren de regreso a Roma. Además, lo que lo aguardaba en casa no le daba ánimos para acelerar el ritmo. Los últimos días... no, los últimos meses con Donna habían sido un cúmulo de despropósitos. Él lo sabía, y además, para mayor castigo, era consciente de que la culpa era suya; nada más que suya...

Tras colocar la ropa con la minuciosidad de un psicópata: las camisas perfectamente abotonadas, los pantalones doblados al milímetro, la ropa interior en su pequeño departamento, fijó su mirada en los periódicos que se amontonaban en la cómoda. Bajo los mismos se ocultaba su secreto. Ya tendría tiempo en los días venideros de analizarlo, lejos de las miradas insidiosas del inspector Faccini. Al recoger el material que le había facilitado Hécate, con el pulso tembloroso, no pudo evitar que cayera al suelo. El temblor aumentó. Entre las fotografías, más bien detrás de una de ellas, había un *post-it* amarillo que había sido pegado con cuidado para

evitar que se desprendiera. Y sobre él, escrito con una caligrafía exquisita, una dirección: «Centro de Estudios Teológicos Germano Pattaro».

Suspiró profundamente y, con el corazón acelerado, miró el reloj. Eran las 21.00 horas. El tren salía cuarenta minutos después..., pero el nuevo descubrimiento surgía como una barrera demasiado alta para saltarla en esta carrera tan repleta de obstáculos. Sin darle demasiadas vueltas, pues era de los que pensaban que ésa era la única manera de tomar decisiones, cogió el teléfono y marcó el número de la recepción. El muchacho tardó en cogerlo. Maurizio sonrió, imaginándolo con la mirada perdida en el aparato, dudando qué hacer.

—Sí, señor, ¿qué desea? —respondió con evidente prisa.

Maurizio respiró profundamente.

—Sí, finalmente me quedaré una noche más... Mejor aún: ya lo avisaré cuando decida marcharme —anunció, colgando sin esperar la confirmación de su interlocutor.

La noche tomaba esta ciudad sin tierra, mecida al antojo de unas aguas extrañas, capaces de inspirar sorpresa y miedo al mismo tiempo.

Ahora necesitaba beber, o descansar, que para el caso...

Disculpe, ¿tiene un mapa actualizado de la ciudad? No soy capaz de encontrar una dirección...

El sol de la mañana dejaba entrever el fino polvo que cubría constantemente aquel lugar en el que el empleado, como las hojas perennes que nunca abandonan la rama, seguía demostrando día tras día que estaba mal pagado.

«Este hombre no debe de dormir nunca», pensó malicioso.

Las tensiones de días anteriores dieron paso a una complicidad excesiva que a Maurizio le resultaba molesta. Siempre había sentido un profundo rechazo por aquellos que de llamarte señor en cuestión de horas pasaban a considerarte un colega. Y éste iba por ese camino. Así, mostrando una amplísima sonrisa atiborrada de dientes, que como las estalactitas excéntricas iban cada uno por su lado, se dispuso a entablar una conversación que él no deseaba. De hecho, era consciente de que más pronto que tarde Faccini sabría que no había abandonado la ciudad, y no dudaría en sospechar de dicha situación. Tenía los minutos contados...

—¿Adónde desea ir el señor? —preguntó con los ojos brillando con el fulgor del que atisba una jugosa propina.

Maurizio pensó dos veces su reacción, y finalmente optó por la menos incómoda.

—Sí, estoy buscando un lugar muy concreto. ¿Sabe usted dónde se encuentra el Centro de Estudios Teológicos Germano Pattaro? —concluyó.

El muchacho carraspeó, y, seguro de sus palabras, no tardó en responder.

—Claro, señor. Mi hermana Fabia trabaja allí, en la recepción...

No lo podía creer. Debía de ser el oficio familiar, y si su compromiso con el trabajo era similar al de este hombre, seguro que la muchacha permanecía allí todo el día. Maurizio contuvo la euforia como pudo, e intentando no mostrar demasiado interés, se apresuró a responder con un tono inusualmente amable.

—Bueno... no quisiera importunar, porque me imagino que su hermana debe de ser, como usted, una persona muy ocupada. Lo cierto es que como sabe estaba pensando en marcharme, pero la oportunidad de realizar una visita a ese centro me ha convencido de que debo permanecer en Venecia unos días más. Estoy trabajando en un libro, y parte de la documentación que preciso es muy probable que se encuentre en dicho lugar. Evidentemente, los incluiré, a usted y a su hermana, en las páginas de agradecimientos... —afirmó.

Había pulsado la tecla adecuada. El joven, intuyendo que al margen de la propina su nombre quedaría reflejado en la obra del arqueólogo, descolgó el teléfono y marcó

un número. Respiró profundamente y aguardó con el aparato pegado a la oreja derecha. De pronto dio un respingo.

—Fabia, ¿eres tú? Soy Silvio —aseguró triunfal, mientras miraba a su cliente guiñando un ojo. Puso cara de extrañeza—. Fabia, ¿qué Silvio voy a ser? ¡Tu hermano, mujer, tu hermano! —insistió, ahora con evidente malestar—. Hay un cliente en el hotel, un importante arqueólogo que está trabajando en el asunto de la vampira, ya sabes, y está interesado en visitar la biblioteca del centro. Se llama... —se quedó en silencio mientras Maurizio, rápido como una centella, le susurró su nombre—. Maurizio Roncalli, el doctor Roncalli. Le he dicho que trabajas ahí y ha mostrado mucho interés por ir. Por favor, ayúdalo en lo que puedas. Va a estar pocos días en Venecia y no tiene demasiado tiempo. Mil gracias, *amore*... —se despidió.

Sólo le faltaba babear. Tenía desencajada la mandíbula de la sonrisa tan espléndida que mostraba. No en vano intuía que acababa de hacerle un gran favor, favor que además tenía que ocultar para que, entre otros, Faccini no se enterase.

—Gracias, Silvio. Antes de irme ajustaremos cuentas... —afirmó Maurizio conforme desaparecía de nuevo en dirección al ascensor.

Tenía su documentación personal en la habitación, y además quería llevar consigo los papeles manuscritos que Hécate le había hecho llegar junto a las fotografías de la vampira. No sabía bien por qué, pero estaba convencido de que muchos de los eslabones de esta cadena de incógnitas se encontraban entre los muros del viejo edificio que se disponía a visitar.

Apenas treinta minutos después atravesaba el umbral de la entrada del Centro. La fachada del edificio era completamente blanca, con tres alturas. La planta inferior, la que daba a la calle, estaba decorada con dieciséis arcadas sustentadas en columnas que otorgaban al inmueble un aspecto demasiado frágil. Y en mitad de las mismas, la puerta de acceso, hecha en madera de una sola pieza con tanta filigrana que era difícil no marearse al contemplar su ornamentación. Entró pisando firme, y unos metros más adelante se topó de bruces con el arco de seguridad. A la derecha del mismo, en el interior de una garita, había una muchacha de veintitantos años que lo miraba con curiosidad. Sin dudarle, se acercó hasta su posición.

—Disculpe, soy...

—El doctor Marciano Roncalli, ya me ha advertido mi hermano de que vendría, lo que no me imaginaba es que fuera a ser tan pronto. Aún estoy tramitando el permiso, porque imagino que sabe que si no es con unos meses de anticipo, el cupo establecido por el gobierno y la Iglesia es tan limitado que es muy difícil entrar —aseguró sin que apenas se le moviera un cabello.

—Maurizio, me llamo Maurizio... —se apresuró a corregirla.

Si estaba tramitando el permiso, y acceder al centro era tan complicado, ya era

mala suerte que hubiera puesto un nombre que no era el suyo. No obstante, Maurizio, zorro experimentado y acostumbrado a tratar con lo más variado de la raza humana, no tardó en caer en la cuenta de que aquella chica pelirroja, tan menuda que parecía que en cualquier momento se iba a romper, era hermana del inefable recepcionista, el hombre capaz de vencer el calambre muscular con tal de que le pusieran algo entre las manos. Y ésta, si verdaderamente era su hermana, no tenía por qué actuar de manera diferente. La sombra de la propina sobrevoló por unos instantes la estancia, pero merecía la pena. A estas alturas no tenía dudas de que, fuera lo que fuese que estaba buscando, se encontraba en este lugar.

La muchacha lo miró nuevamente, a la vez que un desagradable ruido, el viejo motor de una impresora, comenzó a sonar. Con cuidado, extrajo una tarjeta del interior de la misma, y colocándola encima de la mesa la firmó y la pasó por debajo del cristal que la separaba del exterior.

—Si no le importa, rellene los datos: su número de colegiado, fecha de nacimiento, residencia fija... Tiene quince días desde este mismo instante para consultar los fondos del Centro. Si desea que le faciliten algún volumen en concreto que no se encuentre en el archivo digital, pídalo a los compañeros que hay en cada departamento. Una vez seleccionadas sus consultas, rellene estas fichas de color rosa que encontrará encima de cada pupitre, ponga la signatura del libro y entréguela a alguno de mis compañeros. Por si no lo sabe, cerramos a las seis de la tarde —finalizó, mirándolo fijamente a los ojos.

—Umm, sí, perdón... muchas gracias —tartamudeó, sorprendido por el efecto que había causado en él la mirada de la chica.

Sentía que sus penetrantes ojos negros, casi inexpresivos... profanaban sus pensamientos más íntimos.

Introdujo la mano en el bolsillo derecho del pantalón y extrajo otros cincuenta euros. Los deslizó por debajo del cristal con tanta rapidez que nadie, si es que había alguien en aquel lugar, se percató del movimiento. Ella sonrió, los cogió, y como si jamás hubiesen tenido encuentro alguno, comenzó a teclear algo en el ordenador. Su fugaz relación había terminado. Sin mediar más palabras se dispuso a pasar por debajo del arco de seguridad. Una vez dentro, se abrió otra sala de gran tamaño llena de viejos archivadores, el recuerdo de otro tiempo, cuando no existían los ordenadores y las búsquedas había que realizarlas pasando una ficha tras otra, una tras otra, en un ejercicio de paciencia infinito...

El lugar era extraordinario. La Iglesia, dueña absoluta de este edificio y de lo que se encontraba en su interior, había hecho un buen trabajo de conservación, y a ese aspecto romántico, casi decadente, de sus viejas esculturas neoclásicas se sumaban unos impresionantes frescos con escenas de la Crucifixión y del Apocalipsis que ocupaban toda la techumbre de los largos pasillos que partían de esta sala y

conformaban la estructura rectangular de su planta. Atravesó la gran estancia y continuó por un pasillo algo más estrecho que los demás, hasta que accedió a otra sala más pequeña. En ésta había un gran mostrador tras el cual tres personas, vestidas con monos azules y el escudo del Centro a la altura del corazón, debatían acaloradamente...

—Tú dirás, Vincenzo, ¿qué hace un extranjero entrenando un equipo como la Roma! Viene de un equipo de segunda división de su país y tiene que explicarnos cómo se juega al fútbol. ¡Es una vergüenza! Así nos va... —gritó, intentando dar mayor contundencia a sus argumentos con la fuerza de los gestos.

—A mí me da igual. Lo que sí es alucinante es lo de las profecías. No me gustaría estar en Roma cuando se muera el Santo Padre, que Dios lo guarde por muchos años, porque estoy seguro, Mario, de que algo va a pasar. He estado leyendo un libro de un cura que hace más de cien años escribió una lista donde ponía los nombres de los papas que quedaban desde entonces hasta el último; y el último es el que tenemos ahora. Cuando esto pase, ése sí que va a ser el final de tu equipo... —aseguró, santiguándose al instante.

Maurizio no pudo evitar una sonrisa descontrolada ante la esperpéntica situación, mientras un tercero en discordia lo miraba sin decir palabra.

«¿Un cura que dejó una lista de papas? Muy corta debía de ser si únicamente abarca cien años...», pensó, intuyendo que se refería al obispo irlandés Malaquías.

Le resultaba divertido observar que pese a los miles, posiblemente decenas de miles de libros que se guardaban en este lugar, esos tres no parecían haber abierto ni tan siquiera uno en su vida. El amor por la lectura era el único virus que una vez dentro jamás se podía eliminar, pero era evidente que no se contagiaba...

Aquellos personajes eran el reflejo de una sociedad capaz de glorificar a quienes se vestían de corto cada fin de semana y de olvidarse de los verdaderos héroes de su historia, esas personas que gracias a su esfuerzo, a su sudor, y en ocasiones a sus vidas, contribuyeron a que las generaciones venideras fueran un poco mejores. ¿Cómo explicarlo? Era imposible cuando alrededor de los tres zoquetes únicamente giraban los temas de consumo que un día sí y otro también les metían los medios por los ojos: el fútbol y las profecías de una década especialmente apocalíptica.

—¿Qué desea?, señor —le preguntó el más silencioso de los tres.

—Buenos días. Desearía consultar algunas obras de su fondo, pero antes le agradecería que me ubicara en algún lugar para empezar a poner en orden todos mis datos... —declaró desplegando sus indiscutibles encantos.

El muchacho lo miró, y alzando la mano derecha lo invitó a entrar en el salón que se abría más allá de la puerta que tenía frente al mostrador.

—No es necesario, señor. Tome el asiento que más le guste. Verá que sobre la mesa hay varias tarjetas y un número en las mismas, correspondiente al pupitre que

ocupa. Sólo ha de rellenarlas con la obra que desee consultar. Sin más... —respondió con la misma amabilidad que él había empleado anteriormente.

Asintiendo, dio tres golpecitos con los nudillos sobre la madera del mostrador y se dirigió hacia la puerta. Al otro lado, la impresión lo hizo parar en seco. El enorme salón estaba completamente forrado, desde el suelo ajedrezado hasta el techo, por unas impresionantes estanterías en las que miles de libros aparecían colocados sin orden ni concierto, en ocasiones a presión, tanta que parecía que las maderas no iban a aguantar. El espectáculo era fascinante. Cien mil, un millón... Sólo en esta sala podía haber libros para que todos y cada uno de los habitantes de Venecia tuviesen su pequeña biblioteca. Los techos estaban atravesados por unas primorosas cadenas cuyos eslabones confluían en el centro. Y de allí se precipitaba al vacío una impresionante lámpara de araña de cristal, seguramente manufacturada en la cercana isla de Murano.

Y salvo él, nadie más...

Superada la primera impresión se encaminó hacia el centro de la gran sala y se sentó en el pupitre que se hallaba junto al pasillo principal que vertebraba toda la estancia. Ya que estaba solo, lo más razonable era facilitar a los funcionarios del Centro su trabajo haciéndoles recorrer la menor distancia posible, para que así no abandonasen por mucho tiempo sus apasionadas tertulias.

Se sentó, retirando el mullido sillón, y colocó la cartera a la izquierda del pupitre. Con cuidado, temeroso de que alguien lo pudiera estar observando, extrajo de la misma el sobre con su nombre, y sin dudarlo, colocó el contenido sobre la superficie de caoba. Una vez más comprobó que estaba solo. Los ecos de sus movimientos retumbaban en la enorme estancia, y el polvo de las estanterías advertía que los momentos de gloria ya pasaron; las nuevas tecnologías habían acabado con el romántico ejercicio de acudir a un lugar así, cuando únicamente oler su ambiente era motivo más que sobrado para pasar días encerrado allí.

Uno a uno fue pasando los folios que acompañaban a las fotografías. Si bien es cierto que al principio no les había prestado atención, ya que la fuerza de las instantáneas era tan contundente que desviaba la atención de cualquier otro añadido, él, que era capaz de leer lo que otros no veían pese a tenerlo frente a sus ojos, se dispuso a escudriñar línea a línea, párrafo a párrafo, letra a letra. Las hojas no mostraban un orden aparente; habían sido arrancadas de un cuaderno, y en las mismas se hacían constantes referencias a la profundidad de las catas, dibujos de la bóveda de entrada, anotaciones a pie de página con la composición de la tierra, las fechas del hallazgo —salteadas, todo sea dicho—, algún número de teléfono y lo que parecían matrículas de coches... No había duda, era parte de su cuaderno, el que Hécate utilizaba en sus campañas, porque además aún había pegados restos de tierra. Ella jamás fue muy pulcra en sus trabajos de campo, al contrario que él, que presumía

de guardar todos y cada uno de los cuadernos que había empleado desde que se licenciara, e incluso antes.

En la última hoja se concentraban varias anotaciones históricas y un nombre enmarcado en rojo junto a una fecha: «F. Peretti, 1559». Maurizio revolvió nuevamente su cartera y cogió su pequeño Moleskine. Le quitó la goma y lo situó sobre la mesa junto a su inseparable bolígrafo negro. Y se dispuso a tomar notas.

—S4567-A... F4540-D...

Las numeraciones de la página anterior lo estaban desesperando por momentos.

Era evidente que no se trataba de matrículas, ni de claves telefónicas; tampoco de ningún código, al menos de alguno que conociese. Maurizio se rascó la frente con fuerza, dejando un rastro rojo a la altura de las cejas. Era el síntoma evidente de que los nervios poco a poco minaban su paciencia. Suspiró profundamente...

—¿Qué significa esto...? —se preguntó, mientras apuntaba una vez más los números y letras en su cuaderno, ahora a mayor tamaño y entrelazando las líneas para ver si de esta manera desvelaba el enigma.

Nada. Aquellas hojas no parecían tener sentido, y la única referencia que escapaba a su conocimiento se resistía a desvelar su secreto. Se hallaba tan concentrado que no percibió la llegada de Vincenzo, uno de los funcionarios del Centro.

—Señor, estamos preparando café. Normalmente no dejan que lo tomemos en nuestro puesto de trabajo, por lo de estropear algún documento, ya sabe, pero como salvo usted y nosotros no hay nadie más en esta parte del edificio, si desea una taza se la traigo en seguida. A estas horas entra muy bien... —afirmó, mostrando una sonrisa sincera, sin esperar nada a cambio.

Maurizio alzó el rostro y, tras varios segundos, relajó sus facciones y agradeció la propuesta.

—Claro, por qué no. Es mucho mejor trabajar con una buena taza de café, a ver si así consigo concentrarme un poco más... —apuntó, dejando en el aire cierta sensación de malestar, mientras con el bolígrafo señalaba una y otra vez las extrañas inscripciones.

A estas alturas la rabia se encontraba ya muy cerca del corazón, porque había cometido el imperdonable error de dejar las fotografías en la habitación del hotel. No quería, llegado el caso, encontrarse con el inspector Faccini o alguno de sus colaboradores y que se interesasen por la cartera que llevaba consigo. Ya era bastante extraño que horas antes hubiese anunciado su marcha y que aún permaneciese en la ciudad. Por otro lado, no tenía dudas de que dichas cifras y letras guardaban alguna relación con las instantáneas, y la clave se encontraba en estas últimas. Eso creía al menos...

Vincenzo lo volvió a sacar de sus pensamientos.

—Pues no hay más que hablar. En cinco minutos le traigo el café...

—Americano, por favor... —pidió Maurizio, adelantándose a la pregunta del amable muchacho.

—Perfecto. Aunque sólo tenemos azúcar... —concluyó conforme se daba la vuelta y emprendía el camino de regreso a su puesto.

Maurizio volvió a fijar la vista en las apenas cinco hojas que le había legado Hécate. Un complicado puzzle, ya que él contaba con muy pocas piezas. La puerta se abrió y dejó escapar un ligero chirrido. Vincenzo lo observó disculpándose con una sutil caída de ojos, momento que aprovechó para romper su silencio por última vez.

—Ah, señor, y si lo desea le puedo traer más fichas con la numeración de su pupitre. Ya he visto que tiene apuntadas bastantes signaturas en su cuaderno... —dijo, y desapareció.

¿Signaturas? ¡Claro, qué estúpido! Eran los códigos correspondientes a los libros que ella había estado consultando. ¿Cómo pudo cometer un fallo tan evidente, propio de un novato? Daba igual, no era el momento de flagelarse. Nervioso, cogió las dos tarjetas rosas que había en un extremo de la mesa, en el interior de una ranura que años atrás seguro que sirvió para contener la tinta, y comenzó a apuntar.

Instantes después la puerta se abrió de nuevo y Vincenzo apareció con una bandeja plateada sobre la que humeaba una deliciosa taza de café. Y junto a ésta, un plato pequeño con pastas. El joven lo dejó todo en el pupitre contiguo.

—Así no lo molestará. Si lo desea me llevo ya las tarjetas. A veces tardamos más de la cuenta en encontrar los libros. El fondo de este Centro es descomunal, y si son volúmenes que hace tiempo que no se consultan, la búsqueda se complica —le advirtió.

Maurizio le correspondió con una nueva sonrisa y lentamente dejó las tarjetas sobre la bandeja. Segundos después, cogió la generosa taza de café y se la llevó a los labios. Mientras lo hacía miraba atento los pasos del funcionario. Sabía que en esta ocasión Vincenzo no tardaría demasiado en dar con ellos...

Tomó un largo sorbo de café. Estaba delicioso. Sintió cómo el cálido líquido recorría su interior, disfrutando de la sensación de caer entre los brazos de la cafeína. Era un buen momento para recapitular, para poner orden entre tanto desconcierto experimentado en estos tres días. No entendía aún muy bien por qué, pero era consciente de que todo lo que le había tocado vivir en apenas sesenta horas tenía algún sentido; y él, tozudo como una mula, lo encontraría. A su mente, como una sutil infidelidad, vino la imagen de una mujer lozana, sonriente. Era Hécate, que surgía de entre las brumas de sus pensamientos, como un recuerdo difuso que se diluía ante la imagen de esa herida abierta que en estos instantes representaba Donna. Se sobrepuso al ahogo momentáneo, y con precisión de cirujano intentó repasar minuto a minuto, centímetro a centímetro, las vivencias de estas últimas jornadas. Y como un mazazo que encogía su corazón regresó nuevamente la voz de ella, una llamada que no tuvo la grandeza de corresponder.

Tomó otro sorbo, intentando con ello ocultar el sabor amargo que le dejaba ese recuerdo.

La imagen de la vampira era horrible, la llave que abría una puerta que tiempo atrás quedó sepultada por un muro de espantos, y que como un cliché del pasado se manifestaba en un intento por recordarle que ese pasado siempre está ahí, y que por mucho que queramos esquivar su desagradable mirada, por mucho que pretendamos enterrarlo, regresa...

—Caompsd... —murmuró, entonando una suerte de mantra que no aliviaba la congoja que sentía.

¿Qué significaban aquellas letras? ¿Acaso un extraño acrónimo? Por mucho que lo había intentado, por mucho que su prodigiosa mente hubiera estado durante las últimas horas buscando códigos con los que desentrañar el enigma, por muchas vueltas que le había dado a este desconcertante asunto, no era capaz ni tan siquiera de atisbar el significado de las siete letras que alguien, imaginaba que en tiempo muy reciente, borró del hueso del cráneo de la vampira, simplemente porque no le interesaba que estuvieran ahí.

Las bisagras de la puerta chirriaron, rompiendo el zumbido que las potentes máquinas de aire acondicionado distribuían anárquicamente por todos los rincones del edificio. Tal y como imaginaba, Vincenzo no había tardado demasiado en dar con ambas obras; al menos con una. El joven se aproximó cariacontecido: por un lado no ocultaba su satisfacción al haber encontrado tan aprisa el enorme volumen que traía

entre las manos, seguramente porque no hacía demasiado tiempo que alguien lo había consultado y se hallaba junto a los fondos de devolución. Aunque este punto, como era de esperar, no lo revelaría para no restar valor a su esfuerzo... Y por otro, contrariado, ya que el segundo libro no aparecía por ningún lado, cuestión ésta sin duda extraña dado el férreo control que el Centro tenía sobre todas las obras y sobre quienes las consultaban. Únicamente ciertos miembros de la Iglesia tenían derecho a sacar libros de entre sus muros; nadie más.

Se acercó, y dejó caer a plomo el enorme libro...

—Señor, es extraño. Aquí tiene uno de los solicitados, pero el otro no aparece...

—aseguró, dejando escapar unas gotas de incompreensión al terminar la frase.

Maurizio lo miró condescendiente, y rápidamente enlazó las palabras de Vincenzo con las suyas.

—No se preocupe. A la vista del volumen que me acaba de traer voy a estar todo el día con él. Lo que sí le agradecería, si tiene alguna forma de hacerlo, es que me facilite el título de esa obra. Es posible que la pueda localizar en otro lugar — concluyó, fijando su mirada en el grueso libro que ahora ocupaba una gran parte del pupitre.

Vincenzo asintió, y sin mediar más palabras se volvió, avanzando hacia la chirriante puerta. Y de nuevo el silencio, más o menos quebrado por los sonidos de la civilización.

—*Tratado del gobierno político de la Peste, y del modo de precaverse de ella*, de Ludovico Muratori —susurró.

Abrió y empezó a leer. El trabajo era una edición facsímil publicada en el año 1801 de otra obra anterior que analizaba los virulentos efectos de la peste, especialmente la que asoló Venecia a finales del siglo XVI. El texto daba comienzo con una frase extraída de los cuadernos del profesor de teología en la Universidad de París Jean de Vedette, donde ponía de manifiesto que los estragos causados por la terrible dolencia allí, en la Ciudad de la Luz, no tenían parangón en la historia de la medicina: «Tan grande era la mortalidad, que durante largo tiempo, quinientos difuntos eran llevados en carretas, con gran devoción, al cementerio de los Santos Inocentes para ser quemados. Un gran número de santas hermanas, sin temor atendieron con dulzura y humildad a los enfermos y sin pensar en el horror, hoy descansan en paz con Cristo, como nosotros piadosamente lo creemos».

Continuó leyendo. El protagonista indiscutible de este trabajo era el monje capuchino Mauricio de Tolon, que como buen cristiano culpaba de la expansión de la enfermedad a los fieros mongoles, bárbaros soldados que en una suerte de guerra psicológica lanzaron los cadáveres de los apestados con sus catapultas contra las murallas de Teodosia. En el interior de la fortaleza, la última colonia de genoveses se estremecía al contemplar los restos humanos sobrevolando sus cabezas, conscientes

del destrozo que la infernal enfermedad causaba sobre los cuerpos de los afectados. De este modo la «muerte negra» alcanzó con su afilada guadaña las costas de media Europa, imparable, con tanta precisión que parecía que a la cabeza de la misma se hallaba una inteligencia maligna y despiadada.

Maurizio sonrió. Porque aquel hombre que casi llevaba su mismo nombre había intentado combatir la terrible dolencia con perfumes... Muy lejos estaba entonces la medicina de ascender las sublimes cotas que alcanzaría apenas tres siglos después, pero aquello era un despropósito; intentar acabar con un mal que se había cebado con veinticinco millones de europeos empleando para ello simples esencias. El desgraciado, que pereció bajo la tortura de los bubones llagados, incluso se atrevía a vanagloriarse de los logros obtenidos... Y aún siglos después Muratori, el autor del libro, defendía su empresa: «El citado capuchino usaba el segundo de los perfumes, esto es, el más violento, para los lazaretos y sepulturas en que imprudentemente hubiesen sido sepultados los cadáveres de los apestados, a fin de no perderse su uso, y para evitar también los peligros caso que se volviesen a abrir. En Venecia purificó cuatrocientas treinta sepulturas llenas hasta arriba con la siguiente ingeniosa invención. Mandó hacer un cajón de madera, esto es, un telar de doce palmos en cuadro; lo hizo por la parte de afuera cubrir muy bien y forrar de tela encerada, de modo que el humo no tuviese salida; dejó en las partes que apoyaban en el suelo dos ventanitas cuadradas de cuatro palmos cada una, para que por una de ellas se abriese la sepultura, y por la otra se preparase o presentase el perfume. Este telar se iba situando sobre cada sepultura, y mientras ésta se abría con facilidad por medio de una de las ventanas, por la otra se encendía y se echaba dentro la composición violenta. Esto acabado, se cerraban inmediatamente las dos ventanas, y aquel terrible humo penetrando en las sepulturas no sólo sofocaba y destruía el veneno pestilencial, sino que corroía y destruía los mismos cadáveres. Después de una hora de haberse acabado el perfume, se quitaba el cajón y se echaba una gran cantidad de tierra en las sepulturas. Después, con una cuerda se bajaba más material en el residuo vacío que quedaba para perfumarlas mejor, rociando bien el perfume con azufre molido que se dejaba encendido, reponiendo en su lugar la piedra y tapándola con mucho cuidado con cal, para que el perfume que estaba dentro lo purificase todo. Pero los que tienen juicio no necesitarán nunca de hacer purificar las sepulturas, porque en tiempo de peste no permitirán su uso».

Maurizio alzó la vista, interpretando las palabras que acababa de leer. Muratori ofrecía en la última línea la clave que horas antes él había defendido a pie de fosa: el sentido común llevaba a pensar que era imposible que alguien, durante las epidemias, pensase que era mejor dar cristiana sepultura a los cuerpos de los apestados que quemarlos. Porque la primera opción no era más que un punto y seguido; el cadáver, al descomponerse, se fusionaba con la tierra, y los fluidos atravesaban las capas

freáticas llegando hasta los torrentes subterráneos. Una vez allí, la enfermedad se volvía a activar cuando esas aguas servían para regar los campos, para contaminar la fauna marina, e incluso para el consumo de los habitantes de las poblaciones cercanas... El fuego era la única alternativa real.

Maurizio siguió leyendo. Aquel trabajo no sólo le permitiría saber cómo transcurrieron los días en los que Venecia fue tomada por la peste, cuando se suponía que la vampira fue sepultada violentamente; también evidenciaba el corpus de creencias de aquellos que se agarraban con fuerza al último clavo que se les ofreciese como remedio sanador, aunque éste se encontrase al rojo vivo. El desgraciado capuchino, que seguro hubo de asumir su error cuando se encontraba mirando directamente a los ojos de Dios, incluso dejó escritas, como las fórmulas de los antiguos hechiceros, las dosis necesarias de cada uno de los elementos que componían el perfume, para así combatir y vencer los diferentes estadios de la enfermedad. Y esas páginas habían quedado extrañamente marcadas con una pequeña doblez en su parte superior derecha; doblez que alguien se había preocupado de retirar. Continuó la lectura, ahora con el interés del que buscaba algo, sin saber muy bien el qué...

«Para purificar las casas son necesarias 5 libras de pimienta, 5 libras de canela, 4 libras de estoraque, 3 libras de goma, 5 libras de resina de pino, 4 libras de euforbio, 1 libra de arsénico, 4 libras de tomillo, 5 libras de azufre, y 4 de incienso común...».

Maurizio volvió a esbozar una sonrisa. Aquello debía de desprender un olor peor que el de los propios afectados. Pero el hecho de que la página estuviera marcada significaba algo. Cogió la taza de café y apuró su contenido. Estaba perdido; necesitaba ayuda...

Una vez más leyó las fórmulas «milagrosas» que se repartían por el acartonado papel. Con cuidado deslizó las yemas de los dedos por las rugosas líneas, percibiendo las imperfecciones de la superficie sobre la que fueron escritas. Y entonces notó algo... Extrajo sus gafas de la cartera, que continuaba apoyada en la pata izquierda del pupitre y, sin disimular su nerviosismo, se las puso. Agachó la cabeza, intentando con ello acercarse lo máximo posible a las letras que tenía frente a él, y conteniendo la respiración escudriñó nuevamente la página...

Sí, no había duda. Alguien había marcado con una aguja, quizá con algo aún más fino, la base de algunas letras capitulares, dejando una minúscula punción apenas perceptible a simple vista. Maurizio cogió su Moleskine y empezó a apuntar. A estas alturas estaba convencido de que el mensaje oculto, si es que éste existía y no se trataba de una paranoia, estaba dirigido a él.

—Pimienta... estoraque... una incisión más en resina de pino... euforbio... dos incisiones en tomillo... y una más en incienso común... —recitó en voz baja mientras apuntaba con decisión.

En hojas sucesivas había más ingredientes, pero tras pasar varios minutos analizando todas y cada una de las letras que los componían, llegó a la conclusión de que no había más punciones. Y él, hombre concienzudo, repasó una vez más con la minuciosidad de la primera ocasión la totalidad de las letras que en el pasado Muratori escribió, posiblemente sin pensar que siglos después su obra caería en manos de alguien que dejaría un «secreto» oculto entre su páginas.

El amable Vincenzo entró en la sala, con las manos vacías pero con la misma sonrisa de victoria que había esbozado minutos antes, cuando había encontrado el libro de Ludovico Muratori. Maurizio observó cómo se acercaba, sin decir nada; sus ojos no contemplaban la escena, ya que mentalmente intentaba componer el puzle que conformaban aquellas seis palabras. El muchacho lo sacó de sus cábalas...

—Señor, hoy es su día de suerte —aseguró, dejando escapar un ridículo gallo.

Maurizio lo miró nuevamente y, ahora sí, se dirigió a él.

—No me diga que ha encontrado el libro que me falta. Sería una gran noticia... —afirmó bajando el tono de su voz, como si una respuesta diferente supusiese la mayor de las frustraciones.

El muchacho parpadeó nervioso. Era evidente que la gran noticia que traía, después de aquellas palabras, ya no sería tan destacada. Titubeó...

—Emm... no, la verdad es que no ha aparecido, pero al menos hemos conseguido saber de qué obra se trata —aseguró, dejando la incógnita flotando en el ambiente.

Maurizio empezó a desesperarse. No era momento de malabarismos verbales, ni de sorpresas. ¿Por qué no se lo decía de una vez? Vincenzo observó que las facciones del arqueólogo se endurecían; y pensó erróneamente que no parecía ser hombre al que le gustasen los acertijos, al menos en determinadas situaciones, por lo que a fin de no exasperarlo más, continuó:

—Se trata de un libro relativamente reciente, escrito en 1980 por un autor checo llamado Josef Zeman. El título del mismo es *Peretti, el patriarca de Venecia*...

Saltó sobre el mullido sillón, y sin atender a la mirada de sorpresa de Vincenzo, empezó a revolver los papeles que tenía a un lado de la mesa; los papeles de Hécate. Sí, efectivamente, en la última página, en una esquina en la que habría pasado desapercibida de no ser porque estaba enmarcada en rojo, aparecía la misteriosa anotación: «F. Peretti, 1559». ¿Quién era aquel hombre y por qué Hécate tenía tanto interés por su persona? El corazón le palpitó con fuerza. La potente taquicardia lo hizo retorcerse en el sillón, no tanto por el dolor como por la impresión. Cogió su cuaderno y reescribió nuevamente los ingredientes del perfume del monje capuchino, esta vez uno encima de otro, separando las capitulares del resto de letras, las punzadas de las que no lo estaban. Vincenzo, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo, fijó la mirada en lo que aquel hombre iba anotando.

P imienta...

E storaque...

R esina de pino...

E uforbio...

T omillo... dos incisiones...

Incienso común...

El muchacho, sin contener la euforia que lo empujó a caer en la indiscreción, gritó tajante:

—¡Pone Pereti! Que curioso, pero está mal escrito, porque en la ficha aparece con dos tes —volvió a gritar, orgulloso de su apreciación.

Sí, no le faltaba razón, pero las dos incisiones que, ahora sí, estaba seguro que había realizado Hécate, indicaban que la «T» capitular debía ser recogida dos veces. Dejando a un lado la mala educación de su inesperado ayudante, se volvió hacia él.

—Vicenzo, ¿podría facilitarme los datos de ese libro? Ya sabe, lugar de publicación, editorial, etcétera —le pidió con amabilidad.

El muchacho, con el convencimiento de que estaba formando parte de un apasionante descubrimiento, se cuadró y, tras llevarse la mano derecha a la frente, emulando un ridículo saludo militar, se retiró de la sala. Maurizio paladeaba la soledad, dejando que las comisuras de los labios se fueran arqueando, poco a poco, hasta lograr una sonrisa de satisfacción. Ahora no tenía dudas: alguien estaba muy interesado en borrar las huellas que esta historia había dejado en los días precedentes. Alguien que con total seguridad no imaginaba que fuese a aparecer en escena un hombre con sus extraordinarias cualidades, tan terco a la hora de defender sus postulados como para, llegado el caso, continuar hasta el final de esta tortuosa búsqueda sin mirar demasiado hacia los lados, allí donde casi siempre se ocultan, aguardando su oportunidad, las consecuencias...

Aquella pista aceleró el pulso del arqueólogo. En su cabeza se amontaban, una tras otra, cuestiones para las que no tenía respuesta. Además, el hecho de que Hécate se hubiese preocupado de ocultar de esta manera un nombre que, dicho sea de paso, no le decía nada, despertaba en él una insaciable curiosidad. Porque si ella llegó a este extremo, barajando la posibilidad de que jamás nadie diese con el contenido encriptado entre las palabras de Muratori, es porque tenía miedo. Y no sólo eso; además tenía el convencimiento de que el libro desaparecería, de ahí la necesidad de ocultar el nombre en otro aparentemente irrelevante. Pero miedo ¿a quién? No era la primera vez que desenterraban fosas comunes con extraños utensilios; bien es cierto que no con cuerpos en el estado en el que apareció la vampira, pero jamás habían sufrido presiones de ningún tipo, salvo de los patrocinadores que los invitaban a terminar con las excavaciones cuanto antes.

No, esta vez era diferente...

Maurizio comenzó a recoger la mesa, mirando con el rabillo del ojo hacia la puerta. Vincenzo estaba tardando más de lo previsto. Repentinamente, la tranquilidad se vio rota cuando el sonido estridente del teléfono retumbó en toda la estancia, como un sacrilegio del presente que invadía la armonía del pasado contenido en estas obras.

—¡Toscanelli! —exclamó Maurizio. La pantalla táctil continuaba fallando. Al tercer golpe, cuando la desesperación se asomaba a su rostro y la ira lo invitaba a perder la razón, el aparato se dio por vencido—. ¡Sí!, doctor, ¿qué desea...? —preguntó acalorado.

Al otro lado del auricular el viejo profesor carraspeó. Era evidente que no se encontraba solo; más aún, que la compañía no le agradaba demasiado.

—Sí... Mauri... soy Adriano. ¿Sigues por Venecia? —preguntó con la voz quebrada.

Maurizio pronto entendió el aviso. Él únicamente se presentaba con su nombre cuando advertía que a su lado se encontraba alguien no deseado. Y en este supuesto sólo se le pasaban dos nombres por la cabeza: el hosco padre Luvoslav y el desagradable inspector Faccini. Algo no iba bien... El veterano arqueólogo continuó:

—Mauri, estoy en la plaza de San Marcos, junto a tu hotel. Hace un rato me ha visitado el padre Luvoslav para pedirme explicaciones. Me ha asegurado que tú le dijiste que las excavaciones se suspendían; que eso es lo que habías entendido después de charlar conmigo —dijo, carraspeando nuevamente.

Ya sabía quién lo acompañaba. Maurizio retomó la conversación.

—Profesor, sí, estoy todavía en Venecia. Estaba dando un paseo por la ciudad antes de marcharme. Mi idea es viajar esta noche de regreso a Roma. ¿Va todo bien? —preguntó a la vez que se agazapaba sobre su sillón, como si aquellos que se encontraban al otro lado del hilo telefónico lo estuvieran viendo.

—Pues siento decirte que tendrás que esperar hasta mañana. El padre Luvoslav me ha dicho que ante el cariz que han tomado los acontecimientos, y las historias que están circulando por la ciudad sobre el hallazgo de la vampira y la muerte de Hécate, sus superiores le han ordenado que esta misma tarde se presente el descubrimiento a la prensa, y que se desvincule de manera tajante de la muerte de Hécate. Quieren dar todos los datos; todos los que están autorizados a dar, claro está, porque ya hay quien está hablando incluso de una supuesta maldición que está afectando a quienes han profanado la tumba. ¿Te imaginas? Igual que en el año 1922 con Tutankamón... —finalizó, dejando escapar una sonrisa nerviosa.

Maurizio permaneció en silencio, aguardando algún comentario más. No entendía muy bien lo que Toscanelli le estaba diciendo. ¿Y qué tenía que ver él en todo esto? ¿Por qué de repente la Iglesia había tomado la decisión de ofrecer al público todos los datos? Algo se le escapaba...

—Profesor, ¿y qué desean de mí? Mi intención era marcharme esta misma tarde. Además, no entiendo muy bien las prisas que le han entrado al padre Luvoslav y a su gente por dar a conocer un descubrimiento del que, por otra parte, poco puedo decir yo, ya que poca es la información que se me ha facilitado. Sería elucubrar... —precisó.

—De eso se trata, de tener una cara nueva que facilite informaciones que no se conocen todavía, aunque ello suponga tirar de hipótesis más que de certezas. En cierto modo para eso te hemos traído. Tú eres nuestro especialista... —concluyó.

Maurizio volvió a rascarse la frente con más fuerza aún. Aquel hombre le estaba pidiendo que diese su opinión sobre un hallazgo que, en apenas tres días, había dado un giro a su vida. ¿Qué debía contar? ¿Que pensaba que a Hécate la habían asesinado? ¿Que tras años sin verla se la había encontrado sin previo aviso, y que aquella misma noche, tras hablar de nuevo con ella, se había tirado por un puente? ¿Que se encontraba en una encrucijada en la que unos intentaban borrar toda huella referente a este asunto mientras otros no paraban de dejar pistas cada vez más borrosas? Era tanta la información que tenía en su cabeza que ya no era capaz de encadenar más pensamientos. Al otro lado del auricular alguien llamó nuevamente su atención, pero esta vez no era Toscanelli...

—Doctor Roncalli, soy el padre Luvoslav. ¿Está usted ahí?

Maurizio miró el aparato. No sabía bien por qué, pero tras la sensación que había tenido estas últimas jornadas, la del zorro que desde la oscuridad vigila al conejo esperando el momento para darle caza, intuía la presencia del hermético sacerdote. Y

ahora, ¿qué quería de él?

—Sí, padre, estoy aquí —contestó con voz medrosa—. Dígame, ¿qué desea?

El sacerdote no dudó un solo instante: tenía claro el discurso y la forma de hacer venir a su presa hasta la trampa.

—Doctor, los medios de comunicación están manchando el buen nombre de la institución a la que represento, y hoy mismo los diarios ya han publicado que tras la muerte de la señorita Casalli hay una trama de envidias profesionales y de amoríos que confluyen de manera incomprensible en el descubrimiento de la fosa y de la persona que hay enterrada en ella. Como le ha advertido el profesor Toscanelli, hay incluso quien se atreve a hablar de una maldición que lanzó una antigua bruja... o algo así, contra quienes la asesinaron; entre otros, varios miembros de la Iglesia. ¡Es ridículo! Esto, como ya supondrá, es mentira, y creemos que nadie mejor que usted para hablar con los medios, presentar el trabajo que estaba realizando la doctora Casalli, y ofrecer sus conclusiones. Estoy seguro de que en estos tres días le habrá dado tiempo a pensar en este asunto, y los pasos que se han seguido durante la excavación no creo que disten mucho de los que usted mismo ha desarrollado en otras campañas. La diferencia es el hallazgo de la mujer. Únicamente ha de emitir su juicio personal, sin más... Los medios ya han sido convocados.

Se calló. Era la primera vez que lo oía hablar tanto; al menos con él. El tono imperativo del principio ahora era mucho más amable; necesitaba ayuda. Él mismo había sufrido el acoso de los medios en otros lugares y con asuntos mucho menos jugosos, y sabía perfectamente que en momentos así podía ocurrir cualquier cosa, y ninguna buena; menos aún con los periodistas rondando. Pero ¿por qué tenía que hacerlo? Hasta hacía pocos minutos el padre Luvoslav aparecía en sus pensamientos como el potencial asesino de Hécate. Y ahora todo indicaba que le pedía una alianza. Sí, pero ¿a cambio de qué?

El sacerdote, despertando el recelo del arqueólogo, se adelantó a sus preguntas.

—Doctor Roncalli, seguro que está interesado en saber quién ordenó el enterramiento de los apestados en esta parte de Venecia, ¿verdad? Si usted me ayuda, me comprometo a darle todos los datos de los que dispongo a este respecto. Lo esperamos en la plaza para tomar la lancha que nos llevará a la isla. En treinta minutos. Creo que está usted muy interesado en la figura de Felice Peretti, ¿no es así? —Y sin dar tiempo a la respuesta, colgó el teléfono.

Quedó sobrecogido. Un hálito frío acarició su cara, y el vello de ambos brazos se le erizó. Miró a un lado y después al otro. Se sentía vigilado. ¿Cómo demonios sabía aquel hombre...? Pero ¡¿qué sabía?! A toda prisa, recogió sus papeles y los introdujo sin demasiado cuidado en el interior de su cartera negra. Se levantó corriendo y atravesó el pasillo. Al otro lado de la puerta ya no había nadie. Por supuesto, tampoco Vincenzo. Sobre el mostrador, como una aguja en mitad de un pajar de incógnitas,

había una tarjeta rosa con la numeración de su pupitre. Sobre la misma, escrita a gruesos trazos, alguien había dejado la siguiente nota:

Título del libro: *Peretti, el patriarca de Venecia.*

Autor: Josef Zeman.

Editorial: Klíma, calle Nerudova 36. Casa de los dos soles.

Número de teléfono: (420) 233 066 201.

El impacto que le habían provocado las últimas palabras del sacerdote no le permitían disfrutar de esta nueva información. Maurizio extrajo una cartera del bolsillo izquierdo de su chaqueta y, con sumo cuidado, dobló la tarjetita para que no sobresaliese.

—¿Qué hay aquí escrito? —se sorprendió al plegar el cartón rosa. En la otra cara de la tarjeta alguien había dejado un mensaje más personal. Los tentáculos del padre Luvoslav eran alargados...

«Caro signore. Mi dispiace... V.»

«Lo siento...», repitió en silencio.

Maurizio atravesó el estrecho pasillo, después la sala de los ficheros, y una vez traspasó el arco de seguridad salió al exterior sin despedirse de la pelirroja de penetrantes ojos negros. Tenía la necesidad de que sus pulmones se llenaran del aire refrescante de la calle. Sí, tenía prisa por saber más...

Atravesó Venecia a toda prisa. Sin apenas darse cuenta, el mediodía se le había echado encima. El sol, hoy sí, lucía en lo alto, dando rienda suelta a los colores de una ciudad única. La luz diurna mitigaba los temores de Maurizio, le hacía olvidar sus inseguridades, despertaba su curiosidad innata. Motivos para ello había...

Accedió veloz a la plaza de San Marcos, tanto como para llamar la atención de un policía que, sin disimular su extrañeza, lo siguió con la mirada a lo largo de varios metros.

—Señor, ¿tiene usted algún problema? —le gritó, logrando que Maurizio se parase en seco.

No podía levantar sospechas, y menos aún cuando Faccini no sabía que permanecía en su ciudad. Sus reflejos no le fallaron...

—Sí... Buenos días. No, no se preocupe. He quedado con varias personas junto al Campanile y llego algo tarde. La falta de costumbre de moverme por Venecia... —explicó en un tono sorprendentemente convincente.

El policía, un hombre entrado en años con un largo mostacho en el que despuntaban esas canas que llevan el nombre de variados excesos, se ajustó su gorra y mantuvo la mirada. El arqueólogo, sin saber muy bien qué pretendía, hizo lo propio. Era imposible que todos los miembros de la policía veneciana fueran tan desagradables. Eso pensaba mientras aguantaba en silencio la reacción del agente, consciente de la mala suerte de haber dado posiblemente con el álgter ego de Faccini.

—¿Y adónde dice que se dirige...? —le inquirió respirando profundamente, dando a entender que él, al menos ese día, no tenía ninguna prisa.

—Al Campanile, al Campanile... —repitió.

La esperpéntica conversación cesó bruscamente. Una tercera persona intervino en la misma, cortante, dejando entrever su malestar por la injerencia del policía en un asunto que no le correspondía.

—Agente, soy el padre Luvoslav, delegado de la Santa Sede en las excavaciones que se están desarrollando en los alrededores de Venecia. Está usted haciendo perder el tiempo al doctor Maurizio Roncalli, de la Universidad de Roma, que ha venido hasta aquí para ayudarnos en el descubrimiento que se ha producido, y del que seguro usted tendrá alguna referencia por lo que ha salido publicado en los diarios. Como comprenderá, tenemos prisa. Así que, si no le importa, ese grupo de periodistas que hay junto al muelle nos está esperando —afirmó, señalando hacia el otro extremo de

la plaza, donde un número indeterminado de personas se afanaban en subir a varias lanchas.

El policía se sonrojó, y agarrando con fuerza su gorra asintió, dándose la vuelta y continuando su guardia sin mediar palabra. Maurizio miró al padre Luvoslav. Era un hombre que impresionaba: completamente vestido de negro, con la cabeza rasurada, la tez pálida y unos profundos ojos verdes que resultaban misteriosamente hipnóticos.

—Vamos —ordenó, y sin dar tiempo a que Maurizio moviera un músculo, lo agarró por el brazo izquierdo y empezó a caminar—. Como ve, es mucha la expectación que este asunto ha levantado entre la prensa. Hay al menos treinta personas de medios de toda Italia. Estoy seguro de que actuará con profesionalidad y prudencia —le susurró conforme avanzaban.

Pese a la calidez de su tono, aquellas palabras sonaron como una amenaza. Estaba molesto y se sentía mal; él siempre había intentado mantener una imparcialidad manifiesta en todos los aspectos de su vida, especialmente en lo referente a lo profesional, y en esos instantes se sentía manipulado, obligado a hacer algo sin posibilidad de decir que no.

Al fin y al cabo el objetivo era claro, y si aquel hombre cumplía su palabra, al finalizar la presentación le facilitaría información sobre el patriarca Peretti. Tragó saliva y, sin frenar su marcha, asintió en silencio. El gesto agradó al padre Luvoslav, que, convencido de que su presa no escaparía, le soltó el brazo. Al llegar al muelle se dirigió a los presentes, como el sacerdote que desde el púlpito sermonea a su parroquia.

—Señoras y señores, vayan tomando asiento. En unos minutos zarparemos hacia la isla de Lazaretto Nuovo. Les presento al doctor Maurizio Roncalli, nuestro asesor principal en las excavaciones que bajo la dirección del profesor Toscanelli se están llevando a cabo en el lugar hacia el que nos dirigimos.

Su voz sonó convincente, tanto como para que Maurizio no se sorprendiese al conocer el nuevo cargo que ocupaba en el organigrama del proyecto arqueológico; proyecto del que, dicho sea de paso, apenas tres días atrás no sabía absolutamente nada.

Las miradas de los presentes se dirigieron hacia él. Y Maurizio, intentando hacer caso omiso a la curiosidad que despertaba entre los periodistas, no tardó en reaccionar.

—Padre, ¿el profesor Toscanelli no nos acompaña? —preguntó bajando el tono de su voz.

El sacerdote lo miró sin poder controlar un impredecible tic que le cerraba compulsivamente el ojo izquierdo.

—El profesor se encuentra en la isla, en la excavación, ultimando los preparativos de la presentación —aseguró, dando por zanjada la efímera conversación.

Maurizio tomó asiento junto a un joven que seguro no había llegado aún a la treintena, pero de un tamaño tan enorme que en la posición en la que se encontraba le costaba respirar. Resoplaba como un toro mientras intentaba colocar la cámara profesional que sujetaba aparatosamente entre las piernas. Los motores de la lancha rugieron con fuerza, y el muchacho se precipitó como una avalancha sobre el frágil arqueólogo, que en un intento por no perecer bajo tamaña mole alzó los brazos deteniendo como pudo la caída del gigante.

—¡Joder! ¡Disculpe, doctor! Casi lo aplasto... —afirmó, mientras Maurizio hacía denodados esfuerzos para contenerlo.

El piloto enderezó la embarcación y puso rumbo hacia la cercana isla. Los viajeros se acomodaron y Maurizio por fin pudo respirar. El joven periodista suspiró. Sabía las molestias que su descomunal volumen solía causar en los compañeros de viaje, pero también era consciente de que no podía evitarlas; tan sólo pedir perdón.

—No te preocupes —se apresuró a decir Maurizio con una amabilidad inusual en él—. Estas barcas son incómodas para todos. Lo mejor es pensar que el trayecto dura poco. Por cierto, me llamo Maurizio Roncalli... —se presentó, extendiendo su mano derecha en un intento por calmar al joven, que continuaba respirando con dificultad, posiblemente a causa de lo violenta que le resultaba la situación.

—Antonio Napoleone —respondió al saludo—, de Canalazzo Televisión. —Sonrió, más relajado.

Maurizio no pudo evitar la risa, y el muchacho volvió a encerrarse en su timidez, entornando los ojos. Alguien de ese tamaño no podía trabajar en otro medio...

—Sí, la verdad es que el nombre es desafortunado, pero tratamos la información con objetividad, y eso no pueden decirlo todos los que nos acompañan —aseguró, en un inesperado arranque de orgullo.

La lancha dio un salto; había cogido la estela de la que iba delante de ellos, y un racimo de gotas frías golpearon su rostro. No muy lejos aparecía su destino. Ya apenas los separaban unos minutos de la isla de la vampira...

Vayan descendiendo con cuidado, por favor. El muelle está viejo pero es seguro. Más rápido, por favor, tenemos que regresar antes de que se haga de noche —advertía el padre Luvoslav, ante la atenta mirada de los presentes, que obedeciendo como los escolares en un día de excursión, iban uno a uno bajando de las dos lanchas.

Maurizio aguardó a que estuviese en tierra firme su enorme compañero de travesía, que a punto estuvo de caer a las sucias aguas cuando desestabilizó el equilibrio de la motora con el balanceo que provocaba su peso. Unos metros más adelante, en mitad del sendero que se perdía hacia el interior de la isla, los aguardaba una joven con un cuaderno entre sus manos, abierto y con varias anotaciones. La chica iba vestida con unos pantalones claros de campaña, y del bolsillo derecho de su camisa marrón despuntaban los capuchones de cuatro bolígrafos, cada uno de un color. Era evidente que se trataba de una arqueóloga, y por la pulcritud de su indumentaria, de una estudiante en prácticas. El viento mecía su cabello, haciendo que la muchacha, en un gesto instintivo, lo retirase una y otra vez de entre sus ojos. Respiró profundamente, venciendo el miedo escénico, y empezó a hablar:

—Señoras y señores, bienvenidos a la isla de Lazaretto Nuovo. Mi nombre es Beatriz Forgione. Soy arqueóloga junior y una de los tres ayudantes del profesor Toscanelli. Los acompañaré hasta el lugar de las excavaciones, y al final de la presentación les daré un dossier de prensa donde incluimos fotografías y los datos obtenidos hasta la fecha en el sitio arqueológico. Y ahora, si no tienen nada que preguntar, les agradecería que me acompañaran.

Nadie abrió la boca. Había ansiedad por llegar al punto exacto del hallazgo. La joven, ante la falta de preguntas, se volvió y comenzó a caminar. Los invitados, uno detrás de otro, siguieron a la muchacha a través del estrecho sendero. Al cabo de unos minutos aparecieron frente a ellos las ruinas de la iglesia de San Marcelo, revestidas en su parte inferior de musgo húmedo. Daba la sensación de que en cualquier momento los muros que conformaban su estructura sin techado se iban a precipitar contra el suelo. La arqueóloga, sin dejar de caminar, intentó mitigar los temores de los periodistas.

—No se preocupen. Seguramente se caerá, pero no será hoy. Sus paredes aún se mantienen firmes, y sus cimientos, que los tiene, son enormes —afirmó al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa.

Más adelante se adivinaba la blanca lona que cubría el yacimiento. Los presentes

aceleraron el paso a la vez que un murmullo, como el zumbido de un enjambre, se empezaba a adueñar del entorno. Beatrize se aproximó hasta la entrada de la carpa, y tras retirar el plástico que la cubría, invitó a los periodistas a que accediesen a su interior. Maurizio entró en último lugar, cerrando así la larga fila.

—¡Bienvenidos al sitio arqueológico Fénix 5! —gritó Toscanelli desde el otro extremo de la fosa, atrayendo al instante la atención de los profesionales. El veterano profesor se mostraba eufórico: era su momento.

El lugar había cambiado respecto a su visita anterior. La desvencijada mesa sobre la que Toscanelli solía disfrutar toqueteando sus miserias estaba sorprendentemente ordenada, y encima de la misma había un recipiente rectangular de gran tamaño cubierto por un paño de color granate. Además, había sido trasladada de posición, y ubicada sobre una plataforma de madera que no permitía ni tan siquiera adivinar que bajo la misma se hallaba la entrada a las galerías, donde fue hallada la vampira. Detrás, sobre una gran pizarra, aparecían varias anotaciones realizadas con un rotulador negro, seguramente mediciones, propósitos y alguna fecha. Todo dispuesto para inmortalizar el momento; todo perfecto para una extraordinaria fotografía.

El arqueólogo llamó la atención de sus colaboradores con la mano derecha y les pidió que se situaran a su lado. Frente al improvisado «escenario» habían colocado varios tablones sostenidos sobre pequeños andamios que en parte ocultaban los restos de la fosa que se encontraba bajo ellos. La intención era crear un espacio más o menos cómodo para que los periodistas, de pie, pudiesen atender a sus explicaciones. Sentados, no tendrían prisa por marchar...

Maurizio dudó, permaneciendo por unos instantes junto al nutrido grupo. Toscanelli, con un gesto sutil de cabeza le indicó que debía acudir también junto a él. Apartando con educación a los profesionales que le cerraban el paso se encaminó hacia la posición que ocupaba el equipo de arqueólogos, dos muchachos que habían entrado segundos antes y Beatrize. El padre Luvoslav permanecía impassible junto al profesor, como una aparición que se hubiera manifestado de repente. Todo estaba dispuesto; y se hizo el silencio. El director del proyecto titubeó...

—Como ustedes mismos han publicado en sus respectivos medios, en las últimas semanas hemos estado desenterrando los cadáveres de la fosa que hay bajo nuestros pies, en el convencimiento de que se trataba de un grupo de apestados que inexplicablemente no fueron quemados, como por otro lado acostumbraban las autoridades a ordenar en un momento que aún no hemos logrado determinar, pero que casi con toda seguridad nos llevaría al último tramo del siglo XVI. Entre los cuerpos encontramos uno que nos llamó especialmente la atención. El esqueleto se encontraba en un avanzadísimo estado de deterioro, con muchas de las extremidades reducidas a cenizas, pero el cráneo permanecía excepcionalmente bien conservado. Los estudios preliminares llevados a cabo por nuestra querida y tristemente desaparecida

compañera, la doctora Hécate Casalli, determinaron que se trataba de una mujer de unos cincuenta años de edad. Así al menos arrojaba el análisis pormenorizado de su dentadura.

Hizo un parada y lentamente tomó un trago de agua. A Toscanelli le gustaba el efecto, hacer de la presentación de todo descubrimiento un *show*. Ésa, entendía, era la única manera de que esta banda de plumillas codiciosos prestaran atención. Y era consciente de que los primeros cinco minutos eran capitales para mantener intacta la atención del grupo. Dejó el vaso sobre la mesa y continuó, mientras, a su lado, los tres jóvenes arqueólogos miraban a un punto indeterminado de la carpa en actitud marcial, como si se tratase del ejército privado encargado de proteger el lugar.

—La sorpresa —siguió diciendo— llegó cuando, tras limpiar las escorias que cubrían el cuerpo, observamos que en el interior de la boca de la mujer había un ladrillo de gran tamaño que no formaba parte de un desafortunado derrumbe, sino que, a la vista de cómo había sido desencajada la mandíbula, quienes lo colocaron ahí lo hicieron con la intención de que entrase hasta tocar la tráquea, destrozando a su paso el hioides, el cartílago del tiroides y la propia tráquea. El hecho de que algunas piezas dentales estuviesen partidas nos ha llevado a pensar que el ladrillo fue colocado cuando la mujer aún se encontraba con vida, por lo que el martirio que sufrió antes del deceso tuvo que ser espantoso. Seguramente murió víctima de la asfixia que le provocó la rotura de la tráquea. Ésta es, grosso modo, la secuencia del hallazgo, y ésta es la cabeza de aquélla a quien ustedes llaman... ¡la vampira! —proclamó, aumentando ostensiblemente el tono de voz para añadir más dramatismo al momento mientras levantaba el paño granate ante la atenta mirada de todos y cada uno de los asistentes.

Un rumor sordo se hizo con la carpa. Los reporteros gráficos empezaron a tomar fotografías, los redactores a escribir a toda prisa mientras una y otra vez levantaban la mirada para observar con más detalle la pequeña urna que había quedado al descubierto. Y el gigante de Canalazzo Televisión ponía su ojo derecho en el visor de la cámara, quejándose amargamente porque los brillos de los flashes no le permitían enfocar lo que había en el interior de la caja de cristal. Pero estaba allí, colocada de perfil para que quienes se apostaban frente a ella pudiesen palpar la tensión, el horror en esencia que transmitía aquel cráneo, aún con el color de la tierra húmeda y con el inmenso ladrillo entre sus fauces. Era dantesco... Tanta brutalidad, ¿para qué?

Maurizio la miró nuevamente, ahora con la iluminación de la carpa permitiendo que todos los detalles saliesen a relucir. Y sintió un leve desvanecimiento: era incapaz de enfrentarse a aquella desagradable imagen.

—Profesor —gritó una reportera que se encontraba en la primera fila—, ¿podrían juntarse los cinco para tomar unas instantáneas junto al cráneo? —preguntó mientras se colocaba la cámara frente a la cara.

Toscanelli miró a un lado y a otro y pidió a sus acompañantes que se acercasen algo más a él. Todos sonreían tímidamente; todos sabían que aquel momento era importante, por lo que no se podía perder ni un ápice de solemnidad a la hora de presentar el hallazgo. De sus palabras saldrían las informaciones que al día siguiente emitirían los diferentes medios allí congregados. El profesor, pasados unos minutos, volvió a tomar las riendas de la situación. El tic del ojo izquierdo del padre Luvoslav se había calmado; ni tan siquiera parpadeaba...

—Bien, si no les importa, retírense unos metros. Si lo desean, tenemos veinte minutos para responder a sus preguntas. Mi equipo y yo estaremos encantados de atenderlos —aseguró colocándose las gafas, que con el ajetreo se habían deslizado nariz abajo.

—Sí, profesor. Vito Monti, de *Il Gazzettino*. ¿Por qué introdujeron un ladrillo en la boca de la mujer? ¿Un ritual satánico, quizá? —preguntó, dejando patente que su conocimiento del tema era nulo.

El veterano arqueólogo tomó la palabra.

—Si no le importa, le contestará nuestro asesor, el doctor Maurizio Roncalli, uno de los expertos más destacados en nuestro país en todo lo referente a la arqueología medieval y posmedieval.

Maurizio avanzó unos centímetros y tragó saliva para aclarar la voz. En ese instante cruzó sus ojos con los de su mentor, pidiendo la venia, y con su habitual asepsia, inició su discurso.

—Me gustaría aclarar de una vez por todas que aquí no se ha llevado a cabo ningún ritual satánico ni nada por el estilo. Lo que en otro tiempo sucedió en este lugar fue el resultado de llevar al límite las creencias, de no distinguir dónde terminaba la razón, y dónde daba comienzo la superstición. Han de pensar que el siglo al que estamos haciendo referencia, a pesar de haber entrado en el período posmedieval, fue, posiblemente, uno de los más oscuros de la historia reciente de la humanidad; más aún que la Alta Edad Media, que ya tuvo lo suyo. Hoy en día hablamos de pandemias con demasiada facilidad. Cuando varios centenares de personas fallecen a causa de la gripe saltan todas las alarmas, y la OMS inicia los protocolos de actuación para estos casos, logrando erradicar así el mal a tiempo. Pero en aquella época, una pandemia como fue la peste que asoló medio mundo, acabó con la vida de cincuenta millones de personas; veinticinco millones en el Viejo Continente y otros veinticinco en Asia.

»La expansión de la enfermedad fue tan vertiginosa y sus consecuencias tan devastadoras que la superstición hizo acto de presencia, y muchos creyeron ver la mano del mismísimo Satanás detrás de tanta muerte. Y como uno no puede acometer solo una empresa tan descomunal, por muy demonio que se sea, sus sicarios se encargaron de extender el mal a diestro y siniestro. De este modo fueron muchos los

hombres y las mujeres a los que se ajustició acusados de ejercer la brujería, ya que se pensaba que transmitían la enfermedad. El ladrillo no era más que un elemento usado, según la creencia, para que el alma del hechicero no regresase al cuerpo y éste despertase de nuevo, dándose al macabro ejercicio de continuar expandiendo la enfermedad.

Carraspeó. El ambiente se estaba cargando de polvo y un desagradable picor empezaba a apoderarse de su garganta.

—¡Ya...! —exclamó con displicencia el periodista—. Entonces, ¿por qué hablaron al principio de vampiros, de rituales exorcistas y cosas parecidas? Creo que fue el profesor Toscanelli el que hizo unas declaraciones a este respecto...

Maurizio no flaqueó.

—Bueno, ha de pensar que son muchas las culturas de nuestro pasado, algunas tan sumamente avanzadas como los mayas o los egipcios, que también llevaron a cabo ceremonias de este tipo como una manera de acabar con el acoso de esas criaturas que generalmente habitaban en sus miedos ancestrales. ¿Qué más da, llegado el caso, calificar a nuestra protagonista de vampira, hechicera o bruja...? La creencia en el siglo XVI es que encarnaban el mal absoluto, y para eso había que emplear antiguos remedios, fueran éstos exorcismos, empalamientos o, como es el caso, la tortura —finalizó, esperando que el insolente periodista se diera por satisfecho.

La chica que minutos antes los había fotografiado alzó la mano, y sin esperar permiso alguno comenzó a hablar:

—Señor Roncalli, ¿hay alguna maldición, no sé..., algún papel, alguna piedra, alguna tablilla en la tumba con algo que le haya llevado a pensar en esa posibilidad? La muerte de la doctora Casalli ha sido muy extraña, ¿no le parece? Es como la maldición de Tutankamón... —afirmó con cierta ingenuidad.

Maurizio agachó la cabeza. Durante unos segundos respiró profundamente. Y entonces, con la misma frialdad de instantes antes, se dirigió a la joven.

—Le importa identificarse —preguntó con dureza, en un intento por distraer la atención de los presentes sobre la figura de Hécate.

La muchacha se puso nerviosa, y metiendo la mano izquierda en su bolso, rastreó de manera compulsiva en el interior, hasta que logró sacar una tarjeta plastificada que mostró a los presentes...

—Daniela Leone, de *Il Messaggero Veneto*... —declaró, ahora sí con seguridad.

Maurizio la miró y asintió.

—Señorita Leone, ya que hace alusión a la «maldición» del faraón, permítame que le diga que no hay ningún misterio detrás de ésta, ni de otras supuestas maldiciones. Los estudios recientes han confirmado que en determinadas tumbas que no han estado expuestas a contaminantes externos se podrían mantener durante

siglos, incluso milenios, bacterias patógenas del género *staphylococcus*, o mohos como el *aspergillus niger* y *flavus*, que podrían ser mortales en el supuesto de que atacasen a personas con el sistema inmunológico ya de por sí debilitado. En el caso que nos ocupa, hablar de maldición es simplemente una frivolidad. No, ni se han encontrado tablillas, ni piedras, ni pergaminos con maldición alguna. Intentar asociar este extremo a la desafortunada muerte de mi colega, la doctora Casalli, es una manera desgraciada de vender más periódicos o de aumentar las audiencias. Sin más...

Tras sus últimas palabras un nuevo murmullo lo inundó todo. Era evidente que había molestado a los presentes, pero no estaba dispuesto a permitir que se publicase ni una línea más defendiendo barbaridades de ese calibre. El padre Luvoslav abandonó su envaramiento y lo miró satisfecho. No había duda: el sacerdote estaba oyendo lo que deseaba oír.

—Pero doctor —volvió a la carga la frágil muchacha—, no me negará que su colega Casalli ha muerto de una manera poco ortodoxa...

—Se cayó por un puente. Es todo lo que puedo decir... —concluyó Maurizio, visiblemente molesto.

Aquella caterva de indeseables no estaban dispuestos a dejar un cabo sin atar; sabía que iban a intentar despedazarlo. La historia daba para eso y para mucho más...

—Sí, hay quien afirma que borracha, y según los testimonios que he podido recabar en las cercanías del último lugar donde fue vista, estaba visiblemente nerviosa. Más que andar parecía correr... —afirmó la periodista, intentando entablar un careo que ya no era del agrado del arqueólogo.

El padre Luvoslav dio un paso al frente.

—Señorita Leone, por respeto a la memoria de la doctora Casalli creo que debemos dejar a un lado este asunto, del que además únicamente pueden ofrecer más datos los miembros de la policía que se encuentran investigándolo. Le recuerdo que es la misma policía la que ha descartado cualquier posibilidad que no sea una muerte... accidental. Por favor, más preguntas referentes al tema que nos ocupa... —finalizó el sacerdote, cortando de un plumazo la intervención de la joven con una frialdad que sobrecogió a los presentes.

Fueron diez minutos, quizá quince más de preguntas banales y de respuestas cargadas de retórica, donde quedó patente que éste era un descubrimiento científico procedente de una época cargada de supersticiones. Sin más... La presentación llegó a su fin, pero antes de partir hacia las lanchas, el descomunal reportero con el que apenas una hora antes Maurizio había entablado una cordial relación, decidió saciar su curiosidad. Había permanecido parapetado tras su cámara, en silencio, hasta ese instante...

—Ehh, señor Roncalli... o usted mismo, padre... En realidad me da igual quién

me conteste, pero si se trataba de simples apestados que transmitían la enfermedad, y esa situación se quiso controlar metiéndoles un «ladrillazo» en la boca, ¿por qué fueron enterrados en suelo sagrado? ¿Quiénes eran para merecer esa condición? ¿Y si eran brujas o vampiros de verdad y éste era el único remedio para que no se volvieran a levantar...?

Las palabras del muchacho retumbaron en toda la carpa, no por su eco sino por su contenido. Porque fueran quienes fuesen los cuerpos que allí yacían, pertenecían a gente muy destacada de su tiempo, o a personajes a los que se temía sobre todas las cosas... «Aunque existen otras posibilidades», pensó Maurizio.

Toscanelli rompió el silencio en el que se habían sumido todos tras la inesperada reflexión.

—Ese extremo lo estamos investigando. Cuando tengamos más datos se lo haremos saber.

Y así, tras tapar nuevamente la urna en la que se encontraba el cráneo con el paño granate, dio por finalizada la presentación. Los periodistas, uno a uno, se encaminaron hacia la salida. Allí, Beatrice los aguardaba para conducirlos hasta el muelle. Había empezado a oscurecer y el lugar se volvía sombrío por momentos. En el exterior las luces que iluminaban tenuemente la vieja iglesia creaban formas que bailaban al son del viento. Los periodistas, en realidad todos, aceleraron el paso. A lo lejos, al final del sendero, se atisbaban las luces del pequeño muelle. Los pilotos los estaban esperando para partir hacia Venecia. Nadie decía nada; todos tenían en la cabeza la imagen de la vampira y el recuerdo de la última pregunta. Las respuestas a estas horas y en este entorno no surgían como el más tranquilizante de los pensamientos.

En apenas tres minutos las lanchas se llenaron. Con la noche ya como desasosegante compañera llegaron a la ciudad. La luz les devolvió la calma. Los periodistas abandonaron las embarcaciones, y unos con más amabilidad que otros se fueron despidiendo del equipo de arqueólogos y del distante representante de la Iglesia. Maurizio volvió a quedar el último, detrás de la muchacha de *Il Messaggero*, que, cámara en mano y con una enorme bolsa con equipo fotográfico a la espalda, no era capaz de retomar el equilibrio oportuno para subir los altos escalones del muelle. Le dio la sensación de que se iba a partir por la mitad, así que, olvidando su breve encononazo anterior, aunque éste estuviese cargado de insolencia, saltó a tierra firme y, una vez allí, le tendió la mano. Sonrió agradecida y aceptó la oferta. Segundos después ya se encontraba a salvo.

—Muchas gracias, doctor. Lamento si en algún momento le ha molestado alguna de mis preguntas. No era mi deseo ser inoportuna, ni mucho menos... —aseguró.

Parecía sincera, por lo que él, resoplando levemente mientras su rostro esbozaba algo parecido a una sonrisa, aceptó la disculpa, si es que acaso se trataba de eso.

—No se preocupe. Es normal que tenga curiosidad por ciertos aspectos de este descubrimiento, aunque no estén directamente relacionados con el hallazgo de la fosa. Usted hace su trabajo y yo intento hacer el mío...

La muchacha asintió y cogió su cámara.

—Aguarde un instante, serán tan sólo diez segundos... —afirmó, ahora algo más nerviosa.

Él permaneció mirándola brevemente mientras ella se afanaba en pulsar una y otra vez los botones que había en la parte trasera de su cámara. Hasta que...

—¡Ya está! —exclamó justo antes de que un sonido agudo comenzara a surgir del interior del aparato—. Es una cámara sencilla, pero al menos me permite imprimir algunas instantáneas cuando me resulta necesario, y en el momento.

Del lateral izquierdo apareció, poco a poco y acompasada con el sonido del motor de la impresora interna, una fotografía. Cuando el ruido cesó, ella cogió el papel por un extremo y tiró con fuerza, obteniendo una instantánea perfectamente rectangular.

—Aquí tiene, un recuerdo de la jornada en la que anunció su descubrimiento; y, bueno, una forma de que se quede con buen sabor de boca. Los periodistas no somos tan malos... —finalizó, ofreciéndole la instantánea que tenía entre sus manos.

En ella aparecían los tres jóvenes arqueólogos en prácticas, el profesor Toscanelli, sin duda orgulloso, él, con la mirada perdida, y el cráneo con el ladrillo en primer plano... Sin duda era un momento importante, porque la noticia del hallazgo al día siguiente les haría estar en la primera plana de todos los medios.

La guardó en su cartera y se despidió de la joven. Unos metros más adelante lo esperaban Toscanelli y el sacerdote, conversando animadamente con... ¡Sí, era el detestable inspector Faccini!

—Doctor, ¿cómo es que está usted todavía por aquí? Lo hacía en Roma —dijo con todo el sarcasmo que fue capaz de vomitar.

Pero aquel día el padre Luvoslav había decidido actuar como su ángel de la guarda, y antes de que reaccionara se abalanzó sobre el policía.

—Inspector, el doctor Roncalli ha permanecido en Venecia porque se lo hemos pedido, para que participara en la presentación del hallazgo de la fosa y, sobre todo, para que con la exposición de sus conocimientos terminara de una vez con los rumores que circulan por la ciudad. Su contribución ha sido importantísima... —afirmó, atravesando con sus profundos ojos verdes al rudo policía.

—Ya... ¿y qué le ha entregado la jovencita? ¿Un recuerdo? —ironizó.

Maurizio se agachó, abrió la cartera y extrajo la fotografía. Faccini volvió a la carga.

—Ah, una foto. La pondrá en un lugar relevante, sin duda. Seguro que le trae muchos recuerdos...

Aquel hombre lograba superar con cada comentario sus particulares cotas de

podredumbre. Era asqueroso, pero no estaba dispuesto a entrar en su juego. Al menos en esos momentos.

—Sí, claro. La colocaré en la cómoda de mi habitación, donde tengo las fotos que me traen buenos recuerdos, para intentar repetirlos, y por supuesto aquellas que no despiertan más que malas sensaciones, para evitarlas si es que vuelven a manifestarse, en la medida de lo posible. Y ahora, si me disculpa, me gustaría descansar... Mañana sí que me marché definitivamente a casa, entre otras cosas para colocar la fotografía, ya sabe...

El padre Luvoslav alzó la vista. El Campanile ascendía a los cielos venecianos con una inclinación tal que parecía que se iba a desplomar en cualquier momento sobre quienes a esas horas deambulaban por la plaza de San Marcos. Segundos después clavó su mirada en Maurizio, y éste lo notó...

—Doctor Roncalli, mañana pasaré a primera hora por su hotel. Yo lo recibí y, por lo tanto, yo lo acompañaré al tren, si no le importa...

Maurizio le correspondió con el mismo secretismo.

—Será un placer, padre. Si le parece, a las ocho de la mañana. Así cogeré el tren de las nueve —afirmó.

El sacerdote asintió, y tendiéndole la mano derecha se despidió y se perdió entre la muchedumbre. Maurizio hizo lo propio con Faccini, que sin buscar más confrontación correspondió con amabilidad.

—Profesor, imagino que a usted lo veré más adelante —sentenció.

Poco más había que añadir. Con caminar pausado emprendió el camino de regreso a su hotel, al otro lado de la bella plaza, la misma que en otro tiempo Napoleón calificó como el salón más bello de Europa. Y motivos no le faltaban. Debía descansar; había cumplido su compromiso.

Ahora le tocaba al padre Luvoslav cumplir con el suyo...

Desde las alturas, la fría mirada de las estatuas de la basílica de San Marcos fijaban sus ojos sin vida sobre el solitario Maurizio. Despacio pero con caminar firme deambuló por la a esas horas solitaria plaza. El tumulto del mediodía había dado paso a la calma nocturna; una calma que provocaba cierta congoja. Al afrontar el último tramo, una voz delicada llamó su atención. Era la joven reportera...

—¡Doctor Roncalli! Espere... —dijo elevando el tono de voz.

Maurizio, sin poder evitar una expresión de sorpresa, se volvió y, en silencio, aguardó a que la muchacha llegara hasta la arcada bajo la cual ya se encontraba.

—Señorita Leone, ¿todavía por aquí? ¿Le ha quedado alguna duda? —le preguntó, dejando escapar un suspiro cargado de ironía.

La chica, levantando el rostro, lo miró fijamente, y sin atender aparentemente a su pretendido intento de mala educación, empezó a hablar:

—Doctor, tengo la sensación de que me he pasado con usted, y me gustaría corresponder a su buena educación a la hora de no evitarme al final de nuestro... «viaje». ¿Le apetece tomar una copa? Lo invito, claro... —aseguró, agachando levemente la cabeza.

Pero Maurizio era desconfiado, y esa desconfianza lo había salvado de más de una situación comprometida. Aquella chica, que empezaba a dar sus primeros pasos en esa profesión de hienas que era el periodismo, seguro que quería dar el salto desde diez metros, ofreciendo a sus lectores, y sobre todo a sus jefes, una suculenta exclusiva. No lo conocía...

—Señorita Leone, agradezco su oferta, pero si pretende que hablemos de mi colega Casalli y de su desgraciada muerte lo lleva usted claro. Si es eso lo que pretende, me parece de muy mal gusto —terminó, dando por entendido que ahí se acababa la conversación.

Pero ella, desatendiendo sus palabras, dio un paso más rebasando la línea de la cortesía, y cogiendo con dulzura su mano derecha, volvió a la carga. Tras él, la luz de la farola parpadeaba levemente, hasta que se apagó definitivamente.

—Por favor... sólo quiero ser agradecida.

Era la primera vez en estos intensos días que Maurizio tenía la sensación de que alguien estaba siendo sincero con él. Además, a esas horas poco era lo que tenía que hacer, y aquella guapa muchacha le ofrecía algo que en esos instantes deseaba con fuerza: compañía. Así, sin soltar su mano se perdieron por el laberinto de callejas que

serpenteaban tras la plaza, hasta que ella se detuvo, y con sonrisa cómplice señaló una puerta tenuemente iluminada. Desde el interior se insinuaba una música suave, cargada de nostalgia. Daniela golpeó la puerta de madera.

—Es un club de amigos. Cómo decirlo... de esos de los que si no te conocen no te dejan entrar, ya sabes... —afirmó mostrando su extraordinariamente blanca dentadura y tuteándolo por primera vez.

Maurizio se percató rápido. En sus años jóvenes había sido un depredador, y conocía a la perfección las señales corporales que enviaba el sexo opuesto cuando de rondar se trataba. La correspondió sonriendo. La situación le empezaba a resultar divertida.

Segundos después, desde el interior se abrió una pequeña portezuela a la altura de los ojos.

—Sí, ¿quién es? —preguntó un desconocido con marcada desconfianza.

—Alexandro, soy Daniela. Vengo con un amigo —se apresuró a decir.

La portezuela se cerró dejando en el ambiente el eco de un sonoro portazo. Segundos después, el desconocido manipuló la llave y la puerta se abrió con un penetrante chirrido. La chica se abalanzó sobre él y lo abrazó. No era la primera vez que se veían.

—¿Qué tal estás, preciosa? Cuanto tiempo... —se apresuró a decir aquel extraño de pelo lacio, barba de tres días, ojos oscuros y sudoroso cuerpo de gimnasio.

Ella lo miró sonriendo, y rápidamente se volvió para presentar a su acompañante.

—Alex, éste es el doctor Roncalli. Esta tarde nos ha estado presentado el descubrimiento de la isla, y como ya sabes que soy muy impertinente, he decidido invitarlo a tomar una copa... —explicó.

El hombre sonrió malicioso tras saludar a Maurizio, y sin mediar más conversación los invitó a entrar. El local, al que se accedía bajando unas escaleras de caracol aún peor iluminadas que la entrada, era sórdido. Ya en la sala principal, el olor a humo concentrado, a humedad y a suciedad lo inundaba todo. Se encontraba incómodo; se estaba arrepintiendo de haber acompañado a una joven a la que por otro lado no conocía, y lo poco que había sabido de ella esa misma tarde no le había gustado. Frente a la barra, de madera pintada de negro y rojo, se situaban anárquicamente varios sillones del mismo color. La luz aquí también escaseaba, y la música, demasiado alta, era vomitada por unos altavoces que seguro que pasaron por tiempos mejores. Pero Daniela parecía sentirse como pez en el agua. Al otro lado de la barra, donde la oscuridad no permitía ver la falta de decoración, cinco o seis muchachos mantenían una animada conversación que se mezclaba con la desagradable distorsión de una notas musicales excesivamente altas.

Alexandro se incorporó al grupo, que sin disimular su curiosidad, observaban al recién llegado. Daniela se adelantó una vez más...

—No te preocupes. No están acostumbrados a ver caras nuevas por aquí. Vamos a sentarnos. Ángelo no tardará en atendernos... —afirmó, dando por hecho que Maurizio sabía que el tal Ángelo era el camarero.

Él, preso de una extraña sensación, como si fuera consciente de que la chica estaba ejerciendo un misterioso hipnotismo sobre sus facultades, la siguió como un cordero. Ella ya no tenía la expresión cándida de horas antes. Parecía una «cazadora» dispuesta a posar sus garras sobre su apetecible pieza.

Tomaron asiento, y segundos después, surgido de la oscuridad, apareció un hombre encorvado, de pelo largo y mirada estrábica. Debía de tener veinticinco, treinta años como mucho, pero parecía mayor que el propio Maurizio. Con voz profunda se dirigió a ambos:

—¿Qué vais a tomar? —preguntó.

Daniela, con inesperada seguridad, se apresuró a contestar.

—Dos *voditxkas*, por favor. —Lo miró—. Es una bebida típica del este de Europa. Hay que tener cuidado porque ha sido destilada entre semillas de cannabis. Pero eso le da un sabor muy rico. Además, es divertido, ¿no crees? Ya te dije que te invitaba yo, así que no te puedes negar —declaró.

Cómo explicar que desde hacía meses intentaba combatir la ansiedad que le provocaba la mera contemplación de una botella. Pero, qué demonios, estaba demasiado tenso. Habían sido días de muchas emociones, y casi ninguna buena. Un trago no le haría mal alguno. El pensamiento lo satisfizo y esbozo una amplia sonrisa. Ángelo regresó con una sucia bandeja y dejó dos grandes copas sobre la mesa. Le costó distinguir el color del líquido, pero no el olor, que en apenas milésimas de segundo ya se había colado en su interior, alcanzado la pituitaria amarilla, el lugar donde todas las sensaciones olfativas se amplifican. Raudo, acercó los labios a la copa y dio un profundo trago. Notó como el líquido recorría cada rincón de su ser y sintió un leve mareo. Había sido demasiado brusco.

Ella lo «escaneó» nuevamente, satisfecha por el efecto que había causado en su acompañante dicha elección. Pero era sólo el comienzo...

Una hora después no era capaz de controlar sus actos. Sin embargo, ella parecía estar extraordinariamente serena. Por vez primera sintió que se iba a desplomar sobre la mesa, y la idea no le gustó. Intentó sobreponerse, pero ya poco podía hacer. Daniela lo miraba atentamente, con un oscuro brillo asomando a sus pupilas. Sabía muy bien lo que hacía; en realidad estaba todo perfectamente calculado. Al fondo, sumidos entre el humo de los cigarrillos y la estridencia musical, los hombres callaban, esperando el momento. Y él, en esos instantes, no era consciente. Simplemente se abandonaba al placer de las sensaciones que le provocaba el alcohol. Antes de cerrar los ojos pudo observar que alguien más descendía por la escalera; en realidad eran dos. Instantes después entraban en el local. El primero, un hombre

similar a aquel que los había recibido, posiblemente un hermano gemelo, pero completamente vestido de negro. Detrás, con el rostro cubierto con una máscara de carnaval, aparentemente lo acompañaba otro hombre; o más bien era arrastrado por el primero, que con violencia dirigía sus pasos como si el otro estuviera ciego. Ironías de la vida: lo último que veía su conciencia era a un tipo aparentemente ciego...

Se desplomó, y ella, con una agilidad inusitada, se levantó y le colocó la mano derecha sobre el cuello. Sin dudar, se dirigió a los presentes.

—¡Mételo en el sótano! —exclamó al recién llegado, en clara alusión a su misterioso acompañante—. Apenas tenemos una hora —continuó—. Traed las gomas, las jeringuillas y los botes. Hay que extraer muestras de sangre y después llevarlo al hotel. El pobre imbécil no parece conocer ni su propia historia. Si se confirma..., su madre, él... habría controlado el gen sin saberlo —finalizó.

Necesitaba concentrarse para ponerse manos a la obra. Había poco tiempo que perder...

Despertó. *Le dolían* las extremidades, y sabía muy bien el motivo. Abrió los ojos tanto como pudo, evitando los rayos de sol que se colaban por las contraventanas. Y aun así vio su silueta, de pie, con los brazos alzados mientras se ponía la camisa; el resto de su cuerpo estaba desnudo. Los rubios cabellos cayeron sobre su espalda cuando se ajustó la prenda, y lentamente se volvió y, ahora sí, lo miró con ternura.

¿Qué había ocurrido? ¿Tanto habían bebido? ¿Cómo llegaron al hotel? No recordaba nada...

—Hola doctor, ¿cómo estás? Vaya borrachera que nos pillamos anoche. Mira que te avisé que el *voditxkas* era peligroso. Y aun así ni yo misma hice caso. Aunque no te preocupes, que de lo fundamental me acuerdo —afirmó, reptando hasta su boca para besarlo.

No sabía qué hacer. ¿Se habían acostado? No era capaz de poner en orden las ideas.

La joven tampoco dio pie a demasiadas preguntas. Se incorporó, se subió los pantalones con presteza, y le lanzó un beso antes de coger su bolso, que descansaba sobre la cómoda.

—Bueno, pues me tengo que marchar. Espero que volvamos a vernos pronto. Aquí te dejo mi tarjeta... —murmuró mientras colocaba el pequeño cartón junto a los diarios de días anteriores. Él, sin apenas poder articular sonido alguno, alzó la mano y dejándola caer se dio la vuelta y cerró los ojos.

—¡Riiinnngggg!

Puntual como un perro a la hora de la comida, el teléfono sonó. Maurizio estaba seguro de que al otro lado, tres pisos más abajo, el padre Luvoslav lo aguardaba impaciente. Pero ¡si todavía faltaba media hora! El nervio matutino, ése que te desvela y que te deja el cuerpo molido durante todo el día, lo obligó a reaccionar. En otras circunstancias no lo hubiera cogido, pero dada la terquedad del sacerdote, éste insistiría hasta que el aparato explotara como una olla a presión, cuando lo que estaba a punto de estallar era su propia cabeza. Dejando caer la mano a plomo, descolgó...

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó, intentando que la resaca no fuera demasiado evidente.

La voz que invadía su descanso, que a estas alturas de su estancia en Venecia lo

enervaba sobre todas las cosas, era la de Silvio, el incansable recepcionista.

—Señor Roncalli, disculpe que lo moleste. Ya sé que me dijo que lo llamara más tarde, pero ha llegado un sacerdote que dice que ha quedado con usted. Ha insistido tanto que no he tenido más remedio que llamarlo... —aseguró apesadumbrado.

Él no tenía culpa alguna; sólo trabajaba demasiado, y en estos tiempos más que un defecto era una virtud. Y el padre Luvoslav no debía de dormir más de tres o cuatro horas. Tosió dos veces intentando aclarar aún más la voz.

—Está bien, está bien... Dígale que bajo en unos minutos. Si no le importa, póngale un café, o lo que desee. Así estará entretenido.

Colgó sin esperar respuesta y suspiró profundamente.

La almohada le servía de aislante, así que una vez más la colocó sobre su cabeza y apretó tan fuerte como pudo.

En esta ocasión no había sido previsor, y la noche anterior era evidente que no había podido recoger su equipaje como en otras ocasiones, antes de dejarse mecer entre las suaves caricias del sueño: la maleta, la cartera con los papeles que tenía repartidos por toda la estancia, su documentación junto a las tarjetas de crédito, algo de dinero... Dio un respingo. La cartera, sí, ¡estaba allí! ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente? La documentación de Hécate, las fotos..., todo podía estar a estas horas flotando en un canal por su mala cabeza o, peor aún, en las manos equivocadas.

Tardó veinte minutos pero al fin estaba preparado. La ducha lo había devuelto a la realidad, una realidad turbia que, si todo iba bien, se encargaría de aclarar el sacerdote.

Atravesó el umbral de la puerta por última vez, y con expresión lacónica repasó la habitación. Estaba perfecta, como si nadie hubiera dormido en ella. A él le gustaba dejarlo todo recogido, también la cama hecha; incluso cuando la noche formaba parte de sus tiempos perdidos. Era la única forma de comprobar centímetro a centímetro que no olvidaba nada. La ventana, como en días anteriores, permanecía entreabierta. El sol del amanecer empezaba a destellar sobre la basílica, despejando la niebla que a esas horas se retiraba aprisa entre los canales, llevando consigo los secretos que sólo la noche es capaz de custodiar; y la pasada madrugada había escondido demasiados. Despacio, como si el lugar en el que había permanecido estos días le reservara una última sorpresa, se encaminó hacia el ascensor. Los hierros forjados de las hojas exteriores chirriaron. Maurizio entró y, con un reflejo mecánico, pulsó el botón negro.

«Recepción...».

El que había grabado las nueve letras debía de ser terco como una mula: a pesar de que las tres últimas estaban visiblemente comprimidas, se propuso que entrara toda la palabra, y entró... Segundos después empujó las puertas y salió al exterior. Un chorro de luz le impactó de frente en la cara, y sus ojos, más acostumbrados a la oscuridad, se resintieron. De manera instintiva se llevó la mano derecha al rostro,

intentando repeler la fuerza del astro rey, y entre destellos observó una silueta, grande, inmóvil, que se apostaba delante del mostrador. Era una imagen sobrecogedora a la que, fuera de un signo o de otro, tan sólo le faltaban las alas.

—Doctor, disculpe que haya decidido llegar antes de lo previsto, pero estoy seguro de que no desea ir con prisas... —aseguró, desvelando al momento que tras la imponente presencia se encontraba el sacerdote.

—Buenos días, padre... —se apresuró a decir Maurizio, tendiéndole la mano con cordialidad.

El sacerdote le correspondió con la misma amabilidad. Si en algún momento habían existido diferencias entre ambos, todo indicaba que habían desaparecido.

—Si lo desea podemos ir al Ponte antico, es una cafetería muy tranquila que no se encuentra demasiado lejos de la estación. Allí estaremos bien... —aseguró, dando por hecho que el arqueólogo diría que sí.

Ante la falta de opciones, Maurizio asintió y se dirigió hacia el mostrador. El muchacho lo esperaba, ahora sí, sin los temores de otros días.

—Silvio, ha llegado la hora de ajustar cuentas —afirmó, dejando entrever que detrás de esas palabras se encontraba el motivo por el cual el recepcionista sonreía espléndidamente. Pero el joven titubeó...

—Señor, ya está todo pagado... —aseguró.

¿Pagado? Maurizio dirigió entonces la mirada hacia el otro extremo de la entrada del hotel. El padre Luvoslav asintió sin esperar agradecimiento alguno. Maurizio le correspondió nuevamente, entendiendo que poco o nada era lo que podía hacer, salvo sacar de su bolsillo cincuenta euros. Y así, cuando el sacerdote contemplaba extasiado la luminosidad diurna que hacía brillar el oro que revestía las esculturas de San Marcos, se los entregó a Silvio.

—Gracias... —susurró.

El chico hizo lo propio, y a continuación subió el tono de su voz de manera marcadamente teatral.

—Señor Roncalli, ha sido un placer tenerlo aquí estos días. Espero que pronto lo veamos por Venecia. Que tenga un buen viaje.

El apretón de manos selló su fugaz relación. Y en esos instantes pensó que posiblemente en toda su vida había conocido a nadie con el que en tan poco tiempo se hubiera visto obligado a compartir, o a mantener ocultos, tantos secretos.

—Doctor, yo le llevo la cartera —se ofreció el sacerdote, dando por concluida la despedida.

Maurizio agarró el asa de la maleta, y tirando de ella siguió los pasos de su acompañante. Atravesaron a toda prisa las callejas de Venecia. Atrás quedaron la basílica, el palacio ducal y el enorme dragón que los observaba desde las alturas, encaramado en la misma esquina del antiguo edificio. Al otro lado del Rialto, más

allá del mercado de frutas, el fornido cura se detuvo y le indicó que ya estaban cerca. No intercambiaron más palabras; al menos hasta que llegaron a la puerta de un inmueble antiguo; más bien viejo. Toda la fachada estaba ornamentada con maderas nobles, donde la filigrana del artesano alcanzó cotas inconmensurables en las múltiples figurillas de hombres y animales, representaciones de pasajes bíblicos y símbolos aparentemente abstractos. El barroquismo del exterior no desmerecía el interior, donde cuadros de diferentes tamaños y épocas se situaban a un lado y a otro de los ostentosos sillones italianos de estilo neoclásico que en los albores del siglo XIX fueron colocados en este establecimiento para goce y disfrute de las clases pudientes que se acercaban a Venecia, y que hoy no eran sino el vago recuerdo de un tiempo sin duda alguna mejor. El padre Luvoslav abrió la puerta y lo invitó a entrar. Tomaron asiento en un reservado, pese a que salvo ellos y el dependiente, la cafetería estaba vacía.

—Dos americanos, por favor... —pidió el sacerdote.

Era evidente que aunque tenía tiempo lo fundamental se resolvería en apenas treinta minutos. Los últimos, como siempre...

A Maurizio no le molestó que no le preguntara qué deseaba. En estas jornadas había aprendido que aquel hombre se adelantaba habitualmente a los pensamientos de los demás, y casi siempre con acierto.

—Es bonito, ¿verdad? —le preguntó.

El arqueólogo asintió, inseguro. A estas alturas no era capaz de interpretar sus intenciones, pero de lo que no tenía duda alguna es de que jamás preguntaba por el mero hecho de dar conversación.

—Este lugar es antiquísimo. Hace siglos aquí se reunían los miembros del Consejo de los Diez. ¿Ha oído usted hablar de ellos? —volvió a la carga, consciente de que no sabía de qué le estaba hablando. Seguro de sí mismo, continuó su explicación—: El Consejo de los Diez fue una especie de sociedad secreta que se fundó el 15 de julio de 1310, y cuyos objetivos eran, principalmente, frenar los delitos que por aquel entonces solían cometer unas autoridades demasiado corruptas con el incomprensible apoyo de algunos miembros de la institución a la que represento; mantener los valores y proteger a la Iglesia, en suma. Componían un tribunal secreto que se guiaba por sus propias leyes y que juzgaba a quienes se habían pasado de la raya. Hay quien dice que fue el germen de nuestras modernas policías secretas, pero lo cierto es que aquella gente, de férrea moral y sólidos valores, juzgaron y condenaron a muerte a muchos venecianos desde el siglo XIV hasta principios del XVII, que es cuando se supone que fueron disueltos. Cada vez que moría uno de sus miembros los nueve restantes se encargaban de hacer una ardua selección, de tal modo que durante décadas el Consejo funcionó y juzgó sin piedad —concluyó a la vez que observaba la llegada del camarero con la bandeja.

Maurizio permanecía mudo. ¿Por qué demonios le contaba esta historia? ¿Para qué lo había traído hasta aquí? ¿Para hablarle de diez psicópatas? ¿Le estaba intentando hacer perder el tiempo para no llegar hasta lo que a él verdaderamente le importaba? La incompreensión afloró a su rostro y puso en alerta al sacerdote, que rápidamente cambió de rumbo.

—No piense que quiero hacerle perder el tiempo. Usted ha cumplido su palabra y yo estoy en la obligación de cumplir la mía —sentenció.

El arqueólogo lo miraba sin saber muy bien de qué iba toda esta historia. El padre Luvoslav se agachó y colocó sobre la mesa una bolsa de plástico.

—Cuando esté camino de Roma examine con tranquilidad el material que hay en el interior de esta bolsa. Ahora es un buen momento para terminar el café y para conversar —aseguró, satisfecho al comprobar que la mirada de su interlocutor se había afilado al observarla.

—Padre, no entiendo muy bien por qué me ha traído hasta aquí ni por qué me cuenta toda esta historia, y no quisiera irme con la duda. ¿Qué tiene esto que ver con mi interés por Peretti? —le preguntó, corroborando, sin ser consciente de ello, que no tenía la más mínima idea de quién era aquel hombre.

El sacerdote esbozó una tímida sonrisa.

—No quiero que se moleste. Conozco a Vincenzo, el funcionario del Centro, desde hace ya muchos años. Supe que se encontraba allí después de llamar al hotel y de que el muchacho de la recepción me dijera que hacía apenas unas horas que había marchado hacia allí. Vincenzo me dijo que usted había mostrado mucho interés por un libro sobre la vida del patriarca. Y puesto que días atrás anduve charlando con la doctora Casalli sobre él, entendí que de una forma u otra ella lo había informado de algunos de los puntos de su investigación. La doctora llegó a la conclusión de que los personajes enterrados en la fosa llegaron entre los años 1550 y 1600. Durante gran parte de esos años Felice Peretti fue patriarca de Venecia y, además, máximo representante del Santo Oficio, por lo que se tratara de peste o de cualquier otra enfermedad, fueron llevados hasta allí previo consentimiento del patriarca veneciano —finalizó, aguardando la avalancha de preguntas.

Pero Maurizio permanecía abstraído. Aquel enigmático hombre, tan clarividente para algunas cosas, no parecía conocer la manera en la que él había llegado a la figura de Peretti. Vincenzo debía de haber hablado lo justo...

—¿Y qué le comentó la doctora? —preguntó.

El sacerdote no dudó a la hora de contestar.

—Nada extraño, aunque sé que no es lo que desea escuchar. Nosotros compartimos las mismas dudas que tenía la doctora y que usted probablemente tiene. No sabemos muy bien por qué aquellos cuerpos fueron enterrados allí si es que se trataba de apestados, y menos aún tratándose de suelo sagrado. Yo creo que ella

estaba convencida de que pertenecían a gente destacada, tanto como para que el propio patriarca fuera quien ordenara su sepultura en tan insólito lugar. Pero poco más le puedo decir...

Maurizio no estaba muy convencido, y puesto que parecía claro que de esa parte de la historia poco era lo que le iba a contar, optó por contraatacar por el único resquicio que le quedaba.

—Pero ¿quién fue exactamente Felice Peretti? —preguntó con tanta contundencia que se sorprendió a sí mismo al dar un pequeño puñetazo sobre la mesa.

Las cucharas de las tazas tintinearón y el dependiente los miró de reojo.

—Fue un hombre santo, tanto como para lograr los más altos merecimientos. Si bien es cierto que fue severo en muchas de sus actuaciones, al punto de que la pagana Venecia del XVI pidió que fuera trasladado a Roma, no menos lo es que sustentó las bases de un cristianismo que por aquellas fechas peligraba. Estaban las epidemias, pero también las invasiones...

Maurizio se llevó la mano derecha a la barbilla.

—¿Y qué tiene que ver con el Consejo de los Diez? —preguntó, dando por sentado que formaba parte de dicha sociedad.

El sacerdote lo miró, y una vez más, como si esperase a que su interlocutor pulsase las claves oportunas para empezar a hablar, asintió.

—El patriarca Peretti fue elegido miembro del Consejo en esa época especialmente convulsa. No pretendo justificar los actos de aquellos hombres, porque tampoco podemos juzgarlos con ojos del siglo XXI. Entonces pensaban que todos los males que les sobrevenían tenían un origen infernal, y hasta es posible que así fuera, por lo que en tiempo de guerra, teniendo delante al peor de los enemigos, puedo llegar a entender que cometieran actos horribles, aunque en ocasiones se dejaran llevar por el miedo.

El arqueólogo carraspeó. No entendía muy bien el lenguaje críptico del sacerdote, por lo que se veía obligado a interpretar a toda velocidad sus palabras.

—Entonces, padre, entiendo que, como tribunal que era, llevaban a cabo sus actos de justicia en lugares aislados. La justicia de Dios generalmente iba en sentido opuesto a la de los tribunales; ya sabe, diente por diente...

El sacerdote lo miró nuevamente. Era evidente que no quería hablar más de lo necesario, por lo que lanzaba pequeñas perlas para que Maurizio las desvelase. Al menos hasta ese instante...

—Sí, así es. Normalmente llevaban a cabo sus actos en lugares alejados de la muchedumbre que antes y ahora ha habitado Venecia. Era la voz popular la que daba a conocer la comisión de sus actos, añadiendo a cada momento sus propios elementos, engordando su leyenda al punto de que eran temidos por unos y otros. Por aquellas fechas nadie se atrevía a delinquir porque los miembros del Consejo se

colaban en cualquier lugar protegidos por la niebla de la madrugada... y de aquellos que debían responder ante Dios jamás se volvía a saber nada; nada, salvo las horribles historias que se contaban de sus últimos instantes de vida... —finalizó, dejando que Maurizio retomara el hilo.

—Nada, ninguna prueba, hasta que se ha descubierto la fosa. ¿No es así, padre? —terminó el arqueólogo, notando que la boca se le llenaba de saliva.

Los ojos verdes del sacerdote parpadearon. Era la primera vez que lo hacía. Ajeno a las cavilaciones de Maurizio miró su reloj. El tiempo pasaba rápido...

—Así es —confirmó, para mayor satisfacción del arqueólogo—. Creo que la doctora Casalli así lo pensaba; de ahí su interés por la figura del patriarca. Ha sido usted muy sagaz a la hora de llegar hasta él. A la doctora le supuso días, semanas de trabajo. Si es tal y como ella pensaba nos encontraríamos ante la evidencia física de un ajusticiamiento masivo del Consejo de los Diez, siendo conscientes de que como jamás dejaban prueba alguna de sus actos acabaron siendo engullidos por una leyenda que en su tiempo recorría los rincones de la ciudad aumentando a cada paso. Jamás dejaron pistas, y sin embargo en este caso la prueba del delito es demasiado contundente; poco sutil, diría... Además, el hecho de que, como usted mismo ha comprobado, quisieran ocultar una segunda tumba bajo la fosa me lleva a pensar que, lejos de delincuentes o herejes, quien allí fue enterrado, enterrada, en este caso, poseía unas características especiales que de momento se nos escapan, salvo que verdaderamente los miembros del Consejo estuvieran convencidos de que se hallaban ante una presencia infernal. Por otro lado, y con esto ya termino, cada vez que los diez justicieros actuaban estaban obligados a dejar su «huella», una suerte de letanía que en la forma de un sello debía estar presente en el lugar donde se ejecutaba el veredicto. Era su firma, la manera de que se distinguiera el acto de justicia de un crimen vulgar, que también los había, a pesar de todo.

Maurizio, consciente de que cada vez le quedaba menos tiempo, reaccionó con rapidez. Había demasiadas circunstancias que no le cuadraban. Además, aquel hombre le estaba ofreciendo amablemente mucha información, como si de algún modo pretendiese conformarlo y que de este modo no fuese más allá...

—*Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo...* —sentenció.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No. Aquella sociedad era muy supersticiosa; y lo sigue siendo, imagino —susurró, sonriendo tímidamente por primera vez—. Esas frases extraídas del padrenuestro servían para que los posesos no regresasen a la vida, y generalmente eran colocadas en criptas o, como en esta ocasión, en fosas comunes por quienes constituían el último eslabón de una larga cadena. Le estoy hablando de quienes tenían la obligación de quemar los cuerpos, o como es el caso que nos ocupa, de enterrarlos... De este modo, por si las moscas, dejaban escrita la santa oración para

que el demonio no ocupara los cuerpos debilitados y los trajera a la vida para seguir contagiando con su semilla maligna. Eso es lo que creían, y por eso está en la galería... No, yo le hablo de otra cosa —declaró, aguardando esa última pregunta.

Entonces fue Maurizio quien miró su reloj. Apenas le quedaban veinte minutos para tomar el tren. Con un gesto instintivo reclamó la atención del camarero, y acto seguido se volvió hacia el sacerdote. Aún había tiempo para una última pregunta.

—¿Y cuál era esa firma? Imagino que de encontrarla en la fosa habría sido la prueba definitiva de que el asesinato de la vampira no fue tal, sino un ajusticiamiento, si es que queremos verlo así, ¿no le parece? —concluyó, apoyando los brazos en la mesa y acercando su rostro al del sacerdote.

Si lo que pretendía con ese gesto era intimidarlo, no lo logró. Éste cogió la taza y dio un último sorbo. Alzó los ojos y volvió a sonreír.

—Está usted en lo cierto, pero salvo esa madera con el extracto del padrenuestro, no se ha hallado nada más. De ahí que nos encontremos en un punto sin retorno. Si eran apestados es ilógico que no fueran quemados, y que además fueran enterrados allí, como si no hubiera otros lugares destinados a tal fin, y si no lo eran, como parecen indicar los datos de los que disponemos, tampoco aparece la evidencia que nos conduzca hasta aquellos que en aquel tiempo pudieron cometer dichos actos. Porque todo parece conducir hasta ellos. Todo, salvo la huella de su veredicto... —terminó, dejando escapar una extraña mueca de incompreensión.

Aquel hombre se resistía a decir más de lo que debía; era difícil extraerle las palabras necesarias...

El camarero trajo la nota, y Maurizio, veloz como un gamo, se apresuró a pagar. El sacerdote amagó, pero ante la rapidez de su acompañante prefirió no insistir. Segundos después se levantaron. El padre Luvoslav cogió la maleta, y una vez más, a gran velocidad, salió del establecimiento con el arqueólogo intentando seguirle el paso. Apenas siete minutos después se hallaban a la entrada de la estación. Aún faltaban diez minutos para que el tren saliera. El sacerdote, dejando la maleta en el suelo le pidió que aguardara unos segundos, y tras darse la vuelta se dirigió al quiosco de prensa que había en mitad de la plaza. Poco después regresó con la edición matutina de *L'Estampa de Venecia*, y sin tan siquiera ojear sus páginas se la ofreció.

—Tenga, lléveselo de recuerdo. Lo recibí el primer día con este periódico, y no es mala cosa que lo despida con él —aseguró, esbozando una insólita y amplia sonrisa.

Maurizio sonrió relajado y desdobló el diario. En la portada del mismo aparecían ellos en el momento de la presentación, bajo un titular contundente.

—«La fosa de los apestados» —leyó en voz baja.

El periódico ya no hacía mención a vampiras ni a brujas. Habían logrado sus objetivos. Maurizio volvió a sonreír. Apenas tres días atrás no conocía la historia para

la que Toscanelli lo había convocado, y sabía de ella gracias a la noticia que había publicado este mismo medio, y ahora él aparecía en la portada como experto en el caso. Ironías de la vida.

El sacerdote le tendió la bolsa.

—Mire su contenido con tranquilidad. Es posible que usted se percate de puntos que a los demás se nos escapan —apuntó, ofreciendo su mano al arqueólogo.

Éste le correspondió agarrando la bolsa con la izquierda y alzando la derecha. El apretón de manos fue sincero. Maurizio cogió el asa de la maleta y se dispuso a ascender los escalones de la estación de Santa Lucía ante la atenta mirada del sacerdote, que parecía querer tener la seguridad de que el arqueólogo montaba en el tren. Antes de atravesar el umbral de la gran puerta, Maurizio se volvió y se dirigió al padre Luvoslav.

—Padre, lo olvidaba. ¿Cómo firmaban los miembros del Consejo sus acciones? Ese aspecto es importante... —aseguró.

El sacerdote se llevó la mano derecha a la boca y tosió dos veces. Al fin y al cabo, salvo ellos dos nadie más entraba a esas horas en la estación.

—Hay muchas versiones, pero los historiadores se ponen de acuerdo a la hora de afirmar que el Consejo de los Diez poseía una extraña construcción de letras para confirmar sus juicios, su presencia en momentos clave de un tiempo determinado, el que ellos quisieron controlar, y en cierto modo se acabó por convertir en una suerte de sello, la marca de su justicia; algo así como el *Non nobis domine...* de los caballeros templarios. Porque aparece en varios escritos de diferentes épocas, pero siempre a partir de que Felice Peretti entrara a formar parte de la sociedad. Era algo así como...

El chirriar de las ruedas contra los raíles diluyó las últimas palabras del sacerdote. Maurizio hizo un esfuerzo por entenderlo, pero fue imposible. El tren estaba en la estación; ya no había más tiempo. Ya tendría oportunidad de hablar con aquel hombre; estaba seguro de ello. Alzando la mano derecha se despidió y, ahora sí, accedió a los andenes. Con cuidado colocó la maleta en los departamentos superiores del vagón, y dejándose caer sobre el sillón, se apresuró a escudriñar en el contenido de la bolsa. Había varias fotografías sueltas, manchadas de tierra, en las que se mostraban algunos momentos de la excavación y de la vampira tal y como se encontraba la última vez que la vio. Nada más. Y envuelto en un grueso papel de color marrón, un libro.

Despacio, desprendió la cinta adhesiva transparente que lo mantenía cuidadosamente envuelto. Dado que los nervios años atrás le habían jugado malas pasadas, siempre prefirió tragárselos, especialmente cuando se trataba de desenvolver un regalo. Era capaz de no atender a los gritos desesperados de quienes lo acompañaban con tal de que el papel que ocultaba el presente se mantuviese perfecto.

Y en esta ocasión no iba a dejar de hacerlo.

Dos, quizá tres minutos después, el papel estaba dispuesto para ser retirado. Suspiró profundamente, y como si estuviera violando un secreto inconfesable, lo extrajo. Los ojos se le abrieron, las pupilas se le dilataron, y los latidos del corazón aceleraron el ritmo. Y así, mientras el tren iniciaba su marcha y se alejaba de Venecia, pasó los dedos suavemente sobre la desgastada portada, y leyó con voz quebrada el título de aquel viejo libro...

—«*Peretti, el patriarca de Venecia...* de Josef Zeman».

El tren cogió velocidad, y Maurizio, dejando sobre el asiento contiguo el libro de Zeman, se apresuró a sacar las gafas de su cartera. Tenía bastantes horas por delante, y un motivo más que sobrado para no perder el tiempo. La mano de la Iglesia era alargada, y el padre Luvoslav había logrado dar con el libro en apenas medio día, si es que no había sido él mismo quien lo retirara del Centro jornadas atrás. Prefería acogerse a la primera opción, dada la cordialidad de las últimas horas. Abrió las primeras páginas. Efectivamente era el libro del Centro, ya que en tonos azules aparecía grabado el sello del mismo, justo debajo de la dedicatoria.

—«A Johannes Flückinger, que entendió que para llegar a la verdad hay que partir del desconocimiento» —leyó en voz baja.

Pasó página. Allí, al comienzo del capítulo, le aguardaba la primera sorpresa...

*Annuntio vobis gaudium magnum;
Habemus Papam:
Eminentissimum ac reverendissimum Dominum,
Dominum Beatum,
Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalem Peretti,
Qui sibi nomen imposuit Sixtum...*

Tras leer las cinco líneas, Maurizio recordó por unos instantes la conversación con el sacerdote. «Fue un hombre santo, tanto como para lograr los más altos merecimientos».

Se lo había estado diciendo a la cara y él, incapaz de interpretar todos los mensajes que le había enviado el padre Luvoslav, no había caído en ello. ¡Felice Peretti era el nombre terrenal del papa Sixto V! El pulso le tembló. ¿Un papa que antes fue inquisidor y miembro de una siniestra sociedad secreta? ¿Un pontífice que podía estar detrás del misterioso enterramiento de Lazaretto Nuovo? Necesitaba saber más.

Al contrario de lo que Maurizio esperaba, aquella obra, dividida en dos partes, empezaba desarrollando la vida del papa desde el instante en el que fue elegido en santo cónclave. La segunda parte, «Peretti, el hombre», narra distintos pasajes de su vida desde su nacimiento en la población italiana de Grottammare, el 13 de diciembre de 1520.

Maurizio, al ir pasando páginas, se percató de que faltaban muchas, de que habían sido arrancadas a conciencia. Y le molestó. Ése no era el trato al que había llegado con el sacerdote. No debía haber censura. No obstante, siguió leyendo. Con el paso de los años, en 1547 abrazó la doctrina de Cristo. No mucho después, el futuro papa destacó por su habilidad dialéctica, y fue enviado a Venecia como delegado del Santo Oficio. A pie de página había una nota, con un cuerpo de letra tan minúsculo que Maurizio tuvo que acercarse tanto que llamó la atención de dos muchachos que viajaban en la fila contigua.

—Debe de estar ciego —murmuraron.

Sin atender a las miradas curiosas del resto de pasajeros, hurgó en el interior de su cartera y, tras varios segundos, colocó sobre la mesa su cuaderno negro. Empezó a tomar notas.

El padre Peretti había sido enviado a Venecia en el año del Señor de 1557, como consejero mayor de la Inquisición. Allí destacó por ser un hombre severo a la hora de imponer la doctrina, y su fama fue tal que los propios venecianos reclamaron a la Santa Sede su deposición en 1560, tiempo en el que fue llevado nuevamente a Roma. En la ciudad de los canales, Peretti fue nombrado patriarca de la ciudad, cargo que representaba a la más alta autoridad eclesiástica, o lo que en otras poblaciones de importancia venía a ser el obispo. En esos años la situación en Venecia era desastrosa. La epidemia parecía imparable, y del este de Europa, cargados de extrañas creencias, llegaban clanes enteros de gitanos, huyendo de las razias que llevaban a cabo los otomanos. Peretti los acogió en Venecia, ciudad comercial que desde tiempos remotos veía pasear por sus calles y puertos a los hijos de culturas enfrentadas en otras partes del continente y que aquí convivían en una creciente armonía. Y él, que debía de ser hombre curioso, capaz de entender que la única forma de vencer al enemigo es conociéndolo, aprendió de las creencias, de las leyendas y de los mitos de los pueblos que se acercaban hasta su ecléctica Venecia.

Los apartados se iban sucediendo, algunos de ellos parcialmente mutilados, hasta que llegó a un epígrafe titulado «Las epidemias del este». Todas las páginas que hablaban de ello habían sido arrancadas. Maurizio frunció el ceño y adelantó la numeración, comprobando que eran ya demasiadas las que faltaban. En los primeros capítulos se hablaba de su estancia en Roma, previa a la aceptación del *pescatorio*...

Y por fin llegó su momento: el 24 de abril de 1585 era elegido papa, el número 227 de la lista. A esas alturas de su vida era un hombre anciano, castigado por su propia vehemencia, por lo que apoyado en su bastón accedió al interior de la Capilla Sixtina intuyendo que había llegado su momento. No en vano el resto de purpurados veían en su persona a un hombre frágil, un pontífice de transición que permitiría poner orden en el seno de una Iglesia demasiado castigada por la corrupción y el

desenfreno de sus miembros más ilustres. Y así, el cardenal decano se acercó al anciano obispo y le realizó la pregunta de rigor:

—*Acceptasne electionem de te canonice factam in Summum Pontificem...*

Peretti, cubierto de canas su cabello y visiblemente encorvado, aceptó la elección de los príncipes de la Iglesia. Acto seguido, la ceremonia continuó por los derroteros marcados.

—*Quo nomine vis vocari?*

A lo que Felice Peretti respondió:

—*Vocabor Sixtum...*

En ese instante las pinturas de Miguel Ángel fueron testigos mudos de una reacción insólita. El Santo Padre se elevó de su sillón y arrojó el bastón al suelo. Los presentes se vieron sorprendidos por tanto vigor, del que hasta segundos antes no era más que un despojo humano cuyo final se atisbaba cerca. Sixto V acababa de coger las riendas de la cristiandad, y eran muchas las fuerzas que le hacían falta para llevar a cabo sus cometidos...

Maurizio apuntó la fecha de la elección del papa en su cuaderno, subrayando con fuerza el año. El tren atravesaba los verdes campos del interior del Veneto, y él, con el sol cada vez más alto, no dejaba de darle vueltas a una idea. Y es que si las fechas no estaban equivocadas, al menos las referentes al enterramiento de la fosa, Felice Peretti ordenó aquella matanza no como patriarca de Venecia, sino como papa de la cristiandad. Como si el ahora Santo Padre hubiera regresado a la ciudad donde había crecido espiritualmente buscando algo. Pero ¿el qué? Eran demasiadas las cosas que no cuadraban en este complicado puzle.

Intentando poner en orden sus pensamientos, rebuscó en la bolsa y extrajo de la misma varios papeles escritos a mano. En ellos se hablaba de manera somera del Consejo de los Diez y de la influencia que tuvieron en una época muy determinada en todas y cada una de las decisiones que se tomaban en la ciudad de Venecia. Maurizio leyó rápido. Estaba cansado; la tensión de estos últimos días lo estaba venciendo. Al llegar a las última líneas, el autor de las mismas hacía referencia a la marca de la sociedad, esa huella que, como firma de la justicia, quedaba grabada en cada uno de sus actos. El escritor no sabía muy bien cuál era el significado de aquellas letras, pero compartía la opinión de varios colegas respecto a que todo indicaba que eran dejadas por el prior del Consejo.

Maurizio recordó en ese instante al padre Luvoslav. La despedida había sido excesivamente ruidosa, pero su memoria fotográfica le permitía en esos instantes leer los labios del sacerdote, a la vez que recorría las últimas líneas manuscritas de aquel escribiente desconocido. El vello se erizó en su espinazo. No podía creerlo...

Caompsd...

La ciudad de las siete colinas apareció a lo lejos. Maurizio cerró los ojos, intentando aislarse, buscando en sus registros mentales respuestas que no llegaban. Pero ahora, cuando apenas si quedaban unos minutos para arribar a la estación de Termini, únicamente aparecía el rostro de Donna, como un espectro en mitad de una nebulosa. Sin ser consciente de ello se había metido de lleno en una historia prestada, que no le correspondía. Y como tantas otras veces, era consciente de que el final sería trágico. Trágico en lo referente a su relación con ella, que ya estaba cansada de sus constantes devaneos, de sus huidas intempestivas, de su pasión secreta, tan cálido con su trabajo pero tan frío y distante con su persona.

Maurizio cogió el libro, los papeles y las fotografías y los introdujo de cualquier manera en su cartera negra. Ya tendría tiempo de analizar con minuciosidad la documentación que le había proporcionado el sacerdote; ahora debía planear la estrategia a seguir. Lo que le aguardaba en casa no se antojaba excesivamente bueno...

El convoy frenó paulatinamente y los pocos pasajeros, impacientes por salir los primeros, se pusieron en pie y a trompicones, mecidos por los bamboleos del vagón, empezaron a coger sus equipajes. Era algo que jamás había entendido: el tren no continuaba camino, y sin embargo la gente tenía necesidad de competir, al punto de dar rienda suelta a la mala educación; gritos, empujones y algún que otro enfrentamiento dialéctico... Él prefería esperar a que todos descendieran, y entonces, con calma, coger sus cosas y salir del vagón.

Atravesó la estación sin prisas. La temperatura había bajado en estos tres días al menos cuatro o cinco grados, por lo que se detuvo y se abrochó el abrigo. Disfrutaba del frío, de la noche... Salió a la calle y paró un taxi.

—Buenos días —saludó—. A la Via de San Giovanni..., al 62, por favor —dijo con seguridad.

Vivía en el centro de Roma, en un apartamento desde el cual podía ver cada día como el sol salía desde detrás del Coliseo y se ponía al otro lado del templo de Júpiter, en la ciudad antigua. Lo compró al poco de terminar la carrera, y pese al caos circulatorio, a los turistas y a las interminables noches de fiesta del fin de semana, era feliz. Los años no le habían hecho perder la bohemia que destilaba, tan propia de los lugares donde habitaban sus admirados arqueólogos de principios del siglo xx, con los que sin duda se sentía tremendamente identificado.

Minutos después el taxista dejaba escapar un exabrupto... Delante de él, un

motocarro permanecía aparcado en doble fila, y su conductor no parecía tener excesiva prisa, ya que mantenía una animada conversación con el dueño de una tienda de alimentación y gesticulaba sin cesar.

—¡Vamos! Que no tenemos todo el día... —gritó, cada vez más enfadado.

El increpado lo miró, se encogió de hombros y le respondió irónico:

—Vale, vale... Si tenías tanta prisa haberte levantado antes.

El taxista, un hombre fornido y cubierto de pelo, suspiró profundamente y sacó la cabeza por la ventanilla tanto como pudo. Sus ojos parecían ascuas, y el enojo lo hacía respirar con dificultad. El hombrecillo del motocarro, enclenque y vivaracho, entendió el mensaje y sin demasiada prisa, mascullando algún impropio, montó en su vehículo y aceleró. Una nube negra salió del tubo de escape envolviendo el taxi. El hombretón tosió, aprovechando la tos para camuflar sus pensamientos.

—*Figlio de putana!* Así nos va —dejó patente entre tos y tos.

Maurizio lo miró condescendiente, y tras darle la razón con un leve movimiento de cabeza, miró su reloj. Eran las tres de la tarde. Donna todavía no habría llegado. Con este pensamiento indicó al taxista que lo dejara al comienzo de la calle. Allí, desde hacía más de veinte años se encontraba la tienda de la señora Apolonia, una mujer con muchos inviernos a su espalda que tenía uno de los puestos de flores más bonitos de Roma. Ella misma las cultivaba en un vivero clandestino que había en el jardín de su vivienda. Pero el mimo con que las trataba, y la elegancia con que las presentaba, la habían convertido en una de las floristas más solicitadas de la ciudad.

Instantes después se encontraba frente a ella.

—Señora Apolonia, ¿cómo está...? —le preguntó con amabilidad.

Ella se dirigió a él con su habitual indiscreción.

—Hola, Maurizio... Bien, hijo, bien. Y tú qué, ya has vuelto a discutir con Donna, ¿verdad? La he visto estos días caminando sola, con cara de pocos amigos, y como tú no has asomado por aquí, me he imaginado que la habías vuelto a liar, golfo... —lo increpó, dejando entrever sus minúsculos dientes.

Aquella mujer en ocasiones era como una madre; en otras, como una suegra... Por eso le consentía lo que a otros les habría supuesto un serio problema. Además, era una fuente de información muy importante, especialmente para seguir los pasos de Donna.

—Es que he estado de viaje, ya sabe... Bueno, deme cinco rosas blancas, a ver si así se pone contenta —comentó, en cierto modo excusándose por la escapada de los últimos días.

La mujer lo miró entornando sus pequeños ojos negros.

—Anda, sinvergüenza. ¿Te crees que la vas a calmar con unas cuantas rosas? A tu mujer lo que le hace falta es calor. Tienes que dejarla satisfecha, que la pobre va vagando por ahí como un alma en pena. Cama, eso es lo que os hace falta a ambos, y

no precisamente para descansar —afirmó, dejando escapar una sonora carcajada.

Quizá no le faltaba razón; no recordaba cuándo fue la última vez que se había acostado con Donna. No lo recordaba porque ese día llevaba demasiado alcohol en el cuerpo...

Aceptando la crítica, cogió las cinco rosas y sin preguntar el precio de las mismas le dio veinte euros. Unos metros más adelante estaba la entrada a su edificio, un viejo inmueble de ladrillo rojo que se ubicaba entre una *trattoria* aún más antigua y la taberna del «pastelero»; sucia, como siempre, y con una clientela aún menos lustrosa...

Abrió la puerta de hierro y ascendió los escalones. Al llegar al segundo piso dejó su equipaje en el suelo, las rosas sobre la maleta, y se dispuso a abrir la puerta. La gruesa hoja de madera crujió al desplazarse hacia dentro. La casa estaba en silencio. Maurizio recogió sus cosas y entró.

—Vaya por Dios, la luz ha vuelto a saltar... —murmuró mientras apretaba una y otra vez el interruptor.

Era extraño, como si Donna no hubiera pasado aquí los días que él había permanecido en Venecia. Atravesó el pasillo y entró en el salón. Las persianas estaban bajadas, tanto que no entraba la luz del exterior. A ciegas caminó hacia la ventana más grande de las tres que había y, agarrando la cinta, tiró con fuerza hasta que la persiana se situó en todo lo alto. La luz del mediodía se coló en la habitación, y él, sin saber muy bien qué estaba pasando, echó un vistazo atrás, comprobando sorprendido que la mesa aún permanecía puesta, tal y como la había dejado, aguardando la llegada de unos comensales que, al menos en esa ocasión, no coincidieron. Sí, todo parecía indicar que ella se había marchado tras leer la nota que le dejó. De eso no tenía ninguna duda, ya que el *post-it*, como un puzzle de piezas abstractas, estaba sobre la mesa hecho pedacitos...

—Una más... —pensó.

Una ocasión más para sentirse culpable, para comprender que estaba destinado a quedarse solo el resto de su vida, para darse cuenta de que no sabía amar abiertamente más allá de su propia vida, de su propio trabajo... Sin pensarlo demasiado, se dejó caer sobre el mullido sofá granate y miró el mueble que, tiempo atrás, cuando todas las sensaciones eran nuevas, compraron juntos para colocar la televisión. Allí, varias botellas solitarias parecían reclamar su atención. Y se resistió, al menos durante los primeros minutos. Después comprendió que ésta era una ocasión demasiado dolorosa como para no quebrantar las reglas...

Una más...

Maurizio, despierta. Has vuelto a beber...

Abrió los ojos como si se le estuviera cayendo la casa encima. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era? Instintivamente se llevó las manos a la cara intentando arrancar los efectos del alcohol. Imposible: apenas si podía abrir los ojos.

¡Las ocho y media de la tarde! Se había quedado dormido en el sofá después de beberse hasta los posos de la botella del Château Grand Village, el extraordinario vino francés que estaba sobre la mesa, uno de los ingredientes clave de la que, noches atrás, se prometía como una cena romántica inolvidable.

—Donna, ¿dónde estabas? —preguntó, intentando incorporarse sin gran acierto.

Ella lo miró enfurecida. Permanecía de pie en mitad del salón, bella, con el pantalón Levi's azul celeste marcando su perfecta silueta y una camisa blanca cogida a la cintura gracias a un grueso cinturón de doble hebilla de color marrón. No pestañeaba; únicamente lo miraba. Y él, como tantas otras veces, gesticulaba, como si estuviese buscando las palabras adecuadas y éstas huyesen de su constante confusión. Repentinamente, sus facciones se relajaron...

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó con desdén.

Maurizio la miró, y tras quitarse la humedad que le cubría los ojos aún dormidos, le respondió:

—A mediodía. He llegado a casa, y como no estabas...

—¡Has pensado que era una ocasión magnífica para cogerte otra de tus borracheras! —remarcó Donna, ahora con evidente malestar.

Él negó bruscamente con la cabeza, pero al cabo de unos segundos comprendió que no era buena idea. Si vomitaba se terminaban todos sus argumentos.

—Donna, han sido unos días muy complicados. Imagino que he llegado a casa y me he relajado más de la cuenta. La tensión me ha mantenido despierto muchas horas, y es posible que ahora me esté pasando factura —aseguró, intentando desviar la atención de la botella de vino que permanecía vacía sobre la mesa.

—Estoy harta. ¡Tengo que aguantar tus constantes caprichos, tus salidas de tono, tus repentinas marchas! Pasas por encima de quién te apetece, y lo peor es que dentro de ese grupo de personas, en los primeros puestos, estoy yo. No puedo seguir así. O cambias o me marchó. ¡Se acabó! —finalizó, señalándolo furibunda con el índice de la mano derecha.

Maurizio logró levantarse y se dirigió hacia ella. Donna dio un paso atrás cuando

entendió que quería fundirse en un abrazo; todavía quedaban demasiadas cuestiones que aclarar para llegar hasta ese punto. Atento a los gestos de su amada, abrió la cartera y extrajo las fotografías que horas antes le había entregado el padre Luvoslav y el periódico en el que salía la instantánea de todo el equipo, incluido él. Abriendo los ojos, esperando la aprobación de ella, se lo ofreció.

—Mira, esto es lo que he estado haciendo. No sé exactamente qué es lo que hay en torno a este descubrimiento, pero me da que nada bueno. El propio hallazgo es siniestro, y el interés por ocultarlo aún más. Por no hablar de la muerte de... —concluyó, evitando pronunciar el nombre «maldito».

Donna observó las hojas que él le ofrecía. Y su duro rictus empezó a ceder cuando comprobó que en la imagen no estaba ella. ¿Y si era verdad que había muerto? ¿Y si dudó injustamente de Maurizio? Ciertamente era que había que tener una falta de escrúpulos crónica para poner una excusa de tal calibre, aunque se tratase de una persona indeseable... Además, la curiosidad estaba venciendo al rencor, más aún cuando observó el elemento que aparecía en primer plano: la horrible escena de la vampira, un cráneo desencajado por el horror y la brutalidad de quienes la sometieron al cruel suplicio.

Maurizio sabía leer las señales corporales como pocos, y ésta había sido durante años su principal virtud a la hora de adelantarse a los acontecimientos; virtud que muchos calificaban de excepcional instinto, y que no era más que una correcta interpretación del lenguaje gestual.

Ahora ya más seguro, continuó:

—No sé de qué se trata, pero estoy convencido de que es algo grande; algo importante... En estos días he descubierto algunas cosas que no pueden ser fruto de la casualidad —aseguró, poniendo un marcado énfasis en las últimas palabras.

La mujer suspiró, y contemplando, casi intentando colarse en el interior de la escena fotográfica, tomó asiento. Lo que allí aparecía era horrible, pero a la vez despertaba demasiadas dudas e interrogantes. Con sus largas uñas repasó una y otra vez la superficie mate de las instantáneas, en un intento baldío por arrancar sus secretos. Estaba fascinada por la extraña imagen.

Y él lo había logrado. Era el momento.

—Donna, yo... lo siento. Imagino que ahora comprendes que me tenía que marchar —explicó, ofreciéndole las cinco rosas que permanecían olvidadas sobre la maleta.

Ella lo miró, y alargando el brazo izquierdo, despacio, porque el rencor suele ser lento de reflejos, las aceptó. Acto seguido se llevó el ramo hasta la nariz e inspiró con fuerza, mientras él, sobreponiéndose a la intoxicación etílica, se afanaba en vaciar la maleta. No tardó en tenerlo todo colocado en sus respectivos departamentos; todo menos la fotografía que Daniela, ahora un mal recuerdo, le había tomado el día

anterior. Donna la cogió una vez más con su habitual curiosidad, y tras analizarla durante unos segundos la colocó sobre la cómoda de la habitación, delante del televisor. Allí estaría bien con el resto de fotografías... En ese instante se volvió y desde la profundidad de la habitación le lanzó una advertencia.

—Mauri... Una y no más.

Él asintió, y sin derecho a réplica se mantuvo en silencio. El cansancio, pese a haber permanecido toda la tarde inconsciente, se volvía a manifestar. Ya habría tiempo de retomar ésta y otras conversaciones más adelante. Despacio caminó hacia la cama, se sentó, y segundos después recostó la cabeza sobre la mullida almohada. Sonrió por unos instantes antes de apagar la luz. Se encontraba a gusto. Pero sólo fueron unos instantes.

Al abrir los ojos vio la fotografía. Ella, pese a tener las cuencas vacías, parecía que lo observaba, oculta entre las sombras de la habitación...

Maurizio cogió el libro de Zeman y lo volvió a abrir. Le gustaba el olor que desprendían sus amarillentas páginas, que pasaba una a una, como el tahúr que con destreza baraja las cartas. Y se enervaba cada vez que llegaba a los capítulos mutilados, porque sabía que no era cuestión del azar. Habían sido arrancados para que él no supiera más.

Había pasado un mes desde que regresó de Venecia, y pese a los intentos por localizar otro ejemplar, incluso en la vastísima biblioteca de la Universidad de Roma, o se encontraba descatalogado o simplemente lo habían extraviado. No era capaz de quitarse de la cabeza las vivencias de aquellos tres intensos días. Ni tan siquiera el haber continuado con la rutina, ahora que sus alumnos se enfrentaban a los exámenes finales y que era época de mucho trabajo, le había permitido hacer un quiebro a las dudas que colapsaban su mente como un mal dolor de cabeza.

Además, el silencio de quienes compartieron la intensidad de aquellas jornadas lo aturullaba. Porque no había vuelto a saber nada del profesor Toscanelli, y menos aún del padre Luvoslav. Era como si su estancia en Venecia no se hubiera producido jamás, como si los implicados desearan borrarla de su memoria, algo que él no estaba dispuesto a hacer, no al menos con tantas incógnitas y contradicciones.

Tampoco entendía muy bien por qué los responsables de la editorial checa ni tan siquiera le enviaban una respuesta de cortesía. Apenas habían pasado cuatro días desde que regresó, cuando envió el primer *mail* a la dirección que aparecía en la página web de la Editorial Klíma, dado que por teléfono era imposible contactar con ellos ya que estaban comunicando constantemente, y como respuesta tan sólo había recibido el silencio, algo por otro lado común en todo lo que rodeaba a este asunto.

Suspiró profundamente. Al menos este mes de tregua había servido para que su relación con Donna regresara a unos cauces algo más amables. Ella parecía haberse olvidado del sabor amargo que paladeó en aquellas fechas...

Maurizio contemplaba anonadado como el sol de media tarde se ocultaba por detrás del magnífico templo de Júpiter. Cerró la ventana. Pese a que la primavera se camuflaba de verano adelantado, según se ponía el astro rey la temperatura bajaba considerablemente. Con un gesto rápido de la mano derecha movió el ratón y al instante la pantalla del ordenador se iluminó. Retiró el viejo sillón negro y tomó asiento.

—Maldita sea, se le ha vuelto a joder la rueda... —murmuró al comprobar que una de las cuatro que el sillón tenía en su base permanecía partida por la mitad en el

otro extremo del despacho.

Carraspeó con disgusto, y abrió su correo electrónico. Nada... salvo los habituales mensajes de trabajo, los enlaces con los «avisos» a las diferentes páginas de información arqueológica, algún que otro *spam* masivo poniendo verde a Berlusconi... pero nada que a él realmente le interesase. Era como si nadie quisiera aportar luz a aquella historia, como si todos los que podían hablar prefiriesen permanecer en silencio. Si bien es cierto que en estos días, con los exámenes por delante y la acumulación de trabajo propia de cada final de curso, apenas si había tenido tiempo para seguir indagando en las brutales costumbres de la Edad Media o en la figura del patriarca Peretti, no menos lo era que cualquier intento por saber más se había topado de bruces con un desagradable muro de silencio. Y como cada día, repitiendo la misma operación, abría la carpeta de enviados y volvía a reenviar su mensaje a la editorial...

Estimados señores:

Mi nombre es Maurizio Roncalli. Soy arqueólogo, director del Departamento de Investigación Antropológica de la Universidad Católica de Roma y profesor de Arqueología Medieval en la citada universidad. Estoy realizando un trabajo sobre la figura del patriarca de Venecia Felice Peretti, y según he podido saber años atrás ustedes publicaron un trabajo del autor Josef Zeman titulado *Peretti, el patriarca de Venecia*.

El motivo del presente comunicado es, si aún lo tienen en catálogo, pedirles que me remitan a la dirección que les copio más abajo un ejemplar de dicho libro. Evidentemente les pagaré los gastos de envío y del propio ejemplar como ustedes me indiquen —mediante transferencia, contrareembolso...—. Además, estoy muy interesado en hablar con el autor del mismo, por lo que cualquier información que me puedan facilitar al respecto me será de mucha utilidad.

Sin más, aprovecho la oportunidad para hacerles llegar un cordial saludo.

Atentamente,
Maurizio Roncalli

Pulsó la tecla *enter* con contundencia, e inconscientemente echó un vistazo al mueble que tenía frente a él, donde tiempo atrás permanecían en perfecta simetría las botellas de alcohol, compañeras de tantas y tantas madrugadas de ansiedad. Y comprendió que esa conocida ansiedad estaba empezando a tomar su interior. No sabía por dónde seguir...

La puerta del piso se abrió y la luz del pasillo se encendió. El silencio se quebró...

—Hola, cariño, ¿estás aquí? —preguntó ella, sacándolo de unos pensamientos que empezaban a enquistarse en su mente.

—Sí, Donna, estoy en el despacho... —indicó, consciente al instante de la más que evidente frialdad de sus palabras.

Pero ella, que lo conocía mejor que nadie, no lo tomaba a mal porque sabía que cuando Maurizio no lograba sus objetivos tendía a encerrarse en una burbuja, como un método de defensa, no para protegerse de los demás, sino para proteger a los demás de la irascibilidad que en momentos así solía destilar.

Donna entró en la pequeña habitación y se acercó hasta él. No había duda de que estaba enamorada; lo quería sobre todas las cosas a pesar de sus descomunales imperfecciones. Lo abrazó por la cintura y comenzó a besarle el cuello; después a mordisquearle la oreja derecha... Y él, ajeno a los estímulos, sin atender las señales que ella le lanzaba, permanecía impávido observando la pantalla del ordenador. El icono advirtió que el mensaje había sido enviado con éxito; otra vez...Y entonces agitó la cabeza compulsivamente, como si le molestase que los labios de ella recorriesen su rostro.

Donna, visiblemente desconcertada, se incorporó. Y él, consciente de su impertinencia reaccionó veloz.

—Disculpa, mi amor. Estaba tan metido en el mensaje que acabo de enviar que casi no me he dado cuenta de que me estabas besando. Es que es la vigésima vez que lo envío, y estos cabrones no me contestan... —afirmó con amargura, a la vez que se incorporaba y la besaba con aparente pasión.

Ella reaccionó, y durante unos segundos se dejó llevar entre los fuertes brazos de su amado.

—No te preocupes, Mauri. Estás obsesionado con esta historia, y más aún con que te contesten. Ya lo harán si es que tienen que hacerlo, y si no, eres un hombre de recursos; intenta atacar por otra vía... Dentro de un mes se habrá terminado el curso y tendrás todo el verano para indagar hasta la extenuación. Y si quieres hasta te puedo ayudar. Pero sólo si quieres... —puntualizó, esperando que él asintiese.

Pero no lo hizo. Aquella historia era suya y no quería que nadie, ni siquiera ella, interviniese lo más mínimo. Y no por una cuestión de ego, eso hacía tiempo que lo tenía superado, sino porque algo le advertía, en lo más profundo de su ser que existía una amenaza a la que no lograba poner rostro. Amenaza que, estaba convencido, ya se había cobrado una víctima...

La miró con dulzura y una vez más la abrazó. Minutos después se sentó en su mullido sillón y ella hizo lo propio sobre sus rodillas. La noche romana se iluminaba con la cadencia de las antorchas de antaño. Y a través del viejo marco de madera podían contemplar la ciudad antigua en todo su esplendor. Con sus piedras milenarias fundidas una sobre otra; misteriosa, arcana, extraordinariamente bella... Maurizio la besó nuevamente, saboreando la dulzura de su generosa boca. Y de reojo miró hacia el viejo mueble, porque en esos instantes lo que a él le estaba haciendo falta era el amargo sabor del licor. La tensión se apoderaba de su alma, pero no podía caer en la tentación. Ella jamás se lo perdonaría. Así, para calmar los efectos nocivos de la

ansiedad, decidió recurrir a un viejo remedio, que al menos le permitiría dormir esta noche. Introdujo las manos bajo la camisa de Donna, rozando su piel y notando como a cada centímetro recorrido ésta se erizaba, y acarició su pecho. Ella le correspondió colocando su delicada mano izquierda sobre la cremallera del pantalón. El sonido metálico de ésta al abrirse se perdió entre los jadeos de ambos.

Aún quedaba mucha noche por delante...

Lo besó, dejando la pátina del sabor húmedo de sus labios sobre sus pómulos como certeza de que no estaba soñando aún. Donna se incorporó y, llevándose una mano a la boca, le lanzó otro beso. Él estiró sus articulaciones...

—Adiós, cariño. Luego te veo... —Se despidió antes de atravesar el umbral del dormitorio.

Él sonrió con los ojos entreabiertos, alzó la mano derecha haciendo un ligero movimiento de vaivén y volvió a estirarse, dejándose abrazar por el suave tacto de las sábanas. El taconear de Donna dejó de oírse, como si se hubiera detenido en seco. Maurizio, extrañado, se intranquilizó.

—Donna, ¿estás bien? —preguntó, no pudiendo evitar cierto tono de preocupación.

Segundos después, ella asomaba su luminoso rostro por la puerta, y sonriendo con generosidad le dirigió unas últimas palabras:

—Por cierto, ha estado genial... —Y tras dedicarle otra sonrisa, cogió su bolso del mueble de la entrada, abrió la puerta, y se marchó.

La casa quedó en silencio, y él, que disfrutaba de la soledad como el marino de la mar, se levantó, despacio, y se dirigió a la cocina. Tenía el café preparado sobre la encimera. Suspiró satisfecho. ¿Qué más le hacía falta para ser feliz? Se llevó la taza a la boca mientras desconectaba el teléfono móvil del cable de red. Sin duda ya debía de estar completamente cargado, así que apretó el botón de encendido e introdujo la clave. Dispuesto a disfrutar de aquel instante, con el café humeante entre las manos, dejó el aparato junto a la cafetera y se asomó a la terraza que daba a la calle. El bullicio, a esa hora en la que Roma despertaba, se hacía evidente. La calle permanecía atascada mientras los primeros que la transitaban se veían obligados a hacer fila porque el espacio entre los coches aparcados y las paredes de las casas era mínimo. Un poco más adelante la señora Apolonia abría su tienda y colocaba con mimo las flores que minutos antes había arrancado de la tranquilidad de su vivero. Eran las siete de la mañana, y él, por primera vez en muchos meses, se sentía completamente descansado.

El sonido agudo advirtiendo de la llegada de un mensaje lo sacó de sus cavilaciones. Volvió la cabeza y, extrañado, entró en la cocina. Cogió el móvil y con una leve pulsación encendió la pantalla; era evidente que aquel cacharro del demonio también había descansado, ya que funcionaba correctamente. Archeó las cejas... No

se trataba de ningún mensaje, sino de una llamada perdida. Con cuidado dejó la taza de café sobre la encimera y marcó los números de su buzón de voz. Al instante, una grabación le anunció que tenía tres llamadas perdidas desde el mismo número de teléfono, pero no le facilitaba los dígitos. La primera a las cinco de la mañana; desde la última apenas si habían transcurrido quince minutos. Maurizio contempló la pantalla táctil esbozando una mueca de incompreensión. Cogió nuevamente la taza de café, y antes de llevársela de nuevo a la boca, murmuró:

—Si tienes mucho interés ya llamarás otra vez...

Media hora más tarde, trajeado y con la cartera negra en su mano izquierda, cerró la puerta de la casa, no sin antes introducir el teléfono en el bolsillo derecho de la chaqueta. Y salió a la calle, incorporándose a la marea humana que caminaba en una y otra dirección. Algo más adelante, junto al puesto de la florista, se encontraba la parada del autobús que lo llevaba hasta la universidad. Para moverse por Roma no había nada comparable al transporte público, porque los atascos en esta ciudad podían ser tan largos como lo era su propia historia.

El vehículo no tardó en llegar.

—Marcelo, ¿cómo andas? —saludó al conductor.

—Hombre, Maurizio... ¡cuanto tiempo! Qué, a lidiar con las feromonas, ¿verdad? Joder, como lo admiro. Si ya es difícil tratar con universitarios, en época de exámenes no quiero ni imaginármelo —aseguró llevándose las manos a la cabeza.

Maurizio lo conocía desde su etapa de estudiante, por lo que había nacido entre ambos una complicidad que en momentos puntuales a él lo había sacado de alguna de sus múltiples miserias. Porque fuera en otro tiempo o en éste, cuando llevado por sus impulsos se enfrentó a su mundo más cercano, el único que de día, y especialmente en las rondas nocturnas lo escuchó fue aquel hombre, como el confesor al que no ves el rostro y al que, sin dudarlo, protegido por la intimidad del confesionario, le cuentas hasta el último de tus pecados. Marcelo había sido su paño de lágrimas en muchas ocasiones, cuando apenas si podía pronunciar palabra y el alcohol lo invitaba a terminar con tanto sufrimiento.

Sonrió.

—Hombre, son ya muchos años, pero sí, estos meses suelen ser los más difíciles, porque al margen de los exámenes finales el calorcito las libera a ellas de ropa y ellos se ponen a cien —afirmó, sonriendo aún más.

En ese instante el vibrador del teléfono advirtió de la llamada entrante. Maurizio se disculpó y se dispuso a contestar. En la pantalla aparecía un aviso intermitente: «número privado».

—Sí, ¿quién es? —respondió.

Al otro lado no se oía nada. Era como si hubiesen cortado la comunicación a la par que él descolgaba. Contrariado, apretando los labios volvió a introducir el móvil

en su bolsillo. Se sentó dando por terminada la conversación con Marcelo, y nuevamente cogió el teléfono. En su registro de llamadas no aparecía identificación alguna. De repente, mientras él se afanaba en descubrir de quién se trataba, el aparato volvió a advertir que tenía una nueva llamada. Esta vez descolgó con más rapidez.

—¿Sí, dígame? —volvió a preguntar.

Sin embargo, al otro lado del aparato ese silencio opaco volvía a desconcertarlo. Se cortó la comunicación. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Se trataba de una broma? No era la primera vez que alguno de sus más «queridos» alumnos lo había estado llamando para, protegido por el anonimato, dejarle mensajes obscenos y veladas amenazas.

El autobús llegó a la parada de la universidad. Tras despedirse cálidamente del conductor, descendió del vehículo meciendo inconscientemente la cartera negra. Estaba nervioso, y no sabía muy bien por qué...

Al llegar a la explanada del campus se sobresaltó. El teléfono volvía a vibrar, y al igual que en las anteriores ocasiones, en la pantalla únicamente parpadeaba el aviso de que se trataba de un teléfono privado. Visiblemente enfadado, descolgó...

—¡¿Quién cojones llama?! ¿Por qué no contesta? —gritó.

Pero esta vez fue diferente. Al otro lado del receptor se adivinaba un murmullo sordo de fondo, y sobre éste, una respiración muy forzada, como si aquel que se encontraba al otro lado estuviera muy cansado. Maurizio insistió...

—¿Quién es? ¡Por favor, identifíquese...! —requirió con dureza, y a continuación permaneció en silencio aguardando la respuesta.

Fueron segundos; segundos que se hicieron eternos, hasta que alguien carraspeó.

—¿Señor Roncalli? ¿Es usted Maurizio Roncalli? —preguntó el anónimo interlocutor.

Maurizio dudó. No sabía de quién se trataba. La voz le había llegado cansada. Era evidente que se trataba de alguien muy mayor, que además, más que hablar susurraba, como si tuviera miedo a que lo oyesen. Sobrepuesto a la primera impresión, se apresuró a contestar.

—Sí, soy yo. Y usted, ¿quién es? —preguntó con seguridad, no sin antes dar rienda suelta a su malestar—. He cogido el teléfono varias veces y no era capaz de oír nada. Pensé que se trataba de una broma de mal gusto... —apostilló.

El desconocido volvió a carraspear, como si estuviera constipado, y continuó la conversación.

—Sí, claro, disculpe... Tengo problemas con el teléfono. Me ha resultado muy difícil lograr contactar con usted —aseguró.

Maurizio analizaba cada una de las palabras que iba pronunciando su anónimo comunicante. Pese a hablar un perfecto italiano, su acento delataba que era extranjero. Aun así su voz era agradable, transmitía calma, como la del abuelo que

cada noche narra un cuento a su nieto.

—Ya, ¿y qué quiere de mí? —insistió Maurizio, con la contundencia que le caracterizaba, intentando con ello marcar muy bien su terreno.

Pero aquel hombre no se amilanó. Y pese a la fragilidad de su voz, su mensaje se manifestó con una fuerza insuperable.

—No, señor Roncalli. La pregunta correcta es qué quiere usted de mí. Me llamo Josef Zeman, y creo que está interesado en hablar conmigo... —respondió.

Maurizio se retorció. La taquicardia en esta ocasión había sido fuerte. El corazón se le aceleró y, dispuesto a no perder la oportunidad, pero con todos los recelos aflorando, se dispuso a hablar.

—Señor Zeman... Sí, claro. Llevo más de un mes intentando localizarlo a través de su editorial, pero hasta este mismo instante ni tan siquiera han respondido a mis *mails*. Si usted los ha leído ya sabe quién soy y qué es lo que busco —declaró, consciente de que estaba hablando a trompicones.

—Sí, ya he leído su escrito... Sabrá disculpar el silencio de este tiempo. Vivo en un pueblo algo alejado de Praga, y es difícil localizarme. Como habrá podido comprobar, aquí las comunicaciones son realmente complicadas. Me han remitido su misiva a través de correo ordinario, que aunque tarde, llega. Y por lo que veo tiene usted mucho interés por mi libro. Ya he leído que ha estado usted detrás del descubrimiento que se produjo semanas atrás en Venecia... —concluyó, envolviendo sus últimas palabras de un aura enigmática.

Maurizio, contagiado por esa fugaz sensación, no pudo evitar que múltiples preguntas se adueñaran de sus pensamientos. ¿Qué certeza tenía él de que al otro lado del teléfono realmente se encontraba quién decía ser? Aquello hizo que se le encendieran todas las alarmas.

—Señor Zeman, sé que es extraño lo que le voy a pedir, pero ¿cómo me puede demostrar que es usted y no otra persona quien se está comunicando conmigo...? —inquirió, dejando escapar una velada disculpa.

La respuesta lo pilló, como la propia llamada, por sorpresa.

—No se preocupe, ya contaba con ello. A mí me sucede lo mismo desde hace tiempo... —concluyó ante el estupor de Maurizio.

¿Qué había querido decir? ¿Hasta dónde estaba informado aquel hombre de la historia que tenía entre manos? La voz del anciano resolvió sus dudas.

—Sé que está usted interesado en la persona del patriarca veneciano, y creo intuir, una vez he conocido sus trabajos, por qué. Sólo puedo decirle que Peretti fue un sádico, un hombre de dudosa fe que llegó a lo más alto porque perseguía un objetivo que únicamente podía lograr estando a la cabeza de la Iglesia. Y cuando logró el más difícil de los pasos se dio cuenta de lo frágil de su existencia, expuesta a los ataques de lo visible, pero también de lo invisible. Y ese miedo lo llevó a... —calló por unos

instantes, manteniendo en silencio su voz quebrada, mientras Maurizio se desesperaba—. Señor Roncalli, creo que sería interesante, si fuera posible, que nos viéramos en persona. Pero es usted quien debe de venir hasta mí; yo ya estoy muy viejo para andar de allá para acá. Imagino que en estos instantes está dudando qué hacer, e incluso hasta es posible que desconfíe. Ya le he dicho que lo entiendo perfectamente. Por eso le daré una prueba de buena voluntad. Compruébelo por usted mismo. Si le parece bien, a lo largo de la tarde pediré a varios amigos de mi confianza que le envíen un mensaje con los datos que necesita para que nos podamos encontrar. Si verdaderamente está interesado, el tiempo corre rápido; ya soy viejo y no me queda demasiado. La verdad es que no sé por qué le estoy contando todo esto. No lo conozco... —aseguró antes de terminar de hablar.

Maurizio tuvo la sensación de que aquel hombre necesitaba revelar lo que sabía, y fuera por lo que fuese había decidido confiar en él. El anciano retomó la conversación.

—Ah, la prueba. Si conoce algo sobre este personaje ya sabrá que formó parte de un grupo de justicieros que, a pesar de lo que dicen la mayoría de los autores, sembró el terror durante siglos en Venecia, casi tanto como las epidemias. Le hablo del Consejo de los Diez, al que perteneció incluso cuando aceptó dirigir los designios de la cristiandad bajo el nombre de Sixto V. Pues bien, en ese tiempo, él, que conocía a la perfección los mitos y supersticiones de las grandes culturas del pasado, decidió traerse del desierto uno de los obeliscos que se encontraban a la entrada del Templo de Luxor, en Egipto. Porque los dos que flanqueaban la entrada fueron colocados allí para evitar que los demonios, esos mismos que cuando caía la noche se manifestaban ocultos entre la arena de las tormentas, atacaran a los humanos. La creencia del pueblo egipcio era rotunda: aquellas moles de piedra eran una suerte de faro que conducía a los demonios a su perdición, llenando de luz unas madrugadas envueltas de tinieblas. Por ese motivo Peretti, ya Sixto V, decidió colocar uno de los obeliscos en el corazón más sagrado de la cristiandad, en el mismo centro de la plaza de San Pedro. Y como no podía ser de otra forma, lo sacralizó dejando en su base su propia impronta, que a esas alturas de su vida no era más que el reflejo de sus propios miedos, pues nada tenía que ver con su Iglesia y sí con su búsqueda. Vaya, vaya hasta la plaza y compruébelo por usted mismo. Seguro que encuentra alguna respuesta a preguntas que se lleva haciendo desde hace semanas. Y si eso lo convence, esta tarde recibirá, por llamarlas de alguna manera, las instrucciones precisas para que nos encontremos. Pero eso sí, como le digo, el tiempo corre de prisa, así que si decide venir a verme hágalo disponiendo de todo el tiempo del mundo. El viaje puede ser largo... —afirmó, mostrando una vez más la fragilidad de su tono.

Maurizio, en silencio, sólo pudo comprobar que la comunicación se había cortado. Permanecía quieto como una estatua, con la cartera en una mano y el

teléfono en la otra, intentando poner en orden la información que el desconocido le había facilitado.

El chirriar de los frenos del autobús lo trajo de golpe a la realidad. Y sin dudarlo dos veces cambió la dirección de sus pasos y se encaminó hacia el vehículo. Era consciente de que su primera clase empezaba apenas diez minutos más tarde, pero prefería dejar a sus alumnos disfrutando de la anarquía de unas horas sin tutela que aguardar más tiempo. No, porque no lograría centrarse.

Subió la escalera y preguntó al conductor:

—Este autobús para cerca del Vaticano, ¿verdad?

El hombre, acostumbrado a este tipo de cuestiones, no tardó en contestar.

—Sí, paramos entre la Via della Conciliazione y la Via Rusticucci —asintió, utilizando un plural que Maurizio no acertó a comprender.

Era perfecto. Apenas si lo dejaba a unos metros de la propia plaza de San Pedro. Los minutos pasaron y el autobús se detuvo para desesperación del arqueólogo otras quince veces. Pero al afrontar la gran Via Della Conciliazione, al fondo pudo observar la imponente silueta de la cúpula de la basílica vaticana. El vehículo frenó y, acto seguido, abrió sus puertas. Maurizio descendió y caminó varios metros. Siempre había tenido la extraña sensación al llegar a la pequeña plaza de Pío XII que se fundía con la de San Pedro, que atravesaba una suerte de velo sutil, como si repentinamente se colase en otro tiempo en el que la lengua oficial continuaba siendo el latín y las tradiciones tan antiguas, tan secretas como siglos atrás. Respiró con dificultad. Allí, a escasos veinte metros se alzaba a los cielos el misterioso obelisco egipcio al que nadie parecía prestar atención, simplemente porque pasaba desapercibido, pese a ser un símbolo pagano en tierra sagrada, ante el imponente conjunto de la majestuosa ciudad-estado del Vaticano. Los turistas estaban más preocupados por ver si en la tercera ventana del segundo piso de los apartamentos pontificios se atisbaba aunque sólo fuera el solideo del Santo Padre, que en preguntarse qué hacía allí en medio aquella mole de granito manufacturado milenios atrás en las canteras de Aswán.

Maurizio se situó a su vera, escudriñando hasta el último centímetro de su rosada estructura. Había sido desprovisto de escritura jeroglífica, porque seguro que quienes lo trasladaron y colocaron finalmente aquí pensaron que el *ibis* crestado, el *ka*, o el *jat* invocaban a los seres de un tiempo primordial, parte de una magia demasiado poderosa como para no mantenerla a raya. Maurizio fue analizando cada una de las caras del obelisco, comprobando que en la inmediatamente frontal habían grabado la frase «*Christus vincit*». En la cara oeste aparecía otra: «*Christus regnat*». Y en la este, para terminar con las loas a la divinidad, una última: «*Christus imperat*». Todo más o menos normal, hasta que llegó a la parte norte, justo a la cara que se enfrentaba a la entrada de la basílica. ¡Lo que buscaba no se hallaba en el obelisco, sino en la pilastra sobre la que quinientos años atrás fue colocado! Y allí, grabado con grandes letras

pudo leer el mensaje...

—«*Sixtus V Pont Max Obeliscum Vaticanum...*» —murmuró.

Y bajo este aviso, una extraña letanía que como un ancestral mantra de protección conmovió al arqueólogo...: «*Christus Ab Omni Malo Plebem Suam Defendat...*».

La emoción lo embargó, y no pudo evitar, jamás supo muy bien por qué, que los ojos se le humedecieran. Y así, con el vértigo del que se sabe en el camino correcto, aunque éste aparezca lleno de trampas, susurró:

—«Que Cristo proteja a su pueblo de todo mal...». Dios... ¡Caompsd!

Abrió la puerta con violencia. Estaba azorado. Arrojó la cartera sobre el sofá, se quitó los zapatos y, sin pensarlo dos veces, se dejó caer sobre la cama. Y entonces pensó en las muchas ocasiones que había estado frente al obelisco y sin embargo jamás le había prestado atención. Durante varios minutos permaneció postrado, intentando poner en orden las ideas, y así calmar su espíritu. Estaba nervioso; demasiado. Acababa de añadir un nuevo eslabón a esta singular cadena, y no tenía más remedio que confiar en un comunicante anónimo que, sin pretenderlo, o al menos eso creía, acababa de resolver una de sus encrucijadas.

Respiró profundamente; diez veces y con los ojos cerrados. Tiempo atrás su psiquiatra, el doctor Dellosi, le aconsejó que ante la ansiedad repentina ése era el mejor de los remedios, ya que hiperventilaba los pulmones y la sensación de desvanecimiento rebajaba ostensiblemente las pulsaciones. Al cabo de unos minutos se incorporó de nuevo. El sol lucía en todo lo alto, anunciando así que a punto estaba de culminar la bóveda camino del medio día. Apenas si habían pasado dos horas y media desde que mantuvo la conversación con el autor checo; o con alguien que decía ser él. Tampoco tenía por qué dudar, y menos aún después de que lo hubiese puesto tras la pista de algo que llevaba dándole dolores de cabeza desde hacía semanas. Sin demasiada fe se dirigió hacia su pequeño despacho y encendió el ordenador. Quizá era demasiado pronto para esperar el *mail* prometido, más aún si aquel hombre, como asegurara poco antes, tenía todos los problemas del mundo para contactar con el exterior. Se sentó, y apoyando los codos sobre la mesa se tapó la boca con la mano derecha a la vez que emitía un profundo suspiro. Al instante vio pasar la manzanita mordida sobre el fondo azul de la pantalla, y a continuación se inició el escritorio. Cogió el ratón y pulsó el icono del correo. En seguida comenzaron a descargarse varias decenas de mensajes, entre los que le llamó poderosamente la atención el encabezamiento de uno: «De inspector Faccini para el doctor Roncalli». Se quedó perplejo. ¿Qué quería este hombre después del tiempo que había transcurrido? Sin aguardar al resto de descargas abrió el envío y comenzó a leer.

Estimado doctor: espero que se encuentre mejor que la última vez que nos vimos. Parecía cansado. Lo molesto porque estamos intentando localizar al profesor Toscanelli, y nos dicen en la excavación que hace días que no va por allí. No sé si usted sabe algo. Cualquier información que me facilite será

bienvenida. Un abrazo.

Maurizio se llevó el dedo índice y corazón al unísono al interior de la boca, simulando una sonora arcada. ¿Qué quería que le dijera? ¿Qué lo había matado y enterrado antes de comérselo? ¿Y él qué demonios sabía dónde se encontraba aquel hombre tan impredecible? Que se preocupara de preguntar si Beatriz, la jovencita que de mayor quería ser arqueóloga, había acudido a su trabajo en las últimas jornadas, que seguro que ahí se encontraba la respuesta... Sin dudar, arrastró el *mail* a la papelera y lo borró. El resto de mensajes continuaban bajando de la red, por lo que decidió beber algo. Había visto que Donna, el día anterior, había comprado varias cervezas sin alcohol. Seguro que estaban en la nevera... Decidido, se dirigió a la cocina, no sin antes echar un último vistazo a la cuenta de descargas. Nada, todavía no le había enviado nada.

Abrió la puerta del frigorífico y cogió una de las cervezas. Junto a ésta se encontraba una latita de aceitunas, así que optó por acompañar la bebida con un ligero aperitivo. En ese instante sonó el teléfono. Nervioso, descolgó, porque sabía que en esta ocasión quien lo llamaba no tenía buenas intenciones.

—Sí, Pepino, disculpa que no te haya llamado antes —se excusó con voz apesadumbrada y marcado tono enfermizo.

—Maurizio, ¿dónde andas?! —casi le gritó—. Tienes la clase completamente desmadrada. ¿Dónde estás...? —reiteró.

Maurizio permaneció varios segundos en silencio, planificando la estrategia. Al otro lado del hilo se encontraba el decano de la universidad pidiéndole explicaciones por su inesperada ausencia. Y no podía meter la pata en su respuesta.

—Varicela, Pepino, varicela... Ayer por la tarde ya me acosté con el cuerpo absolutamente molido, y aunque mi intención era ir hoy a clase, al final me he levantado con la cara llena de pústulas, con fiebre y con el cuerpo destrozado. Es que no he podido ni incorporarme hasta ahora —aseguró, tan convencido de lo que decía que no dudó a la hora de dar un trago a la cerveza.

El desesperado decano, comprendiendo que no podía hacer nada, murmuró algunas palabras que no logró entender y se dispuso a despedirse.

—Bueno, está bien, pero podías haber llamado. Ya veremos qué hacemos. Que te mejores —finalizó, sin ni tan siquiera imaginar la sonrisa que atravesaba el rostro de su interlocutor.

Había salido bien parado. Dejó el móvil en la cocina y regresó al despacho, con la cerveza en una mano y las aceitunas en la otra. Al llegar frente al monitor comprobó que las descargas habían finalizado, y allí, entre los diez últimos, había un mensaje con un extraño encabezamiento: «Mañana por la tarde».

Maurizio, desocupando sus manos con rapidez, pulsó el ratón y lo abrió. Se

trataba de un texto escueto, de apenas dos líneas, pero más que suficiente para que su corazón se desbocara de nuevo.

Estimado señor, por petición del profesor Zeman le informo que lo esperará mañana por la tarde en la colina de Vyšehrad (Praga), junto a las columnas del endemoniado. Estará allí a las cuatro de la tarde. Le ruega puntualidad.

—¡Mañana! Este hombre debe de estar loco. Y encima me dice que sea puntual —farfulló mientras, inconscientemente, entraba en la web de su habitual agencia de viajes.

Sólo tenía dos opciones: o seguía los dictados de la razón y aguardaba a tener más información al respecto, tanto de esta historia como de su misterioso nuevo informante, o se lanzaba a la piscina y volaba a Praga, aun a sabiendas de que esa piscina podía estar vacía. Razón o corazón... Ante esta tesitura Maurizio siempre lo había tenido claro: más valía arrepentirse por exceso que por defecto. Con esta máxima excusando a su conciencia empezó a leer en voz alta...

—Fiumicino (Rom)-Ruzyne (Prag), mañana a las diez de la mañana. Llegada a las doce treinta. Doscientos cincuenta euros... ¡Imprimir! —gritó, sorprendido ante su ya incontrolable euforia.

Los miedos habían dado paso al nervio en estado puro, motivado por una curiosidad exacerbada. Además, a estas alturas no tenía nada que perder; a lo sumo unos cuantos euros. Otra cuestión era Donna. ¿Qué decirle? ¿La verdad? Las mentiras en el pasado no lo habían conducido a nada bueno, por lo que... Además, tampoco podía ocultarle la llamada, menos aún cuando no sabía cuánto tiempo iba a pasar fuera. La impresora se quedó muda; el billete permanecía inmóvil sobre la bandeja. No, no volvería a estropearlo todo. Hablaría con ella. Transparencia ante todo. Las horas siguientes las dedicó a preparar su equipaje. Era un hombre previsor, por lo que cogió ropa suficiente para una semana, a sabiendas de que no permanecería tanto tiempo en la ciudad del Moldava. Con los ánimos más templados, a eso de las tres de la tarde preparó algo de comer, y ordenando el discurso aguardó la llegada de Donna. Veinte minutos después ésta atravesaba el largo pasillo de la casa, dejando constancia de que acababa de llegar.

—¡Mauri, cariño, ¿estás ahí?! —preguntó con su habitual alegría.

Era una mujer extrema; capaz de pasar de la felicidad absoluta a la miseria más infernal. Carácter no le faltaba, y Maurizio era consciente de que sin esa manera de ser, sin esa arrolladora personalidad, es probable que hace ya mucho tiempo que la hubiera anulado. Sentado junto a la mesa del salón, con la comida dispuesta, respondió al saludo.

—Donna, estoy aquí —respondió.

Ella se asomó desde la puerta y, ensanchando aún más su espléndida sonrisa, empezó a dar pequeños saltitos mientras intentaba quitarse los zapatos. Parecía una

niña...

—Pero ¡Mauri, has preparado la comida! Voy a hacer un pis y vuelvo en seguida. Te quiero, amor —aseguró radiante mientras se encaminaba hacia el cuarto de baño.

Él permaneció inmóvil. No paraba de recordar las palabras que se disponía a pronunciar. El orden era importante, la única manera de no meter la pata. Algo innecesario, porque sin cerciorarse la había metido ya hasta el fondo...

—¡Joder, Maurizio! ¿Intentas comprarme con una comida? ¡Eres un cabrón! —la oyó gritar desde la otra punta de la casa.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué ese cambio tan brusco? No lograba entender qué ocurría; al menos hasta que ella apareció nuevamente por la puerta con un papel en la mano izquierda y la cara completamente desencajada. Era el billete de avión...

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Mañana a través de un *post-it*? ¿Y qué pasa, que no piensas regresar? ¿Por lo que veo sólo has cogido el billete de ida? Mauri, eres un cabrón... Pasas de mí otra vez más. Y encima te montas toda esta parafernalia... ¿para qué? Si es que ya me estaban advirtiendo de que estas semanas no eran más que un espejismo —apostilló con amargura.

Maurizio intentó calmarla, explicarle que todo había sido motivado por una llamada inesperada; pero a esas alturas era consciente de que no lo lograría. Además, ¿quién la advertía? ¿Quién era tan desgraciado como para intentar enfrentarlos? ¿Acaso no sabía que su relación estaba pendiente de un hilo un día sí y otro también? ¿O era precisamente ése el motivo por el cual fuera quien fuese se metía de por medio? Empezó a perder la tranquilidad, y como antaño, el tono púrpura de la ira iluminó su rostro. Ya nada se podía hacer...

—¿Quién cojones te dice esas cosas? Estoy harto de tantos hijos de puta que andan sueltos. ¿Alguno de esos cabrones que sólo te quieren echar un polvo? Joder, Donnatella, es que no me dejas ni que te explique lo que ha pasado. Además, cuando empezaste a salir conmigo sabías perfectamente en qué trabajaba, así que de qué mierda te quejas... —estalló.

Ella lo miró aterrada, y agarrando su bolso salió corriendo, abrió la puerta, y se precipitó descalza escaleras abajo. Y él, fuera de sí, se asomó por el tubo de luz que iluminaba el viejo edificio, y poseído por unos demonios a los que llegado el momento jamás había logrado controlar, le arrojó los zapatos mientras ella, a toda velocidad, continuaba dirigiéndose a la calle

—¡Ya volverás, ya! —Y acto seguido entró en la casa, cerró con un sonoro portazo y cogió la botella de vodka que tenía escondida detrás de los embellecedores que, como un rodapiés, recorrían la parte baja de la cocina. A continuación, y con una frialdad extraordinaria, cogió el teléfono y activó la alarma a las siete de la mañana.

Hasta entonces tenía más de quince horas para beber hasta reventar...

Señor, ¿se encuentra bien? —le preguntó la azafata.

Maurizio permanecía ausente, con la mirada vidriosa y sin poder articular palabra. Todavía no sabía muy bien cómo había logrado llegar al aeropuerto, y no sólo eso, sino subirse al avión. Pero allí estaba, observando impasible a la bella joven que, advirtiendo el estado de embriaguez del pasajero, intentaba calibrar la gravedad de la situación.

—Sí, no se preocupe. Sólo estoy algo cansado... —balbuceó.

La chica se encogió de hombros y le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—Está bien. Si necesita alguna cosa no dude en llamarme —dijo mientras revolvía el bolsillo del asiento delantero, dejando a la vista una bolsa para el mareo.

La miró contrariado. Se encontraba mal, lo suficiente como para no necesitar que el avión despegase para tocar las nubes, pero no tanto como para acabar vomitando; al menos por el momento.

El aparato se inclinó vertiginosamente. Atrás quedó el aeropuerto romano, minúsculo, como si fuera el juguete de un niño. Maurizio se asomó por la ventanilla y no pudo evitar taparse los ojos cuando el sol impactó frontalmente contra su rostro. Instintivamente echó la cortina de plástico, y tras enredar la cinta de su inseparable cartera negra a la pierna derecha, recostó la cabeza sobre la pared interior del avión, e intentó dormir... Dos horas serían más que suficientes.

—¡Señor, señor... despierte! Ya hemos aterrizado —le gritó la joven azafata mientras lo zarandeaba con fuerza.

Estaba tan profundamente dormido que no se había enterado del vuelo; tanto como para no percibir ni tan siquiera cómo el tren de aterrizaje golpeaba violentamente contra la pista de hormigón. Se sobrepuso con rapidez, y tras llevarse las manos a los ojos, la miró y sonrió. Aún estaba medio aturdido, pero se encontraba bastante mejor.

—Sí, gracias. Estaba profundamente dormido. Transmítale mi más sincera enhorabuena al comandante. Que buen piloto... —aseveró con ironía ante la mirada de incompreensión de la muchacha, que no sabía si aquel hombre le estaba tomando el pelo.

Maurizio se incorporó y extrajo la maleta del compartimento superior. Sí, las dos horas de sueño le habían sentado francamente bien. El resto del pasaje ya había salido

y la mayoría se encontraban atascados en el *finger*, mostrando sus pasaportes a un policía uniformado con cara de pocos amigos que los aguardaba justo a la salida del mismo, y que con poca delicadeza introducía los equipajes de mano en un viejo escáner. Habían pasado muchos años desde que cayera el muro de Berlín y con él la extinta URSS, pero las formas aún no habían mejorado demasiado.

—Documentación... —le pidió con rudeza.

El arqueólogo, manteniendo el rictus imperturbable, le entregó el pasaporte. Cuando viajaba fuera de Italia, incluso por la Unión Europea, siempre lo llevaba. En determinadas ocasiones era más efectivo... El agente escrutó minuciosamente el documento y segundos después se lo entregó.

—Pase el equipaje por el escáner... —ordenó.

Visiblemente molesto, colocó su maleta sobre la cinta, que rápidamente desapareció en el interior del enorme aparato. Al otro lado, una mujer tan fría como un témpano se afanaba en escudriñar en las intimidades de los viajeros. Miró a su compañero, asintió con la cabeza y continuó observando la pantalla.

—Puede pasar —finalizó.

En otras circunstancias se habría rebelado contra tanta mala educación, pero era consciente de que en esos instantes no dominaba completamente sus facultades. Cualquier «mala interpretación» podría causarle un problema. Así pues, tras relajar las facciones, recogió sus cosas y continuó caminando. Eran casi las dos de la tarde. No tenía tiempo que perder...

Ya en el exterior, la dulce melodía de un violín se coló suavemente en sus oídos. Una muchacha de apenas dieciséis o diecisiete años acariciaba las cuerdas, demostrando que aquí, desde el más grande al más pequeño, todos eran unos auténticos virtuosos de la música. Sin previo aviso, se le echaron encima seis o siete taxistas ofreciendo sus servicios. Maurizio los miró con pena: esta gente no había logrado superar su ruptura con el pasado, y las diferencias entre las clases pudientes y el resto eran escandalosas. El pueblo malvivía, intentando cada día tener algo que llevarse a la boca. Un muchacho imberbe se le acercó y con una agilidad asombrosa agarró la maleta...

—Déjeme señor, que yo se la llevo —le dijo en un perfecto inglés.

Él lo miró. Había sido el más rápido, por lo que alzando la mano indicó a los demás que ya había realizado su elección. El joven taxista le abrió la puerta trasera de un vehículo negro, un viejo koda con más años que su conductor, que como el resto de coches no mostraba distintivo alguno que advirtiese que pertenecía a la compañía nacional de taxistas. La mitad eran ilegales...

El chico se puso al volante, demostrando poseer la misma rapidez a la hora de arrebatar clientes a sus competidores que para hablar.

—¿Italiano? —le preguntó, seguro de la respuesta.

No sólo era ágil; se trataba de un excelente fisionomista que además se expresaba correctamente en inglés y también en italiano. Si además conducía bien, el chaval era una joya.

—Sí, italiano. De Roma... —contestó.

El conductor dio por terminada la charla de cortesía y sin entrar en más prolegómenos le preguntó la dirección.

—¿Adónde desea que lo lleve?

Maurizio extrajo de su cartera negra el *mail* que el día anterior le habían remitido, y con cierto esfuerzo se dispuso a leer.

—No sé si se pronuncia así: tengo que ir a la colina de Vyšehrad. ¿Estamos muy lejos? —preguntó con evidente desconocimiento.

El taxista lo miró a través del espejo retrovisor. Tenía unos ojos azules muy penetrantes, tanto como para que Maurizio notara que lo estaba observando. Aquello lo incomodó, y el muchacho, que debió de darse cuenta, desvió la mirada y se apresuró a contestarle.

—Más o menos a una hora. Está al otro lado de Praga, y Praga del aeropuerto está a casi setenta kilómetros. Pues eso, una hora... —aseguró sin entrar en más detalles.

Los minutos fueron pasando. La carretera por la que circulaban no parecía excesivamente mala, pero el tráfico era muy intenso. Además, las leyes checas no obligaban a utilizar catalizadores para rebajar la emisión de CO₂ a la atmósfera, y el fuerte olor a monóxido de carbono inundaba el ambiente. A ambos lados de la vía el contraste era sorprendente: por un lado los pequeños pueblos típicos de estas regiones del este, y junto a los mismos, unos descomunales edificios de hormigón gris, que permanecían en pie como recuerdo imborrable de uno de los períodos más oscuros de la historia del país: el de la represión soviética.

Al cabo de media hora, el muchacho se dirigió a él.

—¿Está de vacaciones o viene por trabajo?

La indiscreción del joven, en otro momento y en otro lugar lo habría molestado, pero entendía que formaba parte de la cortesía que lo obligaba a dar conversación al cliente.

—La verdad es que aún no lo sé... Imagino que ambas cosas —se apresuró a contestar.

Dando por terminada la conversación, se dispuso a remover el interior de su cartera. No buscaba nada en concreto; simplemente no deseaba seguir hablando. El chico lo comprendió, y con un gesto sutil subió el volumen de la radio. Apenas quince minutos después rodeaban la bella ciudad de Praga por una de sus principales arterias de circunvalación, y poco más tarde entraban en un hermoso parque, tan denso que conforme iba avanzando el coche en su interior la escasa luz diurna se acabó diluyendo.

—Hasta aquí podemos entrar. A partir de este punto es obligatorio continuar a pie. No se preocupe, lo acompañaré hasta la colina; se podría perder, y en este parque dicen que todavía hay lobos... —aseguró, poniendo un marcado dramatismo en sus últimas palabras.

Maurizio agradeció el gesto y bajó del vehículo. El muchacho ya iba varios metros por delante con la maleta firmemente agarrada, enfilando un estrecho sendero que se abría a la derecha del taxi. Tosió dos veces, se abrochó el abrigo, y lo siguió. Faltaban veinte minutos para las cuatro; el tiempo se le echaba encima.

La ascensión se hizo penosa. Estaba muy cansado; los excesos se acaban por pagar, y además aquel muchacho subía como una gacela. Al coronar la cima notó que le faltaba aire en los pulmones y paró unos instantes...

—Vamos señor, ya estamos cerca... —le gritó unos metros más abajo.

Maurizio empezó a dudar. Había seguido a aquel joven sin acreditación alguna hasta un bosque alejado de la ciudad, y lo estaba metiendo en las entrañas del mismo. Y él, como un personaje de los hermanos Grimm, podía estar entrando sin saberlo en la boca del lobo... El pensamiento, mientras trataba de seguir los pasos de su acompañante, le produjo un profundo desasosiego. El joven permanecía parado en un llano rodeado de árboles centenarios. Tembloroso, se detuvo a dos o tres metros de distancia. Junto al muchacho había una suerte de dolmen de tres pies, como columnas enlazadas que se retorcían hacia los cielos.

—Ya hemos llegado —aseguró el muchacho, sin mover ni un solo músculo.

Maurizio miró a uno y otro lado, pero salvo la densa vegetación no vio nada más; ninguna construcción. Ni tan siquiera el camposanto que, había leído, era parte fundamental de la ruta que seguían aquellos que se acercaban hasta este apartado lugar. El viento movió las ramas de los árboles, y varias decenas de pájaros negros emprendieron el vuelo. Al otro lado de las columnas, por un sendero que se perdía bosque adentro, observó una luminosidad. Se sobrecogió. ¿Había caído en la trampa de unos ladrones? Si era así, había dado tantas facilidades que sintió vergüenza por su ridícula inocencia. Desesperado, volvió a mirar a uno y a otro lado, intentado encontrar una vía de escape. Pero era imposible: para salir de aquel lugar era necesario conocerlo al milímetro.

Observó al muchacho. Éste permanecía quieto, como una estatua, agarrando con fuerza el asa de su maleta. Si se abalanzaba sobre él tenía todas las de perder. Aún no había recuperado del todo las fuerzas. Y si huía, se veía obligado a dejar irremisiblemente su equipaje y los documentos que en él llevaba. La duda le provocó un repentino dolor de cabeza, y, mostrando sus flaquezas, se llevó la mano a la frente.

—¿Se encuentra bien, profesor Roncalli?

La voz, cansada, llegó desde el sendero que había al frente, de detrás de la luz que se acercaba. Maurizio entornó los ojos. Allí, a no demasiada distancia, una joven

vestida de negro empujaba una silla de ruedas en la que permanecía postrado un hombre de pelo blanco, muy largo, y un poblado bigote. Sobre la cabeza llevaba un sombrero negro de ala ancha, y para evitar el frío se protegía con una manta de viaje.

—Disculpe esta puesta en escena, pero era necesaria... No nos conocemos personalmente y me he visto obligado a tomar mis precauciones. Sé que lo comprenderá... —afirmó.

Maurizio se acercó a él con cautela mientras el hombre volvía a hablar.

—Gracias Jan, lo has hecho muy bien. Regresa al coche para no levantar sospechas... —le ordenó al joven taxista.

Todo estaba preparado. Pero ¿por qué? ¿A qué se debía tanta cautela? ¿De quién pretendían protegerse? Maurizio, sin articular palabra, se limitó a escuchar.

—Señor Roncalli, soy Josef Zeman, y creo que sé de usted más de lo que se imagina. Es posible que haya llegado el momento de que sea usted el que sepa de mí...

La mujer empujó la silla hasta colocarla junto a las tres columnas. No debía de tener más de veinte años, veinticinco a lo sumo, pese a lo cual mostraba un rostro ajado, con la piel de color blanco inmaculado, los labios rojos y muy finos y los ojos extraordinariamente azules, que contrastaban con su largo cabello negro, tanto como el vestido que llevaba. No gesticuló, a pesar de que Maurizio, llevado por la curiosidad, mantuvo la mirada puesta en ella unos instantes. El hombre que permanecía postrado en la silla extendió la mano derecha, huesuda y con las uñas demasiado largas, pero perfectamente cuidadas. Él le correspondió.

—Le agradezco, doctor, que no haya dudado a la hora de acudir a nuestra cita, a pesar de la distancia. Su interés por mi persona me ha llamado la atención desde que decidió ponerse en contacto conmigo. Hace muchos años que estoy retirado de la vida pública, si es que alguna vez me dejaron tenerla... —aseguró con la voz rota.

Maurizio dejó a un lado sus miedos y se dirigió a él.

—Si como dice sabe tanto de mí, entonces conocerá perfectamente todo lo ocurrido en Venecia hace apenas un mes. Los periódicos dieron debida cuenta de ello... —finalizó.

El hombre susurró algo al oído de su acompañante, y ésta, sin mover un ápice el rostro, se volvió y desapareció por el sendero por el que habían descendido minutos antes.

—Doctor, le ruego que empuje mi silla. Si le parece daremos un paseo. Éste es un lugar muy singular, y las historias que de él se cuentan nos remontan a un tiempo... diferente. Es mejor que estemos solos —dijo enigmático.

Maurizio no entendía muy bien qué estaba pasando, pero sí tenía claro que no estaba allí para empujar la silla de un tullido. Necesitaba respuestas... Y el anciano, rodeado de un aura de misterio que se podía palpar, continuó, mientras se disponían a iniciar el paseo.

—¿Ha visto estas tres columnas? Son parte de la historia pagana de Vyšehrad. Aquí las llaman las «columnas del diablo», y se encargan de recordar el eterno dualismo en el que vive el ser humano; porque donde está el bien también está el mal. Varios compañeros suponen que pudieron pertenecer a la iglesia de San Pedro y San Pablo, que fue levantada en el siglo XI y que quedó hecha pedazos bien entrado el XVI. De aquella catástrofe solamente se conservaron las citadas columnas, que hay quien piensa que pudieron ser, en tiempos aún más remotos, un viejo medidor de tiempo que permanecía erecto en el corazón del poblado celta que hubo sobre esta

colina antes de la llegada de los eslavos. Eslavos, una maldición de pueblo, se lo aseguro —recalcó, dejando que por unos instantes el viento fuera el único en hablar.

—Pues bien, siglos atrás, un muchacho que mostraba todos los síntomas de estar poseído por un demonio, fue amarrado a ellas, a fin de practicarle correctamente el exorcismo. El ser fue extirpado del alma de aquel desgraciado, e incluso fue identificado como Zardan, que además acabó por reconocer que él era el responsable de que aquellas columnas se encontraran solitarias en el lugar que ahora ocupaban. Porque él mismo las había traído desde Roma, herido en su orgullo demoníaco, ya que un sacerdote de Praga lo retó asegurando que era incapaz de robar tres de las muchas que adornan la basílica de San Pedro antes de que el clérigo concluyera una misa. Y el sacerdote, que contó con la ayuda del mismísimo san Pedro, ganó la apuesta, y al margen de expulsar al demonio de allí, condenándolo a vagar por la ciudad en busca de almas que atormentar, lanzó las columnas al exterior, dejándolas clavadas para siempre en este lugar —concluyó, no sin antes indicarle que tomara el sendero de la derecha, que parecía culminar en un alto despejado de vegetación.

Maurizio permanecía anonadado. No había discutido con Donna ni había llegado hasta aquí para escuchar las batallitas de un viejo loco. Durante varios minutos permanecieron en silencio, hasta que el arqueólogo, harto de empujar, paró en seco y se dirigió a él:

—Señor Zeman, no entiendo muy bien a qué se debe tanto secretismo. Si hoy estoy aquí es...

—¡Es porque ha comprobado que no le miento! Ayer, en el obelisco... No se preocupe, quedan pocos metros para culminar la ascensión, y una vez arriba estaremos más tranquilos. Podremos hablar con calma... —aseguró de nuevo, con la voz cada vez más rota por el cansancio.

Maurizio empujó con fuerza, acelerando el paso. Apenas cinco minutos después llegaban a la pequeña cima. El espectáculo era extraordinario: abajo, en un valle que se abría a las faldas de la montaña aparecían cuatro estatuas colosales, y junto a ellas una siniestra iglesia de tonos pardonegruzcos. A partir de ahí, cientos, miles de tumbas de todos los tamaños y estilos que llegaban hasta los márgenes del gran río Moldava, de donde salió la princesa Libuse, la fundadora primigenia de la mágica ciudad. A lo lejos logró identificar el puente de Carlos, tan sucio como de costumbre... El hombre lo miró, consciente de que su invitado permanecía extasiado. La vista no era para menos.

—Cuánta belleza, ¿verdad? Esas cuatro estatuas representan a los titanes que a fuego, piedra y sangre forjaron la ciudad de Praga. Aquí todo está revestido de magia; magia en la que se cree. Y si no, dé un paseo por el cementerio, que aparte de contemplar los sepulcros de grandes como Dvořák o Smetana, podrá comprobar que apenas si hay símbolos cristianos, y sí muchos paganos. Porque el miedo a la muerte

y a los que de ello se nutren ha estado presente, incluso hoy en día, en lo más profundo de las creencias de mi pueblo. Y dígame, ¿por qué está tan interesado en Felice Peretti? ¿Tiene algo que ver con el hallazgo de Venecia y la muerte de su compañera? —dejó caer, golpeando directamente el corazón del arqueólogo.

Intentó mantener la calma, pero apenas lo logró. Echó nuevamente un vistazo a la milenaria ciudad. Las nubes comenzaban a cobrar formas irreales. Estaban solos. ¿Por qué no...?

—Señor Zeman, creo que mi compañera, la doctora Casalli, creyó dar con una pista que asociaba el hallazgo de la fosa a la figura del patriarca veneciano. Y creo que siguiendo la misma llegó hasta su libro. Y creo, además, que descubrió algo... ¿como decirlo?... indiscreto. Lo que pasa es que no me lo pudo llegar a contar. Murió antes... —aseguró apesadumbrado. Tragó saliva—. No sé muy bien por qué, pero en unas fotografías que me hizo llegar, en las que aparecía el cráneo de la vampira, había una serie de letras que poco después de hallazgo alguien borró de la base del hueso...

—Caompsd... —afirmó el anciano, sin perturbarse.

—Sí, caompsd. Durante semanas anduve buscando en archivos y bibliotecas; incluso hablé con algunos colegas sin detallarles demasiado el asunto, pero nadie sabía nada. Nadie hasta que usted se puso en contacto conmigo. Y sea por lo que fuere, cuando de una forma que sería muy largo de detallar descubrí el nombre de Peretti y su posible vinculación al ajusticiamiento de la mujer de la fosa, la única referencia que había, que era su libro, llegó hasta mí completamente destrozado —afirmó, mientras extraía el viejo volumen de su cartera y se lo mostraba a su autor.

El hombre lo cogió con delicadeza, y pasando una página tras otra, empezó a sonreír. Pero no era una sonrisa feliz; era el reflejo de años de desgracia... Zeman levantó el rostro y cerró los ojos mientras inspiraba una profunda bocanada de aire. El viento venía con el olor de los pinos que se precipitaban por las montañas cercanas. Acarició la tapa de su libro.

—Doctor Roncalli. Este libro supuso para mí un principio y un final. Fue como una maldición que en los últimos treinta años me ha perseguido. No he podido vivir tranquilo desde entonces, a pesar de que la edición al completo fue retirada a las semanas de salir, ya que la editorial fue adquirida por la Iglesia. Sin ser consciente de ello toqué un resorte que despertó demasiados demonios vestidos de blanco. Instituciones como ésa son muy antiguas, y pese a tener muchas virtudes que mostrar, también poseen muchas miserias que ocultar. Felice Peretti posiblemente sea la peor de todas. Fue un hombre indigno, que comulgó con diversas creencias buscando su beneficio propio, y que como un ángel justiciero dejó su marca, la del Consejo de los Diez, en todos y cada uno de los crueles actos que cometieron. Aterrorizaron a una sociedad devastada por las enfermedades y las guerras, como el pantocrátor que recibía al fiel en esa cárcel de piedra que era el románico. Lo que ocurre es que la

finalidad de este hombre era, ¿cómo definirla...?, satánica... —declaró ante la mirada de incredulidad de Maurizio.

Había oído muchas historias de papas negros y personajes por el estilo, pero nunca jamás nadie se había atrevido a ponerles nombre. Al menos hasta ahora. El anciano se revolvió en su silla de ruedas intentando encontrar una postura más cómoda. Y sin prestar atención a los gestos del arqueólogo, continuó su relato:

—No se tome las cosas al pie de la letra... Peretti fue un hombre de fe, muy rígido, todo hay que decirlo, hasta que alcanzó el trono de Pedro. Fue entonces cuando se vio atosigado por las creencias de las que había estado huyendo toda su vida, supersticiones de otros pueblos que no precisaban de intermediarios como él para hablar con sus dioses, y que representaban a sus demonios con un inusual realismo. Y Peretti, ya Sixto V, cansado y anciano, consciente de que no le quedaba mucho tiempo para someterse al juicio del Señor, o para enfrentarse a esos mismos demonios a los que había estado combatiendo toda la vida, decidió que había llegado el momento de apostar por el hombre o alcanzar la santidad, y decidió que su fe no superaba el miedo ancestral que le tenía a la muerte, a la oscuridad, y a aquellos que habitaban en ambos territorios. De este modo llenó sus palacios de nigromantes, de magos y de alquimistas que hicieron de las dependencias vaticanas su particular laboratorio en el que experimentar. Y además, comprendiendo que sus actos cada vez se alejaban más de los dictados de Dios, atisbando que llegado su momento éste miraría hacia otro lado, empezó a colocar toda clase de elementos protectores para defenderse del aliento cada vez más cercano del maligno. El obelisco de la plaza fue uno de tantos... —finalizó, cogiendo aire.

«Experimentar ¿con qué? Protegerse ¿de quién?», pensó. Maurizio apoyó ambas manos en el manillar de la silla, y apretando con fuerza el plástico que lo recubría, aguardó en silencio a que su anfitrión continuara.

—Fue entonces cuando el anciano papa oyó hablar de una serie de epidemias que se estaban produciendo en el este de Europa, en las montañosas tierras de frontera. Las gentes que procedían de estas remotas regiones, especialmente gitanos, afirmaban que la extraña dolencia atacaba principalmente a los más jóvenes y a los más viejos. Quienes la padecían morían a causa de una misteriosa anemia que en apenas cuatro o cinco días se los llevaba al otro mundo. Pero cuando le digo al otro mundo, es que éste era real, al menos para los desgraciados que la mayor parte de las ocasiones declaraban tales despropósitos presionados por los artilugios que utilizaban los inquisidores para sonsacarles. Porque aseguraban que los fallecidos, al cabo de varias jornadas muertos, se levantaban de sus tumbas y se dedicaban a atacar a los vivos caída la noche, para extraerles la sangre y así continuar su «no vida» entre las sombras para toda la eternidad... —aseguró, convencido de que a estas alturas su interlocutor estaba midiendo los límites de su locura.

Sin embargo, en la cabeza de Maurizio únicamente aparecía la imagen de la vampira, con el ladrillo en la boca y la inscripción grabada en la superficie del cráneo. ¿Por qué no? La locura de otro tiempo no tenía por qué ser compartida. Pero sí se podían conocer los motivos que los llevaron a cometer determinados actos.

—¿Y qué tienen que ver estas historias de vampiros con todo un Santo Padre de la Iglesia Católica Apostólica Romana? —le preguntó, poniendo de manifiesto su incredulidad.

El hombre no se amilanó, y con una seguridad sorprendente se dispuso a continuar su relato.

—Durante el tiempo que Peretti permaneció como patriarca de Venecia ya atendió a estas historias, porque entendía que si el diablo existía, y él, por dogma de fe, estaba obligado a creerlo, podía aparecer de múltiples formas, así que incluso envió a sus fieles escuderos a una aislada región de Polonia en la que a mediados del XVI se estaban produciendo unos sucesos difíciles de catalogar. Ésa fue su primera toma de contacto con Silesia, porque hay varios escritores del siglo XIX que aseguran que poco después, incluso siendo papa, él mismo se acercó hasta allí a pesar de las dificultades evidentes del trayecto, más aún para un hombre que por aquel entonces debía de rondar mi misma edad. Pero el objetivo merecía la pena, porque Sixto V estaba convencido de que la única oportunidad que le quedaba para esquivar la afilada mirada de la muerte se encontraba en los hombres y mujeres que sufrían dichas dolencias, aunque eso le supusiese renegar de la mismísima palabra de Dios que representaba, especialmente si podía llegar a dominar la extraña enfermedad... Y él, posiblemente mal asesorado por la corte de ocultistas que lo rodeaba, acabó seguro de que la existencia podía prolongarse incluso más allá de la muerte. Estaba firmemente convencido de que podía lograr esa especie de elixir de la vida eterna... pero antes debía experimentar.

Maurizio lo miró sorprendido. Parecía una locura lo que aquel hombre de aspecto enfermizo le estaba diciendo, pero tenía cierta lógica...

—¿Y dónde se hallaba esa pócima mágica, ese remedio? —preguntó irónico.

El anciano se acarició el largo bigote y contuvo la respiración unos instantes.

—En la sangre de los vampiros —afirmó con rotundidad.

Maurizio permanecía quieto, inmóvil. No sabía si continuar serio, en silencio, o empezar a gritar a la cara de aquel hombre que lo había hecho ir hasta allí para narrarle una historia simplemente bizarra. Y no sabía qué hacer, porque el anciano, al que seguro ya no le quedaban muchos años, no pestañeaba al exponer su relato, no dudaba..., parecía evidente que no se lo estaba inventando. El escritor, alzando la mano, de repente gritó una frase en su idioma.

—*Martina, si přinesl knihy?*

A su sorprendido acompañante le dio la sensación de que estaba preguntando algo. Pero ¿a quién? ¿Al viento que se iba levantando con más fuerza conforme avanzaba la tarde? En ese instante supo a quién se dirigían esas palabras. Sorprendido, observó cómo de entre un estrecho sendero que ascendía por la otra vertiente de la colina, de vegetación aún más espesa, aparecía la joven vestida de negro. Llevaba algo entre las manos.

—*Ano, tady jsem...* —respondió mientras entregaba un paquete al anciano, que pese a permanecer sentado en su silla de ruedas cada vez parecía más cansado.

Al instante se cercioró de que el arqueólogo no estaba entendiendo nada.

—Disculpe, doctor, es mi sobrina Martina, un ángel que me cuida desde hace años; desde que sus padres fallecieron en un fatídico... accidente —aseguró, carraspeando unos segundos.

Maurizio la miró, y ella, consciente de que estaban hablando de su persona, agachó tímidamente la cabeza, dejando que a sus mejillas se asomara un leve rastro de rubor. Zeman tomó nuevamente la palabra:

—Imagino que pensará a estas alturas que estoy loco, pero le aseguro que tengo argumentos suficientes para demostrar lo contrario. Hace tiempo que me convencí de que hay fuerzas oscuras que pretenden ocultar sus secretos a costa de lo que sea, y que se visten con ropas de santos cuando es probable que se hallen más próximos a los infiernos. Son humanos, en suma, el ejemplo de que nuestra especie se ha caracterizado por afrontar sin dudar las causas más nobles, pero también los actos más horribles —afirmó, observando cómo de nuevo las facciones del arqueólogo parecían relajarse.

Total, se encontraba allí, a varios miles de kilómetros de su hogar, y lo que era evidente es que esa noche nadie lo esperaba en casa. No tenía nada que perder, y sí mucho que escuchar, y preguntar...

—Suponiendo que la historia que me ha contado fuera real, ¿cómo podría

demostrarla? —inquirió, dejando escapar un ridículo gallo.

El hombre agarró el ala ancha de su sombrero y se lo encasquetó un poco más. El viento iba cogiendo fuerza y no deseaba que saliera volando.

—Le podría hablar de las cicatrices que han quedado en mi alma, pero evidentemente tendría que fiarse de mi palabra, ya que no las puede ver, y eso es algo que de momento no le voy a pedir. Creo que con la documentación que voy a facilitarle tendrá de sobra, al menos para hacerse una idea. Es la misma que a mí, décadas atrás, me puso tras la pista que me llevó al sitio que ahora ocupo.

Maurizio miró la silla de ruedas y sintió un escalofrío. No sabía si se refería a su situación física o al hecho de que, según parecía, permanecía oculto al mundo. Fuera como fuese, ninguna de ambas opciones le gustaban nada.

—Ahora bien, como le dije, el tiempo corre en mi contra, y le pido, aunque parezca contradictorio, que el material que le voy a proporcionar lo estudie sin prisa, y que además lo haga aquí, en Praga. Cuando termine de leerlo, cuando esté seguro de que ha interpretado hasta la última línea, si le parece, y siguiendo el mismo método que en la anterior ocasión, nos citaremos nuevamente, y volveremos a hablar —finalizó, ofreciéndole el paquete que tenía entre las manos.

Martina lo seguía en todo momento, como si estuviera atenta a algún movimiento inesperado, atravesándolo con su intensa mirada azul. Él dio dos pasos y se acercó al anciano. Despacio, sabiéndose controlado, alargó los brazos y recogió el paquete. El escritor dio por finalizada la reunión.

—Ah, doctor, mi sobrina le ha reservado una habitación en el hotel Stayat Juli. Es viejo, pero sus cuatro estrellas aún no se caen de la fachada. Además está a un paso de la plaza de Wenceslao. El centro de Praga es bellísimo para pasear —afirmó, al tiempo que le ofrecía su mano derecha como señal de cortesía.

Maurizio lo miró, intentando comprender qué demonios hacía en este apartado lugar del Viejo Continente, y por qué se había visto inmerso en una historia que debía de haberle sido ajena. El anciano, con una fuerza inesperada, atrajo al arqueólogo hacia sí, al punto de que sus rostros se enfrentaron.

—Una advertencia más: si usted lee las páginas que le he entregado y no quiere seguir buscando, olvídelas, jamás comente que las ha estudiado; no lo haga si no desea terminar sus días prestando atención a sus cuatro costados y sintiéndose vigilado... Para cualquier cosa deje cada mañana una nota en la recepción. Martina las recogerá puntualmente —afirmó, soltándolo repentinamente.

El anciano se acurrucó en la silla. Era como si hubiese empleado sus últimas fuerzas en transmitir su mensaje. Segundos después enfilaron el sendero por el que habían llegado hasta allí. Maurizio los siguió con la mirada. Jan, el muchacho que lo había traído hasta aquí, se cruzó con la singular pareja, y tras llevarse la mano a la gorra en señal de respeto, continuó subiendo.

—Señor Roncalli, ¿está preparado? —le preguntó, ahora con más cordialidad que en su anterior encuentro.

Maurizio no respondió. Permanecía absorto observando cómo las luces de la ciudad vieja comenzaban a destellar, confundándose entre la niebla que escapaba de las mansas aguas del Moldava. El joven se dirigió nuevamente a él. Había perdido su aparente seguridad. Ahora parecía asustado.

—Señor Roncalli, tenga esta linterna. El sendero está muy oscuro. No se vaya a tropezar con las piedras que parecen crecer en él —dicho lo cual se la entregó, y con un movimiento extraordinariamente ágil, tras agarrar el asa de la maleta, se volvió y comenzó a caminar.

La noche había caído y la oscuridad lo envolvía todo. Los haces de luz chocaban contra los árboles, despertando de su letargo a las criaturas que habitan la noche. Maurizio empezó a intranquilizarse. Además, la conversación que inició el muchacho no ayudaba precisamente a lo contrario.

—Ya le dije que por aquí todavía quedan lobos, pero posiblemente no sea lo más malo que uno se puede encontrar. Cerca de la ermita de San Martín, donde he dejado el coche, son muchas las ocasiones en las que los paseantes han asegurado ver a unos perros gigantescos de color negro con los ojos encendidos como las llamas del infierno. Además, en la colina habitan treinta y cuatro espectros, de los cuales veinte son damas blancas —aseguró.

La oscuridad no le permitía observar la expresión del arqueólogo, que sin murmurar palabra lo seguía, incapaz de saber qué debía hacer: si intranquilizarse aún más, o esbozar una generosa sonrisa. El chico, ajeno a sus pensamientos, continuó exponiendo sus miedos. Ya no era el joven cortante de horas antes; ahora parecía buscar su complicidad, como si de esta forma lograra una mayor seguridad.

—La peor, de todas formas, no es una dama blanca. Es la Doncella Negra, que aparece junto a los restos de la muralla de Spicka. Un amigo mío la ha visto, y me dijo que aparece gimiendo y llorando. Cuando te acercas para saber qué le ocurre, su aliento gélido te congela para siempre. A mi amigo le heló dos dedos de la mano derecha y se los tuvieron que amputar —afirmó ante la incredulidad cada vez más creciente de su acompañante.

Unos metros más adelante, quizá veinte, se encontraba el vehículo. Jan había dejado las luces de cruce encendidas, posiblemente porque en esta oscuridad tan cerrada, de no tener un faro que los guiara en la noche, tenían todas las papeletas para acabar perdiéndose hasta la llegada del día. Y eso, a pesar de que Maurizio no creía en las historias con las que el supuesto taxista le había amenizado el recorrido, no era algo que en ese instante le apeteciese.

Como si estuviesen milimétricamente sincronizados, ambos abrieron y cerraron las puertas del vehículo a la vez. Ya en el interior, disfrutando de la seguridad que le

otorgaba el viejo coche, abrió el paquete con sumo cuidado mientras el muchacho arrancaba e iniciaba la marcha. Maurizio extrajo del interior del mismo dos viejos cuadernos. El olor evidenciaba su antigüedad, y la caligrafía de sus primeras páginas, que fueron escritos con plumas aún más antiguas. Sabía que el relieve de las letras indicaba la presión que sobre el papel tuvo que hacer el escribiente; y ésa era la primera pista de la época de que procedían: siglos XVIII o XIX.

Empezó a leer...

—«Diario de Johann Friedrich Glaser. Silesia, 2 de febrero de 1731».

El otro diario, manuscrito con una caligrafía aún más depurada, era posterior. Maurizio leyó en voz baja dos hojas sueltas, separadas a conciencia del resto pero que abrían el manuscrito.

—«Diario de Johannes Flückinger, médico castrense del Honorable Regimiento Fursstenbusch de Viena. Katowice, 26 de enero de 1732».

¿Flückinger? Aquel nombre le sonaba, pero no era capaz de recordar... Hasta que le vino a la cabeza la imagen castigada del decrepito anciano. Llevado por un impulso irrefrenable, no atendiendo a la mirada curiosa del conductor, que llevaba varios minutos observando todos y cada uno de sus movimientos, abrió su cartera negra y rescató de sus profundidades el libro que lo había llevado hasta allí. En su primera página, Maurizio volvió a leer...

—«El patriarca de Venecia...». —No, era un par de páginas más adelante.

¡Aquí estaba! La dedicatoria...

—«A Johannes Flückinger, que entendió que para llegar a la verdad hay que partir del desconocimiento».

¿La verdad? ¿A qué verdad se refería? El taxi paró sobre el empedrado. Sin apenas percatarse habían entrado en la ciudad vieja y ya se encontraba a las puertas del lujoso hotel. El muchacho, fiel a su costumbre de permanecer en silencio, al menos cuando la luz iluminaba su camino, descendió primero y dejó el equipaje sobre la acera.

—Doctor, que descanse. En recepción ya saben que está usted aquí. Hasta pronto —se despidió, montando nuevamente en el coche y arrancando a toda prisa.

Maurizio quedó contrariado, permaneciendo unos segundos quieto sobre la acera. Reaccionó. La noche era la mejor aliada de las sombras en esta ciudad en la que la luz poseía otra intensidad; era tenue, tanto como para despertar viejos miedos. Con los libros sujetos bajo la axila derecha, se volvió y se dirigió hacia la entrada del hotel. Estaba ensimismado, se sumergía una y otra vez en sus propios pensamientos. Quería llegar rápido a la habitación y comenzar a leer. Aquellas páginas habían despertado su curiosidad innata. Y esa idea lo llevaba a permanecer en su propio mundo, tanto como para no atender a los sonoros cláxones de los coches que a esas horas circulaban por las calles sin viandantes de Praga; tanto como para no percatarse

de que a veces esas mismas sombras son el refugio en el que se ocultan las malas intenciones; tanto como para, llegado el momento, no escuchar los pasos que cada vez más rápido se estaban dirigiendo hasta donde se encontraba.

Suspiró profundamente, saboreando el olor de la ciudad, esa mezcla de humedad y madera vieja que sólo se respira en lugares como éste, cargados de historia, de magia y de tragedia. Y así, sumido en una profunda ensoñación, se dispuso a atravesar el umbral de la gran puerta.

—¡Cuidado! —advirtió un orondo guardia de seguridad al otro lado.

No tuvo tiempo para reaccionar. Como un espectro surgido de entre la niebla, un extraño se había aproximado a él a toda velocidad, y con unos reflejos extraordinarios le cogió los documentos que se balanceaban bajo su axila izquierda. Sintió un escalofrío al comprobar que el desconocido y su información se perdían por una callejuela que se abría a la derecha, unos veinte metros más adelante. Y por fin reaccionó.

El guardia del hotel le gritó en perfecto inglés:

—Señor, ¡no vaya detrás de él! Puede ser peligroso.

Pero Maurizio ya había emprendido la persecución. No estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de, ahora sí, unir los eslabones perdidos que faltaban. Estaba enrabiado. ¿Cómo se atrevía aquel ratero a intervenir en una historia que no era suya, intentando borrar los pasos dados hasta ese momento? Giró la calle apretando los puños, y frenó en seco... Estaba tenuemente iluminada, como prácticamente toda la ciudad. Pero estos rincones, que pasaban desapercibidos al turista, se descuidaban aún más. Y allí, al fondo, un hombre desgarbado le daba la espalda, mirando compulsivamente hacia arriba, a uno y otro lado, intentando dar con la grieta que le permitiese escapar de aquel callejón que finalizaba bruscamente en una pared de ladrillo sucio. Maurizio sintió un desagradable escalofrío al oír la respiración de su perseguido, forzada, casi transformada en un gruñido.

—¡Devuélvame el paquete! —le gritó desde la distancia.

Pero aquel extraño ni tan siquiera lo miró. Continuaba buscando el resquicio por el que escapar. El arqueólogo se fue aproximando lentamente, intentando estudiar al hombre que tenía frente a él y que parecía continuar ignorándolo. No era demasiado alto, ni demasiado mayor, pero parecía cansado. De su boca salía al ritmo de su respiración una nube de vapor que le confería un aspecto siniestro. Vestía completamente de negro y llevaba la cabeza rasurada. No era un simple ladrón. Aquel hombre sabía perfectamente qué era lo que sostenía entre sus manos; no se lo había llevado al azar. Y eso, atrapado como estaba, parecía ponerlo aún más nervioso. Maurizio se dirigió nuevamente a él, intentando que se produjese un intercambio de palabras.

—Si lo que busca es dinero aquí tiene lo que tengo —le dijo, sacando de su

bolsillo setenta y cinco euros—. Pero por favor, devuélvame ese paquete. Contiene algo muy personal y de mucho valor sentimental para mí —terminó, intentando que el desconocido se apiadase.

Pero el hombre, repentinamente rebajó el ritmo frenético de su respiración, y volviendo la cabeza lo miró y sonrió. Maurizio se sintió amenazado. Su expresión era demoníaca. Apenas si podía ver sus pupilas entre las profundas ojeras. Y sus dientes, afilados, dejaban entrever una lengua roja que, como una serpiente, se movía rápido, entrando y saliendo de la boca como si estuviese a punto de saborear un succulento manjar.

Se quedó helado, más aún cuando el guardia de seguridad, logrando vencer su propio peso, llegó hasta la entrada del callejón, y gritando algo en su idioma llamó la atención del misterioso personaje mientras, asustado, desenfundaba su arma. El grotesco ser amplió su sonrisa, y abriendo la boca hasta que las comisuras se deformaron, emitió un sonido gutural que perforó el alma de Maurizio. A continuación emprendió la carrera, esta vez en dirección al arqueólogo, que en un gesto instintivo se agachó, observando atónito cómo aquel hombre saltaba por encima. Y aun así tuvo tiempo de alzar los brazos y agarrarlo de ambas piernas. El agresor cayó al suelo con un fuerte golpe, y el paquete rodó, alejándose, varios metros... Parecía desconcertado, segundos que aprovechó Maurizio para coger los documentos y aprisionarlos contra su pecho como si en ello le fuese la vida. El guardia de seguridad dio el alto al desconocido apuntándolo con su pistola. Éste, dando un salto antinatural, se dispuso a atacar nuevamente al arqueólogo. En ese instante un silbido, agudo como el canto de un *castrato*, atravesó fugaz el callejón, impactando contra la pared junto a la que se encontraba su agresor. Sobresaltado, se volvió hacia el guardia, que, temblando, aún sostenía en alto su arma, dispuesto a disparar otra vez. Aquel hombre demoníaco emitió un profundo gruñido. Sabía que poco era lo que podía hacer, salvo exponerse a las balas, y, sin dudarlo, se encaramó a una valla metálica que había en un extremo de la calle y desapareció entre las sombras de un solar contiguo en cuyo centro aún se levantaban las ruinas de un viejo edificio.

—¿Está usted bien? —se apresuró a preguntarle mientras aún permanecía en el suelo.

Y Maurizio, alzando la mirada, únicamente se limitó a asentir con un leve movimiento de su dolorida cabeza. No entendía muy bien qué había pasado, pero era consciente de que alguien sabía que estaba allí y cuáles eran sus intenciones.

Pero aquel desconocido, su rostro, su sorprendente agilidad... Una vez más sintió miedo; y segundos después tranquilidad. Contempló el paquete y esbozó algo similar a una sonrisa. Estaba entre sus manos.

—¿Quiere que llamemos a la policía? —preguntó nervioso su uniformado

defensor.

Maurizio carraspeó. No quería ni podía levantar sospechas. Además, ¿cómo explicar el motivo de su estancia...?

—No, dejémoslo estar. Al fin y al cabo he recuperado mis pertenencias — aseguró, apretando nuevamente con fuerza los documentos contra su pecho.

Al menos esta vez no habían logrado su objetivo...

Pudo dormir, mal, pero descansó, y la tensión del día anterior abandonó su cuerpo. Las turbulencias nocturnas lo desplazaron a uno y otro lado de la cama; las resacas cada vez le duraban más tiempo... Abrió los ojos y miró la techumbre, cubierta por la madera trabajada tiempo atrás en los bosques de Karlovy Vari, al norte del país. Ahora la carcoma hacía bien su trabajo, y cientos, miles de agujeritos se repartían por toda su superficie dando a la estancia una apariencia deliciosamente decadente.

Maurizio miró su reloj.

—¡Dios mío! Si son las cinco de la mañana... —se lamentó, adelantándose al cansancio que tendría llegada la tarde.

Sin embargo sus ojos parecían querer indagar en las sombras, porque entre esas sombras aparecía una y otra vez la expresión lasciva de su inesperado atacante nocturno. No podía dormir. Se revolvió dos veces en la cama; una tercera le confirmó que sus horas de sueño, al menos por hoy, eran suficientes.

Y entonces, protegido por el cálido abrazo de las gruesas sábanas, cogió los manuscritos que la noche anterior había dejado sobre la mesa de madera que había junto a la ventana de la vieja habitación, y siguiendo una secuencia cronológica, empezó a leer...

Diario de Johann Friedrich Glaser.

Silesia, 2 de febrero de 1731

Comienzo estas páginas una vez he llegado al que será mi destino en las próximas semanas, después de un viaje que pensé que no iba a terminar jamás. Estas regiones del este aún permanecen ancladas en un atraso evidente que se va haciendo más presente conforme los caminos por los que cabalgamos se van sumergiendo en las entrañas de sus cerrados bosques. Durante el trayecto, en una fonda, un rudo polaco de aspecto lechoso y que parece una montaña me ha servido un plato de *grochówka*, una especie de puré de guisantes muy espeso que a decir de mis compañeros de viaje es típico de determinadas provincias de Polonia. Poco después ha completado el menú con otro plato delicioso, al menos hasta que he sabido de qué se trataba; así de estúpidos somos los seres humanos. Se trata de *ozór wołowy*, una carne tan bien sazónada que no sabría decir si estaba salada, picante o agrídulce. El mesonero ha

confirmado mis temores: se trata de lengua de vaca guisada. Aun así le he pedido la receta. Quizá vaya siendo hora de disfrutar del juicio y aislar el prejuicio.

Conforme avanza la diligencia, la apariencia de los pueblos va cambiando; la belleza de nuestras tradicionales aldeas vienesas queda atrás, y las localidades que dejamos en el camino están revestidas de un aspecto primitivo, casi mezquino. Aquí la pobreza y las epidemias están causando estragos.

Si bien me he resistido a realizar el viaje, finalmente la insistencia de mi sobrino Sebastian, que ejerce de médico en la voivodia de Silesia desde hace cuatro años, me ha convencido de la necesidad de emprender el periplo hacia este rincón remoto de la vieja Europa, donde se están produciendo una serie de epidemias ante las cuales la medicina se muestra cautelosa, ya que de momento no parece poder erradicarlas.

He de reconocer que la curiosidad supera con creces a la sensación de inseguridad que se va apoderando de los occidentales que viajan junto a mí; sólo hay que atender a sus rostros para saber quiénes son nativos de la región hacia la que nos dirigimos y quiénes dejamos atrás las comodidades de los dominios de los Habsburgo, que Dios los tenga siempre en su mente. Porque conforme avanza el coche de caballos hacia las montañas, pese a que estas tierras también pertenecen a nuestra santa monarquía, aquí la superstición y la ciencia se mezclan en un remolino que gira salvaje desde hace siglos. No puedo dejar de pensar en la última misiva que me remitió mi apreciado Sebastian:

Querido tío:

Después de cuatro años conviviendo con las gentes de la Alta Silesia, no puedo negar que están haciendo mella en mis particulares creencias las propias de aquellos que semana tras semana, día tras día, se acercan hasta mi casa, da igual que el sol despierte o que la noche se cierre como la boca de un lobo; ellos precisan de alivio, y en las más de las ocasiones no se trata de alivio físico, sino espiritual. Tengo la sensación de estar transformando mi vocación científica médica, dejando paso al brujo tribal del que imagino deviene todo lo que somos. Te escribo para pedirte ayuda, porque sé que tus conocimientos son más extensos que los míos, y porque creo que en contadas ocasiones estoy perdiendo la cabeza, dando por buenos testimonios y certezas que en otro tiempo habría desechado al instante, cuando no derivado a la tan necesaria rama psiquiátrica de la medicina.

Tío Johann, las epidemias avanzan aunque son selectivas; no puedo explicar el porqué, pero el virus que las dirige es capaz de actuar con una audacia superlativa, seleccionando a los ancianos más frágiles o a las doncellas más lozanas. No parece distinguir de sexo, estado físico o estamento social; simplemente actúa, y cuando lo hace convierte a quien lo padece en un cadáver andante, en un cuerpo sin alma, despacio, mermando sus defensas al punto de que los enfermos padecen lo indecible

y fenecen entre delirios, aterrorizados por las supuestas presencias que a decir de éstos causan sus males.

Sí, tío, son alucinaciones que creo parten del mal estado del centeno utilizado para hacer la masa de pan. Según mis pesquisas podría haberse visto parasitado por el hongo *Claviceps purpurea*, que como bien sabes es la causa de terribles alucinaciones y repentinas gangrenas; y sin embargo... El interés que nuestra santa Iglesia parece mostrar por los hechos que aquí se llevan produciendo desde hace meses, quién sabe si años, también me provoca cierto recelo. El trato que dan a los enfermos me ha causado más de un enfrentamiento. Estos hombres de fe no parecen atender a las enseñanzas de amor y piedad que nos legó Jesucristo, y tratan a mis pacientes con un desprecio salvaje. Castigados físicamente y sintiéndose abandonados espiritualmente, caen entre las atentas manos de la melancolía, que se los acaba llevando para siempre.

Querido tío, aguardo impaciente tu llegada. Creo que esta situación también está minando mis fuerzas.

Con devoción,

Sebastian...

En Katowice, a 7 de enero de 1731.

Ha transcurrido casi un mes desde que me escribió, y aún soy capaz de percibir su pulso acelerado y la falta de aire. Sebastian es un muchacho fornido, seguro de sus actos y profundamente creyente. Además, se ha hecho hombre y ha realizado el juramento hipocrático en nuestra gloriosa institución militar; ha sido preparado como médico, pero también como soldado. Por eso me resulta tan difícil entrar en su cabeza para por un instante percibir lo que siente, porque esta forma de actuar no es propia de él. Por eso, y no por otro motivo, he decidido emprender viaje a toda prisa...

Anochecer

Acabo de bajar del carruaje. Da la sensación de que el paso de occidente a oriente lo ha dejado aún más deteriorado. La oscuridad ha caído violenta sobre este profundo valle entre ásperas montañas. El paso de caravanas está tenuemente iluminado, vacío. Nadie más ha descendido, y nadie aguarda la llegada de ningún familiar, de ningún amigo, de ningún ser querido... Ni tan siquiera Sebastian ha venido a recibirme. Es extraño; estoy solo. En ocasiones el exceso de previsión está justificado; antes de partir apunté la dirección del remitente. Saldré al exterior, donde espero que haya algún coche de caballos que me acerque a la ciudad. Dejo de escribir, por ahora...

Maurizio suspiró profundamente. Levantó la mirada por unos instantes imaginando al doctor vienés llegando a la solitaria parada de fondas, en la que las maderas carcomidas sostenían una vieja techumbre y el desgastado reloj indicaba que, una vez más, el coche de caballos se había retrasado. Despacio, se levantó y cogió una botella de agua del mueble bar que había bajo la mesa. La abrió. Hacía tiempo que no disfrutaba de un trago prolongado y fresco. Volvió a suspirar y, ahora sí, acelerando el paso se tumbó nuevamente en la cama, cogió el manuscrito y continuó la lectura...

Katowice parece una ciudad bella. Sus calles, sus casas, sus murallas aún mantienen perfecta la estructura medieval que la hubo de convertir en una urbe levantada para defenderse de las constantes embestidas de los ejércitos turcos. Si éstos no pudieron doblegar sus piedras, el avance de la civilización tampoco lo hará... Por fin me he acomodado en casa de Sebastian. No es demasiado grande, pero sí al menos acogedora. Me ha abierto la puerta una mujer anciana bastante oronda vestida con el *slask*, el vestido tradicional de la región, gris en su parte superior y negro en la inferior, con una cinta a la altura del pecho con todos los colores imaginables. Parecía como si me esperara, pues amablemente me ha invitado a entrar y me ha ofrecido un té de cilantro. Sin embargo, no ha acertado a la hora de indicarme dónde se encuentra Sebastian; únicamente rehúye la conversación afirmando en un perfecto alemán que no entiende lo que le estoy diciendo.

Estoy preocupado. Han pasado tres horas desde que me instalé en esta vieja casa y aún no sé nada de mi sobrino. Una extraña sensación se está apoderando de mí; me atenaza el corazón y despierta un temor irracional, todavía no sé muy bien a qué. Dios quiera que se encuentre en perfecto estado. Sus últimas palabras evidenciaban que estaba siendo víctima de alucinaciones. Imagino, porque esta mujer apenas si me dirige la palabra salvo para pedirme que me acomode una y otra vez, que habrá tenido que salir para atender alguna urgencia. Es comprensible suponer que los trayectos por esta región son difíciles y largos. Según he podido observar antes de llegar, una vez se abandona la ciudad hay una intersección en la que se alza un viejo crucero. De ahí parten caminos de montaña, junto a los cuales se mecen las maderas de viejos carteles indicadores, donde ni tan siquiera aparecen las distancias que se han de cubrir para llegar hasta el destino, posiblemente porque ni ellos mismos lo saben.

Cuando era más joven e imprudente pedí como primer destino las inhóspitas tierras de los Alpes, en el valle de Felbertauern. Allí los senderos de montaña permanecían anegados con la llegada de las nieves, y las pocas aldeas que se repartían por los montes quedaban al antojo de las enfermedades, porque por mucho que lo intenté, ni tan siquiera mi fiel caballo *Grikan* logró salvar los escollos que a

veces nos pone la naturaleza...

He visto que Sebastian tiene un pequeño despacho a la entrada de la casa. Voy a bajar para ver si entre sus papeles hay alguna pista que me lleve a dar con el porqué de esta repentina «desaparición».

Más tarde

La mujer, al ver que entraba en el despacho me ha seguido, imagino que para comprobar que no hacía nada impropio. He logrado sacarle alguna información: por lo que le he entendido, pues únicamente comprende el idioma de los Habsburgo cuando resulta de su conveniencia, mi querido sobrino ha salido hace ya cuarenta y ocho horas. Al parecer vino en su busca un sacerdote del que no he logrado adivinar el nombre. Ella, por vez primera, ha mostrado cierta preocupación al ofrecirme estos vagos detalles. Además, he encontrado un informe sobre la mesa de Sebastian, escrito a mano, con algunas líneas destacadas en rojo, redactado por el célebre filósofo alemán Michaël Ranft hace apenas seis años. Se trata de una curiosa disertación titulada *De Masticatione mortuorum in tumulus*. He cogido parte de dicho informe para anexionarlo al diario de trabajo que ahora mismo me encuentro escribiendo, ya que todo me ha indicado que mi sobrino lo está estudiando en profundidad. Dice así:

Tras la muerte de un sujeto de nombre Pietro Plogojoviz diez semanas antes —el cual vivía en la ciudad de Kisolova en el distrito de Rahm—, y después de haber sido enterrado conforme a la costumbre de las gentes, se reveló que en la ciudad de Kisolova, en el transcurso de una semana, nueve personas, jóvenes y viejas, también habían fallecido tras sufrir una enfermedad de veinticuatro horas. Y habían manifestado públicamente, mientras aún estaban vivos, aunque en su lecho de muerte, que el arriba mencionado Plogojoviz, muerto diez semanas antes, les había visitado durante el sueño, cayendo encima de ellos y asfixiándolos, de tal modo que sabían que iban a expirar en breve.

Puesto que no podía hacerlos cambiar de opinión ni con buenas palabras ni con amenazas, he decidido acudir a la ciudad de Kisolova en compañía del patriarca ortodoxo de Gradisk y examinar el cuerpo de Plogojoviz, que estaba recién desenterrado. Encontré, para hacer honor a la verdad, que no despedía el hedor que es característico de los muertos, y que el cuerpo, exceptuando la nariz, que se había caído en parte, estaba completamente fresco. El cabello y la barba, e incluso las uñas, se habían desprendido, pero le habían crecido de nuevo; la piel vieja, que estaba blanquecina, se había desprendido y una nueva había surgido. La cara, las manos y los pies, así como el resto del cuerpo estaban tan bien conservados que no podían haber estado más completos ni en vida. No sin asombro observé que había sangre

fresca en su boca, la cual, según el parecer de todos, había chupado de la gente a la que había dado muerte. En resumen, presentaba todos los síntomas que tienen estos seres, tal y como se ha mencionado más arriba. Después de que tanto yo como el sacerdote contempláramos aquel espectáculo, la gente fue pasando de la consternación a la furia, y rápidamente tomaron una estaca con la intención de atravesar con ella el cuerpo del difunto, y al traspasarle el corazón no sólo fue causa de que brotara mucha sangre fresca de sus orejas y boca; también de otras cosas demasiado salvajes que no mencionaré por respeto.

Había leído en varios escritos del padre benedictino Agustín Calmet que en estas tierras del este dichas supersticiones, aparentemente infantiles y sin ningún género de dudas potenciadas por el miedo del pueblo inculto, poseían más fuerza que la propia religión, pero jamás imaginé que llegase hasta este extremo. No entiendo muy bien por qué mi sobrino está estudiando estos sucesos, aunque imagino que su razón tendrá. De lo que estoy seguro es que va a ser una estancia muy interesante.

Dejo de escribir por unos instantes; alguien está golpeando con fuerza la puerta de la habitación.

Seguro que es Sebastian...

Se asomó por la ventana, dejándose acariciar por el viento frío de la madrugada que termina. A lo lejos, el viejo reloj de la plaza continuaba marcando las horas desde hacía cinco siglos. Entre las figuras, solitarias a esas horas, destacaba el esqueleto que marcaba el paso del tiempo, como una metáfora de que éste siempre conduce al mismo final. Necesitaba respirar, coger bocanadas de aire. No sabía bien por qué, pero sentía toda esta historia incomprensiblemente cercana, como si conociera a sus protagonistas desde un instante pasado; como si existiera un hilo etéreo que unía sus espíritus a través de los siglos...

Se dio la vuelta y con parsimonia encendió la chimenea, sin antes cerciorarse de si el tiro de la misma funcionaba correctamente o no. Pero la leña, colocada meticulosamente sobre el atril de hierro que se elevaba unos centímetros en la superficie, comenzó a arder. No hacía falta más luz para continuar la lectura...

3 de febrero de 1731

Ha sido una noche espantosa. La mujer estaba muy nerviosa y no era capaz de articular palabra; incluso cuando abrí la puerta continuaba golpeándola con fuerza, como si permaneciera en un estado semihipnótico provocado por el colapso que le causó la terrible noticia.

Dios, ¡es horrible! No puedo contener las lágrimas mientras escribo estas letras. El tabernero, un tal Yolaki, se presentó poco después de hablar con la mujer y me ha asegurado que Sebastian ha sido encontrado muerto, brutalmente golpeado, con el cuerpo lleno de cortes y el rostro desencajado por el horror. Sus ojos, según he logrado saber, estaban muy abiertos, implorando una ayuda que evidentemente no llegó. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no me han dejado verlo? ¿Por qué he de creer lo que cuentan? Este hombre, rudo y corpulento como un oso, me ha asegurado que han sido los lobos. Sebastian, mi pobre Sebastian regresaba de una intervención en las aldeas de la montaña cuando la noche se le echó encima. Y por estas agrestes tierras la madrugada es sinónimo de perdición, porque es entonces cuando salen a cazar las criaturas que permanecen escondidas de la luz diurna, porque se encuentran más cómodas entre esas sombras donde ni tan siquiera la mirada de Nuestro Señor parece llegar.

Son pocos los datos que poseo, pero según me indican ha sido encontrado junto a un regato que discurría por el sendero que desciende de las cumbres, tumbado boca abajo y horriblemente castigado. Ha querido Dios en su infinita bondad que el cuerpo lo haya descubierto un sacerdote italiano, que rápidamente avisó a las autoridades y recogieron el cadáver, acondicionándolo como buenamente pudieron en el interior del ataúd. Los gitanos se han encargado de trasladarlo en un viejo carromato hasta los juzgados de la población, donde permanece ahora.

Pese a mi insistencia, y a mis propios conocimientos forenses, el alguacil se ha negado una y otra vez a abrir la caja; alega que el cuerpo se encuentra en muy mal estado, y aunque durante mis más de veinte años de trayectoria profesional he podido observar las escenas criminológicas más truculentas, no he querido insistir más. No, no sé si sería capaz de soportar la visión del cuerpo sin vida de mi sobrino querido en ese espantoso estado.

El juez Jalos Gulaj, un hombre entrado en años pero con la moderación que ha de caracterizar a la justicia, me ha dado su más sentido pésame y me ha afirmado que va a hacer que la burocracia propia de estos casos se acelere al máximo para que mañana mismo podamos dar cristiana sepultura al buen Sebastian.

Será aquí, en Silesia...

4 de febrero de 1731, anochecer

¡Dios me perdone! ¡Qué día más horrible! Esta mañana, después de que a las cuatro de la madrugada el juez Gulaj confirmara que ya podíamos velar el cadáver, y tras expresar su voluntad de que sea sin necesidad de abrir el ataúd, decenas de personas han empezado a desfilar por el salón principal del juzgado, el lugar donde se ha instalado la capilla ardiente de mi joven sobrino. El fuerte olor a cera, la humedad del ambiente y el balanceo constante de la luz de la llama han ejercido una extraña presión en mi pecho que por unos instantes ha despertado mis recelos. Hace apenas treinta y dos horas que he llegado y aún no soy capaz de asimilar lo que está ocurriendo; y estas personas parecen mostrar una prisa desmesurada en enterrarlo, todavía no sé muy bien por qué.

A eso de las siete de la mañana ha entrado en el salón un hombre de avanzada edad. Estaba cansado después de haber caminado durante dos días, pero ansiaba llegar a tiempo para rendir el último homenaje a Sebastian. Pese a vestir completamente de negro, y a su espesa y canosa barba, no debía de tener más de cuarenta años. Tras arrodillarse frente al ataúd se ha persignado, y acto seguido, tras incorporarse de nuevo, ha besado la tapa de la caja. No he podido evitarlo y lo he seguido con la mirada, hasta que la suya se ha clavado ferozmente en mi persona. Despacio, intentando no romper el silencio de la situación, se ha acercado a mí, que

permanecía sentado junto a la única ventana que da a la calle. Tras cogerme las manos con las suyas, muy trabajadas, me las ha besado, y sin mediar palabra alguna se ha marchado... En ese instante, dada mi más que evidente sorpresa, Yolaki se ha acercado y me ha explicado el porqué del misterioso comportamiento del último visitante.

—Doctor Glaser, este hombre es Wojciev, un montañés que perdió a su mujer, precisamente en manos de su sobrino... —ha destacado, aumentando aún más mi incompreensión.

¿Por qué, entonces, venera de este modo el cuerpo del difunto Sebastian? Yolaki se ha apresurado a responder...

—Su esposa, la bella Mirka Kilar, fue hallada hace tres meses en los senderos de las peñas del Dragón en un estado deplorable. Supuestamente había sido atacada mientras iba a lavar la ropa al amanecer por... lobos —carraspeó—. La situación era terrible porque la pobre chica estaba preñada de casi ocho meses. Son una familia muy buena, pero viven aislados en lo más alto de los cerros que se ven desde aquí —ha asegurado, señalando a través de la ventana hacia las altas montañas que se alzan majestuosas a lo lejos.

Ha continuado:

—La valentía de su sobrino, apenas armado con un viejo rifle y cabalgando durante horas por senderos que se asoman a profundos desfiladeros, y el conocimiento que tenía de esta región, permitieron que llegara a tiempo para aliviar a la mujer en sus últimas horas de vida, más aún cuando ésta observó que el pequeño que llevaba en su interior era puesto a salvo tras una dificultosa operación de urgencia. Dicen quienes allí estaban que entonces la pobre Mirka sonrió satisfecha, y que en ese instante, con el recién nacido entre su manos, su sobrino Sebastian comenzó a llorar... —ha acabado diciendo.

He permanecido durante unos segundos consternado, reflexionando acerca de los años tan duros que ha pasado mi sobrino en este lugar y la poca atención familiar que hemos prestado a sus misivas, e incluso a las súplicas para que viniéramos a verlo.

Las horas han pasado lentas, y con el amanecer ha llegado el sacerdote, un italiano vivaracho y muy nervioso que ha descompuesto el respetuoso silencio del improvisado velatorio. Sin dar demasiadas explicaciones se ha acercado hasta mí, y en perfecto alemán me ha mostrado sus respetos. No puedo evitar pensar que la última persona que vio a mi sobrino fue él, y que parece mantener un extraño silencio en torno a lo que encontró la pasada madrugada.

La ceremonia còrpore insepulto se ha desarrollado más rápido de lo esperado, y el ataúd ha sido entregado a la madre tierra sin apenas dar margen a dejar escapar una lágrima. El padre Bruno parecía tener demasiada prisa en enterrarlo. Antes de que se marchara, he logrado pararlo y le he preguntado sin tapujos:

—Padre Bruno, ¿qué ha pasado con mi sobrino?

El hombre me ha mirado despacio, dejando escapar un suspiro de compasión, y sin pestañear ha asegurado que Sebastian ha muerto atacado por un depredador nocturno, seguramente un lobo de gran tamaño o un oso, dada la brutal desproporción de los desgarros que aparecían en gran parte de su cuerpo. Y sin embargo no ha sido capaz de explicar por qué alrededor del cadáver no había ni una sola huella de animales, tal y como me confirmó ayer el bueno de Yolaki. Es extraño; tengo la desagradable sensación de que me está ocultando algo, algo oscuro, algo que él parece conocer sobradamente...

La conversación se ha terminado cuando dos ancianas, cuya melena canosa aparecía cubierta por unos enormes pañuelos negros, se han acercado hasta mí para darme el pésame. Una de ellas no dejaba de mirar hacia abajo, cuestión que me ha incomodado, puesto que no es forma de presentar respetos a nadie. Será la tradición... Cuando al fin me he despedido de ellas les he ofrecido la mano en señal de gratitud, y ha sido en ese instante cuando la más callada de las dos ha alzado la vista y, temerosa de que la oyeran, ha abierto extraordinariamente los ojos y, señalando la caja en la que descansan los restos de mi amado sobrino, me ha susurrado dos palabras...

—*Strigoiu, strigoiu...*

Acto seguido ha salido como alma espantada por el maligno. ¿Por qué me ha dicho eso? Mis pocos conocimientos de las lenguas romances me permiten saber que dicha palabra procede del latín *striges*, cuyo significado sería algo así como «muerto malvado», «hechicero...». En fin, todo es disculpable en días como éste en que la tristeza infinita se adueña de mi espíritu. No, no es momento para desentrañar los insondables misterios que parecen subyacer en las tradiciones y supersticiones de estas gentes del este, que casi nada tienen que ver con los habitantes del Occidente europeo.

Llevo las últimas veinticuatro horas pensando qué hacer: si marchar de nuevo a Viena y advertir a la familia de lo ocurrido, o permanecer en esta tierra en la que, tengo la extraña sensación, todavía quedan demasiadas preguntas sin respuesta. Sí, es lo que él desearía. Me quedaré hasta que sea necesario; al menos hasta que el comunicado de la muerte de Sebastian llegue a Viena y decidan mandar a un nuevo médico a la zona. Pueden pasar meses hasta que eso se produzca, tiempo suficiente para saber qué ha ocurrido con mi querido sobrino.

Porque además, tengo la inexplicable certeza de que él no ha sido el único...

10 de febrero de 1731

Llevo una semana en este lugar intentando poner orden entre tanto caos. A Dios

gracias, estas jornadas me han servido para conocer mejor el entorno, y para situar mi instrumental médico y el equipaje en mi nueva residencia. Anna, la oronda señora que hasta el día de su marcha sirvió fielmente a mi sobrino Sebastian, parece haberme acogido como si de él mismo se tratara; es buena, noble y obediente. Y lo más importante: se interesa únicamente por sus asuntos, dejando los de los demás tranquilos.

Ayer tuve la oportunidad de hablar largo y tendido con el padre Bruno. Las supersticiones que hay en la zona son muchas, y si alguien las conoce bien es el representante de Dios en esta tierra. Le he mostrado mi extrañeza ante la última misiva de Sebastian, donde se hacía alusión a unas extrañas epidemias, muy selectivas, que parecían estar produciéndose en la zona desde tiempo atrás. Primero no parecía saber nada, y cuando le he advertido del escrito que encontré en la mesa de la estancia de consultas de mi sobrino, no ha hecho más que expresar su más absoluto desconocimiento respecto a este asunto, y se ha limitado a advertirme.

—Estas gentes, doctor Glaser, son toscas y muy maleables. La superstición ha hecho de las suyas durante décadas; qué décadas, ¡siglos! Esas creencias los convierten, llegado el caso, en seres agresivos. Tenga cuidado por tanto con lo que pregunta.

El espigado sacerdote italiano comparte magisterio espiritual, cada uno dentro de su respectiva confesión, con el patriarca ortodoxo Hristo Yahuma, de la ciudad de Gradisk, pero parece tener mayor autoridad y moverse con más libertad por este territorio. Los nativos de la región no muestran una especial simpatía por él, aunque, dicho sea de paso, él tampoco hace gala de la célebre diplomacia vaticana cuando de relacionarse con estas gentes se trata. Es como si deseara mantener una prudente distancia; como si temiese caer en el agujero negro de creencias que desde la noche de los tiempos poseen los habitantes de Silesia; como si, llegado el momento, estuviese aquí para evitar que la superstición gane terreno a su fe...

15 de febrero de 1731, atardecer

Hoy ha sido un día tranquilo. Las gentes de la comarca van entrando en contacto conmigo, y poco a poco voy ganándome su confianza. He tenido que recurrir a la extraordinaria biblioteca de mi añorado Sebastian para conocer más en profundidad el corpus de creencias que poseen, en torno a las cuales giran sus vidas, sus enfermedades y sus miedos. Y con gran agrado he descubierto que el bueno de mi sobrino posee los dos volúmenes que le entregué, y que me regaló años atrás, aún pendientes de publicar, mi admirado amigo el benedictino don Agustín Calmet: el *Tratado de las apariciones de los ángeles, de los demonios y de las almas de los difuntos*, y el segundo trabajo: la *Disertación sobre los regresados en cuerpo, los*

excomulgados, brucolacos, etcétera. Nadie mejor que él conoce la saña con la que actúan las supersticiones paganas, y el mal que acusan en el hombre de cualquier época. Son dos obras ejemplares. Que Dios lo guarde para siempre y consiga divulgar tanto conocimiento amasado durante años.

No puedo evitar la pena que destroza mi corazón, pero he decidido indagar en las extrañas epidemias que se están produciendo, porque sea lo que sea lo que las genera, Sebastian se obsesionó sobremanera con las mismas; además, mientras no se halle al causante de su terrible deceso, he jurado por mi fe que no cejaré en el intento de desvelar qué ha ocurrido en esta tierra en la que los demonios de la imaginación parecen caminar con paso firme. He hallado varios escritos de su puño y letra, y no dejan margen a la duda: mi querido sobrino estaba sufriendo terribles delirios, posiblemente causados por la ingesta del pan de centeno en mal estado, que ha llevado a la autoridad de la región a publicar un edicto pidiendo que se reduzca el consumo del mismo, dado lo rápido que determinadas habladurías han calado en el ánimo de una población ya atosigada por las hambrunas y las enfermedades. Y aun así, pese al conocimiento profundo que él tenía de dichas dolencias, únicamente analizables desde el punto de vista de la medicina empírica, tengo el recelo de que en sus últimos meses de vida, paulatinamente, fuera perdiendo la cordura. En su cuaderno, primorosamente ornamentado y vestido con una caligrafía exquisita, reflejaba lo siguiente días antes de partir:

Los gitanos han regresado de su incursión nocturna, mientras el padre Bruno, como si estuviese en un púlpito invisible, los jaleaba por la acción que acababan de llevar a cabo; porque gracias a su actuación ellos se habían ganado el reino de los cielos; y el enemigo, gracias a su piadosa acción, también. No he querido preguntar aunque tengo poderosas razones que me llevan a pensar que han cometido un acto brutal. Las gentes de la región llevan meses viviendo una constante pesadilla. Conforme cae la noche se atrancan puertas y ventanas. No son conscientes de que el mal que los aqueja es tan minúsculo que puede penetrar por cualquier rendija; que nada tiene que ver con los monstruos que han creado merced al desconocimiento de enfermedades ya erradicadas en Occidente como la rabia y la peste —no olvidar consultar los escritos al respecto del abad Calmet de Senones.

Maurizio suspiró profundamente. Aquellos viejos legajos estaban repletos de conceptos que a ojos del siglo XXI se antojaban demasiado lejanos. Las luces de la ciudad empezaban a apagarse; el amanecer despejaba las nieblas nocturnas, y con ellas los fantasmas de un tiempo remoto. Despacio, contemplando abstraído los documentos que anárquicamente se repartían entre los pliegues de las sábanas, siguió pasando páginas. Era evidente que el doctor Glaser iba mezclando sus tareas

profesionales con las reflexiones más personales, por lo que una gran parte de su diario no dejaba de ser un compendio de impresiones y dictámenes de las diferentes enfermedades que sufrían sus pacientes, que, dicho sea de paso, conforme transcurría su relato y con él los días, aumentaban en número. El galeno parecía ir poco a poco ganándose la confianza de su feligresía, que lo veía como un hombre amable que parecía no mostrar interés alguno por sus creencias, cuando en realidad se estaba viendo atraído cada vez más por la oscuridad que rodeaba a las mismas.

Maurizio volvió a suspirar, y sin tiempo para pensar más, continuó leyendo. Necesitaba saber...

25 de febrero de 1731

Hay algo en el padre Bruno que no me gusta. Es un hombre entrometido y mentiroso. Parece desconocer lo que aquí ocurre, pero aparece como instigador de ciertos actos no muy cristianos en los escritos de Sebastian. Además, le importa poco el oficio de los demás, ya que se toma la libertad de interrumpir cuando le viene en gana, aunque me encuentre en mitad de una consulta. Muestra un desprecio absoluto por los nativos de la región salvo por los gitanos, con los que parece tener una relación más estrecha. He de reconocer que en ocasiones me enerva en exceso... Y por lo que he podido comprobar, a la señora Anna tampoco le agrada su presencia. En ocasiones es tan inesperado que tengo la sospecha de que me está vigilando. Pero ¿por qué?

Atardecer

La mañana ha sido tranquila. Y esta tarde he estado durante horas aprovechando el silencio de mi nueva residencia para consultar la obra de Calmet, a fin de juzgar con más argumentos a qué me estoy enfrentando. Mi querido abad ha escrito un tratado de un valor incalculable. Las generaciones venideras sabrán valorar una obra tan piadosa y exhaustiva. Porque trabajos como éste permiten el avance de las ciencias, pero también del espíritu. Sus estudios, tal y como refleja en las páginas iniciales, tienen un sentido: desentrañar la superstición que como una daga envenenada se clava en las creencias de la humanidad. Dice así:

En este siglo, desde hace unos sesenta años, una nueva escena se ofrece a nuestros ojos en Hungría, Moravia, Polonia y Silesia. Se ve, dicen, hombres muertos desde hace varios años, o al menos varios meses, reaparecer, hablar, andar, infestar las aldeas, maltratar a los hombres y a los animales, succionar la sangre de sus

allegados, hacerlos enfermar y finalmente causarles la muerte; de manera que no es posible librarse de sus peligrosas visitas y de sus infestaciones más que exhumándolos, empalándolos, cortándoles la cabeza, arrancándoles el corazón o quemándolos. Se da a estos reaparecidos el nombre de *upires*, y se cuentan de ellos unas particularidades tan singulares, tan detalladas y revestidas de circunstancias tan probables y de informaciones tan jurídicas que casi no es posible negar la creencia que hay en esos países de que tales reaparecidos parecen realmente salir de sus tumbas y producir los efectos que de ellos se publican. La antigüedad no ha visto ni conocido, ciertamente, nada parecido.

El buen benedictino ha querido segar el crédito de tanta mala hierba que está creciendo y que germina desde hace siglos en el corazón de los habitantes de esta tierra.

27 de febrero de 1731

No logro dar crédito a lo que me ha tocado vivir. Esta misma mañana, a primera hora, cuando aún vaciaba sus pulmones el majestuoso gallo del tabernero, han llamado a la puerta de la casa. He oído a Anna vistiéndose a toda prisa y dirigirse a la entrada. A estas horas, salvo parturientas o moribundos, nadie más recorre las calles. Durante unos segundos he podido atender a la conversación que en el dialecto local, el *gúrny slũnsk*, mantenían mi fiel ama de llaves y otra voz. Pese al cansancio que mostraba, puesto que no dejaba de jadear, era evidente que se trataba de una mujer. Poco después Anna ha subido con calma los escalones de madera y se ha detenido frente a mi puerta. No ha hecho falta que llamara; ya la he advertido de que estaba despierto y que bajaría en seguida. Ella, con voz solemne, únicamente ha acertado a decir:

—Doctor... es importante.

La curiosidad es enemiga de la cuchilla, así que he determinado afeitarme más tarde. Protegido del frío con el grueso batín azul de Sebastian, he bajado tan rápido como he podido. En el salón, junto a la puerta de mi despacho, una muchacha, apenas una niña, me aguardaba con un pañuelo blanco cubriendo su cabello, una camisa roja y una falda negra. No me ha mirado. Mantenía los ojos clavados en el suelo, quién sabe si por timidez o como muestra de respeto. Aún no soy capaz de comprender las tradiciones de este pueblo.

Anna se afanaba en encender el fuego de la gran chimenea que hay en esta estancia, mientras la muchacha, nerviosa, no paraba de temblar. Me he acercado hasta ella, y tras levantar delicadamente su barbilla con la mano izquierda, su mirada, hecha de trazas rojas como cristales sanguinolentos me ha impactado. Y ella,

consciente de tal circunstancia, se ha apresurado a agachar nuevamente el rostro.

—Doctor, es Mivzeva, la hermana menor de Mirka, la mujer a cuyo hijo logró salvar su sobrino. No habla alemán, así que si le parece traduciré las palabras de los dos —ha afirmado, tan convencida de que no diría que no que ha permanecido junto a mí.

Si el miedo tiene rostro, esta mañana ha tomado la expresión de aquella mujer.

—Anna, dígame qué le ocurre; qué mal la aqueja —le he preguntado, mirándola con tanta bondad como he podido.

La mujer ha elevado tímidamente la mirada y ha comenzado a farfullar. A cada palabra la vehemencia se ha desatado en sus gestos; movía las manos con rabia, hasta que no ha podido más y se ha derrumbado. Anna ha traducido sus palabras.

—Doctor, Mivzeva asegura que ha tenido que rezar al santísimo hasta cinco veces para atreverse a hablar de ello. Y se arrepiente, porque está convencida de que de haberlo hecho antes su hermana estaría aún viva. Ha estado días caminando desde Górká, en las montañas del sureste, presa del horror que se ha desatado en su aldea, ya que sus vecinos están convencidos de que a su hermana la ha matado un *strigoiu*, y que desde que falleció sale de su tumba para matar a quienes se cruzan en su camino.

He de reconocer que un escalofrío ha recorrido mi espalda conforme Anna, con su marcado acento, me hacía partícipe del terror de la joven. En otras latitudes habría dado por cerrado el asunto tras realizar un examen mental al paciente, pero en este caso, y en este lugar, lo más conveniente es escuchar.

—¿Y ella cree que eso es real? ¿Es por este motivo por el que ha venido a mí, para que la ayude a combatir el mal? —le he preguntado, reconozco que con poca convicción.

Anna ha dirigido nuevamente la mirada a la muchacha y le ha transmitido mis palabras, a lo que ésta ha correspondido clavándome sus ojos con un odio atroz y moviendo la cabeza de manera compulsiva de un lado a otro.

—No, no, doctor. No es eso. Si tal fuera el motivo jamás habría acudido a usted; habría contratado los servicios de los gitanos. Su preocupación es la contraria: varios vecinos están convencidos de que la pobre Mirka se levanta de su tumba durante la noche y se dedica a atacarlos. Mivzeva le pide ayuda a usted, como hombre de ciencia que goza de gran prestigio en la región, para que interceda, ya que está convencida de que ésta u otra noche van a profanar la sepultura de su hermana para descuartizar el cadáver, tal y como manda la tradición en estos casos, y demasiado ha sufrido con la pérdida de su ser querido como para ver impotente como un grupo de fanáticos la despedazan. Eso es todo...

Reconozco que jamás me he encontrado con situación parecida, por lo que tras coger de la mano a la muchacha, le he pedido que se tranquilice. Ella ha roto a llorar y de manera compulsiva me ha besado ambas manos.

Esta noche partimos de viaje...

29 de febrero de 1731

¡Dios mío! Cuánta brutalidad puede anidar en el corazón del ser humano; no hay noche tan oscura como el alma de las personas que esta madrugada han protagonizado el más horrendo de los actos: la profanación de un cuerpo difunto en tierra sagrada. He intentado evitarlo por todos los medios pero ni mi condición de médico militar ha mermado un ápice la rabia y el odio con el que estos hombres, poseídos por el peor de los demonios, han atacado el cementerio.

Después de un día y medio de viaje recorriendo los ásperos senderos de estas montañas, cuando nuestras monturas estaban a punto de desfallecer, hemos llegado a Górká. Es una aldea mezquina, tan pobre que sus casas, si es que se las puede llamar así, se confunden con la pizarra de las agrestes montañas. Habitan como si vivieran en un mundo feudal en el que el tiempo se ha parado. Conforme la noche se ceñía sobre nuestras cabezas y en lontananza se apreciaban las primeras viviendas, las llamas de las antorchas, como el faro que alumbró el camino del marino en la oscuridad, nos han permitido llegar hasta nuestro destino.

Es este lugar para más de cuarenta o cincuenta habitantes, y aun así, ni uno solo de ellos ha salido a recibirnos. El silencio era sobrecogedor, ya que salvo las pezuñas de las monturas hundiéndose en el barro, nada más era lo que se oía. Nuestra anfitriona empezó a inquietarse hasta que, adivinando lo que estaba ocurriendo, saltó de la caballería y se perdió por el sendero que asciende hacia la alta montaña, tragada por la violenta neblina que nos rodeaba. Fue entonces cuando un potente alarido quebró en mil pedazos nuestra inquietud. Saliendo de una brecha en mitad de la noche oímos pasos, decenas de pasos que se perdían en la lejanía; y en mitad de la ladera las llamas de varias decenas de antorchas parecían danzar al son del viento, que, una noche más, soplaba con fuerza.

¿Cómo relatarlo sin que mi diario se transforme en una constante invocación capaz de atraer la oscuridad que anida en el corazón de estos salvajes? Pretenden liberar a un alma perdida cuando en realidad están condenando la suya. Jamás en los años que he pasado en el frente, donde el odio contamina la mente día a día, he atendido a escena tan espantosa, tan demoníaca como la que hoy, cuando atravieso el ecuador de mi vida, he podido observar. Y sin embargo...

Los caballos se han alterado; huelen la maldad. A lo lejos he visto a la turba

humana, gritando, jaleándose, plenos de gozo porque han logrado destruir el foco de tanta perdición, y junto a ellos, a la cabeza del grupo, la espigada silueta del padre Bruno, que con agresividad manifiesta ha abofeteado en repetidas ocasiones el rostro desencajado de Mivzeva. Ésta estaba presa del pánico, y únicamente acertaba a llorar desconsolada ante el desconcertante júbilo de los presentes.

Al cabo de unos instantes he concluido que ha tenido suerte. La caterva de desalmados se ha dirigido hacia el nuevo cementerio, que dista del viejo un par de kilómetros y se encuentra en las inmediaciones de la vieja ermita, cuya advocación, según me ha comentado Anna, era a santa Bárbara. Al principio era tanta mi sorpresa que no atendí a un gran recipiente que el más grande de la comitiva, un hombre rudo y cubierto de vello, llevaba en su mano derecha, como si fuera parte destacada del acto que iban a cometer. No en vano el padre Bruno lo conminaba una y otra vez a que no perdiera el ritmo; su función era importante. Han pasado delante de mí tan imbuidos en sus creencias que ni tan siquiera me han mirado. No he podido evitarlo... y me he dirigido algo alterado al sacerdote, que con desprecio ha retirado mi mano de su brazo izquierdo en actitud amenazante, molesto como el niño al que descubres en una mentira. Sus ojos lo han dicho todo: me ha invitado a marcharme...

Tras consolar como he podido a la joven Mivzeva, sin entender lo que, desesperada, al borde del delirio me decía, he seguido a estos hombres visiblemente alterados, y ha sido entonces cuando... ¡Dios!, no entiendo por qué me has señalado a mí para ser testigo de tamaño salvajismo, pero ya que así ha sido, me veo en la obligación de dejarlo escrito. Imagino que de esta manera estoy protegiendo mi alma.

Al llegar al camposanto, varios hombres, siguiendo la dirección del índice derecho de un gitano viejo, han abierto con violencia una tumba y han extraído la caja de su interior. Debía de llevar tiempo, porque al instante un olor nauseabundo, pese a la fuerza con la que soplaba el viento, se ha apoderado del entorno. Y aun así, han procedido a retirar unas tablas cubiertas de moho, como si fuera una falsa puerta que ocultaba la fosa vacía de tierra que había bajo ella. El silencio, apenas roto por el crujir de las viejas maderas del ataúd al ser devueltas a la superficie, denotaba que tenían miedo. Los músculos tensos, las miradas puestas en el pequeño cajón; alguno incluso agarraba con fuerza el pequeño crucifijo que colgaba de su pecho. Y entonces... el gigantón cubierto de pelo ha dejado el recipiente que portaba, una suerte de puchero, frente al féretro, y se ha retirado. El padre Bruno, con seguridad, ha extraído un libro de su interior y ha comenzado a recitar salmos. He de reconocer que no entendía muy bien qué estaba ocurriendo, menos aún con la muchacha sollozando a pocos metros de mí. Parecía un ritual exorcista, pero allí, salvo madera podrida y restos óseos, poco más había...

¡Dios de las alturas! Qué equivocado estaba. Conforme el padre Bruno ha elevado el tono de su plegaria la caja ha empezado a moverse. Primero de manera apenas

perceptible, pero instantes después las convulsiones eran extraordinarias. ¡En el interior del ataúd había alguien que peleaba por su vida, que luchaba por salir! Esos salvajes lo habían encerrado, bajo tierra, sin mostrar piedad o clemencia. Simplemente lo habían hecho, sin más, siguiendo los preceptos de un sacerdote criminal y de unas creencias disparatadas... Ésa es la única explicación que cabe para comprender lo que ha ocurrido después. La madera, como si una fuerza sobrenatural la estuviera empujando desde el interior, pese a que todo indicaba que la caja estaba abierta, ha saltado en millones de astillas. El pánico ha cundido entre los presentes, que han lanzado sus antorchas al suelo y han salido huyendo veloces. La sorpresa y la incomprensión me han dejado paralizado, y no he podido más que ser inesperado testigo de un acto bestial. Cuando por fin se han dispersado las virutas de madera, frente a mí, a pocos metros, un hombre, pues imagino que era tal cosa, ha surgido del interior del ataúd, con los cabellos desgreñados, la tez pálida, las uñas ennegrecidas por la gangrena de la muerte extraordinariamente largas, y los ojos encendidos como ascuas. Vestía harapos, ropas que se habían consumido tras una larga estancia bajo tierra. Desconcertado, pero gruñendo con violencia, ha mirado a uno y otro lado, y sin dudarlo dos veces se ha abalanzado sobre mí. Mivzeva no sollozaba, porque ya no estaba detrás; se había marchado a toda prisa. El hombre, grotesco e infame, me ha mirado con odio, como si yo encarnara los padecimientos por los que deben de haberle hecho pasar hasta perder la cabeza. Cuando a punto estaba de agarrarme con sus sucias manos, cuatro hombres muy fornidos lo han reducido, y es entonces cuando el sacerdote, impasible hasta ese momento y observando la escena satisfecho, se ha acercado al pobre desgraciado que desde el suelo, lanzando dentelladas a los aires, intentaba liberarse.

—¡Bestia del demonio! ¿Qué has hecho con el cuerpo de esta pobre muchacha? —le ha gritado, despertando aún más la rabia del cautivo.

El padre Bruno ha cogido el recipiente, y tras introducir nuevamente la mano, ha extraído de su interior una gran bolsa de color negro. Imagino, pues me hallaba a varios metros, que bien podría ser la tela de un saco atada con cuerda. Gritando aún más fuerte ha descubierto lo que en ella se ocultaba, y se lo ha mostrado al desharrapado, cada vez más alterado.

—¡Mira lo que has hecho, hijo del demonio, que todos lo vean para que entiendan lo necesario que es el castigo!

Una espesa niebla se ha posado ante mis ojos y he estado a punto de perder la conciencia. El ministro de Dios gritaba victorioso mientras sostenía entre sus manos la cabeza de una joven, con el rostro terriblemente deformado. He creído por un instante estar siendo partícipe de una pesadilla, más aún cuando el desenterrado, fuera de sus cabales, se ha liberado y se ha abalanzado sobre mí nuevamente. Se ha acercado tanto que he olido su desagradable aliento. Quería destrozarme, pero uno de

los acompañantes del prelado lo ha impedido clavándole una estaca de avellano en la pierna izquierda. Me he caído al suelo de la impresión, con tiempo suficiente para ver que el padre Bruno daba por concluida la ceremonia, y como el amo que entrega la carne fresca a los perros hambrientos, tras hablar unos instantes con el gitano más viejo, se ha marchado por el sendero que conduce al pueblo.

¡Santa Virgen! Lo han descuartizado, lentamente, prolongando una agonía que sólo era comparable a los gritos que el desesperado emitía; y aun así, cuando apenas si quedaba de él un tronco deforme cosido a cuchilladas, cuando cualquier hombre hubiera perecido desangrado entre aterradores dolores, él seguía lanzando dentelladas a sus agresores, intentando desprenderlos de esa vida que él, de manera antinatural se negaba a dejar escapar. Y ha tenido que ser el hombre del recipiente, el gigante que esta noche ha ejercido de verdugo, el que finalmente le ha segado la cabeza de un machetazo. Sólo entonces se ha logrado acabar con su extrema violencia; sólo entonces he entendido que lo que ha ocurrido esta madrugada escapa a mis amplios conocimientos de medicina.

Va más allá...

Y en esos instantes me ha venido a la mente el rostro ajado de la anciana que se había dirigido a mí durante el velatorio, y he de reconocer que los espasmos del miedo me han removido por dentro cuando una idea ha surgido en mi mente. Y es que un ser tan violento como el que ha estado a poco de despedazarme bien podría haber infligido los terribles desgarros que, a decir de quienes lo vieron, Sebastian tenía por todo su cuerpo.

Strigoiu...

Suspiró profundamente. Su mirada se perdía más allá de la pared blanca que tenía enfrente, y no pudo evitar una desagradable sensación de inseguridad, que se acrecentó con un prolongado escalofrío. Tras haber leído estas últimas palabras del diario del doctor Glaser, su pensamiento se había trasladado unas cuantas horas atrás, cuando el desconocido de siniestra expresión intentó robarle los documentos. Era evidente que nada tenía que ver con el ser que intentó atacar al buen doctor vienés, pero la respiración forzada, su rostro cadavérico, esa agilidad antinatural en alguien de su edad... De nuevo un escalofrío le erizó el vello, pese a que su razón le dictaba que alguna explicación debía de tener, más allá de la sugerencia que le acababa de hacer ese texto del siglo XVIII.

Con evidente malestar Maurizio observó que faltaban páginas, que, una vez más, habían sido arrancadas intencionadamente. El teléfono lo devolvió al presente. Todavía consternado por las últimas líneas, consciente de que el doctor Glaser había asistido a un ritual de exorcismo para acabar con la vida de un brujo, de un hechicero o de un vampiro, todo dependía de los pavores de los justicieros, como el que a él mismo le había tocado estudiar en Venecia, levantó el auricular.

—Sí, dígame... —respondió con voz firme.

Por unos instantes, quizá porque aún permanecía sobrevolando la fría madrugada de 1731, se sintió desubicado. ¿Dónde se encontraba? Aquella voz le sonaba singularmente familiar, pero eso era imposible...

—¿Silvio? ¿Es usted? —preguntó estupefacto, convencido de que al otro lado del aparato estaba el impertinente muchacho del hotel de Venecia.

La voz era extraordinariamente parecida...

—No, señor, soy Tarkan, el recepcionista. Tiene usted una llamada. ¿Se la paso directamente a la habitación o prefiere que le dejen un mensaje?

No, no era Silvio. Aquel muchacho, pese a tener la misma cadencia aterciopelada al hablar marcaba determinadas palabras en exceso, confirmando que el italiano no era su idioma materno. Maurizio carraspeó... ¿Quién lo llamaba al hotel? Eran las diez de la mañana y salvo el escritor nadie más sabía que se encontraba allí.

—Sí, por favor, pásame la llamada —asintió con voz grave.

El muchacho, sin añadir nada más, se limitó a pulsar unas teclas, o al menos así determinó por los ruidos que emitía, y colgó. Al instante el vacío se apoderó del auricular. El silencio era sobrecogedor. Aparentemente no había nadie al otro lado. Maurizio reaccionó.

—Sí, ¿quién es? ¿Hay alguien ahí...? —preguntó.

Ese silencio que tanto incomoda se fue diluyendo y una respiración suave fue cobrando cada vez más protagonismo hasta que comenzó a hablar.

—Doctor Roncalli, soy Martina, no sé si se acuerda de mí. Ayer acompañaba a mi tío durante su encuentro... —afirmó despacio.

Su voz sonó como el dulce tintineo de una campanilla. Claro que la recordaba. Era la bella joven de tez pálida y enormes ojos azules que con curiosidad, vestida completamente de negro, lo observaba el día anterior.

—Sí, claro... Martina —titubeó—. ¿Y en qué puedo ayudarla? —se apresuró a preguntar, sorprendido por el excelente dominio de su idioma e intentando que su voz sonara absolutamente natural.

La muchacha suspiró profundamente. Era como si no pudiese hablar libremente; como si sintiese la mirada amenazante de alguien que ponía en peligro su integridad; como si necesitase expresarse sin tapujos.

—Profesor Roncalli, necesito verlo. No le robaré más de treinta minutos. Además, Praga es pequeña y no deben verme. Mi tío se enteraría rápidamente —aseguró, marcando ahora sí su delicioso acento.

Maurizio, observando los diarios cuyas páginas se repartían anárquicamente sobre las sábanas, asintió.

—Está bien, si a usted le parece podemos vernos en la misma cafetería de mi hotel. Por lo que pude comprobar anoche al entrar es un sitio viejo y solitario. Ahí estaremos tranquilos, si le parece... —sugirió, aguardando su confirmación con cierto anhelo.

—Perfecto. Estaré allí en veinte minutos. —Y sin decir nada más, colgó el teléfono.

Se quedó con la palabra en la boca. Rápidamente recogió los documentos y los introdujo en su inseparable cartera. Estaban a buen recaudo; ya podía bajar...

El ascensor tardó varios segundos en llegar hasta la planta de recepción. El lugar era encantadoramente añejo: las altas techumbres de madera ennegrecida, las lámparas de araña colgando de las alturas, la gruesa moqueta cubriendo parte del entarimado... y, al fondo, la cafetería, tan acorde al diseño del conjunto como el viejo camarero que había al otro lado de la barra. Maurizio accedió a la misma y, como había imaginado, estaba vacía. Incluyó la cabeza cortésmente, saludando así al anciano que, poco acostumbrado a tanta educación, le correspondió con una amplia y desdentada sonrisa. Al instante invitó con un gesto de mano a que el inesperado visitante tomara asiento en un pequeño sofá que había en un rincón del salón, posiblemente la zona más recogida de todo el local. Y él, obediente, así lo hizo. Poco después se acercó hasta el lugar donde se había sentado. Maurizio comprendió por la velocidad de sus

pasos que hacía años que no realizaba este recorrido.

—¿Qué *diesea* el *señorrrr*? —preguntó marcando tanto la erre que no pudo evitar que la risa empezara a quebrar la sobriedad de sus facciones.

Era evidente que al desconocimiento del idioma se unía la todavía más evidente falta de dentadura. Iba a ser una conversación muy complicada.

—Sí, por favor, un café americano —respondió, aguantando tanto como le fue posible.

El hombre, sin pestañear, intentando abrir sus arrugados ojillos, volvió a la carga.

—¿*Diesea* azúcar? —añadió.

Maurizio se mordió los labios y, en silencio, asintió con la cabeza. El hombrecillo se volvió e inició el difícil *sprint* hacia la barra. Pero antes le advirtió:

—*Tenja* cuidado con la *puta*; está algo *rrrrota*...

Aquello era demasiado. Una carcajada histérica recorrió la cafetería ante la mueca de incompreensión del camarero. No se lo tomó a mal. En realidad no era la primera vez que esto le ocurría.

—Ha querido decir «pata». Abraham es un hombre muy mayor y ha aprendido algo de su idioma a una edad muy avanzada. Sólo por eso merece respeto, ¿no cree? —lo increpó una dulce presencia desde la entrada.

Maurizio se ruborizó. ¡Qué torpeza la suya! Bajo el umbral, con su transparente mirada puesta en él, se encontraba Martina. Había dejado a un lado sus ropas negras y vestía como cualquier muchacha de su edad, con unas botas rojas, pantalones negros ceñidos a sus largas piernas, y un grueso jersey de lana de líneas naranjas, amarillas y verdes que le tapaba hasta su largo cuello de cisne; y cayendo sobre su espalda, la larga melena negra recogida en una mimada coleta.

Se levantó. Ella, sin esperar respuesta, le dio la mano y se sentó en el sofá contiguo. Alzó la mirada y el viejo Abraham asintió desde detrás de la barra, de nuevo sonriente, agradecido por las palabras que le acababan de dedicar. Segundos después llegó con el café para él y con una infusión de poleo menta para ella. No era la primera vez que Martina tomaba una infusión en este solitario lugar. Maurizio la miró, sin saber muy bien cómo romper el hielo. Pero no hizo falta, ella hacía tiempo que lo había derretido con tanto padecimiento.

—Profesor Roncalli... —empezó, y él, rápido como un lince, la interrumpió.

—No, por favor, llámame Maurizio, y tutéame. No creo que sea mucho mayor que tú —aseguró, sonriendo en un intento estúpido por lograr su complicidad.

Ella, con la mirada tintada con el color del sufrimiento, continuó:

—He insistido en hablar con usted para que sea cauto. Los diarios no han traído más que desgracias a mi familia. Cuando mi tío empezó con esta investigación no era más que un joven entusiasta fascinado por determinados pasajes de una historia, la de los siglos XVII y XVIII, que hacían que sobre Europa, especialmente en el este,

recayese un manto de oscuridad como jamás se había visto en otro tiempo; ni siquiera en la Alta Edad Media —concluyó ante la sorpresa del arqueólogo, que no ocultaba su admiración por el dominio del lenguaje que mostraba la bella joven.

Era evidente que sus conocimientos del asunto en cuestión eran amplios; y la imaginó, cuando niña, atendiendo a leyendas que sólo una mente infantil puede retener, escuchando embelesada a su querido tío, que camufló esta historia de cuento de hadas como una forma de preservar su memoria.

Tomó de nuevo la palabra:

—Los últimos quince años han sido como una maldición. Mi tío no ha querido volver a hablar de cómo empezó todo. En realidad nadie lo sabe, salvo él. El dolor que le provoca el recuerdo es tan fuerte que prefiere mantener el silencio. No entiendo muy bien por qué se ha puesto en contacto con usted, pero le ruego que valore que es la primera vez que lo hace. Quién sabe, quizá vea próximo el final de sus días... —apuntó, agachando la cabeza e intentando que él no descubriese el tono rojizo que acababa de teñir sus ojos.

Maurizio la cogió de la mano, notando la tersura de su piel pálida, comprobando que sus dedos, alargados y finos eran apenas hueso recubierto de belleza. Y con voz suave, cada vez más atraído por aquella dulce muchacha, susurró:

—Martina, no sé por qué la vida me ha llevado hasta el punto en el que ahora me encuentro, y estoy seguro de que algún sentido tiene, aunque ahora no sea capaz de comprenderlo. Es mucho lo que me estoy jugando...

Ella lo interrumpió, poniendo tanta ira en su mirada que Maurizio se sobrecogió.

—¿Se está jugando mucho? ¿Está seguro, doctor? Le voy a explicar lo que es jugarse mucho... Cuando apenas tenía cinco años, una mañana mi padre recogió a mi madre en su trabajo; ella estaba día y noche vendiendo bolsos, y mi padre, un humilde maestro, decidió que su esposa se merecía una buena sorpresa. Llevaba planificándola desde hacía meses, y durante ese tiempo había ahorrado algo de dinero para poder recorrer el país y que su querida mujer disfrutara de las aguas medicinales del balneario de Karlovy Vari. Pero como no tenían coche con el que desplazarse, y cualquier otro medio hubiese consumido todo el tiempo que habían dispuesto para su escapada, decidieron decírselo a mi tío, que ya por aquellas fechas estaba metido en una investigación que lo traía de cabeza. Y él, que también tenía que descansar de la tensión acumulada, se ofreció a llevarlos en su vehículo, eso sí, con la condición de que lo dejaran ir con ellos. Así, una fría mañana de febrero abandonamos Praga, alegres, dispuestos a disfrutar del trayecto. Yo, con mi pequeño osito *Moch* jugaba a que se asomaba por la ventana, y nos iba explicando, a mí y a los presentes lo que iba viendo. Incluso le dio tiempo a describir que junto a él se colocaba una moto con dos personas vestidas de negro y poco más... El hombre que iba sentado atrás extrajo una pistola de su chaqueta de cuero y empezó a disparar indiscriminadamente. Mi padre,

en un gesto instintivo, me arrojó sobre la alfombrilla del coche, y yo, que caí de cara arriba, aún tuve tiempo de ver cómo una bala le reventaba la cabeza, y a mi madre, la pobre, inclinándose sobre su marido muerto, intentando tapar la brutal hemorragia que surgía de su frente. Pero el dolor le duró poco, porque el impacto de dos proyectiles acabó con su vida. Y aún hubo una cuarta detonación, que provocó un grito desgarrador en mi tío, que tras dar un volantazo perdió el control de la dirección y caímos por un terraplén de dos o tres metros. Mi tío quedó atrapado entre el asiento y el volante, y yo tuve tiempo de oír cómo los hombres de la moto iniciaban la huida, acelerando hasta perderse en la lejanía. Cuando la policía llegó, mis padres habían muerto, mi tío permanecía inconsciente con una bala que desde aquel día quedó incrustada entre sus vértebras, y yo, con los ojos abiertos de par en par, intentaba limpiar al viejo *Moch* de la sangre que cubría su rostro... —concluyó, fría como una tarde invernal.

Maurizio suspiró profundamente. No sabía muy bien cómo retomar el testigo de la conversación.

—Yo... no sé qué decir... —titubeó.

Ella alzó la vista y entornó los ojos.

—No se preocupe, hace tiempo que lo he superado, pese a que mi vida desde entonces ha estado encadenada al error de un viejo que quiso saber más de lo que debía. Mi único objetivo al quedar con usted es advertirlo de que sea cauto; quienes se acercan demasiado a esta historia están condenados. Creo que es demasiado joven para verse privado de la libertad de la que todo el mundo ha de disfrutar... Hay silencios que jamás deberían romperse. Mi tío, que vive inmerso en una obsesión, no quiere que pise la calle; al menos sin las debidas medidas de seguridad, que generalmente lo incluyen a él. Pero esta reclusión se hace insostenible. Además, hace tiempo que maté los deseos de venganza... —concluyó.

Con delicadeza se acercó la taza y acogió su borde con los labios. Maurizio estaba fascinado. Aquella mujer lo atraía, había algo en ella que despertaba sus instintos más primitivos. Todo en Martina surgía como un apetecible misterio.

Ella, acostumbrada a las miradas de los hombres, dejó la taza sobre la mesa y se levantó. Y él, haciendo lo propio, sin mediar palabra y atendiendo a que la conversación había llegado a su fin, decidió acompañarla a la entrada del hotel. Tras despedirse del camarero, ambos, como si se conociesen de toda la vida, salieron juntos al vestíbulo... Y Maurizio, en ese instante, caminando unos centímetros más retrasado, se ruborizó al descubrirse contemplando cada centímetro del cuerpo de aquella fascinante mujer. Y ella, que presentía su mirada, se volvió y, sin mediar palabra, se acercó a él y lo besó.

—Espero que comprenda lo que le he querido decir... Confío en su discreción —le advirtió antes de volverse nuevamente para cruzar el umbral.

Maurizio se quedó paralizado, con los músculos tensos. En realidad ella había ejercido tal influjo sobre él que ni tan siquiera recordó contarle el extraño suceso que había vivido la noche anterior. No sabía bien por qué, pero tenía la sensación de que no era la primera vez que besaba aquellos labios.

La visita había sido breve pero muy intensa; tanto como para que ahora él quisiera saber más...

Abrió la puerta de su habitación con brusquedad, como si alguien lo estuviera siguiendo. Pero no; únicamente lo perseguían sus emociones... Ya en la alcoba volvió a colocar los papeles sobre la cama. Estaban en orden, pero faltaban muchas hojas. Daba igual, necesitaba descubrir qué escondían esos amarillentos legajos que tanta maldad parecían atraer. Y entonces, de repente, sonó el teléfono móvil. Maurizio lo miró extrañado. Como ya le ocurriera con Zeman, en la pantalla un mensaje parpadeante advertía de la entrada de la llamada de un número privado. ¿Y si era él? ¿Y si se había enterado de su inesperada reunión? Nervioso pulsó la pantalla y se apresuró a contestar.

—¿¡Sí?! ¿Quién es? —preguntó con ansiedad.

Al otro lado del hilo telefónico, como tantas otras veces, se mantuvo el silencio. Hasta que una voz femenina lo rompió:

—Mauri, soy yo... —desveló.

Maurizio se sentó sin pretenderlo. No podía ser..., ella siempre había sido orgullosa hasta el extremo. Nunca daba su brazo a torcer; antes prefería que se lo arrancaran. Su relación se había ido desgastando poco a poco, entre otras muchas cosas porque estaba harto de tener que asumir la culpa cada vez que se enfrentaban. Y eso, en los últimos años había ocurrido demasiadas veces.

Sorprendido, reaccionó.

—Donna, ¿eres tú...? —preguntó, consciente de cuál era la respuesta.

Contuvo la respiración unos segundos.

—Mauri... ¿cómo estás...? —preguntó. Su voz sonó tan lastimera que logró conmovirlo.

Y él, que aún tenía el perfume de Martina asido a su olfato, suspiró.

—Bien... Estoy de viaje y no regresaré hasta... Dios sabe cuándo —contestó, intentando de esta manera dar por zanjada una conversación que apenas si había comenzado y ya le resultaba incómoda.

Su último encuentro había sido de todo menos amable. ¿A qué venía que ahora ella lo llamase como si no hubiera pasado nada? No entendía muy bien lo que estaba ocurriendo.

—Mauri... la última vez que nos vimos creo que debí escucharte. Tengo la sensación de no haber sido justa contigo, pero debes entender que tampoco me habías dado motivos para que confiara en ti —dijo.

Él enrojeció de ira. ¿Motivos? Lo había juzgado sin tan siquiera darle tiempo a

explicar nada. ¿Culpable? Sí, posiblemente su culpa había sido aguantar durante tantos años la presión de alguien que deseaba poseer un muñeco con el que llevar a cabo sus fantasías sexuales, alguien que la esperara en todo momento, que no rechistase jamás. Pero evidentemente él no era así. Y ella lo sabía, al menos ahora. Tomó aire...

—Donna, estoy bien, y espero que tú también lo estés. Voy a pasar varios días fuera. Seguramente regresaré a Roma la próxima semana, el lunes o el martes... Si quieres nos vemos en casa y charlamos. Ahora ando muy liado —terminó, atendiendo a la respiración forzada, sin duda a causa de los nervios, de aquella que, al otro lado del teléfono, no sabía muy bien cómo reaccionar.

Pero lo hizo.

—Muy bien. Entonces el martes volveré a casa. Llegaré de noche. El lunes tengo una convención en Palermo. Un beso —dijo, y colgó.

Quedó desconcertado, con la extraña sensación de que una vez más ella se había salido con la suya. Repasó mentalmente la conversación mientras colocaba los diarios de nuevo sobre la cama. En su interior algo palpitó. Qué difícil era mantener el equilibrio, los sentimientos que afloraban cuando uno menos se lo esperaba. La quería, a su modo, pero al fin y al cabo la quería.

Una a una fue repasando aquellas hojas carcomidas por los siglos y por la carencia de medios para conservarlas. Era evidente que faltaba una parte importante del diario del doctor Glaser. Por la apariencia del manuscrito todo indicaba que el encargado de destruir ese pasaje de la vida del médico vienés había sido el propio paso del tiempo, un enemigo imposible de combatir. Maurizio observó que junto a la cómoda, en un falso cajón que los años habían desdibujado bajo la televisión, había un pequeño aparato de alta fidelidad. Sin dudarle dos veces, conectó su iPod y sintonizó los cánticos de su adorada Hildegard von Bingen una vez más. La melodía recorrió la estancia, y él, con la dulce voz de Donna aún retumbando en su cabeza, y el olor de la bella Martina haciendo que su sangre fluyese más rápido, se sentó a los pies de la cama, y tras coger con sumo cuidado el documento, continuó leyendo. El sol del mediodía alcanzaba su apogeo, pero aquella habitación de olor a madera vieja y persianas cerradas a cal y canto surgía de una ensoñación tomada por las sombras...

12 de mayo de 1731, amanecer

¡Dios de las alturas, al fin! Ayer llegó la carta de mi admirado Johannes Flückinger. He intentado exponer los sucesos que aquí se están produciendo sin que la locura acabe por adueñarse de mi razón. Pero ¿cómo explicar lo que está acaeciendo si no es atravesando la fina línea que separa la superstición de la realidad? Las últimas conversaciones que he mantenido con el padre Bruno han sido benéficas

para mi alma. Le he pedido que, sin considerarlo necesario, me confiese y administre los sacramentos. Ahora sé que lo juzgué mal. Es un buen hombre que se envuelve de dureza para salvaguardar las almas de estas gentes.

Son muchas las personas que en los últimos días están falleciendo, víctimas de esa extraña dolencia cuyo foco infeccioso no soy capaz de hallar. Porque hay fenómenos que no tienen explicación aparente; al menos para nuestra moderna ciencia médica, que tanto ha avanzado en el último medio siglo pero que se ve impotente a la hora de explicar episodios como los que aquí se están produciendo. Por mucho que he experimentado con algunos cadáveres, por más que he acudido a las viejas y a las modernas fuentes de conocimiento, hay extremos que se escapan a cualquier razonamiento científico. La escasa descomposición de los cuerpos enterrados semanas atrás, en algunos casos la lozanía de sus rostros, hinchados como viles sanguijuelas que yacen inermes sobre el nauseabundo ataúd... He barajado la posibilidad de que se trate de una profunda catalepsia que reacciona ante determinados estímulos con una violencia tan extrema que ni tan siquiera los mozos más fornidos son capaces de mantener a raya a ancianas decrepitas o a jóvenes enclenques. Se trata de un desconocido tipo de titanismo que despierta el horror de los presentes cuando el afectado pretende dañar a toda costa a su supuesto agresor lanzando fieras dentelladas. No me extraña que los habitantes de estas tierras estén convencidos de que son vampiros, porque además la enfermedad se transmite, como ocurre con la rabia, al lograr el enfermo su objetivo, que no es otro que morder a quien se le ponga por delante, pues el mal se halla en la saliva. No hay medicina que alivie al infectado, nada que calme su agresividad manifiesta.

Sólo la muerte... Y aun así tengo la sensación de que no están solos; de que alguien los ayuda a cumplir sus propósitos. Una mente diabólica que se nutre de su desgracia para llevar a cabo unos planes que aún no soy capaz de discernir...

12 de mayo de 1731, madrugada

Es una locura. Dios, dame fuerza para no perder definitivamente la poca cordura que me queda. He enviado a Anna en busca del padre Bruno. La madrugada se tiñe de tonos plateados y no lo ha hecho de buen grado, pero siento que algo va a ocurrir. Al anochecer he tenido una alucinación... ¡Por todos los santos! Me veo obligado a pensar que se ha tratado de eso, porque de lo contrario tengo que asumir que me estoy volviendo loco.

Estoy en casa, solo. La madera cruje. Hay alguien en la planta baja, pero no me atrevo a salir de mi alcoba. Tengo miedo. Sí, es irracional, pero no puedo evitarlo. Algo en mi interior me indica que él está aquí; sí, está subiendo la escalera, despacio. Percibo en mitad del silencio su respiración demoníaca. ¡Viene a por mí! Santo Dios,

dame fuerzas en estos momentos y líbranos de las almas oscuras que caminan libremente por este rincón del infierno.

Porque ya no hay otra explicación.

¡La puerta...!

Maurizio rebuscó nervioso entre los papeles. El diario del doctor Glaser finalizaba bruscamente. Aquel hombre de ciencia estaba aterrado. Algo en la oscuridad surgía como el peor de los enemigos, iluminando las sombras con el filo de la guadaña. Y entonces sintió miedo, y no pudo evitar que el vello de su cuerpo se erizara. Percibiendo la amenaza del invisible atacante miró a uno y a otro lado. Estaba solo, pero sentía el aliento de una presencia en su nuca. Las últimas palabras del galeno habían hecho mella en su estado de ánimo, al punto de researle la garganta. Con cuidado colocó los papeles sobre la cómoda, y sin dilación se dispuso a continuar leyendo. El diario del doctor Flückinger aparecía como la llave que habría de dar respuesta a tanta incertidumbre.

No había tiempo que perder...

Diario de Johannes Flückinger, médico castrense del Honorable Regimiento Fursstenbusch de Viena.

15 de noviembre de 1731

Todavía no he logrado sobreponerme a la noticia de la muerte de mi querido Johann Glaser. Recibí su última petición de ayuda en enero de este mismo año, y desde entonces no ha habido más que silencio, hasta ahora... Ayer recibí la carta del padre Bruno Cagliari. La última voluntad de mi querido amigo fue que el sacerdote me comunicara el deceso sin añadir más; sin explicar la causa de tan repentina marcha. No entiendo por qué ha tardado tanto en comunicármelo. Ya han pasado nueve meses...

Ahora, cuando una y otra vez releo sus palabras, entiendo que estaba desesperado, que su mente había enfermado, y de una manera que no fui capaz de leer, reclamaba mi atención. El padre Bruno, que por lo que me relata debe de ser un hombre piadoso, asegura que no ha sufrido. Su muerte ha sido rápida, y en cierto modo esperada por quienes lo han rodeado en estos dos años. Sin embargo, al repasar su última carta es evidente que se trata de un hombre que progresivamente ha ido perdiendo la cordura, que ha caído en las redes de una creencia que parece atormentarlo y aterrorizarlo a partes iguales... Ésta es su última misiva:

Admirado Johannes:

Sé que en los últimos meses te he solicitado información sin apenas explicar el porqué de mi necesidad por saber más acerca de determinadas enfermedades que hace tiempo han sido erradicadas del entorno que vivimos, al punto de no aparecer más que en los viejos tratados de medicina. Pero te pido confianza, porque las letras son muy limitadas para exponer las causas que me han llevado a estudiar determinadas cuestiones que se debaten entre la razón y el espíritu. En los meses que llevo en esta región del Viejo Continente, he aprendido que nuestra ciencia da sus primeros pasos y no puede ofrecer una respuesta a sucesos que parecen sacados del entorno del mito, de la leyenda que tanto gusta a los habitantes de estos parajes, y de la que cada día, y cada noche, pretenden defenderse. He sido partícipe, y en ocasiones, Dios me perdone, cómplice de actos que ningún ser humano está preparado para afrontar. Y ahora, cuando mi cabello se ha vestido de blanco, imagino que a consecuencia de la enorme presión que estoy padeciendo, te pido ayuda. Sé que eres una persona que apenas disfruta de su vida privada dado el elevado número de compromisos que debes atender, pero te ruego, por la vieja amistad que nos une, que valores lo que te digo y que acudas a mi llamada. Llevo días encerrado en casa. Siento que algo no va bien. Es difícil de describir... el acoso al que estoy siendo sometido. La fortaleza mental de la que siempre he hecho gala se está resquebrajando por momentos. No sé cuánto podré aguantar.

Johannes, atiende la súplica de éste que te aprecia y aguarda con devoción. Y confía en que todavía me quede algo de razón. Ahora bien, no sé cuánto tiempo durará...

Siempre tuyo,
Johann F. Glaser

Al releer estas letras siento que le he fallado. Mi respuesta inmediata, sin atender a la urgencia que mi querido amigo manifestaba, fue poco comprometida: «Pasado el verano iré a verte».

Ahora ya es tarde. Pero tengo que hacerlo. Mis superiores, que permanecen atentos a los sucesos que se están desarrollando en Silesia, Hungría y Serbia, han decidido que soy el más capacitado para desvelar qué hay detrás de los mismos; y ya de paso, se me ha encomendado la ingrata labor de descubrir cuáles han sido las causas reales de la muerte del buen Johann.

Así pues, mañana parto hacia Katowice, con el convencimiento de que este viaje tenía que haberlo realizado meses atrás...

17 de noviembre

Al fin me he instalado en el que ha de ser mi nuevo hogar durante... quién sabe.

Espero que solamente sean unas semanas. Es una casa vieja, aunque está bien conservada. Lo que más me ha alegrado es comprobar que en el salón hay una gran chimenea. Adoro el fuego, tan necesario para dar calor durante las madrugadas de esta tierra tan fría.

Me ha recibido Anna, una mujer que desprende bondad por los cuatro costados. ¡Por Dios!, mucha es la que tiene dado su tamaño. Y Yolaki, el tabernero, propietario del inmueble en el que voy a vivir. La mujer me ha ofrecido la antigua casa de mi añorado Glaser, pero he preferido no hacerlo, ya que según me ha comentado Yolaki, al doctor lo encontraron muerto en la segunda planta, y no deseo que el peso de los sentimientos doblegue ni por un instante la labor que he venido a realizar. Sí le he pedido a la mujer que me facilite toda la documentación escrita que posea, a fin de ponerme al día de los trabajos que mi colega estaba llevando a cabo.

Por otro lado, acabo de abrir el sobre que me ha entregado la capitania del Regimiento, donde manifiestan los puntos a resolver y que me han traído hasta este incómodo rincón de Europa. En Viena molestan estas gentes y sus supersticiones, por lo que de menoscabo puedan tener en las filas de los ejércitos que batallan conteniendo a los infieles en primera línea. No en vano mañana mismo he pedido reunirme con el mando de la compañía de *hajduks*, el capitán Gorschiz Hadnack, que es quien ha alertado a las autoridades a raíz de los sucesos que mantienen aterrorizadas a sus tropas. Los *hajduks* son hombres de guerra que, en la mayoría de las ocasiones, no poseen ni credo ni ideología; únicamente caminan, respiran, guerrear y saquean por dinero. Su salvajismo en el frente es tan conocido como el escaso miedo que le tienen a la muerte. Y sin embargo...

A mediodía, cuando el sol intente colarse entre las nieblas que constantemente cubren la región, Anna me entregará la documentación de la que dispone, el último legado de Johann, con el que espero hallar respuestas para tanta incógnita.

18 de noviembre, atardecer

Tal y como imaginaba Hadnack es un hombre tosco, al que cuesta extraer palabra alguna. Los años lo han convertido en un anciano desconfiado. No sabe bien quién soy, pero tampoco parece tener interés en ello. Aun así, pese a que nuestra conversación no ha durado más de veinte minutos, me ha relatado de dónde parte el temor de su fiera soldadesca, siempre evitando utilizar la palabra miedo, porque ése es el peor de los enemigos de los valerosos *hajduks*. Pese a que apenas si farfulla el alemán, he sido capaz de comprender que el protagonista, aquel que los ha atormentado durante las últimas madrugadas, respondía al nombre de Arnold Paole, antiguo *hajduk* de su regimiento y hombre valeroso, que estando en la cercana localidad de Gossowa sufrió un accidente letal. Al intentar controlar al caballo

desbocado que llevaba el carro de heno en el que Paole regresaba a su aldea, cayó al suelo con tal infortunio que se partió el cuello. Hasta aquí todo normal, de no ser porque asegura el viejo capitán que sus soldados están convencidos de que regresaba de la tumba para atacarlos, no como humano, sino como una criatura a la que aquí denominan *strigue*. Hadnack, sin apenas mover un solo músculo de su agrietado rostro, ha finalizado afirmando que quienes lo conocieron aseguran que tiempo atrás, cuando se hallaba en la frontera con la Serbia turca, fue atacado por una de estas criaturas, y consciente de la condena que pendía sobre su alma persiguió al *strigue* hasta su guarida, y una vez allí le dio muerte, siguiendo el ritual que impone la tradición: arrancándole la cabeza y mezclando su sangre con la tierra del sepulcro para posteriormente comerla. Pero todo indica que no surtió efecto, y que la propia sangre de Paole se fue contaminando con el mal que le habían inoculado, hasta que sufrió el desgraciado accidente... Toda información surge como el mayor de los despropósitos, pero hay más. Cuarenta días después de su muerte, Hadnack me ha asegurado que localizaron el cuerpo del desgraciado. Y así, con el sabio consejo de los gitanos, partieron de noche para darle caza, pues lo acusan de la epidemia que ha assolado a la región; una más y con las características de las anteriores, tal y como he podido leer en los documentos manuscritos que Glaser me remitió meses atrás y a los que reconozco con vergüenza que apenas presté atención. ¡Mi pobre amigo! No pudo mantener la distancia que sucesos de este tipo requieren...

Con la frialdad de quien ha rebanado demasiadas gargantas a lo largo de su vida, el veterano *hajduk* ha terminado su narración detallando cómo acudieron a la sepultura donde se encontraba Paole y lo desenterraron. Según lo que declaró un soldado que había estado presente en tales acontecimientos, lo hallaron completo e incorrupto, y la sangre fresca fluía de sus ojos, boca, nariz y oídos; así como que la camisa, la tapa y el ataúd estaban totalmente ensangrentados; que se habían caído las uñas de sus manos y pies, junto con la piel, y que le habían crecido otras nuevas; y puesto que al ver esto se convencieron de que era un *strigue*, atravesaron su corazón con una estaca según su costumbre, tras lo que empezó a sangrar copiosamente y se pudo oír claramente un gemido. Después del examen, las cabezas de él y otros supuestos vampiros fueron cortadas por los gitanos locales y se quemaron junto a los cuerpos, tras lo cual las cenizas fueron arrojadas al río. Los restos descompuestos, sin embargo, fueron devueltos a sus sepulcros.

He entendido que para ganar la confianza de estas gentes hay que actuar como si se fuera uno más de ellos, como si se compartiesen sus creencias. Cualquier otra opción es sinónimo de desconfianza y de aislamiento.

Sea como fuere, el capitán de los *hajduk* me ha invitado a que mañana, caído el sol, acompañe a sus hombres al cementerio de Gossowa. Me ha asegurado que hay más víctimas de Paole causando estragos, y que hay que cercenar el mal para que éste

no se extienda. Segundos después se ha reído socarronamente. Poco es lo que puedo hacer, salvo acudir a la cita.

Para acabar con el mal que dirige por senderos equivocados las acciones brutales de estos hombres, hay que saber contra qué se está combatiendo...

Maurizio giró la cabeza de un lado a otro de la almohada. Su cuello mostraba síntomas de tensión acumulada. Le dolía, y no sabía cómo colocarse. Se levantó. Las horas pasaban y él empezaba a sentir que llevaba demasiado tiempo en la habitación. Se acercó a la ventana y abrió sutilmente la persiana. Un escalofrío recorrió su espinazo. En la acera, al otro lado de la calle, el misterioso personaje de la noche anterior lo miraba fijamente, vestido de negro y sin prestar atención a la gente que caminaba de un lado a otro. Era como un holograma, como el fantasma que permanece ajeno a cuanto lo rodea, porque ni él mismo sabe que hace tiempo que abandonó el mundo de los vivos. Y de repente, sonrió, y realizó una ridícula reverencia, invitándolo a que bajara. Acto seguido se dio la vuelta y desapareció por la calle contigua.

Maurizio, preso de un irrefrenable deseo por saber más, intuyendo que aquel hombre no era una casualidad más dentro de toda esta historia, se apresuró a abrir la puerta y emprendió una vertiginosa carrera por las amplias escaleras del hotel. En apenas unos segundos atravesó el umbral de la entrada y se detuvo unos instantes, ya en plena calle. Miró a un lado y a otro, y allí, en la esquina, el misterioso hombre alzó la mano y lo saludó mientras esbozaba esa desagradable sonrisa. Corrió tanto como pudo, pero aquel desconocido ya se había marchado por la avenida que se abría al final de la calle. Llegó a la esquina sofocado, pero con tiempo suficiente como para observar que el «aparecido» giraba nuevamente, esta vez por lo que aparentaba ser desde la distancia la entrada a un callejón. Maurizio no tardó en llegar a la entrada del mismo. Y allí, durante unos segundos permaneció en silencio, desconcertado. Era aún más estrecho que aquél en el que lo había acorralado hacía apenas doce o catorce horas. Y como aquél, finalizaba bruscamente en una pared sin ventanas. Únicamente del edificio que se ubicaba a la izquierda descendía una escalera de incendios, pero ésta ni tan siquiera llegaba al suelo; se quedaba a unos dos metros suspendida de un grueso cable de acero.

—¿Dónde demonios estás? —se preguntó entre dientes.

Despacio, se adentró en él, dejando atrás el murmullo de la ruidosa avenida. Conforme avanzaba la luz diurna iba dejando paso a las sombras, y allí, en el rincón más umbrío, algo parecía moverse, lento, como si estuviera ocultando algo.

No tuvo tiempo para demasiadas reflexiones. Al instante los cubos de basura que esperaban al final del callejón cayeron rodando con un sonoro golpe, y Maurizio, con el miedo atenazando su paso, abrió los ojos tanto como pudo.

—No me lo puedo creer, un gato... —murmuró, notando que el alivio recorría su interior como agua fresca.

Sobre la tapa de uno de los contenedores un pequeño gatito se relamía mientras observaba atento a aquel que tenía frente a él, jadeando como un niño que acaba de tener una pesadilla. Consciente de que una vez más se le había escapado, miró a su felino confidente, y se dio la vuelta para regresar al hotel. Pero no llegó a dar ni un paso. Allí, a apenas un metro estaba él, mirándolo lascivo, con los ojos inyectados en sangre y moviendo los dedos de las manos como si no pudiese controlarlos. No parpadeaba; al menos ésa era la sensación que le daba, ya que las pupilas se confundían con la negrura de sus profundas ojeras. Jadeaba, parecía nervioso, y sin embargo no se movía de su posición.

Maurizio se sobresaltó.

—¿Qué demonios quieres de mí? —le gritó, intentado que se asustara.

Pero el otro no cedió ni un centímetro. Era un ser grotesco, un despojo humano que olía, sí, como los cuerpos que en alguna ocasión habían desenterrado entre las ruinas de la vieja Roma. Maurizio no pudo evitar que de nuevo la intranquilidad se apoderara de él. En circunstancias normales aquel hombre no habría supuesto peligro alguno dada la diferencia física que había entre ambos. Pero esas circunstancias no eran normales...

—Maurizio... ¿no sabes quién eres? —le preguntó de pronto.

La voz cavernosa hizo que el arqueólogo retrocediese un paso. Pero no hubo margen para más, porque haciendo gala de una velocidad felina se abalanzó sobre él, y como el perro que sufre la rabia comenzó a morderlo emitiendo un sonido gutural que destrozó sus defensas naturales. Estaba aterrorizado. A esas alturas ya no podía hacer nada.

Nada, salvo despertar.

Abrió los ojos desesperado, intentando retener hasta el último aliento. Estaba dolorido, especialmente en ambos brazos. El sueño había sido demasiado real, tanto como para descubrir lo que durante días no había notado: que tenía una pequeña incisión en su brazo izquierdo, seguramente producto de algún roce. Despacio, se llevó las manos a la cara, y restregándosela compulsivamente, intentó «regresar».

Ya no tenía dudas: se estaba obsesionando con esta historia. Bebió un trago de agua, y dejando aparcados sus miedos, cogió nuevamente el manuscrito y se apresuró a continuar leyendo. El cansancio lo había vencido, pero ahora, cuando el atardecer se volvía a posar sobre Praga, estaba lo suficientemente descansado como para llegar hasta el final. Al menos, hasta el final de las páginas.

19 de noviembre, mediodía

Esta mañana, temprano, alguien ha golpeado mi puerta con violencia. Al abrir me he encontrado con un hombre enjuto, mal encarado, tez pálida y profundos ojos negros. Su indumentaria, no hay que ser muy sagaz, me ha revelado que se trataba de un sacerdote.

—Padre Bruno, imagino... —le he preguntado, tendiéndole la mano e intentando que relajara sus duras facciones.

Él ha respondido de inmediato a mi cortesía, y esbozando algo similar a una sonrisa, ha devuelto el saludo.

—Doctor Flückinger, es un verdadero placer conocerlo. El doctor Glaser, que Dios lo tenga a su vera, destacaba siempre su carácter afable y su profundo conocimiento de la materia médica —ha aseverado, entrando en el salón sin darme tiempo a invitarlo a que lo hiciera.

Sin dudar lo ha tomado asiento junto a la chimenea, y me ha pedido que yo hiciera lo mismo. Era una conversación que desde que me puse en camino hacia esta región deseaba tener, pero quizá con una mayor templanza. Antes de iniciar la charla ha colocado sobre la mesa una vieja carpeta atiborrada de papeles amarillentos.

—Son los escritos del doctor. Hace unos minutos he pasado por delante de su casa, y Anna, al conocer que me dirigía hacia aquí, me ha pedido que se los entregase.

Con cuidado, he abierto la carpeta. Pero en ese instante lo que se terciaba era la conversación con el padre Bruno, que ha transcurrido más o menos como sigue:

—Imagino, doctor, que el difunto Johann Glaser ya lo habrá puesto en antecedentes, de lo contrario seguro que jamás habría venido hasta esta tierra de frontera. Sepa que detrás de las epidemias, y eso es algo que finalmente comprendió a la perfección su predecesor, no todo es fácilmente explicable desde su punto de vista; ya sabe, el científico... Y del mismo modo que advertí a su colega cuando llegó aquí, me veo en la obligación de hacerlo con usted. Sepa que desde hace siglos la superstición, o lo que en nuestra civilizada Europa consideramos como tal, aquí es cuestión de contienda diaria; no de fe ni de ciencia, si no de facto, y contra eso únicamente los habitantes de esta tierra saben qué armas utilizar. Créame si le digo que cuando llegué hace diez años, al igual que ocurrió con su difunto amigo, intenté pasar la información que recibía cada día por el tamiz de la razón, dejando la espiritualidad a un lado. Hasta que aprendes que las limitaciones del hombre no pueden combatir las aberraciones que en ocasiones crean Dios o su atávico enemigo. Sé que nuestra primera conversación debería de haber ido por otros derroteros, pero entiendo que en los próximos días, incluso puede que horas, va a asistir a escenas difícilmente catalogables... No lo distraigo más. Espero que encuentre en estos documentos aquello que busca.

Y sin mediar palabra alguna por mi parte, se ha levantado y, tras inclinar la cabeza

desde la puerta, se ha marchado.

Me he quedado desconcertado. No me gusta este hombre, aunque por lo que leí en las primeras misivas de Johann a él le ocurrió lo mismo, y poco después acabó siendo un fiel aliado. El tiempo lo dirá.

Ahora me dispongo a leer los informes de mi colega Johann Glaser, que estuvo antes que yo destinado en esta región del este de Europa. Su visión, qué duda cabe, resultará muy enriquecedora, pese a que todo parece indicar que el pobre acabó perdiendo la cordura. Demasiados años de aislamiento... Demasiados dementes a su alrededor.

Anochecer

Un suspiro profundo ha tomado mis pulmones al terminar de leer los escritos de Glaser. Enloqueció, de eso no me cabe duda alguna. Y aunque no hay que ser muy sagaz para darse cuenta de que falta parte del diario —a mi mente viene el rostro del inefable sacerdote—, tampoco me sorprende que sea así, ya que me veo en la obligación de destruir parte del mismo. Si cayese en manos inapropiadas, aún muerto sería sometido a un consejo de guerra y su buen nombre quedaría manchado para siempre. ¿Cómo alguien con su intachable hoja de servicios ha participado, de manera activa, en actos tan horribles como los que él mismo relata? Y... ¡por Dios!, cómo se puede obsesionar al extremo de sentir el acoso de... Me resulta tan obscuro que prefiero no reflejarlo por escrito. Entiendo que plasmar sobre la hoja perenne tamaños despropósitos sólo responde a los delirios de una mente enferma que no quiere que sucesos como aquéllos en los que asegura haber tenido la desgracia de participar se pierdan para siempre, y con ellos la solución a un problema que sin duda alguna lo acabó superando.

Llaman a la puerta. Es el enorme tabernero. Parece ser que la compañía de *hajduks* se dirige a Gossowa. El viaje será largo, pero he de acompañarlos. De lo contrario jamás sabré qué está ocurriendo.

Pero antes, que sea el Dios de los cielos quien juzgue tus actos mi querido Johann. Yo únicamente puedo iluminar el camino dejando tus palabras sobre el fuego que destruye cualquier recuerdo...

Madrugada

El padre Bruno me ha pedido que no intervenga. Y así lo he hecho. He permanecido en silencio, observando cómo los gitanos tomaban el mando desde la llegada a la remota aldea. Es evidente que no es la primera vez que lo hacen.

Iluminados por las antorchas, con las llamas recreando extrañas siluetas en la niebla que surge de las entrañas de la tierra húmeda, hemos atravesado las puertas del cementerio. Aún estoy consternado: ¡cómo puede cambiar una vida en apenas segundos...!

El sacerdote, sin prestar atención a cuanto sucedía a su alrededor no ha dejado de rezar en ningún instante, agarrando con fuerza el rosario que se deslizaba entre sus manos como una sinuosa serpiente. Me ha mirado curioso, sabedor de que, al contrario que el difunto Glaser, yo sí dispongo de más información. Quizá por eso no se cohíbe. Al llegar al extremo oriental del camposanto, donde apenas si se sostienen tres viejas lápidas, los gitanos han empezado a quitar la vegetación seca que previamente alguien ha colocado, a la vez que entonaban una extraña canción. No sé cuál es su significado, pero parecía imbuirlos de la fuerza necesaria para continuar profanando una tierra, que, dicho sea de paso, alguien antes que ellos ya había removido.

He pensado que era el fuego el que provocaba el desconcertante efecto, pero no... La tierra ha empezado a saltar como si se encontrase sobre una olla a punto de estallar. Porque lo que allí se ubicaba en realidad eran unos tablones que ocultaban lo que había debajo. Los hombres han empezado a ponerse nerviosos, y el padre, saliendo de su extraño trance, ha gritado, alzando el crucifijo de su rosario a los cielos:

—*¡Maleficos non patieris vivere! ¡Maleficos non patieris vivere!*

Su voz ha sonado ronca, gutural, como si proviniese de los mismísimos infiernos. Los gitanos han quitado con facilidad las maderas y los *hajduks* de Gorschiz Hadnack han fijado su mirada en su interior, colocándose en posición de defensa. Y de repente... los profanadores han retirado las últimas maderas, las que tapaban el cuerpo, y éste ha aparecido tumbado, moviéndose compulsivamente con los ojos cerrados, como una enorme sanguijuela de la que fluía sangre por ojos, nariz y boca. El «muerto» ha emitido un grito ronco que se ha clavado como un puñal en el alma de los presentes, y los gitanos, sabiendo muy bien cómo actuar, lo han sujetado con largos palos para evitar que se levantara, mientras el padre Bruno, en pleno frenesí, no ha dejado de gritar esa frase en todo momento. Al menos hasta que se ha vuelto hacia mí y con un violento gesto de cabeza me ha invitado a que saliera del cementerio. Así lo he hecho. No se puede hacer frente a una turba, y he preferido no ver qué ingrato futuro le aguardaba al sepultado.

Un joven *hajduk*, farfullando una susurrante oración, ha salido conmigo. Los gritos eran insoportables, hasta que se ha hecho el silencio. La superstición ha hecho su trabajo; ahora ha de ser la conciencia la que haga el suyo... El muchacho me ha explicado que el hombre enterrado había fallecido dos semanas atrás, como casi todos, víctima de una enfermedad muy agresiva que provoca el envenenamiento

paulatino de la sangre, por lo que quienes la padecen muestran síntomas de cansancio y su tez se vuelve cetrina, cadavérica. Se llamaba Dragan Zoran. Aseguran sus vecinos que al cabo de tres o cuatro días de haber sido enterrado se lo vio merodeando por las afueras de la población. Poco después fueron dos muchachas y un anciano quienes perecieron de la misma manera, y los habitantes de la región dirigieron su mirada hacia la sepultura de Zoran, convencidos de que era el causante de las nuevas muertes.

—Señor, yo he estado en las «purificaciones» de esas tres personas, y su fuerza, la agresividad, sus ansias de sangre... sólo se pueden explicar si aceptamos que el diablo es capaz de manejar nuestros cuerpos una vez difuntos como si fuésemos marionetas. Señor, me han adiestrado para no temer a nada y a pensar que la muerte nos rodea cada día, pero esto supera cualquier temor... —me ha dicho visiblemente nervioso.

Minutos después el padre Bruno, que manifiesta una extraña seguridad a la hora de localizar a las criaturas, como si supiese de antemano de quiénes se trata, encabezaba una comitiva que, ahora sí, se mostraba más relajada. El capitán Hadnack se ha detenido unos instantes y, con la misma frialdad que ayer, se ha dirigido a mí. Huele a sangre...

—Lo ve, doctor, hay cosas que su ciencia no puede explicar ni combatir. Y que sólo se eliminan con las herramientas que nos recomienda la tradición».

No he podido evitar un escalofrío. Ahora entiendo a mi buen Glaser. Al menos comprendo la dificultad que acarrea defender nuestros postulados médicos cuando lo que prima es la superstición, la fe y el fanatismo. Aunque quién sabe. Como asegura el capitán Hadnack quizá sean las únicas armas para alentar a la masa a no retirarse aterrorizada cuando se encuentran con algo tan horrendo. De no atisbar una enfermedad que se puede erradicar mediante la ciencia médica, es fácil caer en la tentación de pensar que lo que aquí sucede corresponde al manejo de unas fuerzas sobrenaturales, tan malignas que únicamente podemos defendernos de tanto salvajismo empleando un salvajismo mayor. Es evidente que un cadáver no puede volver a la vida, pero lo es aún más que un vivo no puede aguantar semanas bajo tierra.

Tiene que haber una explicación... Es mi deber evitar que los habitantes de esta tierra, llevados por un miedo irracional, sigan desenterrando cuerpos, profanando tumbas y mutilando cadáveres. Sí, he de evitar que, al contrario de lo que ha ocurrido con mi querido Glaser, la superstición venza a mi razón...

Maurizio carraspeó y se levantó de la cama para abrir las contraventanas. Se pellizcó suavemente; esta vez estaba despierto. En el exterior las primeras luces comenzaban a iluminar las calles. El crepúsculo había caído y Praga cobraba la atmósfera mágica que inspiró a grandes de la literatura como el universal Franz Kafka, o Milan Kundera, que entre estos empedrados tejió su *Insoportable levedad del ser*. En ese instante, cuando presentía que su espíritu regresaba del tiempo al que la lectura lo había llevado, entendió que Flückinger, al igual que antes Glaser, acabaría cayendo entre las redes de la superstición. Y sintió pena por él, pero también rechazo. ¿Cómo había podido destruir los escritos de su colega? Es probable que en ellos se encontraran muchas de las respuestas que ahora, casi tres siglos después, andaba buscando. ¿Qué fue lo que hizo que, como si se tratara del protagonista de *La Metamorfosis* del citado Kafka, el espíritu cientificista del galeno vienés mutara en apenas unos meses, al punto de manifestar un terror irracional hacia algo a lo que ahora Maurizio no podía poner rostro a causa de la desgraciada decisión de Flückinger? Sintió que su garganta se secaba una vez más, y con cierto temor atisbó que su cuerpo le pedía alcohol. No sabía muy bien por qué, pero tenía la extraña sensación de que leyendo los diarios de los médicos establecía una suerte de contacto sutil con ese tiempo que atravesaba los siglos y que unía, de alguna manera que no era capaz de explicar, sus vidas. El pensamiento lo puso en tensión... Cogió una nueva botella de agua de la neverita y, sin disimular su malestar, dio un trago. No era momento para paranoias. Aunque el diario de este último también estaba mutilado, casi faltaba un mes completo, debía seguir leyendo. Tenía la inexplicable percepción de que el doctor Flückinger le iba a aclarar muchas dudas.

24 de diciembre, víspera de la Natividad de Nuestro Señor

Ayer desenterraron un nuevo cadáver. Mostraba los mismos síntomas que los demás. ¿Y si realmente tuviesen razón? ¿Y si el mismo Dios permite que el maligno y sus siervos campen a sus anchas por esta tierra? Ya han muerto diecisiete personas... Llevo días sumido en un terrible conflicto interior: actuar con toda la fuerza que me otorga la ley para terminar de una vez por todas con estos terribles actos, o marchar a Viena y que sean otros, quizá más preparados, quienes resuelvan lo que se debe hacer. Yo empiezo a comprender que no me siento capaz...

He estado consultando viejas obras como el *Canon de medicina* del filósofo Avicena, que tanto hizo por renovar caducos conceptos científicos, y apenas si se hace referencia a sucesos similares como los que están devastando en cuerpo y alma a estas gentes. Ni tan siquiera los tratados de Miguel Servet alivian mi incertidumbre. Mi formación científica me hace pensar en algún tipo de zoonosis, ya que una de sus manifestaciones mayores, la rabia, es transmitida de la misma forma a cómo se atribuye la transmisión del mal a un *strigue*: mediante la mordedura de un animal contaminado o de una persona que padece dicha dolencia, ya que los virus permanecen en estado latente en la saliva de los enfermos.

Después de semanas de estudio he comprobado que los síntomas son similares: la agresividad manifiesta de quienes la padecen, la creencia de que éstos pueden transformarse en animales nocturnos como perros asilvestrados o murciélagos, que, dicho sea de paso, muestran el mismo irrefrenable instinto asesino. Pero hay más: la ausencia de putrefacción en los cuerpos enterrados, incluso la no coagulación de la sangre ni cuando ésta entra en contacto con el aire, me ha llevado a pensar que es causada por la muerte que al menos los animales aquejados por esta dolencia suelen sufrir: la asfixia. Además, la extraordinaria hipersalivación, unida a síntomas como constante sudoración, diarreas o vómitos podrían permitir que, al no existir apenas infección bacteriana en el estómago, el cuerpo se conserve en el estado en el que es encontrado por los profanadores. Creo que si lograra desarrollar aún más mis investigaciones llegaría a conclusiones más rotundas. Al menos éstas están aportando algo de luz a la incontrolable oscuridad que estaba empezando a hacer mella en mis emociones. Pero queda mucho trabajo por hacer...

Esta tarde vendrá a verme el patriarca ortodoxo de Gradisk. Ha insistido mucho en su deseo de encontrarse conmigo, según me ha asegurado el bueno de Yolaki. No sé qué querrá, pero sí sé que mantuvo una muy buena relación con mi antecesor, Johann Glaser; relación que, por lo que quedó reflejado en los escritos del añorado doctor, no parecía ser del agrado del padre Bruno. Cuestión de creencias, imagino.

Atardecer

El padre Hristo acaba de marcharse. Es un hombre barbado, como corresponde a un sacerdote ortodoxo, prudente y asustado. Parco en palabras, se ha limitado a alabar una y otra vez la labor de mi querido Johann, mirando con desconfianza a su alrededor cada vez que pronunciaba su nombre. No he podido evitar fijarme en que al hacerlo agarraba con fuerza la enorme cruz de bordes redondos que cuelga de su cintura. Tras varios minutos de cortesía, me ha entregado un fardo de documentos atados con gruesos cordeles. Me ha explicado que son antiguos informes que otros antes que él fueron redactando. Según ha asegurado hay manuscritos con más de cien

años. Al dejarlos sobre la mesa de madera que ocupa gran parte del salón ha vuelto a dirigir la mirada hacia la puerta, esta vez con evidente terror. No he podido evitar la curiosidad:

—Padre, ¿le ocurre algo? Permítame que le pregunte a qué se debe su temor.

El patriarca, abriendo los ojos, intentando hablar con la expresión de su rostro, ha movido violentamente la cabeza a uno y otro lado y lentamente ha susurrado una frase que no he entendido.

—Es probable, doctor, que encuentre muchas respuestas en los textos que le entrego. Años atrás leí parte de su contenido, pero sólo parte, porque un hombre de fe como yo no puede atender al horror que hay entre sus páginas, menos aún cuando quienes lo ponen en marcha son hermanos piadosos... Poco antes de que el doctor Glaser falleciera, me había citado con él para hacerle entrega de estos mismos documentos. Llegué a la conclusión de que de no hacerlo acabaría perdiendo la razón, como así fue. Con los meses terminó siendo un gran amigo... No quiero que pase lo mismo con usted. Si alguien puede acabar con... en fin, es probable que sea usted — ha asegurado antes de ponerse en pie a una velocidad inesperada y dirigirse hacia la puerta.

No he impedido que se marchase. Ha venido a cumplir un deseo, y una vez realizado se ha ido. No obstante, en el poco tiempo que hemos compartido he visto el miedo en sus ojos; el mismo que pude percibir en los escritos de Johann. Me va a llevar tiempo estudiar estos manuscritos, pero por Dios que lo haré.

Anochecer

El padre Bruno parece nervioso. En un entorno tan pequeño como éste las noticias corren rápidas, incluso parecen sobrevolar los altos montes. Sabe que hace apenas dos horas me he reunido con el hermano Hristo de Gradisk, y eso le ha provocado una desazón que no se ha preocupado demasiado en ocultar. Ronda alrededor de mi casa como una ave de presa. Además, está acompañado por otros dos sacerdotes, algo más jóvenes que él. Sin duda alguna, por los ropajes que visten, pertenecen a la misma congregación. No entiendo muy bien cuál es el temor que invade su alma, pero he de reconocer que en cierto modo me divierte y despierta mi curiosidad verlo nervioso a través de la ventana.

Al fin ha decidido dar el paso. Dejo de escribir por unos instantes. Acaba de llamar a la puerta.

Madrugada

No entiendo muy bien qué ha ocurrido. El padre Bruno aparentemente no ha sido capaz de explicármelo, porque estaba demasiado preocupado en saber el motivo de la visita del hermano Hristo.

Sí, ¿qué ha ocurrido? Nadie lo sabe, en realidad. Los cazadores de Gradisk lo han encontrado a las afueras de la población muerto, crucificado boca abajo y con el rostro lacerado por decenas de cortes. Cuentan quienes han dado con él que, ¡Dios mío...!, le han extirpado los ojos y le han cortado las manos. ¿Qué sanguinario asesino puede haber llevado a cabo un acto tan cruel con un anciano? ¿Qué demonio o hechicero ha sido capaz de cometer este crimen sin atender a que su alma queda perdida para siempre? Sea quien fuere, que por desgracia imagino que jamás lo sabremos, ha dejado su sello junto al cadáver. Yolaki, que como buen tabernero se entera de cuanto ocurre en la región, me ha comentado, una vez he podido quitarme de encima al siniestro italiano, que los alguaciles de Gradisk, que beben hasta saciarse en su taberna, le han dicho que en el lugar han encontrado, grabadas sobre la piedra, unas letras de antigua traza gótica, pero no ha podido especificar más. No sé qué extraordinario enigma se oculta tras esta muerte, pero estoy seguro de que la respuesta se encuentra en los escritos que me ha dejado el buen hermano Hristo, al que Dios tenga ya entre sus poderosos brazos.

2 de enero de 1732

Es un delirio tras otro. Después de varias semanas estudiando día y noche los documentos que me dejara el difunto Hristo de Gradisk, no sé qué pensar. Es una sucesión de escritos que abarcan desde el año 1580 hasta bien entrado nuestro siglo. Algo más de una centuria en la que médicos, sacerdotes, incluso ortodoxos, y cronistas anónimos fueron relatando, uno tras otro, los sucesos que se producían en estas regiones de la Alta Silesia. A cuestiones puramente banales como robos de ganado o pequeños hurtos se unen otras de mayor calado como asesinatos. No obstante, he de reconocer que hay dos puntos que han captado mi atención: primero, que todas las páginas, al pie, casi imperceptible para vistas cansadas como la mía, aparece una frase caligrafiada en latín; algo así como *Lapis nascitur flos sanctorum*. Imagino que tendrá su importancia, aunque más adelante me detendré en ello. Y segundo: que todos los escribientes advierten constantemente, bien sea para anunciar su llegada, bien para reflejar con recelo que están entre ellos, de la presencia de preladados que desde la lejana Italia vienen hasta aquí y se introducen con sigilo en todos los ambientes, desde el más pulcro al más pecaminoso; conviven con sus gentes generación tras generación en un inexplicable intento por permanecer asidos a esta tierra. Es su deseo no abandonarla, como si buscaran algo, o quién sabe, como si

intentaran proteger un secreto.

El interés que además parecen mostrar por las diferentes epidemias que en este tiempo se producen, y que como no podía ser de otra forma son achacadas en su mayor parte a los horrendos demonios nocturnos, queda de manifiesto en los escritos de estos anónimos cronistas. Es interesante observar que todos y cada uno de ellos están marcados. Quienes los han estudiado antes que yo han doblado páginas, tachado palabras, subrayado otras, destacando por encima de todas un concepto que parece provocar un interés mayor: «inmortalidad». Reflejo a continuación la narración del juez Carl Ferdinand von Schertz, escrita veintiséis años atrás y que forma parte de los textos, donde deja patente lo que sigue:

En una cierta aldea, una mujer murió sin haber recibido los últimos sacramentos y fue enterrada de forma usual en el cementerio. Cuatro días después de su muerte, los habitantes de la aldea oyeron un extraordinario ruido y se levantó una terrible tormenta cuando vieron a un fantasma que se aparecía a algunas personas en forma de perro y a otras en forma de hombre flaco y espantoso, y que fue visto no sólo por un individuo sino por muchos, y que causó a la gente la mayor alarma y tormento por asaltarla fieramente, agarrándola por la garganta hasta ser casi sofocada. Hay ejemplos de acontecimientos similares, habiéndose encontrado en alguno de los cadáveres labios rojos con largos dientes blancos, mientras chorros de sangre roja templada brotaban en todas direcciones... En todos los casos, cuando exhumaban el cuerpo éste aparecía como si estuviera vivo. Estos espectros, según se observa, infestan especialmente los distritos montañosos de Silesia y Moravia, particularmente la cordillera de los Cárpatos, y parecen ser inmunes a las armas de los hombres, no así a las de la fe. Por eso se dice que son demonios inmortales.

El cronista, un tal Pietro Unámides, advierte a continuación que los sacerdotes se han llevado al «espectro» nocturno para hacer con él lo que con otros antes, tiñendo de sangre el nombre de Cristo. ¿A qué se refiere? No soy capaz de vislumbrar ni por asomo el final de este intrincado asunto. Pero ¿realmente existe un final? Una vez más, sea quien fuere, parece muy interesado en reseñar que dichos seres, a decir de la tradición, gozan de una inmortalidad demoníaca; pero inmortalidad al fin y al cabo.

Volvió a suspirar profundamente. Los escritos perdían una vez más la cronología. Alguien se había ocupado de hacerlos desaparecer, o quién sabe si de destruirlos. Maurizio dio un nuevo trago de agua. Conocía a la perfección los textos del abad benedictino Agustín Calmet, el hombre que quiso matar la superstición que asolaba los países del este en la presencia de los inefables vampiros. Muy al contrario, lo que consiguió fue inmortalizar aún más la leyenda.

Extrajo de su cartera negra el iPad, y buscó el título de la obra de Calmet.

—*Dissertations sur les apparitions des Anges, des Démons & des Esprits, et sur les revenans et vampires de Hongrie, de Boheme, de Moravie & de Silesie...* ¡Aquí está! —gritó con júbilo.

Deseaba repasar un trabajo que años atrás lo había llevado a mantener encendidos debates con su mentor, el profesor Toscanelli. Él, en la certeza de que aquella superstición, como de igual modo parecía defender cada vez con menos ardor el doctor Flückinger, tenía su origen en enfermedades que transformaban el cuerpo de la víctima en un auténtico ser del averno; y el viejo profesor, convencido de que no todo podía ser observado bajo el frío prisma de la ciencia. Sí, Calmet, intentando hacer un ejercicio de pulcritud informativa, sin dejar a un lado su condición religiosa, quería plasmarlo con claridad... Y en ese instante, cuando a punto estaba de leer al abad, en cierto modo sintió que se establecía un nexo aún más intenso entre él y los doctores Glaser y Flückinger.

En su obra el sacerdote plasmaba el interés de los obispos de Moravia y Silesia, que habían hecho llegar a Roma nutridos informes para que las autoridades eclesiásticas se preocupasen por un tema que se les estaba yendo de las manos. Maurizio suspiró profundamente. El texto de Flückinger daba un salto importante en el tiempo. De lo que no estaba, poco se podía saber ya, pero lo que aún permanecía... tuvo que ser un error, un desliz por parte de quien quiso ocultar determinados pasajes de esta historia. Porque lo que allí aparecía reflejado jamás debería haberlo leído nadie.

20 de enero de 1732

La vida puede ser extraordinariamente sorprendente. Tras semanas sumido en el más desmoralizante desasosiego, un hombre rudo, sin apenas estudios, ha tenido que

aparecer para apartar la maleza que ocultaba el camino. Yolaki, con el que a cada jornada voy cimentando una sólida amistad, como hacía días que no sabía de mí, vino anoche a verme, y trajo una botella de buen *paprika*. Imagino que la incertidumbre por la que todos estamos pasando le hizo sospechar... Nada bueno claro, y vino en mi innecesario auxilio.

La mesa mostraba el mismo aspecto enmarañado que mi cabello. Y sobre ella, las decenas de documentos que el buen hermano Hristo me entregara semanas atrás. Yolaki, que amén de rudo es imprudente, cogió uno de los manuscritos y empezó a leer.

—¿En qué trabaja ahora, doctor? Le importa que mire... Usted siempre tiene cosas interesantes —afirmó con la candidez de un niño que no piensa estar haciendo nada incorrecto.

Mi mirada afilada no lo ha conminado a dejar de hacerlo, y entonces, ante mi estupor, ha empezado a cantar.

—*Sectetur, quas posuit Deus... in aeternum oculos... lapis nascitur flos sanctórum...* —ha canturreado, intentando entonar una horrible melodía.

He de reconocer que el ímpetu me ha traicionado. El buen gigantón me ha mirado sin entender muy bien el porqué de mi pregunta, quizá demasiado agresiva:

—Yolaki, ¿qué demonios cantas?!

Sin entender muy bien mi reacción, como si no hubiese oído nada, ha abierto la botella, ha servido dos vasos y se ha sentado. Después, con su voz irritantemente pausada, ha comenzado a hablar:

—Doctor, todos los niños que estudiamos en la vieja rectoría de Gradisk aprendimos desde muy pequeños esa canción. «Seguimos el camino que Dios nos ha marcado y buscamos la eternidad bajo la flor que crece en la lápida santa». Ésa es la letra... En la capilla de la basílica, donde han enterrado al difunto padre Hristo, que Dios lo tenga en las alturas, se venera una flor de piedra. Los viejos decían que creció a los pies de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo poco después de su muerte, y desde aquel instante quedó como si fuera una piedra. Allí está, en la capilla mayor, sobre la lápida del gran patriarca Gregory Rustov, el hombre más santo de esta parte de Silesia —finalizó, ávido por dar el primer trago a la *paprika*.

Observando como Yolaki se servía otro vaso, no he podido evitar que una sonrisa plena de avidez se haya asomado a mi rostro. He de reconocer que me he sorprendido a mí mismo... Y es que no sé muy bien por qué, pero algo me dice que en el templo del patriarca se encuentra el eslabón definitivo que une toda esta cadena.

Sí, he de partir hacia Gradisk... Mañana a primera hora.

23 de enero de 1732, madrugada

Ayer regresé de Gradisk. Y ya en Katowice escribo con el pulso acelerado, aún tembloroso, para que quede constancia de lo que, y desde hace más de un siglo, está ocurriendo en esta tierra con el beneplácito de esos que se llaman siervos de Dios, cuando más bien parecen ser hijos de otro ser. No sé en qué manos caerá mi diario, pero soy consciente de en cuáles no ha de recalar. El padre Bruno está ansioso; lleva toda la tarde merodeando por los alrededores acompañado de sus sicarios, los dos muchachos seminaristas y otros dos que se acaban de incorporar a la comitiva del sacerdote, según me ha asegurado Yolaki, recién llegados de Roma. Está nervioso. Intuye que sé...

Tras un viaje muy penoso a lomos del viejo *Rastan*, un corcel noble pero con más años que el techo que me da cobijo, llegué a mi destino. Gradisk es una ciudad medieval sólidamente fortificada. Al pasear por sus calles da la sensación de que se ha detenido el tiempo; nada parece haber cambiado en los últimos quinientos años. Era media tarde cuando por fin alcancé mi meta, la vieja basílica de San Atanasio. Es un templo magnífico, que corona el cerro alrededor del cual se desparrama la población. El portón de madera estaba entreabierto, por lo que no he tenido más que amarrar el caballo a la argolla del abrevadero que se halla al otro lado de la plaza y acceder a su interior.

El templo estaba tomado por las sombras. No había nadie; al menos en las estancias principales. Las llamas de decenas de cirios cimbrecaban en el corazón del lugar sagrado, allí donde la arquitectura ortodoxa crea un octógono perfecto. Sí, no había nadie, y aun así me he sentido vigilado en todo momento. Quién sabe qué extraño influjo estaba ejerciendo en mi cordura la mirada rasgada de los iconos bizantinos que colgaban de las paredes: san Basilio Magno, san Gregorio, san Juan Crisóstomo y, por supuesto, presidiendo la sala central en la santa capilla, san Atanasio. Me aproximé con el sigilo de un gato, en un intento de que los protagonistas de dichas pinturas no recobrasen la vida perdida, que no despertasen de su sueño eterno y de este modo evitasen el acto que, ahora sí, tenía que llevar a cabo.

Al acceder al recinto central una náusea momentánea se apoderó de mí. El fuerte olor a cera se mezclaba con el del barniz y el calor sofocante que inexplicablemente tomaba la basílica. «Pobre hombre», he pensado al entender que ese rectángulo de madera, sin más mensaje que una fecha de nacimiento y otra de muerte, era la improvisada lápida bajo la cual se hallaba el cuerpo sin vida del hermano Hristo. Un repentino escalofrío erizó el vello de mi cuerpo. Junto al lugar de descanso del asesinado, sin duda el centro neurálgico del templo, una bella flor, posiblemente una rosa petrificada, se sustentaba sobre un abigarrado jarrón de pedrería. Y bajo éste, la lápida santa bajo la cual debía de estar el cadáver del venerado Gregory Rustov. Tampoco mostraba letanía alguna, o el nombre de quién yacía en aquel lugar. Sólo una extraña inscripción separada por puntos, que a fuer de no olvidarla, dada mi

reconocida mala memoria, apunté en mi cuaderno de notas.

Sin dudarle en exceso, comprobando una vez más que me encontraba solo en el templo, he recordado una vez más la canción de Yolaki. «... y buscamos la eternidad bajo la flor que crece en la lápida santa».

La eternidad, la inmortalidad... Ahora entiendo el porqué de la obsesión de unos y otros por ambos conceptos. Sí, ahora lo entiendo.

Empujado por un impulso irrefrenable he arrancado una de las patas del primer banco que tenía a mano. Estaba muy deteriorado, por lo que no me ha costado demasiado hacerme con ella. Y ha sido entonces cuando, rodeado por las sombras, he comenzado a golpear con fuerza la lápida del suelo. Las miradas de los santos se han clavado en mi alma a cada golpe. El sonido retumbaba en el templo como el trueno antes de la tempestad; ya no había marcha atrás, debía seguir adelante con la profanación, con celeridad, sin levantar sospechas ni alertar a la población. De otro modo, ¿cómo explicar un acto tan horrendo?

Al fin, tras algo más de diez golpes, la piedra ha cedido y un hedor espantoso ha salido de su interior inundando el ya de por sí enrarecido ambiente. La atmósfera se ha vuelto neblinosa por momentos; o quién sabe, es probable que fueran mis percepciones que empezaban a quebrarse. Tras retirar parte del destrozo, ante mí ha quedado abierta una pequeña oquedad, lo suficientemente espaciosa como para poder escudriñar el interior de la sepultura. Y allí, entre las descarnadas manos del patriarca Gregory Rustov, que permanecía aún vestido con su humilde *stijarion*, había algo. Sí, el difunto, como si no quisiese dejar escapar su secreto, agarraba con fuerza un libro. Consciente de que los golpes habrían despertado el recelo de los vecinos, lo he cogido con tanto frenesí que al retirarlo de su última morada han crujido las falanges del santo. No he podido evitar una nueva náusea, pero ahora sí, sin mirar atrás, he salido al exterior. La noche ya se había echado sobre Gradisk, ocultando de esta forma el pecado de los furtivos.

Tras saltar sobre *Rastan*, he guardado el libro en la alforja y hemos salido a galope. No he dejado de rezar hasta que hemos atravesado las murallas de la ciudad...

No puedo escribir más. La vista se me nubla. Mañana seguiré...

24 de enero, mediodía

Percibo la tensión. Se ha extendido el rumor por toda la ciudad de que unos bandidos han profanado la tumba santa de Gradisk. El padre Bruno va de un lado a otro, como si intuyese que no se trata de un asalto más, como si supiese que la intencionalidad del mismo ha sido otra.

Toda la tarde de ayer y toda la mañana de hoy he estado analizando el viejo libro.

Es un diario, de eso no hay duda, escrito, tal y como menciona en la segunda página, por un sacerdote italiano: el padre Giovanni Mantello. Pese a que está muy deteriorado, la extraordinaria caligrafía del sacerdote hace que la lectura sea agradable. Éste se presenta como delegado en la región de Silesia de su santidad el papa Sixto V, y por las fechas que he ido cotejando a lo largo del escrito, abarca un período de tiempo prolongado, que va desde el año 1550, cuando se refiere al pontífice como patriarca de Venecia, hasta poco después de su muerte, que queda fechada aquí en 1595.

Conforme he avanzado en la lectura, de no ser porque quien redacta tales palabras es un miembro de nuestra Iglesia, difícilmente creería lo que estas hojas amarillas y desgastadas por la humedad contienen. Por lo que he intuido del texto, no es el único volumen, pero sí parece ser el último:

Desde que el patriarca Peretti decidió enviarme en misión de Dios a esta remota tierra de los confines de la Europa cristiana, son muchas las cosas que han ocurrido. Hasta mi amada Venecia habían llegado los acontecimientos terribles que aquí se producían. Los nativos de la región hablaban de criaturas inmortales, y los gitanos, gentes incultas y supersticiosas que adoran a la madre Tierra, a los bosques y a las montañas, que dicen no temer a nada ni a nadie, sí muestran un horror sobrenatural cuando de estos seres se trata. En el tiempo que llevamos estudiando el comportamiento de hombres y mujeres cuya enfermedad parece más próxima al alma que al físico, y son ya treinta y cinco años interminables, la fascinación compite con el miedo que provoca comprobar que dichas criaturas no admiten la virtud de la mansedumbre. Se muestran agresivas, lascivas y ávidas por acabar con la vida de sus congéneres. Son espíritus asesinos, capaces de aguantar el mayor de los tormentos sin fenecer, y de no envejecer pese a que el tiempo pasa para todos.

Mi razón se ve mermada a cada página. El sacerdote refleja actos impropios de su condición que me veo incapaz de repetir. Estos hombres y mujeres, fuesen enfermos mentales o estuviesen sujetos a una dolencia cuya magnitud y presencia se nos escapa, han sido sometidos durante décadas a suplicios inhumanos. Y a pesar de lo que reflejan las palabras del padre Giovanni, no soy capaz de entender el porqué de sus motivaciones:

El patriarca ha sido elegido Santo Padre. Dios guíe el camino que ha de seguir porque es el mismo por el que transitaremos todos. En los últimos meses he recibido continúa correspondencia. Está viejo y cansado y desea que de una vez por todas desvelemos este misterio. Que sea de Dios o del diablo ya da igual. Ha de tener solución; ha de ser controlado. Llevamos décadas experimentando en silencio, intentando no asustar a la población, permitiendo en cierto modo que estas criaturas continúen contaminando a los habitantes de Silesia y Moravia, pues de otra forma, y

dada la fiereza en la lucha que manifiestan los gitanos, desaparecería hasta el último ejemplar. Guardamos en las mazmorras de Gradisk algunos buenos especímenes, a los que vamos alimentando para evitar que finalmente fenezcan, y al cabo de un tiempo prudencial dejarlos libres, especialmente cuando desciende el número de infectados. Y aun así la fortaleza que manifiestan es titánica. Baste el ejemplo de la anciana de Opole, que llegó en muy mal estado, incapaz de no sucumbir a su instinto asesino, y que pese a estar dos meses sin ingerir líquido, se mantuvo viva en una suerte de estado catatónico que, pese a todo, no evitó que a la menor oportunidad intentara atacar al buen hermano Livorio de Crémona, al punto de que de no intervenir dos hermanos más le habría desgarrado la garganta en cuestión de segundos. Se perdió un ejemplar, pero no hubo más remedio que purificarla cortándole la cabeza.

Intento no pensar en el padre Bruno conforme avanzo en la lectura y conozco los detalles de una historia salvaje. Pero no puedo evitar pensar que más de un siglo después, él es el Giovanni de nuestro tiempo; que su misión, sea ésta la que sea, continúa vigente. Sigo leyendo...:

Las epidemias parecen incontrolables. Confiamos demasiado en que el buen Dios nos ayudaría en esta difícil empresa, y qué duda cabe que se nos ha ido de las manos. La población está alarmada, ya cada vez son más las madrugadas iluminadas por las llamas de las antorchas de quienes se dan a la labor de profanar cementerios para acabar con el mal que los aqueja. Los médicos que piadosamente participan de esta sagrada empresa aseguran que, sea lo que fuere que los mantiene con vida, se encuentra en la sangre, y de este modo se transmite de unas criaturas a otras.

El Santo Padre se impacienta. Hoy ha llegado una nueva misiva en la que nos pide resultados. Es consciente de que su vida llega al final y busca un remedio para evitar la muerte; pero ¿quién no lo pretende? Nuestra fe nos obliga a creer que después de este infierno terrenal llegamos al paraíso celestial, pero el instinto de supervivencia, como animales que somos, nos obliga a combatir durante toda la vida, y por qué no, también al final de ésta.

Hoy hemos dado con un buen ejemplar. Nuestros exploradores han encontrado en la remota aldea de Karviná a una mujer de cincuenta años que fue contaminada por uno de nuestros infiltrados hace tres o cuatro semanas. Tiene una fortaleza descomunal, y su poderoso físico garantiza que aguantará las mutilaciones. Ya he enviado a la voivodia de Lubusz a mi fiel secretario Miguel de Ronda, un joven español que monta a caballo como una centella y que no parece temer a quienes se ocultan en los múltiples rincones de esta tierra pagana. Su misión es advertir al

delegado de la ciudad, mi admirado padre Mario de Strezza, que al fin tenemos lo que buscamos. Necesitamos apoyo si queremos que la mujer llegue con vida a Venecia, más aún después de haberla sometido a diversos estudios. Ha quedado extenuada. Hasta ahora únicamente habíamos enviado muestras, pero ahora el tiempo se consume, y es fundamental que así sea. Quienes la aguardan llevan años esperando este momento y saben cómo afrontar la situación. ¡Dios mío! ¿Estaremos a un paso de culminar nuestra misión, y así podremos regresar a casa?

He cerrado el libro y apenas he tenido tiempo para la reflexión. Yolaki, una vez más, ha interrumpido mi soledad. Este hombre aparece en los momentos necesarios. Le he abierto rápidamente la puerta. No deseo que tras él aparezcan el padre Bruno y sus hombres. Ya no. He de reconocer que el miedo se ha apoderado de mi ser. El miedo a los sucesos que se están produciendo y a quienes parece que los administran desde hace años. Sé más de lo que debería saber, ¿o no? El gigantón me ha vuelto a sorprender; sí, otra vez. Mi cuaderno estaba abierto en mitad de la mesa, casi oculto por los libros y los escritos, y aun así ha sido capaz de leer lo que había en la arrugada página. Y entonces ha gritado como el niño que al fin descubre el tesoro escondido por sus progenitores minutos antes.

—Doctor, ¡eso es lo que los alguaciles me dijeron que habían leído junto al cadáver del hermano Hristo! ¡Ésa es la inscripción! ¿De dónde la ha copiado? —me ha preguntado, y por primera vez he percibido cierta desconfianza en el tono de su voz.

Cómo explicarlo... El silencio no ha sido suficiente, pero al menos no ha insistido. Únicamente ha repasado con torpeza las letras que copié de la lápida de Gradisk. Y entonces he sabido quién ha matado al hermano Hristo.

Caompsd...

26 de enero de 1732, atardecer

Mi estancia aquí ha llegado a su fin. Mañana regreso a Viena. De lo contrario mi integridad mental y física peligran. He estado todo el día redactando el informe que he de entregar a los mandos del regimiento, y para evitar sospechas, he invitado al padre Bruno para que esta noche acuda a casa. Anna se ha prestado amablemente a elaborarnos una cena tradicional de despedida. Mi intención es que el sacerdote lea el documento que he escrito, para que de un modo u otro otorgue el visto y consentido. No deseo despertar más sospechas; no quiero que me ocurra lo que a otros antes. Es mi intención olvidar esta pesadilla; olvidar pero no borrar. Por eso dejo en manos de mi fiel Yolaki este diario, donde quedan recogidos los extraordinarios acontecimientos que han assolado la región y quiénes son los causantes de que el mal,

repito, sea el que fuere, se extienda sin atender a espacio geográfico ni al paso del tiempo. Quién sabe hasta dónde han sido capaces de llegar. Será el buen Dios al que han dejado de mirar a los ojos quien juzgue sus actos. Yo únicamente aguardo en silencio a que algún día sean conocidos.

Alea jacta est...

Y así, como anexo a estas últimas páginas, incluyo una copia manuscrita del informe oficial. Que sepa discernir quien en el futuro repase este escrito cuál fue la verdad que durante décadas se ha querido ocultar, porque es posible que ésta haya perdurado por los siglos de los siglos.

Informe de Johannes Flückinger.

Médico castrense del Honorable Regimiento Fursstenbusch de Viena.

Katowice, 26 de enero de 1732

Después de que hubiera sido divulgado que en la aldea de Katowice los supuestos vampiros habían matado a gente bebiendo su sangre, he sido enviado hasta aquí para investigar la materia a fondo. Para ello se han realizado interrogatorios en la compañía de *hajduks* del capitán Gorschiz Hadnack, portaestandarte y el más viejo *hajduk* de la aldea, el cual ha referido lo siguiente: que hacía cinco años que un *hajduk* local de nombre Arnold Paole se rompió el cuello...

Maurizio encendió la luz de la lámpara de la mesita. Estaba sudando. Sus poros expulsaban la tensión que seguro tuvo que vivir en esos mismos instantes el doctor Flückinger. Y entonces, como un niño que aguarda con espanto la llegada de la noche, apartó los papeles, se encogió sobre la cama, y cerró con fuerza los ojos.

No quería seguir viendo...

El teléfono lo despertó. Abrió los ojos sorprendido; había logrado dormir toda la noche sin apenas moverse. Miró la hora.

—¿Quién llama a las seis de la mañana, por Dios...? —se preguntó con evidente malestar.

Una vez más, la pantalla no desvelaba el nombre del comunicante. El sueño se evaporó como una gota en mitad del desierto.

—Sí, ¡dígame! ¡Quién es! —respondió con tanta vehemencia que lo delató la ansiedad.

Al otro lado, su interlocutor intentó empezar una frase pero no pudo. Sometido a un repentino ataque de tos, tuvo que esperar unos instantes para recobrar fuerzas y empezar a hablar.

—Doctor Roncalli, soy Josef Zeman. Disculpe si lo he despertado, pero imaginé que ya habría terminado de leer los escritos que le entregué. ¿Me equivoco? —especuló con la seguridad del que conoce a la perfección las palabras que su interlocutor iba a pronunciar.

En ese instante Maurizio tuvo una sensación que ya empezaba a ser molesta; era como si lo estuviesen vigilando a cada minuto. Sujetando el teléfono en la mano derecha se levantó y, con un gesto instintivo, cerró la contraventana. ¿Cómo demonios podía saber aquel hombre que hacía apenas unas horas que había concluido la lectura de los diarios? ¿Pura casualidad? Estaba harto de tantas casualidades...

—Sí, disculpe. He estado leyendo hasta altas horas de la madrugada y en estos momentos me estaba levantando. No se equivoca. Ya he terminado de leer los escritos, y... —intentó continuar, pero el viejo escritor lo interrumpió nervioso.

—Doctor, por teléfono no... Si le parece lo espero en nuestro anterior punto de reunión. Le enviaré a Martina para que lo recoja en el hotel. Tenga preparada la maleta. Ya me he permitido la licencia de comprarle el billete de vuelta a Roma. El tiempo corre —finalizó, sin más palabras que una escueta despedida.

Maurizio se sentó nuevamente a los pies de la cama. No entendía muy bien... Si Zeman no sabía que al fin había terminado con los escritos, y todo parecía indicar que había sido a causa de su notable intuición, ¿cómo se había arriesgado a comprar el billete de regreso?

Las dudas se disiparon, o al menos quedaron aparcadas, cuando pensó en ella. Martina iría a recogerlo. No sabía bien por qué, pero aquella mujer había causado un impacto tremendo en él. Era como si la conociera de otro tiempo. Apenas si había

pasado unas horas en su compañía, y sin embargo sentía que cuando estaba cerca de ella su corazón latía más rápido. Hacía demasiado tiempo que no escuchaba su voz..., quizá por eso estaba tan emocionado. Una vez más saltó de la cama y, con una velocidad felina, recogió la ropa, los papeles, el iPad... y cerró la maleta. Únicamente dejó fuera un gran sobre en cuyo interior se hallaban los diarios. Y así, con todo preparado, se encerró en el cuarto de baño. Necesitaba una ducha, afeitarse, dejar que el polvo de los siglos y la tensión de la madrugada se fuese por el desagüe. Además, necesitaba gustarse a sí mismo. Ella venía a recogerlo.

Treinta y cinco minutos después alguien llamó a su puerta, con tanta delicadeza que rápidamente supo de quién se trataba. Con paso firme y los nervios aflorando se dirigió a la entrada y, sin dudar, abrió. Martina lo miró con expresión triste; no tenía otra. Él, balbuceando como un bebé, acertó a saludarla con tanta torpeza que el púrpura de la vergüenza asomó a su rostro. Ella sonrió. Sabía a la perfección el efecto que causaba en el arqueólogo. Por eso, cuando se abalanzó sobre él y lo besó, no le sorprendió que temblase como un principiante. Maurizio, incapaz de refrenar sus músculos, notó cómo se ponían en tensión. A ella no parecía importarle, porque continuaba besándolo, recorriendo su pecho con sus pequeñas manos, mirándolo con deseo desde sus profundos ojos azules. Y de repente... dio un paso atrás.

—Tenemos que irnos. Mi tío nos espera... —afirmó, como si no hubiera ocurrido nada.

Él, aturdido y sin saber muy bien qué hacer, asintió.

—Sí, un momento, voy a por mis cosas —respondió, sin saber muy bien lo que había dicho.

La muchacha esperó en el umbral de la puerta mientras él se daba la vuelta y desaparecía en el cuarto de baño. Antes de salir permaneció varios segundos contemplando su rostro en el espejo. No sabía qué hacer. Él, que siempre había hecho gala de una seguridad aplastante, en esos momentos estaba perdido. Por un lado deseaba arrastrarla al interior de la estancia y dejar que el instinto hiciera el resto; por otro, no entendía muy bien el apasionado comportamiento de aquella desconocida, que en apenas unos minutos se enfriaba como un enorme témpano. Suspiró profundamente y, tras mojarse la cara, recogió el neceser y salió de nuevo. Lo introdujo en el lateral de la maleta, agarró su inseparable cartera, comprobando antes que en su interior estaba su inseparable cuadernito, y aprovechó para guardar el gran sobre. Con la misma frialdad de la que ella hacía gala, salió al largo pasillo y le indicó que lo siguiera.

—Vamos... —dijo molesto.

Y ella, dejando escapar una sonrisa maliciosa, no se amilanó. Lo miró de arriba abajo, recorriendo cada centímetro de su cuerpo, disfrutando al comprobar que él

volvía a ponerse nervioso.

—Claro, doctor, vamos...

El trayecto, al contrario de lo que ocurriera en su encuentro dos días antes, estuvo presidido por un silencio sepulcral. Ella iba vestida de negro, con un pantalón muy ceñido que perfilaba su magnífica silueta. Su cabello colgaba como las crines de un caballo, atenazado por un enorme coletero, tapando parte de la camisa de tirantes que sujetaba a la perfección su pequeño pecho. No lo miró; sólo se apresuró, ante la falta de conversación, a encender la radio. Aquella melodía no le era desconocida. Pertenece a la banda sonora de *Grease*, a la secuencia en la que una espectacular Olivia Newton John y un crecido John Travolta se enzarzaban, acompañados de sus respectivas bandas, a un melódico cortejo del que, como no podía ser de otra manera, ella salía victoriosa. Y en ese instante, al comprobar que él vestía unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, no pudo evitar que una carcajada silenciosa empezara a apoderarse de sus pensamientos al imaginar que, por qué no, ellos dos, en ese momento y con sus respectivos atuendos, bien podían pasar por los protagonistas de la exitosa película. Minutos después afrontaban el sendero de bosque. La claridad, a pesar de todo, no otorgaba al paisaje un color más brillante; seguía siendo tan siniestro como el primer día. Y allí, en lo alto de la colina, contemplando las aguas mansas del Moldava, Josef Zeman lo aguardaba en compañía del joven Jan.

Martina iba algo más adelantada, y al ver a su tío la expresión de su rostro cambió. Se volvió aún más fría.

—Hola, tío... Jan... —saludó haciendo gala de su perfecto italiano.

Ambos respondieron al saludo de la joven. Maurizio, cansado y con decenas de cuestiones provocándole un incordiante dolor de cabeza, hizo lo propio.

—Señor Zeman, le agradezco la rapidez con la que ha decidido volver a citarse conmigo, pero no era necesario... Tenía pensado marcharme mañana, a lo sumo pasado mañana —aseguró, mirando de reojo a Martina, que sin bajar la mirada le correspondió con una sonrisa.

El anciano, intentando incorporarse, dio un respingo.

—Señor Roncalli, ¿ha entendido bien lo que ha leído? ¿Es usted consciente de las vergüenzas que un determinado sector de la Iglesia está empeñado en ocultar a costa de lo que sea? Mire, Maurizio, no le voy a explicar de qué manera cayeron en mis manos esos escritos, pero sí le diré que quienes los han poseído durante estos dos siglos y medio han sufrido todo tipo de calamidades, simplemente porque hay quien no quiere que su contenido sea revelado. ¿Lo entiende? ¿Es usted capaz de comprender que desde el instante que ha decidido formar parte de esta historia su integridad corre peligro? Yo lo acabé descubriendo, para mi desgracia y la de mi familia, demasiado tarde... —finalizó, dirigiendo una mirada de tristeza a su sobrina.

Maurizio se inquietó. Él era un hombre felizmente atormentado por sus propios

fantasmas hasta que alguien decidió un inoportuno día que debía conocer... todavía no sabía muy bien el qué. Zeman volvió a la carga.

—Profesor, tenemos apenas veinte minutos. Sé que es poco tiempo, pero si quiere hacerme alguna pregunta, éste es el momento —lo apremió.

El arqueólogo abrió su cartera negra, extrajo el gran sobre y se lo entregó al escritor, como un espía de la guerra fría pasando documentación al bando amigo.

—Señor Zeman, ¿qué ocurrió con Flückinger? Sé que es la menos importante de las preguntas, pero no he podido evitar una empatía creciente con este personaje.

El anciano miró al horizonte y, sin dudarle dos veces, contestó con contundencia.

—Lo contaminaron. Johannes Flückinger fue «purificado» un mes después de haber enviado su informe al regimiento en Viena. Le inocularon sangre envenenada, y poco después los gitanos de Gossowa hicieron su trabajo... Jamás salió de Silesia. Ellos no lo permitieron. Pero sus escritos sí.

Un escalofrío se apoderó de su ser.

—Pero ¿por qué? —preguntó con desesperación.

—Porque sin pretenderlo descubrió que detrás de las epidemias, como hicieron los nazis durante la segunda guerra mundial con ilustres demonios como Josef Mengele o Klaus Barbie como ideólogos, se estaba asustando a la población con historias sobrenaturales carentes de argumentos para llevar a cabo aberrantes experimentos con gentes que con seguridad sufrían de alguna dolencia psiquiátrica, cuando no generada por virus entonces desconocidos. Quién sabe... Y ellos fueron más supersticiosos que los analfabetos que habitaban en las aldeas, al creer que detrás de la enfermedad se encontraba una suerte de elixir de la vida eterna; el remedio para alcanzar la inmortalidad. Como los antiguos alquimistas únicamente debían destilar el líquido, eliminar la chicoria y así poder controlarlo. Y todo porque un pontífice loco llegó al final de sus días a la conclusión de que no podía seguir creyendo en un cielo habitado por ángeles rollizos y bonachones, porque también existía la posibilidad de que, al otro lado, no hubiera nada; o lo que es peor, que fuera lo que fuese no lo aguardase con la piedad que, dicho sea de paso, él mismo negó a tantos desgraciados. Porque sin entrar a valorar la génesis de la enfermedad, lo único que consiguieron fue perpetuarla hasta... ¡quién sabe hasta cuándo! Su Dios los juzgará, llegado el caso, por tanto sufrimiento, tanta barbarie, tanta sangre derramada, tanto miedo durante tanto tiempo, y tantas muertes con tal de que no se conociesen sus detestables actos. Y usted, mi querido profesor, sin quererlo, como ocurriera con el buen Johannes, ha descubierto dónde acabó sus días ese «espécimen» al que se refiere el padre Giovanni en su texto, despertando sin quererlo una historia que permanecía dormida. Porque gracias a los estudios de Flückinger llegamos hasta la figura del primer «vampiro», aquella que sirvió de cobaya para Peretti y los suyos. Ya sabe a quién me refiero. Y no sólo eso: usted ha comprobado la brutalidad de los actos que cometieron con la

pobre mujer. Sobrecoge pensar que detrás de los mismos, observando la escena impávido, viendo como ésta se retorció de dolor mientras sus miembros eran mutilados y su sangre introducida en pequeños botes, buscando eliminar las «toxinas» que contenía para así beneficiarse de su supuesto poder, estaba todo un Santo Padre de la Iglesia, incapaz de sentir ninguna piedad por una de sus hijas. Como sobrecoge saber que en los últimos momentos de vida de su «vampira» sólo fue capaz de gritarle: *¡Maleficos non patieris vivere!* Después la atormentó hasta desencajar su mandíbula, como colofón, claro. Y todo ¿para qué? ¿Para comprobar que después de acabar con la vida de tanta gente su creencia era fruto de una superstición? Qué mal lo tuvo que pasar al enfrentarse a su juicio final...

Maurizio mantuvo el silencio. En su cabeza únicamente aparecía el perfil de la vampira, con el ladrillo rompiendo la osamenta en una de las expresiones de horror más duras que jamás había observado.

—¿Y quién mató al patriarca de Gradisk... y por qué? —le volvió a preguntar.

Zeman sonrió.

—Caompsd... Aquel hombre sabía perfectamente lo que estaban haciendo aquellos a los que encarnaba el padre Bruno. Incluso él, con su silencio de años, ya formaba parte de aquella descomunal barbarie, hasta que se dio cuenta de que esa situación se convertía en una enorme piedra en el zapato de su conciencia. Y consciente de lo que le aguardaba al contar lo que sabía, fue dejando pistas, muy evidentes pero pistas al fin y al cabo. Primero a Glaser, que debía de ser buen médico pero poco sagaz para otras cosas, y finalmente a Flückinger. Desde ese instante quedó condenado, y los hombres del papa de Roma hicieron su trabajo. Miembros del primitivo Consejo de los Diez del que, en definitiva, eran herederos. No en vano se trataba de custodiar un secreto, en este caso de enorme relevancia para la institución para la que... ¿cómo decirlo?... trabajaban. Imagino que al final de sus días al pobre Hristo de Gradisk le pudo más la mala conciencia que la fe, y antes de morir e ir al infierno prefirió arriesgarse. Si le salía mal lo asesinarían, pero habría purgado sus pecados... como así ocurrió. La marca evidenciaba que la justicia había actuado.

Martina atendía a la conversación con la mirada puesta en su tío. No era la primera vez que la oía. Tal era la única forma de saber el porqué de su sufrimiento. Maurizio, recordando la locura que había atormentado al doctor Glaser en sus últimos días de vida, continuó indagando. Aquel hombre racional se transformó en un ente supersticioso perseguido por sus propios miedos. Y Zeman, después de echar una mirada a su reloj, continuó:

—Johann Glaser jamás llegó a entender hasta qué punto estaba siendo víctima de creencias ancestrales con formas reales. Ya le he dicho que no voy a entrar a valorar la génesis de la enfermedad; sería demasiado osado... Pero entiendo que ver cómo cada madrugada te acosa un ser pálido, de largas uñas y profundas ojeras; que cada

noche se acerca hasta la ventana de tu alcoba y araña levemente el cristal pidiendo que lo dejes entrar... Como le digo, imagino que debe de ser motivo de locura. Más aún cuando finalmente descubres que es tu sobrino, que lleva muerto más de un año...

—Sebastian... —murmuró aterrorizado Maurizio.

Zeman estaba incurriendo en una contradicción manifiesta. Por un lado acusaba a los sicarios del papa de llevar a cabo los actos más deleznable en nombre de una fe perdida, propagando de este modo una epidemia que de otra manera habría desaparecido con el paso del tiempo; y por otro, no cerraba la puerta a que detrás de los infectados hubiese unas fuerzas sobrenaturales capaces de perpetuar su maldad por los siglos de los siglos. Pero era consciente de que en ese debate su misterioso interlocutor no iba a entrar. Así que derivó la conversación hacia otros derroteros.

—Señor Zeman, por aquellas fechas las regiones del este estaban muy alejadas, en todos los sentidos, de Roma. ¿Cómo pudo el pontífice recabar tanta información previa al punto de obsesionarse desde los tiempos del patriarcado de Venecia? —dejó caer, observando atentamente la reacción del escritor.

Y éste, como siempre, tenía respuesta para todo.

—Profesor Roncalli, primero ha de saber que el patriarca Peretti era descendiente de una familia que antes de que naciera el futuro papa emigró desde esas lejanas tierras a las que está haciendo alusión, concretamente de la localidad de Krušovice. No en vano su nombre real era Srečko PeriĆ. Desde muy pequeño supo de los variados males que asolaban la tierra de sus antepasados, y que en cierto modo obligaron a sus padres a buscar un lugar más apropiado para vivir. Su interés por la religión fue en consonancia al que mostraba por las antípodas de la fe católica; y creció con la felicidad del que sabe que Dios está en todos lados, y con el terror del que está obligado a asumir que donde se encuentra la divinidad, también está el maligno y quienes lo veneran. Al principio sufrió en silencio la vergüenza que sentía al no poder evitar admirar a las criaturas que protagonizaban los miedos ancestrales de las regiones de frontera, pero con los años, especialmente cuando se vistió de blanco, fue consciente de su debilidad como ser humano, y esas flaquezas hicieron mella en sus creencias, al punto de que en aquel mismo instante el Santo Padre dejó de creer —finalizó solemne.

Apenas si quedaba tiempo para una pregunta más. Zeman había vuelto a mirar su reloj y parecía impacientarse por momentos. Pero Maurizio no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad.

—Pero... ¿por qué la Iglesia quiere ocultar algo que pasó hace tanto tiempo? Si han sido capaces de pedir perdón a Galileo o a Servet por los «errores» cometidos en el pasado, ¿qué les impide hacer lo mismo en este caso? —inquirió, atisbando que para esta cuestión no tenía respuesta.

Pero aquel hombre tenía tantas cicatrices como rayas un viejo tigre. Suspiró profundamente y, sin apenas parpadear, se dispuso a contestar.

—No sea inocente. ¿Aún no ha entendido que esta historia no pertenece al pasado? ¿No es capaz de comprender que forma parte del presente desde el momento en el que se halló el cadáver en la isla de Venecia? ¿O acaso es tan imbécil como para pensar que la doctora Casalli se cayó en estado de embriaguez por el puente? No, señor Roncalli, esta historia aún no ha finalizado. Ahora bien, dónde termina es algo que intuyo que será usted el encargado de descubrir. Para mí ya no hay tiempo... Jan lo acompañará al aeropuerto. Sea cauto, observe a su alrededor, y llegado el momento, no muestre flaqueza. Hasta siempre, profesor. Que Dios lo proteja —se despidió, abriendo un enorme hueco en el alma del arqueólogo por el que se colaba un profundo desasosiego.

Martina se acercó a su tío y, tras mirarlo con tristeza, esbozó una tímida sonrisa y empezó a empujar la silla de ruedas. Maurizio supo en ese instante que jamás volvería a verla. El muchacho, con un gesto de la mano lo invitó a regresar por el sendero. No hubo palabras. No quería entablar conversación alguna. Una enorme e inexplicable pena le encogía el corazón. Llegaron al coche cuando la tarde comenzaba a caer sobre el bosque de Vyšehrad. Los fantasmas de otro tiempo salían de sus guaridas, dispuestos a cruzarse en el camino de los frágiles vivos.

Jan, amablemente, le abrió la puerta del vehículo, y con rapidez, como si sintiese una amenaza latente, se sentó frente al volante. Minutos después retomaban la autovía que rodeaba Praga en dirección al aeropuerto. La carretera estaba tranquila y apenas si era transitada por otros vehículos, por lo que Jan, confiado, pisó el acelerador.

Hay instantes en la vida en los que un mecanismo difícilmente cuantificable se pone en marcha, y entonces, sin que sepamos el motivo, entra en escena la intuición. Maurizio, sin saber muy bien por qué, sin tener evidencias que diesen peso a sus pensamientos, supo nada más montar en el vehículo que algo no iba bien. Porque su intuición, cuando se trataba de asuntos turbios, no solía fallar; en realidad jamás lo había hecho. El miedo empezó a apoderarse de su ánimo. En el interior del coche el silencio presidía la travesía, y la noche estaba tan oscura que apenas si era capaz de distinguir la silueta de su conductor. Y además estaba seguro de que Jan iba paulatinamente siendo víctima de la misma sensación, porque no paraba de mover la cabeza, mirando una y otra vez por el viejo espejo retrovisor.

—¿Está todo bien, Jan? —preguntó, suplicando en silencio que la respuesta fuera distinta a lo que pensaba.

El muchacho no dijo nada. Simplemente se limitó a levantar el pulgar y acto seguido cogió nuevamente el volante. Pero él sabía que aquel gesto, como ocurría en el circo romano, no presagiaba nada bueno.

—¿Estás seguro? —volvió a la carga.

Jan carraspeó, y como el pecador que se sumerge en la intimidad del confesionario, empezó a narrar sus intimidades.

—Profesor Roncalli, no quiero intranquilizarlo, pero desde que hemos cogido la autovía, a una distancia prudencial, nos sigue un vehículo. Al principio pensé que se trataba de una moto, pero al bajar la velocidad y acercarse he podido comprobar que se trata de un coche con el faro roto. Lo que no entiendo es por qué no nos adelanta... —se preguntó bajando el tono de voz.

Maurizio se volvió y durante treinta, quizá cuarenta segundos siguió la trayectoria de aquel vehículo. No había duda. Los estaban siguiendo. En ese instante la razón pasa a un segundo plano, recordando las historias vividas y escuchadas en los últimos días: la tragedia de la familia del viejo Zeman, el previsible final de los doctores vieneses, el ataque que él mismo sufrió dos jornadas atrás... No fue capaz de controlar sus emociones.

—Jan, ¡acelera! Vienen a por nosotros, y a estas horas no creo que se trate de un comité de despedida —gritó, alterando aún más los nervios del joven, que sin dilación pisó el acelerador al máximo.

Sus pupilas se dilataron y un sudor frío les recorrió la nuca cuando sus supuestos perseguidores hicieron lo mismo.

—Por Dios, Jan, haz que este cacharro vaya más rápido. ¡Si nos cogen no nos espera nada bueno! —exclamó, evidenciando que, fueran quienes fuesen, eran capaces de cualquier cosa.

Pero el vehículo ya tenía demasiadas horas de vuelo, y poco más pudo dar de sí. Sus perseguidores se iban aproximando: veinte metros, diez, cinco, dos... Las luces largas se encendieron de repente, y con ellas todos y cada uno de los miedos de Jan y Maurizio. El chico pisó a fondo hasta que el zapato encajó el pedal entre el chasis y la esterilla. Era el último intento, y durante unos segundos funcionó, pero el coche de sus perseguidores era más nuevo y más potente. Jan se persignó y comenzó a rezar cuando comprobó que irremediablemente se iban a colocar a su altura. Maurizio agachó la cabeza intentando protegerse de cualquier agresión. Y así, cuando el gran vehículo negro se situó a su lado, se abrió la ventanilla del copiloto. En su interior, sonriente, con la expresión del loco que sin escrúpulos acaba de cometer el peor de los delitos, apareció el rostro del extraño atacante nocturno, ése que incluso se había llegado a colar en sus pesadillas.

Y el coche, acelerando aún más, los adelantó y se perdió entre las sombras de la noche. Pero la imagen permaneció en su retina. Fue un instante, tan atemorizador que quedó marcado en la mente de Maurizio, incluso cuando, horas después, aún sumido en los efluvios de la fuerte sedación, se despertó en el hospital... La voz de Jan retumbaba en su sien como un martillo en una herrería: «¡Dios, no frena! ¡Nos han

manipulado los frenos!». Y después, oscuridad...

Maurizio, Maurizio..., ¿cómo te encuentras?

Por unos instantes, víctima de la somnolencia, vio el rostro de su amada madre. Pero sólo durante unos instantes. Pronto descubrió que era Martina. Nervioso, intentó moverse. Al fin era consciente de lo que había pasado: habían sufrido un accidente. Intentó incorporarse pero no pudo. La sedación era fuerte. Intentó hablar...

—Martina, ¿qué me ha pasado? —balbuceó.

Ella, observándolo con lástima, entornando sus ojos cristalinos, se apresuró a informarlo de la situación. Y como esperaba, no ahorró detalles.

—Habéis sufrido un accidente. El coche ha quedado completamente destrozado, pero a Dios gracias no has tenido más que leves rasguños, y un edema en la cabeza que los médicos llevan vigilando desde ayer. Han descartado que sea algo más que un fuerte golpe... Ya me han avisado de que es probable que esta misma noche te den el alta. Es un milagro. Parece increíble que tras dar tres vueltas completas hayas salido ileso —aseguró.

Maurizio estaba aturdido. ¿Un accidente? Recordaba las últimas palabras del muchacho, pero a partir de ahí, nada... Reaccionó con desesperación.

—¿Y Jan?! Antes del accidente empezó a gritar que los frenos habían sido bloqueados; que alguien los había manipulado. Y aquel coche, y el extraño, la ventanilla... su sonrisa... —gritó con creciente malestar.

Ella lo miró una vez y, despacio, agachó la cabeza. Un leve murmullo escapó de su boca.

—Jan no ha corrido la misma suerte. Su cinturón de seguridad se rompió y salió despedido. La fuerza del vehículo dando tumbos hizo el resto, aplastándolo horriblemente. Maurizio, ¡Jan ha muerto...! —exclamó entre sollozos, a la vez que agarraba con fuerza su mano derecha.

¡Dios santo! Le daba miedo reconocerlo, pero era evidente que alguien había querido matarlo. Sintió que se desvanecía, y en un intento por evitar que ella lo viera, volvió la cabeza para disimular las lágrimas que comenzaban a deslizarse por las mejillas. Ella lo entendió, y acariciando con delicadeza su espalda, se limitó a calmarlo.

—No te preocupes, Maurizio. Esta noche dormirás en casa. Allí estaremos seguros. Y mañana partirás hacia Roma... —declaró.

Dos horas después se encontraba plenamente consciente. Los médicos le habían anunciado poco antes que, salvo que deseara pasar un día más en el hospital, desde su punto de vista podía abandonarlo al caer la tarde, una vez hubieran desaparecido los efectos de la sedación. Hacía unos minutos había recibido la visita de un policía albino, tan grande como una montaña, que siguiendo los protocolos habituales en estos casos fue a verlo para preguntarle obviedades: ¿habían bebido antes de emprender la marcha? ¿Se produjo alguna contrariedad a destacar? Como si los análisis toxicológicos no hubiesen descartado ésta y otras posibilidades. No obstante, aprovechó su visita para preguntarle por su opinión, a lo que el agente no tuvo reparos en contestar.

—El coche estaba muy viejo. Es extraño que no hubiese ocurrido algo similar mucho tiempo antes. Accidentes así los vemos todos los días en Praga. Nuestro parque automovilístico pasa de la mayoría de edad —afirmó con evidente malestar, intuyendo que sus palabras estaban cayendo en saco roto, porque aquel que atendía a las mismas sabía que no había sido tan sencillo.

Pero Mauricio no podía hablarle de los perseguidores. Al fin y al cabo, no lo iba a creer..., era demasiado complejo. Se sentía solo, abandonado a una suerte inevitablemente tétrica.

La luz de las farolas incendió la ciudad con fantasmagóricas tonalidades. El camino a casa de Martina fue largo, porque los pensamientos pesaban como una losa. Y al fin, cuando el reloj marcaba las nueve de la noche, llegaron a un gran caserón que se ocultaba entre la espesa arboleda. Por vez primera en todo el trayecto, antes de aparcar el vehículo delante de la enorme puerta de madera, rompió su silencio:

—Mi tío no está en casa. Ha ido a visitar a los familiares de Jan y regresará mañana. Cuando viaja fuera siempre lo acompaña un antiguo alumno suyo, un hombre de absoluta confianza. Aunque a veces ya no sé lo que significa ese concepto —afirmó, sin atender al rubor que surgió de repente en sus blancas mejillas.

Aún dolorido, agradeció que Martina le abriese la puerta del coche y, como seguramente acostumbraba a hacer con su tío, se ofreciese a servirle de apoyo para que le resultase más fácil llegar al interior de la casa.

Segundos después habían atravesado un enorme salón forrado de suelo a techo por enormes estanterías con libros de todas las épocas y recorrido el largo pasillo. Al final había una gran estancia de doble planta, con la chimenea encendida y una generosa cama de fuerte madera de roble. En otras circunstancias hubiese escudriñado hasta el último rincón de la gran casa, analizando hasta el detalle más nimio, hablando con los miembros del servicio, que de momento permanecían ocultos. Pero en esos instantes no tenía fuerzas para dar rienda suelta a su innata

curiosidad, por lo que al llegar a los pies de la cama se dejó caer. Respiró con dificultad, más aún cuando ella, siguiendo un ritual demasiado habitual en su vida, le quitó las botas, después los pantalones, lo incorporó para desabotonarle la camisa y a continuación, sin rubor alguno, lo despojó de la ropa interior. Estaba sometido, porque en ese instante no había cabida para el deseo; sólo para el dolor y el miedo. Destilando amor infinito, lo tapó con las sábanas y después colocó encima una gruesa manta de capa de visón. Maurizio sintió la caricia del suave pelaje, y por vez primera notó alivio. Ella lo miró conmovida; había perdido la frialdad de sus expresiones.

—Mañana a mediodía te llevaré yo misma al aeropuerto. Hasta entonces, descansa —le dijo al tiempo que acariciaba su cabello.

Maurizio se volvió a un lado y a otro buscando la protección que siendo muy niño le arrancaron sin piedad, y con los ojos abiertos por la desesperación, sólo acertó a decir:

—Martina... quédate conmigo. Por favor, no me dejes solo...

Ella lo miró compasiva, y sin decir nada se desvistió lentamente. Primero el vestido negro de cuello alto, después la lencería del mismo color. Quedó desnuda, iluminada tan sólo por el vaivén de la llama que, sinuosa como una serpiente, acariciaba su blanca piel. Y así, respirando entrecortadamente, se introdujo entre las sábanas, y lo abrazó, besando su espalda con la pureza de una madre. Maurizio cerró los ojos y suspiró.

Ahora sí podía descansar tranquilo.

El coche se alejó. Sus miradas se enlazaron durante segundos. Esta vez sí, sabía que nunca más volvería a estar en su compañía. Intentaba buscar una respuesta, pero no la encontraba. No entendía muy bien por qué no necesitaba hablar, sólo mirarla. No era capaz de discernir por qué ella, que aparecía como un delicioso misterio, le transmitía tanta paz; no sabía por qué sentía que aquella mujer no era de este tiempo, que ambos ya se conocían de otra existencia; sus espíritus, como en los cantos de los trovadores, habían atravesado los siglos para volver a encontrarse, para comprender que a veces un solo instante es imperecedero y marca más que una vida entera.

Tenía la extraña percepción de que nada de lo ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas era real. A pesar de las marcas que habían quedado en su cuerpo, no era capaz de discernir dónde se encontraba la frontera que separaba las vivencias reales del sueño. Y así, contemplando cómo ella se alejaba de su vida, entró en el pequeño aeropuerto. Ya nada le importaban los toscos modales de los agentes de aduana ni los gritos de los niños correteando nerviosos alrededor de la larga fila de embarque. Sólo deseaba subir al avión y regresar a casa. Una vez allí, y después de «secar» la botella de vodka, ya vería qué determinación tomaba.

Atravesó el umbral de su casa. La puerta chirrió al abrirse, lo que no evitó que su atención se fuese hacia la ventana de la cocina. Tras su última discusión con Donna había olvidado cerrarla y un frío intenso se había apropiado de la casa. Daba igual, estaba bloqueado. Habían intentado matarlo, y eso superaba cualquier otra vicisitud. Dejó la maleta en la habitación. Había quedado visiblemente dañada a causa del fuerte impacto. Con paso cansado, moralmente deshecho, se dirigió al pequeño salón, cogió la botella del mueble, y encendió un cigarrillo. Era consciente de que la soledad y los vicios que en ella habitan eran, al menos en esos instantes, sus únicos aliados. Y entonces llegó la noche, y con ella sus demonios.

Roma, en el momento actual

Su furia era incontrolable. Donna lo miraba con odio, tirado como un gusano sobre las sábanas, borracho, desprendiendo el hedor del sórdido lupanar, ese humo que jamás se borra. Había superado sus propios límites...

—No puedo más. Por mucho que lo he intentado te has empeñado en permanecer

encerrado en tu mundo, y está claro que ahí yo no puedo entrar. Mauri... yo... no quiero volver a verte más. Ya no sientes nada por mí, o al menos hace tiempo que se te olvidó cómo tratar a una mujer. Y yo soy joven..., no conviertas mi vida en un infierno. ¡No, por Dios, no me lo merezco!

Prefirió no decir nada. Qué demonios sabía ella de uno u otro infierno. Él sí había estado a punto de cruzar la frontera de ambos mundos; casi lo habían logrado. Agachó la cabeza, aunque no para evitar oírla; simplemente estaba a punto de estallarle. Ésa era la agria respuesta del alcohol ante su fidelidad de años.

—Donna, estoy a punto de terminar la investigación. ¡Joder!, hay quien busca lo mismo que yo, o quien pretende borrar toda huella, pero creo que les llevo ventaja. Y es muy importante. ¡Es trascendental, Donna! De que salga bien o no depende mucho, incluso puede que hasta mi vida...

Lo miró de nuevo, más con pena que con rabia. Se volvió y permaneció unos instantes observando las fotos de la cómoda. Allí, destacando entre todas las demás, estaba la que le había hecho, según contó, una joven periodista de frágil aspecto durante la presentación de la vampira a la prensa. La contempló con asco, porque sabía que aquel cráneo del que surgía una siniestra sonrisa había sido la gota que acabó por colmar el vaso de su relación. Y así, llevándose esa imagen en la retina, se marchó. Maurizio quedó postrado en la cama, en paz consigo mismo y con su conciencia. Quizá sería mejor que ella desapareciese de su vida. Al fin y al cabo la estaba protegiendo de la oscuridad que lo envolvía a cada instante.

Suspiró una vez más, buscando el aire que el exceso de tabaco y una crisis asmática momentánea le estaban negando.

Ya sabía que debía hacer al día siguiente: tenía que llamar a Toscanelli...

Se despertó descansado. Los músculos volvían a su sitio y el dolor iba desapareciendo paulatinamente. Aún desnudo, se levantó y se dirigió a la cocina, puso café en la cafetera y encendió el viejo aparato. Ahora sí, abrió la ventana para respirar el frescor inconfundible de Roma al amanecer, con todas sus inigualables esencias. El sol se asomaba detrás del Coliseo, en una de las imágenes más bellas que jamás había visto y que él disfrutaba cada día. Es por ello por lo que decidió comprar ese apartamento, a pesar de tratarse de un quinto sin ascensor. Con parsimonia, sin pensar demasiado en lo ocurrido apenas unas horas antes, se sentó en el taburete de la minúscula terraza, y allí, camuflado entre varios periódicos, amarilleados por la lluvia que durante meses les había caído encima, descubrió un paquete de tabaco. Tiempo atrás los escondía en lugares diferentes para que ella no le llamara la atención, y después olvidaba dónde los había puesto. Así, con el paso de los meses su pequeño hogar se vio atiborrado de cajetillas que parecían crecer en los rincones más insospechados.

Cogió un cigarrillo. Hacía meses que no saboreaba el humo denso, el aroma de la nicotina penetrando en sus pulmones, y en apenas doce horas estaba matando todos los «monos». Sin dudarlo lo encendió. La potente bocanada atravesó su interior se apropió de cada uno de sus bronquios, se introdujo rápida en el torrente sanguíneo provocándole un repentino pero agradable mareo. Y después... una fuerte náusea lo invitó a no seguir. Debía de llevar allí por lo menos un año, y la hoja seca del tabaco se había resecado aún más, absorbiendo como una esponja las esencias de la ciudad. Y no todos los aromas de Roma eran buenos...

Se levantó despacio. Su cuerpo estaba llegando al límite y no deseaba forzarlo más. Cogió del armario que había sobre el fregadero una taza. Alrededor de ella, serigrafiado con no demasiado acierto, aparecía un aún menos afortunado Yoda, el maestro Jedi de *La Guerra de las Galaxias*. No es que le gustara especialmente, pero ya había cogido como costumbre beber en ella cada día, como deferencia a la persona que se lo había regalado años atrás y que desde esa madrugada ya pertenecía al pasado.

Al servir el café echó un vistazo al salón. Sobre el sillón, cubierto por el cojín árabe que compró en Fez años atrás, alguien había dejado un sobre amarillo de gruesas líneas negras. Llevado por la curiosidad, cogió la taza y salió de la cocina. Sí, efectivamente, allí semiescondido había un sobre con varios logotipos que conocía a la perfección. Donna había tenido que ir la semana anterior, antes de marcharse de

viaje, a la tienda de fotografía. Él, antes de su penúltima discusión, le había rogado que llevara los carretes a revelar. Giuseppe, el propietario del establecimiento, sabía perfectamente el tamaño que él deseaba. Llevaba años trabajando con él, y todo sea dicho, el hombre lo hacía francamente bien. Además, en esta época en la que lo digital primaba sobre cualquier cosa, él, y dos o tres más se habían convertido en sus únicos clientes «analógicos», cosa que Giuseppe, que empezó en el negocio con su padre siendo niño, agradecía. Sabía tanto de fotografía que cada vez que Maurizio atravesaba la puerta de su estudio no perdía el tiempo en prolegómenos estúpidos ni en saludos innecesarios. Únicamente le ofrecía una modesta cantidad por su Nikon FM3A. Siempre le decía lo mismo: que si era una pieza clásica, que nadie le iba a pagar más que él, que se lo pensara...Y así en cada ocasión que lo tenía enfrente. Y el arqueólogo siempre le respondía de la misma forma: «No». Tenía un especial apego a aquella vieja cámara fotográfica, y además, qué demonios, la verdad es que hacía unas fotografías extraordinarias.

Saboreando el primer trago de café rompió el sobre. Extrajo una treintena de instantáneas y los negativos correspondientes. Eran las fotografías que había tomado durante las jornadas de trabajo en Venecia. Pese a que sus facultades mentales estaban algo mermadas, se sentó en el sillón y, todavía desnudo, comenzó a pasar, una tras otra, las imágenes... Hasta que llegó a los primeros planos del cráneo de la vampira. En estas fotografías, apenas cinco, se detuvo unos minutos. Ahora, sabiendo lo que sabía, le parecieron aún más detestables los tormentos que suponía habían infligido al cuerpo de la dueña de aquella osamenta. No estaba justificado tanto martirio, y menos aún cuando aquellos que lo llevaron a cabo tenían la seguridad de que más allá de esta vida estaba la verdad absoluta. Y así, como si estuviese poniendo en práctica algún tipo de antiguo ritual, abrió el cajón que se ocultaba bajo la mesa que presidía la estancia y con cuidado cogió el sobre que tiempo atrás le hizo llegar Hécate. En su interior, amén de los documentos que ésta le quiso entregar, estaban las fotografías de las osamentas, con la particularidad de que en éstas aún era perceptible, grabado con saña y seguramente cuando la persona torturada aún permanecía viva, el misterioso acrónimo: Caompsd...

Sintió rabia, desagrado e impotencia.

Y sorpresa.

La taza cayó al suelo con estrépito y el rostro de Yoda se partió en dos mitades casi perfectas. Maurizio, observando impávido las fotografías que, ahora sí, había colocado meticulosamente sobre la mesa, apenas respiraba. Los ojos querían escapar de sus órbitas, y el corazón se le aceleraba descontrolado por instantes. Con la agilidad de un leopardo se levantó y, raudo, se encaminó a su habitación. Allí, junto a la cama, se encontraba su inseparable cartera negra, y dentro de ésta, una enorme lupa que llevaba a todas sus campañas. La agarró con decisión y, acto seguido, como si se

encontrase en el otro extremo de la ciudad, corrió por el pasillo y se sentó nuevamente en el sillón del salón. Suspiró profundamente, y sin vacilar colocó la lente sobre las instantáneas, pasando compulsivamente de una a otra y retrocediendo nuevamente. Se frotó los ojos. No había duda...

Con los nervios desbocados cogió el teléfono y marcó nervioso. Uno, dos tonos... Al otro lado nadie parecía querer conocer los motivos por los que en esos instantes se sentía conmocionado, incapaz de seguir pensando. Y de repente... la familiar voz del anciano Toscanelli surgió del receptor con su habitual parsimonia.

—¿Sí, dígame?

Maurizio notó que las pulsaciones empezaban a convertirse en una desagradable taquicardia. Reaccionó con vehemencia.

—Profesor, soy Maurizio... —afirmó, sin saber muy bien cómo afrontar la conversación.

Habían sido meses de silencio, pero el veterano arqueólogo no dudó a la hora de mostrar su reconocida cercanía.

—Maurizio, pero ¿dónde te has metido? Llevo más de dos meses queriendo hablar contigo y me ha sido imposible. Donna me ha dicho en varias ocasiones que andabas de viaje, pero no ha sabido precisarme muy bien ni dónde ni por qué. ¿Estás bien? —preguntó con creciente interés.

Aturullado, sin atender demasiado a las palabras de su mentor, que ya bastante tenía con intentar poner en orden las propias, retomó la conversación.

—Profesor, tenemos que vernos. Cuanto antes. ¿Está usted en Roma? Es necesario que hablemos. Creo que ya sé por qué enterraron a la vampira en suelo sagrado, y por qué se preocuparon de ocultar la entrada a la fosa para que nadie la descubriese jamás. Sí, profesor, sé por qué lo hicieron, pero quiero que usted lo sepa y que me dé su opinión, y que me diga si me estoy volviendo loco... o son otros los que enloquecieron —finalizó, dejando escapar un largo suspiro.

Al otro lado del aparato se hizo el silencio. Fueron segundos..., y por fin Toscanelli se dirigió a Maurizio sin ocultar su preocupación:

—Mauri, no sé en qué has estado metido todo este tiempo, pero percibo que te ha superado. Ahora estoy en Milán, pero mañana llegaré a Roma. Si quieres podemos vernos en mi despacho de la universidad a las ocho de la tarde. A esa hora ya no habrá nadie que nos moleste y así podremos charlar tranquilos. Y tranquilízate; estás demasiado alterado... —terminó, mostrando una vez más que algo lo inquietaba.

Algo no iba bien. No era una certeza, pero sintió el mismo aguijónazo que el día que se citaron en las cárceles venecianas. Era el tono, cargado de falso interés. Y así, por vez primera, Maurizio desconfió del viejo profesor. Pero no había marcha atrás. Probablemente fuese todo producto de la sugestión generada por las últimas vivencias. Era lógico: después de su intento de asesinato, ¿en quién podía confiar? El

fugaz pensamiento lo invitó a continuar.

Jadeando, repasó las fotografías que se repartían sobre el cristal de la mesa. Apenas si habría doce o catorce, entre las que él había seleccionado y las dos de la osamenta que le había entregado Hécate. Suficientes para que, ahora sí, pudiese poner rostro a la vampira.

Y nombre...

Pasó toda la tarde y parte de la mañana siguiente estudiando las instantáneas, leyendo y releendo las notas de esas intensas semanas de investigación, consultando sus trabajos universitarios. ¡Cómo no se había dado cuenta antes! Él era un excelente forense, especialmente a la hora de analizar restos antiguos, esos restos a los que sus colegas llamaban «mudos», porque nadie lograba arrancarles ni una sola «palabra» que desvelase cómo llegaron hasta allí o qué había ocurrido con ellos. Nadie hasta que él aparecía en escena, y entonces el pasado no tenía secretos.

Algo más tranquilo pasó el día preparando el material que deseaba compartir con Toscanelli. Y así, tras colocar una de las fotografías de Hécate junto a la suya, en un ejercicio visual, buscando la fácil comparativa entre ambas, las escaneó sobre un mismo folio y realizó una copia y varias ampliaciones. Ya estaba preparado...

A las siete y media de la tarde atravesó la puerta del campus universitario. Aquel ambiente no le gustaba; le parecía siniestro: los largos pasillos vacíos, las puertas cerradas, las luces a media intensidad. Sólo había algo que le provocaba más temor que la desolación de un campus vacío: un parque de atracciones tomado por el silencio y la soledad. Cogió aire y enfiló el largo pasillo. Su miedo a la oscuridad, a los entornos sometidos a la presión de los claroscuros regresó al presente con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Al fondo se encontraba el ascensor que debía subirlo hasta la cuarta planta, donde se hallaban los despachos de los decanos y, por supuesto, el del histriónico Toscanelli. El sonido de sus pasos lo invitó a acelerar. Agarró con fuerza su cartera negra y, tras cerrar unos instantes los ojos, suspiró y empezó a correr. Si antes tenía la sensación de que lo vigilaban a cada instante, desde que días atrás tuvo el «accidente» esta percepción se había convertido en certeza.

3, 2... 1... Las puertas se abrieron y Maurizio se lanzó a su interior, como si unas poderosas manos lo llevasen en volandas y lo protegiesen del enemigo invisible. Frente a él el largo pasillo estaba vacío, tenuemente iluminado por dos neones que no cesaban de parpadear a lo lejos. Las puertas se cerraron y respiró aliviado. Al menos por unos instantes, los que tardaron en abrirse nuevamente y dejar ver el nuevo pasillo que tenía que recorrer, éste sí prácticamente a oscuras.

Cogió aire. Una vez más agarró con fuerza el asa de su cartera y, sin pudor alguno, empezó a correr. Poco después se encontraba frente a la puerta del despacho de Toscanelli. En su interior no parecía haber nadie, y aun así la luz de la lámpara de mesa daba algo de calidez a la oscura estancia, advirtiéndole de que no estaba vacía. Llamó varias veces pero nadie contestó. Comenzó a impacientarse. A un lado y a otro

el pasillo perdía la claridad diurna conforme avanzaban los minutos. Se estaba poniendo visiblemente nervioso. Los recuerdos son así...

—Viejo del demonio, ¡dónde cojones te has metido! —murmuró a media voz.

Al otro lado del pasillo, donde las sombras se hacían con el entorno, unos pasos lo advirtieron de que alguien se acercaba.

—Aquí estoy, Maurizio, he salido un instante a... bueno, ya sabes que llevo años mal de la próstata —sentenció afable el anciano Toscanelli.

El alumno se aproximó al maestro y, dejándose llevar por la tensión, lo abrazó con fuerza.

—Profesor... ¡por fin! —exclamó, como si aquel frágil hombre fuese ese último clavo al que todos al menos una vez en la vida deseamos aferrarnos.

Toscanelli le correspondió con la misma intensidad, y durante un minuto, quién sabe si dos, permanecieron abrazados en silencio en mitad del solitario pasillo. En ese momento Maurizio sintió que la emoción tomaba las riendas de la situación y unas lágrimas empezaban a resbalarle por las mejillas. Pero fue rápido, tanto como para que su viejo profesor no lo notase, y tampoco sospechase de la forma tan brusca en que su antiguo alumno había puesto fin al abrazo. El anciano, con un gesto de su mano, lo invitó a entrar en su despacho. La puerta se cerró, y por vez primera Maurizio fue capaz de sentirse seguro. Conocía a la perfección aquella habitación, atiborrada de libros, de mil y un recuerdos de las campañas emprendidas por su maestro, botes con líquidos infames y polvo, mucho polvo que cubría desde hacía años los utensilios que Toscanelli llevaba a sus excavaciones. Sin precisar invitación, se sentó en el áspero sillón de cuero marrón. El profesor hizo lo propio en el suyo. La luz de la lámpara iluminó su rostro, más envejecido y cansado que de costumbre. Sus gafas, perfectos círculos de cristal, habían sido limpiadas con mimo. Era evidente que Toscanelli tenía una aventura.

—¿Quieres un café? —le preguntó cuando apenas si hacía unos segundos que se había sentado.

No le vendría mal. La conversación sería larga y él estaba muy cansado.

—Sí, profesor. Si no le importa...

—... corto de café. Vamos, un americano, ¿no es así? —lo interrumpió sonriendo.

Él asintió esbozando una tímida sonrisa. Aquel hombre lo conocía a la perfección. Prácticamente no recordaba su vida sin él, porque los años de la infancia permanecían muy difusos en su mente. Se levantó nuevamente y se dirigió a la cafetera que sobresalía entre tres torres de libros. Empezó a hablar mientras preparaba el café:

—Maurizio, estás terriblemente desmejorado. No sé en qué andas metido, pero te está destrozando físicamente. Espero que sólo sea eso. Anda, cuéntame... —le pidió con amabilidad.

Él, sin atender a los prolegómenos, empezó por el final.

—Profesor... han intentado matarme —afirmó, agachando la cabeza.

El anciano soltó bruscamente la jarra y lo miró.

—¿Cómo?! ¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó, no pudiendo disimular cierta incredulidad.

Maurizio lo miró con rostro serio. Demasiadas experiencias en muy poco tiempo y apenas unas horas para dejarlas salir. Optó por atajar.

—Profesor, es demasiado largo de contar, pero una vez me fui de Venecia le seguí la pista a un autor checo llamado Josef Zeman. Este hombre escribió un libro sobre Felice Peretti, donde daba algunas pistas de la extraña personalidad de este personaje, que acabó siendo papa con el nombre de Sixto V. Ya sabe... Gracias a Zeman, y a varios trabajos que unos médicos vieneses realizaron en el siglo XVIII, logré saber que en determinadas regiones del este de Europa, los miembros de la Iglesia de Peretti y otros de la misma calaña después que ellos, estuvieron experimentando con sus habitantes, protegidos por la impunidad que les otorgaban las grandes montañas y su condición sacerdotal. Ellos decían estar llevando a cabo un acto de purificación que consistía en acabar con las epidemias que asolaban esa parte del Viejo Continente y con aquellos que las propagaban. Vampiros, ya sabe... —repitió la muletilla, parando en seco para ver la reacción de Toscanelli.

Y éste, como si no fuera la primera vez que le contaban una historia similar, con una templanza sorprendente lo invitó a continuar.

—Lo cierto es que el único interés que tenían los sicarios del papa en la zona, sin atender a la posibilidad de que detrás de las epidemias hubiese algún tipo de virus desconocido hasta entonces, era descubrir de qué manera podían controlar la enfermedad, que supuestamente se transmitía a través de la sangre y la saliva, no sin antes eliminar las toxinas que la hacían hasta aquel momento prácticamente indomable. ¿Por qué? Pues porque el viejo Peretti, ya todo un papa, estaba convencido de que si esos demonios podían vivir eternamente, si él lograba transmutar aquello que les confería tal poder, en suma, la sangre, evitando la hasta entonces incontrolable transformación en una horrible criatura, él mismo podría vivir eternamente. Porque el miedo de Sixto V no fue otro que a la propia muerte, y a que después de ésta únicamente hubiese... terror. Vamos, una locura, ¿no cree? —finalizó con cierto dramatismo.

El anciano Toscanelli se acarició la barba.

—Ya... ¿Y dices que tienes pruebas de esto? Además, de ser real, ¿qué importancia tendría en el presente? Tal y como lo cuentas está claro que es una creencia de otro tiempo demasiado supersticioso, incluso para los miembros de la Iglesia. ¿Acaso ves alguna relación con la vampira de Venecia? —le preguntó cada vez más serio.

Maurizio, intentando no perder el hilo de su relato, continuó:

—Eso mismo me pregunté hasta hace apenas veinticuatro horas. Por qué una historia tan aparentemente lejana en el tiempo, por muy cargada de despropósitos que estuviese, por mucha barbarie que ocultase, parecía que había quién estaba empeñado en que jamás saliese a la luz. Profesor, cinco días atrás creí haber descubierto que la vampira era el primer espécimen con el que experimentó el propio Peretti en Venecia, hasta la saciedad y haciendo uso de las artes de tortura más demoníacas. De ahí su interés por ocultar el cuerpo del delito, tan castigado que de salir a la luz esta historia podía poner en evidencia cuestiones muy molestas para la Iglesia... ¿Cómo explicar actos tan brutales? Imagínese, con la que les ha caído en estos últimos años, un escándalo más, aunque sea antiguo... Sin olvidar que muy posiblemente no lograron doblegar la violenta voluntad de la mujer. Y no pudiendo controlarla, como a un demonio más la mataron y la marcaron con el signo del Consejo de los Diez, porque ésa era la manera de expiar sus pecados; porque actuaban de manera paralela a la institución eclesiástica, a su ritmo y con sus propios métodos. Al fin y al cabo la finalidad no era mala del todo... Y para que no se supiese jamás nada de episodio tan atroz, la escondieron en las galerías, debajo de la fosa, convencidos de haber acabado con el mal y de que allí nadie excavaría jamás. Y si alguien lo hacía renunciaría a seguir agujereando el terreno si encontraban los restos óseos colocados sobre la misma. No continuarían removiendo tierra sagrada, y menos aún con ésta llena de apestados... Y todo ello orquestado por uno de los personajes más ilustres y carismáticos de la historia del papado. Pero una vez más me equivocaba, porque la verdad es... casi impronunciable. —Llegado a ese punto se estremeció—. Profesor, al comparar unas fotografías que Hécate me hizo llegar horas antes de morir con las que yo mismo tomé durante mi estancia en la isla, al fin he descubierto el porqué de todo este asunto. Mire... —dijo, intentando con ello evitar a toda costa que le preguntase por qué no le había dicho nada de dichas fotografías hasta ese instante.

Pero esa cuestión no parecía importarle ya. El viejo frunció el ceño, y con sumo cuidado se limitó a observar detenidamente ambas instantáneas, situadas una sobre la otra.

—¿Y bien? —preguntó con aparente indiferencia.

Maurizio sacó un bolígrafo negro del interior de la cartera y las señaló con detenimiento.

—Mire, aunque parece que se trata de la misma pieza ósea, hay detalles que, si no se profundiza, se escapan, especialmente por la enorme cantidad de barro que recubre algunas zonas del hueso. Independientemente de que en la región parietal de una de ellas aparezca la inscripción caompsd, que evidentemente alguien se ha podido encargar de raspar, si lo aprecia, el cráneo superior, que es el que encontraron en la isla, aunque aparece de perfil es perceptible que el borde superior de las órbitas presenta aristas, es cortante, tiene la característica traza redondeada, y el paladar da la

sensación de que posee forma de «U». Mire, aquí lo tiene más ampliado —aseguró, sacando otra copia de su cartera.

»Además, el ángulo de la mandíbula, según mis estimaciones, y sabe que en eso no suelo fallar, está próximo a los 120 grados. Sin embargo, en el cráneo de la fotografía inferior, pese a que también se muestra de perfil, se aprecia que las órbitas poseen una disposición algo más cuadrada, el paladar tiene forma de parábola y el ángulo de la mandíbula se acerca a los 90 grados, pero no más. En conclusión: aunque alguien quiso que pasaran por ser el mismo, nos encontramos ante dos cráneos diferentes. Posiblemente el auténtico sea, estoy seguro de que es así, el de la fotografía inferior, que además muestra la extraña inscripción. Ése fue el que enterraron bajo la fosa, el que ocultaron bajo un cementerio para que nadie lo descubriese; el que fue olvidado durante siglos hasta que alguien dio con ello y entonces hubo que ocultar la realidad para que ésta no saliese a la luz. Ahora bien, ¿por qué fueron cambiados? —terminó, dejando en el aire la incógnita.

El profesor suspiró, y sin decir nada, dejó que su pupilo llegase a la apoteosis final.

—Sí, profesor, ¿por qué fue una hechicera enterrada en suelo sagrado cuando nunca antes ni después se había hecho con otros u otras? Pusieron mucho esmero en que el montaje fuera perfecto. Incluso al aludir al *Maleficas non patieres...*, como se hacía en dichos casos. Porque posiblemente la persona que permanecía en la oscuridad de las galerías era alguien demasiado importante como para ser destruido sin más. Alguien que a pesar de sus errores merecía los honores que le fueron otorgados en vida, al punto de recibir la conmiseración que le fue negada a otros; alguien tan importante como para que sus últimos años de vida no fuesen conocidos jamás; alguien tan destacado como para, pese a todo, ser enterrado en suelo sagrado... Tan trascendente como para ser, una vez hecho el descubrimiento, sustituido por otro cuerpo más castigado por la tortura, que eso para un forense, y más aún si trabaja para la Iglesia, no es difícil. Y para no olvidar detalle, ya que los arqueólogos que efectuaron el hallazgo primigenio antes de ser destituidos observaron que el cráneo tenía un ladrillo en la boca, se introdujo uno similar en la nueva osamenta. Todo estaba perfecto. Porque en la galería fue enterrado, escondido, en definitiva, alguien que logró la transformación que propiciaba la enfermedad, que logró su ansiada inmortalidad pero a costa de no alcanzar el control sobre la misma. Sí, profesor, porque estoy convencido de que no hablamos de la vampira de Venecia. A estas alturas es más correcto hablar del vampiro de Silesia. El propio Sixto V...

Estaba fuera se sí. Sudaba copiosamente y sus ojos evidenciaban un estrés brutal. El anciano lo miró con cierta tristeza mientras Maurizio consumía el último trago de café. Y por fin, Toscanelli empezó a hablar mientras al joven arqueólogo lo iba venciendo el cansancio.

—Maurizio, ¿te imaginas que esta historia, tal y como la planteas hubiese sido real? ¿Te imaginas lo que podría suponer para nuestra Santa Madre Iglesia? ¿Imaginas por un instante que esa misma institución, al margen de asumir tantos y tantos errores de siglos, además tuviese que admitir que uno de sus más ilustres miembros, enloquecido y atosigado por sus propios demonios, buscó hasta la saciedad el elixir de la eternidad hasta el punto de experimentar consigo mismo? ¿Imaginas, querido pupilo, que el pontífice, infectado por la sangre contaminada, se hubiese transformado en aquello que detestaba, al punto de que tuvo que ser «purificado»? ¿Admitir la mutación de un santo a demonio? ¿Imaginas que el fruto de aquel horror se hubiese mantenido oculto hasta el día de hoy, experimentando año tras año, década tras década, siglo tras siglo... dejando que en ocasiones «actuasen» en poblaciones muy controladas? La de tu madre fue una de muchas...

Maurizio, pese a que un pesado sueño se iba apoderando de su ser, no pudo evitar levantar como un resorte la cabeza. Y con extrañeza, pero también con un odio creciente, preguntó:

—¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre con todo este asunto?

Toscanelli, atisbando que en cualquier momento la ira del joven arqueólogo podía estallar, miró de reojo al rincón de la estancia, allí donde las sombras podían ocultar cualquier presencia. A Maurizio le pareció percibir un bronco gruñido..., pero en esos instantes le interesaba sobremanera otro asunto.

—Durante siglos han continuado los trabajos de «purificación» y de investigación: una cosa no puede ser sin la otra. Es un tesoro demasiado preciado como para dejar que se pierda. No en vano se han realizado sorprendentes avances. Tú eres el ejemplo más evidente de ello... —finalizó, esbozando una desconcertante sonrisa.

¿Qué estaba diciendo aquel viejo? ¿Había perdido el juicio? ¿Cómo que él era la evidencia de los avances logrados? Antes de que su cabeza se viera saturada con más interrogantes, Toscanelli retomó una vez más la palabra:

—Doc, durante décadas se han guardado especímenes contaminados, que como ya se hiciera siglos atrás, han sido soltados en comunidades determinadas bajo los controles más severos de seguridad, ya que siempre ha existido la posibilidad de que la «enfermedad» se extendiese sin control. Ésa era la única forma de mantener vivo el gen que provocaba la mutación de la persona, fundamental para continuar con las investigaciones. Los alrededores de Tapolca fueron un buen campo de experimentación durante años; se aprendieron muchas cosas útiles durante aquella etapa. Por ejemplo, se logró controlar la mutación en un porcentaje muy elevado, pese a que, como si de sonámbulos se tratase, en ocasiones los individuos contaminados, sin ser conscientes, se transformaban caída la noche y se entregaban a un festín horrendo. Algunos la sufrían a diario; otros, como tu madre, apenas dos o

tres veces en su vida, porque los «curanderos», las «brujas», quienes supuestamente manejan las «energías», se encargaban de administrar el «antídoto». Muchos trabajan para nosotros; son una fuente importante de información y, por supuesto, como te he dicho, de control. La mala suerte hizo que la última vez que le ocurrió estuviera sola en casa, contigo... ¿no lo recuerdas? De no ser por tu condición de primer nacido de una contaminada seguramente no hubieras aguantado el ataque. Si no, ¿cómo explicar que una madre agrede de esa manera tan violenta a su propio hijo? Pese a que era un ejemplar muy especial, no hubo más opción que «purificarla». Vania hizo un buen trabajo; y Luciano también aportó su granito de arena. Entonces su físico era otro... —aseguró, dirigiendo la mirada una vez más hacia la parte más oscura de la habitación.

De repente, de esa tierra de nadie surgió un hombre contrahecho, balbuceante, moviéndose espasmódicamente. Era el desconocido que le había robado en Praga, y seguramente el causante del accidente... Toscanelli retomó el discurso ante la sorpresa de Maurizio, que empezaba a comprender.

—El pobre Luciano ha sufrido los avatares de esta difícil batalla. Combatir a unos y a otros es duro. Es fiel, pero con los años ha perdido parte de su cordura, y su físico se ha resentido. Y aun así es obediente... Y es que no nos dejaste más remedio que actuar. Debiste haberte contentado con las explicaciones que te dio el padre Luvoslav en Venecia, pero no. ¡Tú y tu estúpida curiosidad! Te hemos estado vigilando toda la vida, mimándote. Intentamos que te enteraras por nosotros del asunto de la vampira antes de que empezaras a sacar tus propias conclusiones, y aun así... Bien es cierto que tu fama hacía que tu opinión respecto a ese descubrimiento fuese importante para apartar las incómodas miradas que se estaban posando sobre la isla haciendo peligrar un proyecto de siglos. Maurizio, no sabemos por qué, pero jamás te has transformado. La posibilidad de que tu sangre porte el «gen eterno» te convierte en alguien muy especial para nosotros, pero llegados a este punto, nos sirves igual vivo o muerto. Hiciste que se precipitara todo. Al fin y al cabo lo que necesitamos es tu sangre, suponiendo que valga para algo, y eso ya lo tenemos. Te duele el brazo, ¿verdad? Daniela es muy eficaz a la hora de lograr objetivos —finalizó mirando fijamente a su interlocutor, que a esas alturas se debatía entre ésta y la otra realidad.

Estaba extraordinariamente mareado, y aun así era capaz de ordenar todas las ideas que el viejo profesor le acababa de exponer. La rabia no vencía al sueño. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se había metido sin saberlo en la boca del lobo... Y como si le leyera el pensamiento, Toscanelli volvió a la carga.

—Sí, Maurizio, Hécate, que pese a todo siempre fue más sagaz que tú, lo supo desde el principio, nada más observar la fotografía que te hizo llegar y que desapareció junto a otras de mi mesa de campaña dos días antes de que llegaras a Venecia, en un descuido imperdonable... ¿Cómo pensar que había sido Hécate? Ella

fue un error que hubo que subsanar cuando fuimos conscientes de que sabía demasiado. Un error que asumo, pero no fui capaz de atisbar lo que tenía entre manos cuando aquella mañana quiso hablar conmigo, y yo, con los miembros de la CCS controlando mis actos, no pude hablar con ella. De haberlo sabido, probablemente hubiéramos actuado de otra forma —afirmó.

Maurizio apenas si podía mantener la atención. Ya no tenía ninguna duda: le había echado algo en el café. Permanecía estático, pero oía todo lo que le decía a la perfección. Eso bien lo sabía Toscanelli, por lo que continuó, con el grotesco acompañante esputando sin cesar. Sin duda era su perro de presa, el que debía ahuyentar cualquier peligro.

—Fue Vincenzo, el muchacho del Centro, el que nos avisó de que llevaba días visitándolo, y que aquella misma tarde estuvo consultando libros demasiado sospechosos. Y eso encendió todas nuestras alarmas. La buscamos. Varios ojeadores nos dijeron que la habían visto por las inmediaciones del Rialto, nerviosa, con algo entre las manos. Pero cuando al fin la encontramos no llevaba nada, y su desconfianza y sagacidad la llevaron a sospechar de mí y a no querer decir nada. Sí, en ese instante comprendió que yo sabía más de la cuenta, e imaginé que había sido ella la que me había robado las fotos de la mesa de la excavación. Otro descuido más, fatal en este caso para Hécate. Aunque ella lo negó. Al fin y al cabo ya las había hecho llegar a quien deseaba. Pero no creí en aquel momento que fueras tú, dada vuestra relación. Quizá ahí se nos fue de las manos, pero era necesario; porque con su muerte despertamos tu curiosidad. Lo que jamás imaginamos es hasta dónde serías capaz de llegar. Como te he dicho, supuse que con la información que te entregó el hermano Luvoslav sería suficiente para saciarla, para que creyeras que todo era producto de tu odiada superstición; una pantomima. Y una vez más te subestimé. Una lástima, ya que ahora, Maurizio, creo que tú también sabes demasiado... —afirmó con calma antes de levantarse para abrir la puerta de su despacho y permitir que dos hombres más accediesen a la estancia.

Eso fue lo último que percibió poco antes de perder el sentido. Los recién llegados lo sujetaron para que no opusiese resistencia, con violencia, como si no supiesen que a esas alturas ya no podía ni mover los dedos de las manos. Aun en ese estado sintió que raspaban su cuero cabelludo con un objeto punzante. Un intenso dolor de cabeza lo llevó al límite, y cuando a punto estaba de desmayarse, aún fue capaz de percibir que el sufrimiento no había hecho más que llamar a la puerta de su existencia. Y fue entonces cuando un desagradable aroma a piel quemada se coló por sus fosas nasales, justo antes de perder la conciencia.

El café no había hecho el efecto deseado...

Hospital Policlínico Gemelli, Roma

Despertó. Sedado, postrado frente a una gran ventana de marcos blancos. Al otro lado los árboles mecían sus ramas al viento. Y de repente la oyó... pero apenas si podía articular palabra. La saliva escapaba deslizándose por las comisuras de sus labios mientras él no lograba levantar la cabeza, que caía recostada sobre el respaldo de la silla de ruedas. Le dolía demasiado.

Envuelto por una desagradable nebulosa apreciaba la silueta, junto a una gran puerta, de un hombre de bata blanca que gesticulaba sin cesar. Estaba hablando con alguien que se encontraba al otro lado de la misma. Pero él, incapaz de controlar sus propios músculos, apenas si podía prestar atención a lo que estaba diciendo. Y entonces entró ella. Supo quién era al momento. Su silueta era inconfundible, incluso en aquellos instantes. Se acercó.

—Maurizio, ¡Dios mío...! ¿Qué te ha ocurrido? —sollozó, descubriendo que, ahora sí, lo había perdido para siempre.

Donna lo miró, intentando descubrir en su rostro alguna señal que le indicara cómo había llegado hasta este punto; cuál había sido el desencadenante para que finalmente su amado perdiera completamente la cordura. Pero allí sólo había un hombre de mirada perdida, con una enorme venda cubriendo parte de su cabeza.

El médico se aproximó hasta que llegó a su lado.

—Señora, lo encontraron de madrugada en el parque Villa Borghese, tumbado en un banco y preso de unas terribles convulsiones epilépticas, posiblemente causadas por la ingestión masiva de alcohol y barbitúricos. El lavado de estómago ha revelado que el consumo de ambos elementos era incompatible con la vida. Tuvo la bendita suerte de que un mendigo que buscaba un lugar donde dormir dio la voz de alarma a los *carabinieri*. De lo contrario ahora mismo estaríamos lamentando su pérdida. No puedo afirmar que intentara suicidarse, pero no es difícil adivinar que cuando alguien mezcla en tales cantidades alcohol y barbitúricos es que no tiene demasiado apego a esta vida... —sentenció, mientras ella lloraba desconsolada. El doctor continuó—: La policía llegará en unos momentos, pero es evidente que su sistema neuronal ha quedado muy dañado y que es difícil que logre salir del estado catatónico en el que se encuentra sin haber sufrido irreparables daños en el cerebro. Lo más leve que le puede pasar es que pierda la capacidad de hablar, y de ahí en adelante, cualquier cosa

es posible. La hemos llamado ya que en su teléfono móvil, en la agenda, aparecía como número de emergencia precisamente el suyo... ¿Sabe usted si tenía motivos para hacer algo así? Es que es tan joven... —concluyó en tono conmisericordioso.

Donna lo miró nuevamente sin entender muy bien lo que le estaba diciendo. Aquel hombre que aparecía postrado en una silla de ruedas, casi en estado vegetal, no era el joven activo, vehemente y gruñón que ella había amado; aquel hombre era un despojo, víctima de una obsesión que en los últimos meses lo había llevado una vez más a caminar por el borde del precipicio. Y desgraciadamente, ahora sí, se había caído al abismo, justo en el momento en el que ella decidió que ya no aguantaba más, en el momento en que lo había abandonado. Y en aquel instante Donna se sentía morir, culpable por haberlo dejado llegar más allá del límite, allí de donde ya nadie logra regresar. Era el purgatorio de la conciencia, el infierno de las mentes perdidas, el sitio donde el arqueólogo debería pasar el resto de su vida, aislado sensorial y emocionalmente de cuanto lo rodeaba, atisbando lo que sucedía en torno a él pero incapaz de interactuar. Y Donna, con la conciencia destrozada, se derrumbó.

—Doctor, ¿no se puede hacer nada? Durante estos últimos meses ha estado sometido a un estrés brutal. Incluso ha llegado a creer que habían intentado matarlo en un viaje que realizó recientemente. No atendía a razones, y sé que había vuelto a beber... —finalizó con voz cada vez menos audible.

El médico la miró y asintió, dando a entender que las causas de tales males se encuentran en los pequeños detalles, especialmente cuando éstos se acumulan con el tiempo.

Alguien interrumpió desde el umbral de la puerta la conversación. Maurizio entreabrió los ojos y emitió un sonido gutural. Donna, instintivamente, corrió hacia él y se fundió en un abrazo. Sí, era él, acompañado de un sacerdote cuyo físico le resultaba tremendamente familiar.

—Doctor Maranello, soy Adriano Toscanelli, amigo personal del doctor Roncalli, y éste es el padre Luvoslav. Ha venido a administrarle los sacramentos a mi pobre Maurizio... Nunca se sabe, y él era... humm, quiero decir, es hombre de fe —afirmó entre sollozos.

Maurizio abrió los ojos cuanto pudo, y un profundo gruñido escapó de entre sus labios. Él había sido el causante de su desgracia, y aún no sabía muy bien por qué... Espantado, observó entre constantes cabeceos cómo aquel hombre de larga barba y cabello cano se le aproximaba y, sin dudarle, le empezaba a susurrar al oído:

—Maurizio, sé que entiendes lo que te digo. Aquí estarás bien. Es el mejor hospital que nuestra Santa Madre Iglesia tiene en Roma. Ellos sabrán cómo cuidarte... —le aseguró. Y ebrio de victoria, saboreando cada segundo, continuó, en un ejercicio sádico de tortura infinita—. Imagino que ahora que tienes tiempo para interiorizar tus reflexiones habrás estado pensando en el porqué. Pues bien, como no

quiero que sufras en exceso, te diré que años atrás, cuando durante dos décadas estuve trabajando en las catacumbas de San Calixto, mi equipo y yo encontramos el cuerpo de un pontífice que había sido desplazado allí cuatro o cinco siglos atrás. Nada tenía que ver con los primeros papas de la cristiandad, que eran los justos habitantes de dichas catacumbas. La cuestión es que jamás apareció el cráneo. Mis superiores no me retiraron de aquel trabajo, simplemente me encomendaron que encontrara la pieza perdida, pues intuían que nada bueno era lo que se escondía tras dicha mutilación. Y gracias a ti, que únicamente tenías que validar un hallazgo y atribuirlo a la superstición, hemos encontrado el objeto que tanto tiempo llevábamos persiguiendo. Mis jefes ahora están contentos, pero preocupados de que esta historia salga a la luz; ésta y todo lo que ya te conté en mi despacho, aunque esta parte no la conozcan ni ellos mismos. Así trabaja el Consejo. Por eso aquí te cuidarán con mimo. No te faltará de nada hasta el fin de tus días, siempre y cuando no seas indiscreto... —concluyó con manifiesta ironía.

Él lo miró con desesperación, intentando inclinar su dolorida cabeza, pidiendo clemencia. Pero aquel hombre de mirada fría nada tenía que ver con su admirado mentor. No había piedad en su expresión; sólo oscuridad... Un último hálito de vida, unas fuerzas que salían del propio instinto de supervivencia llamaron la atención del médico cuando el electrocardiograma empezó a marcar un aumento exagerado de las pulsaciones del arqueólogo. Y en ese instante, con los ojos enrojecidos por la ira y el cuerpo castigado por la medicación, aún pudo gritar entre balbuceos una última frase, mientras intentaba apresar con sus manos al pérfido profesor...

—¡¡¡Que Cristo proteja a su pueblo de todo mal!!!

Los enfermeros entraron en la estancia y rápidamente le inyectaron más calmante, sujetándole brazos y lengua, ya que había comenzado a convulsionar, con las órbitas en blanco y la densa espuma fluyendo de su boca..., hasta que relajó las facciones y su mirada quedó perdida en algún lugar de otro tiempo. Toscanelli había retrocedido varios pasos para sujetar a Donna, que gritaba presa de la histeria. Y entonces se acercó nuevamente y se despidió de su alumno más brillante.

—Hasta siempre mi querido pupilo. Y recuerda, Maurizio, que no toda la verdad ha de ser conocida por todos los hombres. Sí, recuérdalo cada vez que contemples tú rostro en un espejo; si es que te ves, porque te vamos a extraer hasta el alma. Vales mucho... —aseguró sonriendo.

El doctor Maranello se acercó a Toscanelli, y sin mediar palabra, ante la evidente falta de atención de Donna señaló la venda. Y ella, inocentemente, preguntó:

—Doctor, ¿qué le ha ocurrido en la cabeza?

El veterano médico miró al anciano arqueólogo, y como si precisara de una bendición invisible, se apresuró a contestar.

—Sufrió un fuerte golpe al caer. Y según ha revelado el escáner cerebral, ése es el

peor de los males que ahora lo aquejan —afirmó, no sin antes cruzar su mirada con la de Toscanelli, que casi imperceptiblemente asintió.

Porque ambos sabían que ése no era el motivo real. Ambos y Maurizio, que a pesar de su estado era consciente de que en su cabeza alguien había grabado a fuego siete letras, el símbolo inequívoco de que una vez más habían impartido justicia, su justicia. Por eso sabía que ya jamás lo iban a dejar escapar. Y aún esbozó algo similar a una sonrisa. Toscanelli no pudo evitar una mueca de contrariedad. No entendía muy bien por qué...

Pero no tardó demasiado en saberlo.

Roma, cinco días antes

Terminó de escribir y suspiró. No quería ser excesivamente alarmista, pero entendía, ahora sí, que el enemigo se encontraba en cada rincón; que ya no podía confiar en nadie. Al menos nadie que no hubiese sufrido lo que él; o más aún. Antes de enviar el *mail* lo releyó en voz baja. Había algo en su última conversación con Toscanelli que no le había gustado. Era necesario ser previsor...

Estimado señor Zeman:

He realizado un importante descubrimiento, casual, como casi todos los hallazgos que de una manera u otra merecen la pena, pero a estas alturas de nuestra investigación creo que trascendental. Prefiero omitir los detalles pues me siento vigilado. Le llegarán en muy breve espacio de tiempo a través de otros medios más convencionales, pero le diré que ahora entiendo el porqué de su padecimiento, y en cierto modo del mío. Mañana me he citado con mi mentor, el profesor Toscanelli. Es un hombre al que estimo, y sin embargo, desde mi encuentro con él en las cárceles de Venecia algo me dice, quizá sea el instinto, que no es del todo claro. Le llevaré todos los datos que ahora le he copiado. Se los envío para que los proteja y en caso de que me ocurra algo les dé el uso que considere oportuno. Tengo la extraña sensación de que me arriesgo a que él no sea tan transparente como presupongo. Imagino que si me equivoco, éstas serán las últimas letras que reciba de mi parte. Así las cosas, he quedado con mi vecina Apolonia, una buena mujer de mi más absoluta confianza, para que dentro de cuatro días venga a casa, si es que yo no he regresado, y extraiga la tarjeta de memoria del contestador automático, la meta en el sobre que dejaré sobre la mesa de mi despacho con su dirección y se la envíe rápidamente. Lo tendrá en las siguientes doce horas. Antes de entrar a la reunión realizaré una llamada desde mi teléfono móvil para grabarlo todo. Tiene capacidad para dos horas, tiempo que creo será suficiente para saber si Toscanelli es de fiar o no. En cierto modo, si recibe el envío será la confirmación de que finalmente no me ha ido demasiado bien, pero entiendo que este «sacrificio» es fundamental para revelar la cara de quiénes hay detrás de esta historia; de lo contrario, si todo va como entiendo que debe ir,

contaremos con un colaborador extraordinario. Aún confío en el ser humano, y Toscanelli es uno de los grandes humanistas de nuestro tiempo. Pero quiero dejar todos los cabos atados. Si algo me ocurriese no dude en escribir y en enviar cuanto pongo a su disposición, si lo desea de manera anónima, al inspector Demetrio Faccini, de Venecia. Más abajo le adjunto la dirección. Porque, repito, si algo me ocurriese, creo que no sería la primera vez... Hécate... Dios, tengo una extraña sensación, y aún no entiendo muy bien el motivo.

En fin, dentro de cuatro días, a mi regreso de la reunión, le volveré a escribir. Si no lo hago para entonces, confío en usted y en su buen juicio; es posible que yo haya perdido el mío. Sí, amigo mío, confío en usted.

Atentamente,
Maurizio Roncalli

Roma, noche. 48 horas después del ingreso

—Sí, ¡un momento! —gritó desde la cocina.

Alguien golpeaba con una cadencia desconcertantemente molesta la puerta de la casa. Miró por el visor, y aunque éste llevaba décadas rayado, no menos lo estaban las lentes de sus gafas, por lo que únicamente atisbó sombras. Abrió. Un grueso policía entrado en años, acompañado de otros dos agentes, lo miró con asco y sin dilación se dirigió al sorprendido arqueólogo. Sabía perfectamente quién era.

—¿Adriano Toscanelli? —preguntó, sin aguardar ninguna respuesta.

Se conocían sobradamente, pero el inspector Faccini siguió el peliculero protocolo de toda detención, y con frialdad continuó:

—Está usted detenido por el asesinato de Hécate Casalli y el intento de asesinato del doctor Maurizio Roncalli. Tiene derecho a... —continuó ante la mirada perdida de Toscanelli, que no sabía muy bien de dónde venía todo aquello.

Aparentemente no había dejado cabo suelto. Aparentemente...

A la mañana siguiente los principales diarios del país salieron con jugosas informaciones: la *vampira*, el crimen de Hécate, el montaje de la Iglesia y un nuevo intento de asesinato, las terribles experimentaciones producto de una locura sin límites que muchos compararon con las desarrolladas en los campos de exterminio nazi eran los indiscutibles protagonistas: «Vaticano, quinientos años de escándalo», titulaban. No se hablaba de vampiros, sino más bien de dementes dentro de la Iglesia. Y es que alguien se ocupó de enviar la documentación a todas las redacciones; alguien que a esas horas lloraba en silencio, llenando de lágrimas sus profundos ojos azules.

En el interior de la clínica, Maurizio percibió el ruido de la calle. Los voceros se afanaban en gritar a los cuatro vientos la exclusiva con la que salían los diarios, en una competición por ver quién vendía más. El arqueólogo, vencido por la medicación, cerró los ojos. Pero estaba tranquilo. Los sonidos exteriores se fueron mitigando. Y entonces vio a su madre acariciándole el rostro. Por unos instantes fue feliz. La paz se apoderó de su maltratada mente.

Al fin.

Y después, el silencio...

Sí, el silencio, tan unido a la oscuridad. Y sin embargo, en un pequeño cuarto contiguo se iluminó una tenue luz. Un desconocido, con unas gruesas gafas de cristal, observaba el contenido de la muestra a través del microscopio. Previamente había extraído unas gotas de un líquido espeso del interior de un recipiente que permanecía cerrado herméticamente sobre la mesa de trabajo. Sobre una pegatina blanca, con una caligrafía excelente, alguien dejó escrito un mensaje aparentemente indescifrable:

«M. R. — Gen Aeternum»

Alzó la cabeza pensativo, comprobó que la puerta estaba cerrada, y escribió algo en un cuaderno:

«Prueba vigésimo cuarta “+”»

Segundos después, alzó la mirada, se quitó las gafas, y sonrió...

En Cantabria, a 5 de agosto de 2012, en la *casa roja*, mi secreto más preciado...



LORENZO FERNÁNDEZ BUENO es autor de obras como *Las Claves del Código da Vinci* (Nowtilus, 2004), *Los Guardianes del Secreto* (Edaf, 2001), *Las Caras de la Discordia* (Nowtilus, 2004), *Gótica, secretos, simbología oculta y leyendas de las catedrales* (Aguilar, 2005), *Rex Mundi* (Aguilar, 2006), *La Guía del Terror, lugares en los que pasar miedo y otras rutas con misterio* (Espejo de Tinta, 2006), o más recientemente *Desafíos a la Historia*, (Libros Cúpula, 2010).

Su primera incursión literaria fue *Terrores Nocturnos* (Espejo de Tinta, 2007), y ha escrito el relato «*Falsa Irrealidad*» dentro de la antología *20 Historias inquietantes* (Minotauro, 2009). Fue miembro fundador, junto al doctor Fernando Jiménez del Oso, de la revista *ENIGMAS del Hombre y del Universo*, publicación de la que actualmente es director. Es locutor y guionista de las series «*América Mítica*» (I y II) e «*Indonesia Mítica*», en La 2 de TVE. Ha colaborado con una sección de misterio e historia heterodoxa en el programa «*El Buscador*», de Telecinco.

En la actualidad colabora con la sección «*La zona cero*», del programa «*La Rosa de los vientos*», del mítico locutor *Juan Antonio Cebrián*, en Onda Cero.